

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

EL VIAJE DEL *salmón*



Poeta y novelista, periodista y docente universitario, Abelardo Sánchez León (Lima, 1947) se formó como sociólogo en la Pontificia Universidad Católica del Perú y siguió estudios de posgrado en la de Nanterre, en París. Tras cerrar un significativo ciclo de su desarrollo profesional, durante el cual fue investigador y miembro del consejo directivo de DESCO (Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo), actualmente ejerce la docencia universitaria en la Facultad de Artes y Ciencias de la Comunicación de la Universidad Católica. Ejerce también el periodismo de opinión, a través del diario *El Comercio* de Lima y dirige, desde julio de 1999, la revista de análisis político y actualidad cultural *Quehacer*, órgano institucional de DESCO.

Ha publicado los poemarios *Poemas y ventanas cerradas* (1969), *Habitaciones contiguas* (1972), *Rastro de caracol* (1977), *Oficio de sobreviviente* (1980), *Buen lugar para morir* (1984), *Antiguos papeles* (1987), *Oh túnel de La Herradura* (1995) y *El mundo en una gota de rocío* (2000). También es autor de las novelas *Por la puerta falsa* (1991), *La soledad del nadador* (1996) y *El tartamudo* (2002), así como del libro de crónicas *La balada del gol perdido* (1993; segunda edición, 1998). Su obra de teatro *Tabla de multiplicar* fue estrenada en Lima en 1985.

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

EL VIAJE DEL *salmón*



Lima / Perú

EL VIAJE DEL SALMÓN

© Abelardo Sánchez León, 2005

© Ediciones PEISA S.A.C., 2005

Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro

Lima 27, Perú

peisa@terra.com.pe

Diseño de carátula:

Eduardo Tokeshi.

Composición y diagramación:

PEISA

Tiraje: 2 500 ejemplares

ISBN: 9972-40-346-7

Registro de Proyecto Editorial N.º 11501310500277

Hecho el Depósito Legal N.º 1501032005-2013

Impresión:

Quebecor World Perú S.A.

Av Los Frutales 344 – Ate.

Lima 3, Perú.


Prohibida la reproducción parcial o total del texto y las características gráficas de este libro. Ningún párrafo de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa de los editores.

Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo con el D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor) y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual. Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo, sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

No eres que sea tímida, es que a *A Ignacio y Verónica,*
pueda conformarse en ser lo que *en el camino.*

algunas de sí misma, de sus obligaciones y de su pasado
igual que antes solo de que poco a la poca para su
vivencia para su equidad. Para quien se encuentra
cualquier en el tren de un país extranjero como una
un momento de que sólo entre momentos, pero

ANTONIO M. DE ALBA



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

No creo que sea verdad eso que dicen, que al viajar uno pueda convertirse en otro: lo que sucede es que uno se aligera de sí mismo, de sus obligaciones y de su pasado, igual que reduce todo lo que posee a las pocas cosas necesarias para su equipaje... Para quien se encuentra contigo en el tren de un país extranjero no eres más que un desconocido que sólo existe circunscrito al presente.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

La especie más común del salmón llega a tener cerca de un metro de largo, cuerpo rollizo, cabeza apuntada, piel gruesa cubierta de escamas, color blanco en el vientre, y en el lomo, pardo oscuro o azulenco de reflejos irisados y con alguna mancha.

El salmón emigra del agua dulce al mar. En otoño, a contracorriente, vuelve a los ríos, donde se reproduce y muere.

El corazón de América

El viaje hasta la casa de la familia Schierholz duró tres días exactos, y mirara lo que mirase desde las dos ventanas de la habitación donde ya me hallaba, sólo vería un enorme trozo de nieve perdiéndose en la inmensa llanura. El viaje empezó en Miami, continuó por Chicago y culminó en la ciudad de Cedar Rapids.

En Cedar Rapids me recogió un funcionario de la institución del intercambio. Lo recuerdo como una persona joven, agradable, simpática, que me reconoció sentado en una de las mesas del café de la estación de la compañía de ómnibus Greyhound. Confié en él. Debo confesar que no lo pensé ni siquiera dos veces para seguirlo a su auto, en el que nos trasladamos a la casa de la familia Schierholz, unos granjeros que vivían rodeados de nieve, en las afueras de un pueblo de no más de mil personas, llamado Postville. Ese pueblo no está en el mapa, pero se ubica en aquel lugar que los norteamericanos llaman con orgullo el Corazón de América: su ombligo, el centro del país, sensación que recién haces tuya cuando te encuentras enfangado en el establo donde se ordeñan, diariamente, treinta vacas.

Los padres, de origen alemán y noruego, eran unos verdaderos campesinos gringos, con un acento difícil de seguir. Por su procedencia, pueden verse a sí mismos como pioneros o, simplemente, como granjeros. Recuerdo que recién llegado nos sentamos a la

mesa del comedor y empezamos a almorzar. Sus hijos no tardarían en llegar del colegio, ya que a las seis de la tarde, todos los días, lo sabría muy pronto, incluyendo sábados y domingos o el 4 de julio, la Navidad y el Año Nuevo, a las seis de la tarde y a las cinco de la mañana se ordeñaban las famosas treinta vacas.

Una vez en la habitación, donde me llevaron para que hiciera una siesta de recién llegado, decidí echarme en la cama y esperar a que llegara Paul, mi hermano del intercambio. Dave era el hermano mayor y Carol la hermanita. Yo no tenía idea de cómo podrían ser, aparte de imaginarme a unos gringos del *midwest*, del Corazón de América, a través del recuerdo de las películas que había engullido durante mi infancia. Solo, mirando por las dos ventanas de la habitación la nieve acumulada en los meses de noviembre y diciembre, me puse a llorar. Fue un llanto angustiado, sin respiración. Después, recuerdo haber tenido tres llantos bastante similares en mi vida, llantos que vienen de dentro, como si tuvieran su origen en las aguas de unos ríos furiosos. Uno de ellos ocurrió justamente en Iowa, veinticinco años más tarde. Mi hijo Gabriel, a los doce años, me había acompañado por tres meses, y cuando tuvo que regresar a Lima simplemente cerré su habitación; la tapié, la clausuré y me puse a llorar toda la tarde. Fue un comportamiento muy extraño. Pienso que fue un anticipo al llanto que me provocó su inesperada muerte cinco años después de aquel viaje que hiciéramos los dos a Cornell College. El de Postville, más bien, fue un llanto claustrofóbico; no sabía dónde me encontraba, a qué distancia del pueblo estaba, si podría salir ileso de esa experiencia cuando aún no había cumplido los diecisiete años de edad. El llanto de Cornell College fue abstracto, no tenía una razón precisa, a menos que considere, ahora, que su partida prevista en esa fecha a Lima haya significado para mí la terrible sensación de su futura pérdida.

Paul y Carol deben de haber entrado corriendo a la casa, zamaqueando todo lo que encontraron a su paso. Paul debe de haber

subido las escaleras a grandes trancos, con una gran curiosidad, porque se preguntaría cómo diablos era su *Peruvian brother*, y Paul debe haber esperado pacientemente a que despertara de mi siesta, en la cual caí muerto de cansancio, debido al prolongado viaje y al derroche de lágrimas. Esa famosa siesta dio pie a uno de los apodos con el que me conocieron después: *Lazy Peruvian*. Todavía conservo una foto durmiendo esa primera siesta en la habitación de aquellas dos ventanas rodeadas de nieve. Al abrir los ojos, me topé con una cara sonriente que correspondía a la de un gringo de mi edad, pero el doble de grande y de fuerte. Era tan blanco como la misma nieve. Su hermana Carol era tan rubia como él, pero con dos largas trenzas. Era hora de cenar. ¿Cenar? Pero si eran las cinco de la tarde con las justas. Cenar, sí, y después a ordeñar las vacas.

Generalmente desayunábamos y cenábamos en la cocina. En aquel ambiente oloroso, la madre se encargaba de alimentarnos al máximo. Ella nunca se sentó a la mesa, y desde su lugar, cerca de la hornilla, nos arrojaba toda clase de salchichas, hamburguesas y huevos fritos. En la cena cumplía al pie de la letra el mismo ritual. Y de allí, ya en overol, los cuatro hombres de la casa nos dirigíamos al verdadero Corazón de América, al epicentro del país, a su eje, al establo. Y allí estaban las treinta malditas vacas que debíamos ordeñar todos los días, sin excepción. Las vacas se ordenaban en dos hileras de a quince y al fondo se encontraba una máquina que procesaba la leche. Esa familia de cinco personas —la madre y Carol se encargaban de las gallinas, el padre, Dave y Paul, de las vacas— era capaz de alimentar a toda una comarca. No eran los únicos, por cierto. Iowa es uno de los estados más atrasados de la nación, pero no es nada pobre. De geografía plana y amplia, es dueño de una tierra rica. Es uno de los estados más pacíficos que existen y no cuenta con grandes ciudades, a lo más tres o cuatro: Des Moines, la capital, Ames, Iowa City y una que otra por allí. El resto son los famosos pueblitos donde uno vive aterrado de ser

comido por el aburrimiento, la rutina o las treinta vacas que debíamos ordeñar.

En el umbral del establo me detuve como un mequetrefe de la ciudad: inútil, desconcertado, sin saber qué diablos hacer. El padre hablaba gruñendo y como también era su costumbre, se sentó en un banquito a ordeñar las vacas con una máquina, nada de hacerlo con los dedos. En 1964, esa familia del Corazón de América era capaz de ordeñar dos veces al día treinta vacas. La leche iba a parar a unos porongos que, una vez llenos, había que levantarlos y vaciarlos en la máquina procesadora. Imposible cargarlos. “*Let’s see, lazy Peruvian...*”. Y nada, pero nada, ni ayudándome con la rodilla o la espalda. Entonces, Paul se llevaba el porongo de un solo tirón hasta el hombro y reclinándose lo vaciaba lentamente, siempre con su sonrisa buenota de muchacho sano del *midwest*. En los tres meses que estuve en aquella granja, de enero a marzo, nunca pude levantar el porongo de un solo tirón.

Y es que Paul era miembro del equipo de lucha libre del colegio y tenía tanta fuerza que era capaz de levantarme a mí, como si yo fuera uno de los porongos. Su hermano Dave era bastante mayor y trabajaba con su padre en la granja. Nos miraba a la distancia, haciendo hincapié en los tres o cuatro años que seguramente nos llevaba. Su hermana Carol era una niña de verdad, con quien conversaba cuando íbamos a pie hacia la entrada de la granja, donde el ómnibus amarillo del colegio nos recogía antes de las ocho de la mañana. Cada vez que llegábamos a la entrada, yo acostumbraba revisar ansioso el buzón para saber si tenía carta de mis padres. Creo que la primera carta me llegó en febrero, a escasos días de mi santo, fecha que recuerdo bien, porque como cumplía diecisiete años ese 17, merecía mis buenos diecisiete palmazos en las nalgas.

En el colegio me enamoré a primera vista y para siempre, así llegué a pensar, de Carol Mork, una muchacha que era la enamorada del jugador más pintón del equipo de basket. Tenía el pelo

negro retinto, los ojos de un color azul intenso y unos fierritos correctores de dentadura. Era alegre, conversadora, con muchos problemas familiares y un estado de ánimo voluble. Pero, sobre todo, era dulce. Tremendamente dulce. En el carro siempre nos acurrucábamos en el asiento de atrás, besándonos, mientras Paul hacía exactamente lo mismo con Elsie, su enamorada. Llegar a Carol no fue un asunto fácil. A su corazón sí, eso pienso, porque desde que nos vimos logramos olvidarnos del básquet, pero el básquet no logró olvidarse así nomás de nosotros: aquel pintón jugador de mechón sesentero, siempre con un chicle en la boca, empujándome un poquito a la hora del almuerzo, sólo nos dejó tranquilos cuando consiguió otra chica, aparentemente más bonita que Carol Mork, pero sin sus ojos azules, ni sus fierritos correctores de dentadura, ni sus caprichosos estados de ánimo.

La cosa fue complicada y, viéndolo a la distancia, bastante complicada. Lo cierto es que una noche me vi encima de Elsie, besándola, en uno de los sofás de la sala de su casa. Elsie era pulcra, delgada, de tipo latino, pelo corto y una carita siempre atenta a lo que sucedía a su alrededor. No tengo claro cómo es que me vi tumbado encima de ella. Chapamos al estilo gringo y no sé si hubiera podido hacer el amor con ella. Lo cierto es que no me lo planteé siquiera, porque lo máximo, en esa época y a esa edad, era estar besándose, quizá encima de ella y darla sobre la ropa, ya sea la mía o en la de ella, cosa que sí ocurrió. Yo salí de su casa desconcertado y triste. Una vaciada en el aire era como una masturbación entre dos y, para colmo, lo había hecho con la enamorada de Paul.

Han pasado treinta y ocho años y no me pidan que mencione detalles: cómo llegué a estar a solas con ella en su casa, cómo es que fui, dónde estuvo Paul... Quizá podría mencionar las consecuencias de aquel momento en el que me sentí como una marioneta y un traidor, porque con Paul tuvimos una discusión y con Carol Mork una ruptura. Sus ojos azules se nublaron de lágrimas,

los problemas familiares volvieron a su agitada alma y sus estados de ánimo se tornaron oscuros. Creo que Elsie jugaba a las siempre terribles cartas de la revancha, pues le quería sacar pica a Paul por un asunto que he olvidado y enemistarlo conmigo, vaya uno a saber por qué. La cosa es que tenía diecisiete años y aprendí que el amor es un juego que involucra a su entorno, que se debe proteger, porque alguien, siempre hay alguien, nos utiliza como piezas de su propio juego. Felizmente que fue a las finales de mi estancia, que Carol y yo ya íbamos de la mano por toda la nieve del mundo, preparándonos para la gran despedida final. Para la tristísima despedida final. Pienso que es mucho mejor prepararse para las despedidas que romper de golpe y porrazo. Cuando las dos personas saben que el amor se va terminando, no porque quiera concluir, sino porque la vida se interpone y el destino los separa, surge un amor lánguido y tierno que también forma parte del amor en su conjunto, aunque alejado de la entrega fogosa de los primeros días. Nosotros estábamos en ese triste momento. Curiosamente, la noche que pasé —es un decir— con Elsie me llevó a vivir una mayor intimidad con Carol Mork y nos hizo más fuertes todavía. Recuerdo la despedida en la puerta del Greyhound y conservo la carta que llegó a mi casa, en Lima, antes de que arribara yo, porque los responsables del intercambio decidieron que parte de la experiencia del viaje incluyera la visita a las grandes ciudades de la costa este. Cuando llegué a Lima, mi madre me esperaba con la carta de Carol Mork en la mano.

Los domingos, gracias a una ardua negociación, lograron convertirse en días felices. Los Schierholz se habían preocupado por encontrar una familia católica que me llevara a misa, cosa espantosa, en realidad, porque la misa era seria, aburrida y en latín. Carol Mork era luterana, como lo eran Paul, Dave y Carol. Entonces, yo decidí cambiar a la familia católica que me asignaron, ir a la misa de los luteranos y, así, poder estar cerca de Carol Mork y escucharla cantar. La ceremonia religiosa de los luteranos era muy parti-

cipativa. Después de ella, pasábamos a un salón a comer unos lonches matutinos extraordinarios y recién volvíamos a casa pasado el mediodía. En un primer momento, los Schierholz no llegaron a entender mi actitud. Ignoraban que los latinos o los peruanos, o yo, en todo caso, éramos muy laxos religiosamente y que no nos tomábamos a pecho aquel ritual de la misa. Yo venía de un colegio laico, además, donde nunca hubo capilla y menos aun un crucifijo en la entrada del local ni en cada una de las aulas. La gracia era estar con Carol Mork. Ella se arreglaba los domingos y su peinado tenía algo de bombé, con un cerquillo muy fino. Sus ojos azules resplandecían y los fierritos correctores de la dentadura brillaban a través de una luz que era capaz de ingresar con amplitud por aquellos ventanales. Me encantaba escucharla cantar. Todos cantaban, todos estaban felices, y después de la ceremonia venía el chocolate, los pastelitos, los *sandwichs* y las *cookies*.

Yo dejé de tener noticias de Postville por mucho tiempo, a pesar de que tres años más tarde, a raíz del matrimonio de mi hermana Diana en la ciudad de Boston, volví a ver a Paul. Mi hermana se casaba también rodeada de nieve y yo regresaba por segunda vez a los Estados Unidos. Dicho y hecho: yo era mucho más cosmopolita que Paul, pues vivía en Lima, ciudad pobre y fea quizá, pero ciudad. Para él, en cambio, se trataba de la primera ocasión de salir del Corazón de América y pisar tierra firme en una de las grandes ciudades de la costa este.

Cuando llegué a Boston, lo llamé por teléfono; y apenas lo llamé, Paul tomó el avión para visitarnos un fin de semana de locos, excesivamente movido. Mi papá, a quien por aquellas épocas no le iba mal económicamente en un Perú que no había sufrido aún su primera y traumática devaluación, se permitía algunos gustos. Fue así como Paul llegó a ir al teatro, a cenar en el hotel Ritz Carlson y ser invitado a una fiesta que el profesor principal de Roberto Canales, el novio de mi hermana, le daba en su honor. Roberto era un alumno brillante del MIT y, para estar becado, debía mante-

ner un ritmo exigente de estudios. Recuerdo que Paul, alto como una palmera, rubio y con sus ojos azules y la boca abierta, no supo qué responder cuando un profesor le preguntó a mitad de la reunión: “y qué demonios hace usted aquí si viene de Iowa...”. Iowa era como Andahuaylas, ni más ni menos, pero en Iowa una sola familia era capaz de ordeñar treinta vacas dos veces al día. Paul pudo habérselo dicho, pero no lo hizo de puro educado.

Paul estuvo alojado en el pequeño departamento de estudiante pobre que Roberto compartía con Ladizlao Rázuri, un compañero chileno. En esos días su amigo había partido para dejar a Roberto solo en sus preparativos matrimoniales, y la oportunidad la aprovechamos nosotros para introducir al gigante de Paul, que se volvió más gigante aún porque Roberto era chaparro, bastante nervioso, un fumador empedernido, gran conversador y muy inteligente. Primer asombro: Paul se había liquidado de un solo sorbo la leche que Roberto guardaba para todos sus desayunos de la semana. De un sorbo, Roberto no lo podía creer; de un tirón, como si fuese un porongo. Roberto, estudiante y pobre, se casaba y se preguntaba quién rayos era este gringo intruso en su departamento. Era el amigo de su futuro cuñado (a quien también acababa de conocer) y él necesitaba tiempo para poner demasiadas cosas en orden. Roberto estaba realmente furioso.

En 1989 fui profesor visitante durante un semestre en Cornell College, una institución fundada a finales de mil ochocientos, a unas veinte millas de Iowa City. Volvía a Iowa, no lo podía creer. Retornaba al Corazón de América. En esa oportunidad lo hice con mi hijo Gabriel. Viajamos de Miami a Chicago y el vuelo de Chicago a Cedar Rapids prácticamente lo hicimos en una avioneta. No puedo olvidar el origen de aquel segundo viaje a Iowa. Yo daba una charla, en plena época senderista, en la Universidad de Huamanga, en Ayacucho, y apenas la concluí los asistentes se hicieron humo, llenos de pánico de andar por las calles a esa hora, con la excepción de un norteamericano que había estudiado

justamente en Iowa y, más precisamente, en Cornell College. Los dos nos fuimos a beber unas cervezas hasta las diez de la noche, hora en que empezaba el toque de queda, y le conté que de los Estados Unidos a mí me gustaba Iowa. Él me confesó que había estudiado en un *college* de ese estado y si yo lo deseaba era capaz de organizarme una estancia de un semestre o de un año.

A raíz de una conferencia que di en el *college* salió una nota en el periódico de Mount Vernon. Esa nota la leyó mi mamá del intercambio en Postville, y como ella conocía la mejor manera de ponerse en contacto conmigo, lo hizo sin dificultad. Yo fui a visitarla un mes después. Carol, la hermana menor, vino a buscarme en su camioneta. Estaba casada y tenía dos hijos tan intensamente rubios como ella. En un tiempo prudente llegamos a Postville, donde se habían mudado mis padres del intercambio. Dave, el hermano mayor, vivía ahora en la granja con su propia familia. Mis padres del intercambio, bastante mayores, se habían mudado al pueblo y yo los vi rejuvenecidos, como si estuvieran dispuestos a vivir unos cincuenta años más por lo menos.

Dave no tenía las luces de Paul. La vida suena injusta porque, a decir verdad, Paul era brillante. Cuando fui a visitarlo, un mes después, a Colorado Springs, Paul me hizo un apretado resumen de su vida. Me contó que al salir del colegio estuvo unos años trabajando en la granja con su padre. Había trabajado tanto allí, desde los doce o trece años, que llegó a odiar la vida del campo, la granja, las treinta malditas vacas y la rutina implacable de levantarse a las cinco de la mañana, incluidos los sábados y los domingos. Padre patrón, algo así como la película italiana que vimos todos después. Un buen día, Paul abandonó a su padre y partió a estudiar Química en la Universidad de Michigan. Al terminar sus estudios de maestría, ingresó a trabajar en Dupont, pero tiempo después se interesó en continuar sus estudios de doctorado y abandonó aquel puesto. Dave, en cambio, se quedó para siempre a vivir en la granja.

Cuando fuimos a visitarlo lo encontré envejecido. Me enteré de que había luchado en la guerra de Vietnam (cosa que no hizo Paul) y de que nunca hablaba del asunto. Nadie sabía a ciencia cierta qué tal le había ido, si sufrió o si estaba traumatizado. Yo le reconocí al vuelo su aire simplón, sus mismas bromas de hermano mayor, pero al mismo tiempo su enfado con la vida por no haberle permitido surgir como Paul. Paul era un marciano para ellos. Vivía en Colorado Springs y había dejado de ser granjero.

El drama de Dave, sin embargo, era otro. Su hija mayor había sufrido un accidente automovilístico el mismo día de la fiesta de promoción de su colegio. En aquella carretera rural, la que bordeaba la granja, donde nosotros esperábamos el ómnibus amarillo del colegio y yo husmeaba desesperado el buzón para ver si había alguna carta de mis padres, su enamorado, en aquella noche, se salió de la ruta y el auto resbaló hacia el costado, volteándose. El hecho es que su hija yacía en coma desde hacía varios años, en el hospital de un pueblo cercano. Dave tenía cuatro hijitos, bonitos y bien alimentados, pero ninguno de ellos fue capaz de aliviar la pena. Años después me enteré de que Dave había vendido la granja y de que su destino era incierto.

Felizmente que mi mamá del intercambio me había mostrado una fotografía de Paul tal como estaba entonces. De otra manera no hubiese sido capaz de reconocerlo. En vez de rubio, estaba canoso. Se mantenía alto, delgado y atlético. Los dos andábamos por los cuarenta y dos años, pero habían pasado sus veinticinco largos años sin vernos. En el aeropuerto de Denver logré distinguirlo y me oculté detrás de una de las columnas. Cuando pasó cerca, me escondí un poco más y al tenerlo a tiro de piedra me abalancé sobre él por la espalda y lo cogí del cuello tal como acostumbraba hacerlo en el establo del Corazón de América. Le grité emocionado, con la misma fuerza como lo había hecho siempre: "*the indian is back!*". Yo era el indio. El indio de *down there*, de *Latin America*, el Indio Fernández, el de los Andes. Nos abraza-

mos y salimos a buscar su auto, un viejo Cadillac, no viejo al estilo limeño, sino viejo porque no era del año.

“No soy tan rico como lo fui hasta hace poco —me dijo, mientras salíamos lentamente del *parking*—. Lo perdí todo. Hice una mala apuesta y respaldé mi inversión con mis propiedades. Ahora tengo que hacer todo el recorrido otra vez y, como ya lo conozco, me da una flojera horrible. No puedes imaginarte lo penoso que resulta hacer las cosas cuando ya las has hecho antes. Y no tengo nada que demostrarles a estos jóvenes. Cuando una cosa así le ocurre a alguien en los Estados Unidos —me precisó—, esa persona se marcha. No acepta que ha fracasado. Pero yo me quedé. Yo me quedé para demostrarles que soy capaz de resurgir”.

Durante los días que estuve en su casa, Paul me contó lo duro y exigente que había sido su ascenso social. Muy pocas personas creían que él provenía de Iowa. Paul jugaba golf, actividad necesaria en este proceso de movilidad social; vestía sport elegante, se conservaba en forma (un empresario no puede engordar o morir de un infarto, me dijo en una oportunidad, porque sería un mal empresario si dejase a su esposa viuda y a sus menores hijos huérfanos) y era miembro de un club de no más de quinientas personas. Cuando le conté que en Lima yo era socio de un club que tenía más de quince mil socios, me respondió con su sonrisa de gringo buenote del *midwest*: “Eso no es un club, es una ciudad”.

Paul vivía en una amplia casa de Colorado Springs, con Linda, su segunda esposa. Con su primera esposa tenía cuatro hijos y con Linda dos. “No soy un americano promedio”, me dijo, “pero las personas inteligentes tienen el deber de procrear para que sus hijos sean útiles al país”.

Retengo un día importante de mi visita a Colorado Springs. Fuimos a una colina que no tenía ningún valor natural, pero sí un gran valor especulativo. Paul continuaba en el negocio del *real state*, pero como enganche, sin dinero propio. Era la persona que pactaba la cita con el propietario del terreno, por ejemplo. En esta

oportunidad, con el propietario de la colina agreste y sin ningún valor natural, el representante del banco y el inversionista. Yo seguí con mucha atención esa experiencia porque se trataba de un tema urbano que en esa época despertaba mi interés. El valor de la colina aumentaba si tomábamos en cuenta que hacia una de sus laderas se encontraba un exclusivo club de golf y hacia la otra ladera no se podía urbanizar o construir porque ahí estaba plantada, como una estaca, una vieja e inamovible guarnición militar. La colina se erguía en un terreno rocoso y baldío. La recorrimos varias veces. Al tanto de las conversaciones, empecé a imaginármela en un futuro cercano: casas amplias, árboles frondosos, un sofisticado ambiente natural. Su expansión se orientaba hacia el club de golf. La venta de las casas sería a un valor cinco o más veces mayor que la inversión. Paul, el banquero, el propietario y el inversionista discutían y recorrían la colina. Al final, Paul me dijo: “Si la viera mi padre, diría que esta tierra, en comparación con la de Iowa, no vale nada. No soltaría un centavo. Pero él ignora que esta colina rocosa y reseca vale mil veces más que su granja, en la que ahora se ahoga Dave”.

Después me preguntó por Carol Mork.

“Vive en Des Moines”, le respondí. Pero mira cómo son las casualidades. Cuando estuve en Postville, justo había llegado por unos días para los preparativos del matrimonio de su hija. Tu mamá me dijo que Carol estaba en la ciudad y me preguntó si deseaba verla. Verla no, le respondí a tu mamá. Pero le dije que sí me gustaría hablar con ella por teléfono.

Una boda, un amigo, *Georgie Girl*

Yo tenía que ir a Vermont de todas maneras... En aquellos tiempos ya había leído el poema de César Calvo, aquél que empieza con estos versos tempranos: “Me han contado también que allá las noches / tienen ojos azules / y lavan sus cabellos en ginebra”. No estoy seguro de que Calvo haya pisado estas tierras blancas porque su poema se sostiene en constantes preguntas. “¿Es cierto —indaga— que allá en Vermont, cuando sueñas, / el silencio es un viento de jazz sobre la hierba?”. El poeta pregunta y pregunta: “¿Es cierto que allá en Vermont los geranios / otoñan las tristezas?”. “¿Es cierto que allá en Vermont es agosto/ y en este mar, ausencia...?”. Hace poco, leyendo la última novela de Paul Auster, *El libro de las ilusiones*, tomo conciencia de que el narrador de aquella historia es un profesor de literatura que vive en Hampton, un pueblo ubicado en Vermont, antes del fatal accidente de aviación en el cual mueren su esposa Helen y sus dos pequeños hijos. Los nombres de los pueblos con frecuencia se me borran de la memoria. La capital, no lo he verificado en la enciclopedia, creo que es Burlington, y el *college* al que fui por un fin de semana estaba en un pueblo cuyo nombre tiene reminiscencias indias: Winooski. Vermont queda arriba, bien arriba, es frontera con Canadá y debe estar la mayor parte del año taponado de nieve. Yo tenía que ir, porque en Vermont mi amigo Vicente Bustamante estudiaba su bachillerato en Administración de Negocios en Saint

Michael's College, una institución superior exclusiva para varones y regentada por curas.

Mi hermana Diana se casaba en Boston con Roberto Canales, el inteligente y esforzado estudiante colombiano del MIT. La vida de mi futuro cuñado, a mi manera de entender, era una historia digna de ser contada. Su madre, la querida señora Maruja, bellísima y jovencísima, se casó a escondidas con un joven apuesto, pero también dispuesto a echarlo todo a perder gracias a su pinta y simpatía. Era lo que se conocía entonces como un tarambana. Ella quedó, muy joven, abandonada y con dos hijos: Roberto y su hermano Gonzalo, quien, a la larga, terminó por parecerse bastante a su padre, pues llegó a desaparecer y hoy es tenido por muerto después de no haber dado señales de vida al cabo de varios años de un viaje que hiciera a Los Ángeles. Roberto fue pobre desde niño. Su madre fue recibida con sus dos hijos, a la manera latinoamericana, en la casona materna de los Múnera, y uno de sus tíos solventaría los gastos educativos siempre y cuando fuera un buen alumno, cosa que Roberto tuvo en claro mucho antes de alcanzar la edad de la conciencia y desde la primaria hasta el último año de su doctorado en Ingeniería Eléctrica en el MIT.

Diana, cuando llegó a Boston a los veinte años, acompañada de su amiga Joyce Fuentes, encontró en Roberto no solamente amor, sino comprensión y consejos de sobrevivencia, muy necesarios en una ciudad de las dimensiones de Boston, especialmente cuando ella y Joyce decidieron no regresar al Perú. En un principio, habían ido por un año a las casas de familias que Gilda Devescovi, una amiga de nuestros padres, había designado. Aprenderían inglés, conocerían otros mundos, otras costumbres y luego regresarían a Lima a proseguir con los mundos y las costumbres de nuestras familias y las de esta húmeda ciudad. No sé bien cuáles hayan sido los valores de la familia Fuentes, pero mi hermana debe de haber sentido el peso de la conciencia de que si se quedaba en Lima su vida iba a tener un simple y sencillo derrotero. Ade-

más, una vez que había vivido en Boston, le resultaría difícil hacerlo en Lima. Después de ese año en casa de los Guralnic (una bondadosa familia judía), Diana tenía que enfrentar varios retos si es que pretendía quedarse a vivir en Boston: conseguir su carta de residencia, buscar trabajo y un apartamento donde vivieran las dos.

Apenas estuvieron en Lima se pusieron a hacer los trámites que las regresara otra vez a Boston. Las recuerdo a las dos siempre cuchicheando, haciendo diligencias, buscando contactos, dinero e influencias para regresar, pero esta vez con el afán de irse para siempre. Mi abuela, claro, mi abuela, le dio el dinero para el pasaje. Muy conscientemente la invitó a irse. Lo más difícil era encontrar una persona realmente norteamericana que la recomendara para sus documentos de residencia. Diana tuvo suerte, porque justo estuvieron de visita en Lima los padres de Lu Anne Winslow, una gringuita de Tampa que estuvo con nosotros en el intercambio ocupando el lugar de Paul Schierholz. Mi amigo de Iowa, hasta el día de hoy, jamás ha salido de los Estados Unidos. Lu Anne, en cambio, se ganó con el intercambio y en 1965 sus padres visitaron Lima por una convención de médicos. Diana, ni corta ni perezosa, se le acercó y le contó acerca de sus planes y de la imperiosa necesidad de que una persona como él la presentara, la garantizara y la respaldara. Tuvo suerte y obtuvo su carta de residencia.

Joyce no tuvo la misma suerte. Escogió a una persona buenísima, pero injustamente sospechosa para el servicio de inmigración norteamericano. Primero, vivía en Lima. Vivía, recuerdo, en un edificio que hacía esquina entre la Javier Prado y la avenida Petit Thouars, en una época en la que sólo los solteros, los divorciados y las personas modernas vivían en edificios. Segundo, era gringo, pero de origen cubano. Yo lo conocí siempre viejo, pequeño, fumador, simpático, con un aire no tanto cosmopolita o mundano, sino de aquella persona que viene de fuera, que no ha hecho suyas las costumbres de la ciudad. A Joyce le negaron la visa. Howard Mattox era el padre de una gran amiga de las dos y no fue capaz

de pasar el examen de la administración americana. Qué pena, qué vergüenza, pero qué humano también, porque ese señor siempre viejo, pobretón, extranjero por donde se le mirase, no tenía las condiciones necesarias para respaldar y garantizar. Joyce, furiosa, recurrió entonces a los contactos bien por arriba, aprovechando que el cardenal Juan Landázuri Ricketts era pariente suyo por rama materna. El mismo cardenal llamó por teléfono a su homólogo, el cardenal Cushing, en Boston, mientras Joyce buscaba con el señor Dusemberry, asesor de finanzas del presidente Johnson, el espaldarazo final. Allí sí que obtuvo su carta de residencia. Después de un año de estar en Lima, mi hermana Diana y su íntima amiga Joyce partieron hacia los Estados Unidos.

Durante mucho tiempo tuve un juicio equivocado de Diana. Como no había realizado estudios superiores, como nunca se jactó de ser una intelectual, ni siquiera una mujer doméstica y de su casa (cosa que es), yo la tildé de conservadora o, en todo caso, de poco rebelde o contestataria. Diana se había ido a los Estados Unidos no a buscar una vida mejor, sino a dejar la de Lima. No es que se fuera encandilada por la vida americana. Se marchaba porque no le gustaba la vida banal o simple o tonta de su propia ciudad, ciudad a la que, sin embargo, siempre regresa, y ahora con más ganas que nunca. Diana se fue cuando ya estaba instalada la euforia de Los Beatles, el auge de Los Rolling Stone, las comunidades *hippies*, la explosión de la poesía beatnik y, por supuesto, los incesantes bombardeos con napalm en Vietnam y las revueltas universitarias. Diana llegaba a los Estados Unidos bajo el resplandor de los incendios raciales de Mississippi, en 1964. Atravesó, es cierto, todos aquellos conflictos sin inmutarse, instalándose en un nuevo ambiente, dejando el suyo, dispuesta a armar su vida natural, sana y ordenada fuera de Lima.

Mis padres, Beatriz y yo fuimos a la boda de mi hermana Diana en aquel enero de 1967. Una vez en Boston, nos instalamos en el apartamento que ella compartía con Joyce, un miniapartamento

muy bien cuidado, pero que de dos personas medianamente cómodas pasó a alojar a seis.

Desde ese momento, hasta ahora, cada vez que viene de visita a Lima, siempre le he preguntado por qué se fue, por qué quiso irse al cumplir los veinte años, casarse y vivir fuera, cosa que ha hecho en los últimos treinta y ocho años, porque Diana se fue por primera vez en enero de 1964.

Yo tenía que escaparme un fin de semana de los ajetreos de la boda y visitar a mi amigo Vicente. Hacía tres años que se había marchado de Lima y había regresado eventualmente por algunos días en julio o agosto, tal como lo había hecho el enamorado de Diana en su momento, un joven boliviano llamado Jorge Zalles, estudiante en Yale. Jorge Zalles fue el único enamorado que tuvo mi hermana entre los dieciséis y los veinte años, y cuando rompió con él viajó inmediatamente a los Estados Unidos. Esa pudo ser la razón, lo he pensado numerosas veces. Querer salir del ambiente atosigado de un enamoramiento que la alejó de otros pretendientes. Puede ser verdad, pero no la suficiente. Mi hermana, aunque ella no se lo haya planteado, no estaba hecha para vivir en Lima. En uno de sus últimos viajes, le dije que si se hubiera casado con un peruano, estaría divorciada. Y no por culpa de ella, claro que no; yo pienso, más bien, por el tipo de matrimonio que se da entre nosotros, en donde la pareja acaba siendo devorada por su entorno y la libertad desaparece y la individualidad no existe y una mujer termina calcinada en una agenda social que le dice muy poco.

A la boda también asistió la madre de Roberto. Era una señora encantadora, inteligente, sensible, y guardaba muy en secreto aquel dolor sentimental contraído en su juventud. Roberto era el hijo de sus ojos. De alguna manera, era como el Abel bíblico, bueno, generoso, cuidaba de ella e incluso de los hijos de su hermano, a quienes costó su educación. La educación es para Roberto la tabla de salvación y él la había recorrido de un extremo

a otro con verdadera devoción. Confiaba en el conocimiento, en la inteligencia, en el saber. Aprender era un don y una alegría, sobre todo si se razonaba matemáticamente, lógicamente, claramente, sin dogmas, sin miedos, sin diplomacias, porque Roberto —a pesar de su tamaño chaparro y sus modales finos— concebía la vida como una lucha, lucha que había que ganar, ya que los problemas estaban colocados como asuntos que tenían solución; los problemas existían sólo para ser resueltos. Esa era la gracia, y sonreía naturalmente, pues su sonrisa ha iluminado siempre su rostro redondo, adornado por una perita, ahora blanca y en aquel entonces, cuando lo conocí, bien negra.

Tomé un Greyhound y me fui a Vermont. Si dejo libre mi memoria recordaré un camino estrecho y cercado de pinos, numerosos pinos que convertían el paisaje en un interminable bosque. El trayecto no debe de haber sido muy largo y recuerdo a mi amigo Vicente, desde el primer día, preocupado por hacerme pasar sin permiso al *college*, porque entrar a Saint Michael no era nada fácil y dormir allí mucho menos. Vicente estaba acompañado de dos peruanos que eran casi como de su familia, arequipeños los dos: el gordo Javier Landázuri y el gordo también, debo decirlo, Jorge Santistevan de Noriega, a quien he conocido en tres diferentes etapas de su vida: como nadador, como actor teatral y como el primer y exitoso Defensor del Pueblo que hemos tenido. A ellos se añadían el colombiano José Vicente Pombo y el nicaragüense Carlos Reyes. Carlos Reyes era nada menos que el compañero de cuarto de Vicente y tenía que caerle bien porque yo iba a dormir en ese cuarto, sea como fuese, no había otra posibilidad, y lo haría en la misma cama de Vicente.

El gordo Landázuri tenía más años, más recursos, más viveza y era una especie de líder de este grupo de latinos bacanes, porque Pombo era Pombo, de buena familia colombiana y Reyes sería un somocista, imagino, un hijo de terratenientes, un rico nicaragüense, porque en Saint Michael solamente estaban los gringos con pla-

ta y los latinoamericanos con mucha plata. Lo mejor de todo, y esto sí que lo recuerdo clarísimo, era el amor entregado de Jorge Santistevan por Julie, una chica linda y muy blanca que trabajaba en la repostería como camarera atendiendo a estos estudiantes a la hora de los refrigerios, a quien ciberaban, pero que no se enamoraban de ella como sí lo hizo Jorge. Era un amor idealizado, buenísimo y ojalá correspondido, porque no hay como un amor correspondido y no existe tragedia igual a los que no lo son. El gordo Landázuri se encargaba, en cambio, de las pequeñas timbas, del taco, del billar y lograba que Vicente, en aquel tiempo un jugador regular, ganara algún dinero. Como siempre, su padre lo mantenía a raya económicamente, y Vicente, estructuralmente rico, vivía paradójicamente ajustado. Aquel sábado, recuerdo, jugó al billar y ganó un buen dinero con el cual nos fuimos al Red Dog, el bar de la muchachada del Saint Michael, frecuentado, entre otras chicas de su edad, por Shirley Castella, una gringuita de la que yo me enamoré como si fuese el mismo Jorge Santistevan, porque era más pobre y más bonita que Julie, vivía en un tráiler pobrísimo con su madre y su hermano, una especie de *macró* del *Far West* que se escarbaba los dientes todo el tiempo con un cuchillo y arrojaba las latas vacías de cerveza por la ventana del tráiler al gran basural que era todo aquel entorno. Al Red Dog recuerdo haber ido solamente con Vicente, conversado mucho con él, haber tomado muchísima cerveza y haberme mostrado un poema garabateado por él mismo en una hoja usada y que luego leí por segunda vez, calmado, cuando fue publicado en *The Quest*, una publicación literaria del *college* en la primavera de 1968. El poema, breve y de estrofas escalonadas, se llamaba “An Injustice”.

Esa noche conocí a Shirley Castella. Si deseo recordarla, lo mejor que puedo hacer es cerrar los ojos, aspirar profundamente y reconocer que lo único que recuerdo es su sonrisa, su alegría, sus ágiles movimientos, sus ganas de vivir, sus desequilibrios emocionales con los muchachos del *college*, porque de su cara y de su

cuerpo no retengo casi nada, sólo un bosquejo, una sombra, una luz. Se sentó a nuestra mesa, bien ubicada entre los dos, Vicente y yo le cogimos cada uno una pierna y dijimos al unísono “es de los dos”, porque éramos capaces de compartir lo más íntimo de nosotros. Shirley besaba primero a Vicente y después a mí, y los tres nos matábamos de risa. Quedamos en que pasaría por ella el domingo por la tarde para ir al cine, Vicente me daría las coordenadas. Después de una hora larga de estar besándonos, desapareció entre el humo denso de aquel bar. Simplemente se fue, siempre riendo, gozando de la brevedad de la noche, atolondrada por la música, queriendo enamorarse de un alumno del *college*. Vicente la conocía, la quería y sentía una profunda pena por ella, porque se parecía a las maroquitas de Lince, a esas chicas que se enamoraban de la idea de enamorarse de uno de esos chicos, y ellos duro con ella, un beso, un chape, un agarre, un polvo, una eventual llenada. El destino de Shirley estaba escrito en su frente, y Vicente y yo sabíamos que “an injustice” era también válido en su caso, que ella era la juega de una simple noche y podía acabar buitriada en un costado de la carretera.

Mi amistad con Vicente siempre estará rodeada de un hálito misterioso, porque desde esas épocas estudiantiles nuestras vocaciones se orientaban hacia caminos distintos. Él sería un hombre de negocios, un empresario, y yo alguien interesado en escribir. Hay dos hechos, sin embargo, que iluminan ese enigma y muestran nuestra sólida amistad tal como exactamente es. Vicente tuvo tres accidentes y tres veces se rompió, no la pierna, sino las dos piernas. Una vez, de muy chico, yendo a Arequipa, el auto se incrustó contra un camión detenido con las luces apagadas en plena carretera. La segunda vez fue en el balneario de Arequipa, en Mejía, y la tercera conmigo, cuando íbamos al colegio, castigados, y por jugar rozó mi bicicleta y al caerse volvió a romperse la pierna, ya mil veces rota, y lanzó tales gritos de dolor que hasta hoy soy capaz de escucharlos. Siempre he pensado que su cojera y mi

tartamudez nos han unido, pues hemos visto la vida no como unos muchachos establecidos en la comodidad de la sociedad y sí como dos niños, como dos jóvenes y como dos adultos desde su lado vulnerable. El segundo hecho fue su poema. Vicente fue capaz de escribir un poema y publicarlo, mostrarse y enseñarse tal como es.

Logré ingresar a Saint Michael y ahora debía evitar ser visto por el último tramo de la vigilancia, ya en los cuartos, cuando entraban a verificar que no hubiese una chica del pueblo. Me pasé un buen tiempo parado sobre el retrete, esperando a que llegara el vigilante a hacer su inspección y, una vez que se marchó, entré por fin al cuarto y me dispuse a dormir la borrachera en la cama de Vicente. Fue otro encuentro con la intimidad de nuestra amistad, espalda contra espalda, intentando no roncar y no fastidiar a Carlos Reyes, quien a regañadientes, había aceptado mi presencia en el cuarto. El desayuno nos presentó otra vez a Julie, amable y servicial y buscando, así espero, el impaciente amor de Jorge. Le gustaba conversar con los muchachos en cada una de las mesas, coquetear, inspirar sueños, cuando los únicos sueños reales eran los de Jorge. Vicente tenía que estudiar a Ovidio —vaya estudios de Administración de Negocios (hasta ahora me confiesa que lo que más recuerda es *Las metamorfosis* de Ovidio)— y le parecía estúpido que me marchara al cine con Shirley Castella.

El domingo, en cualquier pueblo norteamericano, es totalmente diferente del sábado. Es un día hogareño, callado, casi mudo si cae nieve. Seguí las indicaciones de Vicente y caminé por un pueblo abandonado, y ya por las afueras, luego de bajarme del ómnibus, distinguí los tráilers parecidos a los de la película *Urban Cowboy*. De tráiler en tráiler, esa fue la parte más difícil, intenté distinguir el de Shirley. El de Shirley, el de su madre, el de su hermano y el de su abuela, toda la familia del Gran Chaparral, pobre y arrojada a su suerte. Allí vivía, Dios mío, esta chica maravillosa de diecisiete años. La saqué rápido y nos fuimos al cine a ver

Georgie Girl, donde actuaba la hermana de Vanessa Redgrave, Lynn Redgrave, y Alan Bates, actor al que vi muchos años después en una obra teatral en Londres, con el afán, seguro, de volver a recordar a Shirley. El cinema estaba calentito y nos instalamos allí a besarnos en las dos funciones continuadas en que estuvimos, porque adónde íbamos a ir un domingo con nieve y sin nadie en las calles que no fuese a un cinema. Salimos con los labios destrozados, sonrojados, felices y nos fuimos de regreso al tráiler, donde Shirley volvería a ser la hija del minero, de los vagabundos durante toda una semana, de lunes a viernes, esperando ansiosa la llegada del sábado en el Red Dog, y del domingo, quizá, cuando yo ya no estuviese. Daría vueltas, cientos de vueltas, intentando alejarse del Gran Basural, cerca y lejos de *Georgie Girl*, tan nostálgica como la música de fondo del film, el *soundtrack* que le dicen ahora, así de fuerte y de duro y de ingrato como suena esa palabra: “the soundtrack of *Georgie Girl* o de Shirley Castella from the Red Dog”, algo así como el “Benny Blanco from the Bronx...” del *Carlito’s Way*, la película de Brian de Palma. Ese romanticismo de la cita única, de vivir gran parte de tu vida soñándola y recreándola, imaginando qué será de Shirley Castella después de treinta y cinco años.

Me perdí muchas actividades de aquel fin de semana en Boston, ya lo sé, pues las actividades previas a la boda de Diana y Roberto fueron numerosas, incluyendo la visita de Paul Schierholz. Pero yo tenía que ir a Vermont a visitar a Vicente, porque después de este viaje vendrían mis estudios de Ciencias Sociales en la Universidad Católica, conocería amigos que se los presentaría, los bares, los burdeles, las conversaciones literarias, los amigos de otras clases sociales, los cuestionamientos, hasta llegar a las primeras, apasionadas y apacibles citas con Marcia. Primero Marcia, Vicente y yo, los tres juntos, Marcia y yo acompañando a Vicente en su proceso de adaptación a Lima a las semanas de su regreso definitivo: luego Marcia, Meche, Vicente y yo. Todo tenía coherencia si

se incluía Vermont, ese territorio siempre nevado donde Vicente forjó una personalidad fuera de su casa y de su medio.

Me perdí muchas actividades, cierto, pero logré conocer a Roberto y a su mamá, descubrir el respeto que le tenían sus profesores del MIT. Roberto estuvo becado siempre, siempre estudió, siempre luchó, no entendía a mi papá cuando, de puro educado, no quería polemizar, poner los puntos sobre las íes. Roberto era mechador, claro que sí, era combativo, discutiendo, sobre todo si tenía el razonamiento de las matemáticas; vi las ganas que le puso a su matrimonio, cómo logró terminar su tesis de doctorado una vez casado y, en ese apartamento en Belmont, cómo Diana, después de aquel inicio laboral como empleada en la sección joyería de un gran almacén, adquirió solidez y soltura, y se fueron haciendo paulatinamente de un sitio en aquella ciudad de más de cinco universidades. Sí, lo sé, no estuve en las festividades de aquel fin de semana, pero de no haber ido a Vermont no hubiera sabido que Vicente escribió aquel único poema. Hubiera sido una verdadera injusticia, claro que sí, no nos hubiésemos besado, hasta destrozarnos los labios, Shirley y yo.

Más allá del Atacama

En 1971, el representante máximo de la narrativa chilena, José Donoso, escribía en su *Historia personal del boom*: “En Chile, país pobre, orgulloso, igualitario, legalista, el peor pecado es parecer pretencioso, así como la mayor virtud es la sencillez”. Donoso escribía estas líneas antes del golpe militar de Augusto Pinochet, ejecutado brutalmente el 11 de setiembre de 1973, y lo hacía casi en los mismos momentos en que yo, con mis dos grandes amigos del colegio, Vicente Bustamante y Andrés Vernal, nos internábamos por el desierto de Atacama en el recordado Fiat color mostaza.

Han pasado treinta y dos años de aquellas palabras de Donoso y de aquel viaje de juventud que hice con Vicente y Andrés. Mucha agua ha corrido bajo los puentes en la relación de estos dos países que no han sido capaces, del todo, de encontrar caminos para superar las heridas de la Guerra del Pacífico, allá por 1879. El hecho de tener a toda mi rama materna en la frontera sur siempre me ha hecho vivir la experiencia chilena en forma apasionada, pero siempre he dicho, cuantas veces me lo han preguntado, que entre los dos países hay una especie de atracción fatal, de complementariedad cultural, pues así como a nosotros nos asombra su orden, su disciplina y su seriedad, a ellos les encanta nuestro desorden, nuestro sabor, nuestra apocalíptica manera de existir.

El viaje que hice en 1971 con mis dos grandes amigos del cole-

gio fue el inicio de una serie de visitas al país del sur en las décadas siguientes, pero como fue el primero, estoy seguro de que es aquel del que más me acuerdo. Lo hicimos en auto. Como yo no manejaba en ese entonces, me tocó cumplir el papel de copiloto: ser la persona encargada de entretener a los que sí lo hacían. Al no manejar, tampoco gozaba del derecho de recostarme en el asiento de atrás para echar una cabeceadita. Porque no trabajaba en aquellos años, no estaba en capacidad de pagar la gasolina del viaje, pero, a cambio de viajar gratis, debía conversar sin parar: mi misión era entretenerlos, no dejarlos dormir cuando estaban con las manos en el timón. Tan a pecho debí de haberme tomado mi papel, que propicié, en plena carretera Panamericana, que Andres se desviara 100 kilómetros y termináramos en los alrededores de una base naval chilena. Recuerdo que le contaba el drama de Vincent van Gogh y Paul Gauguin, oreja de por medio, inicio de la locura, final de la amistad, apogeo de la pasión, logrando que Andres, el gran amigo práctico por excelencia, el amigo materialista, que siempre dudó de los fines que se persiguen a través de la poesía, y ayudándome siempre, sin embargo, para que pudiera publicarla, se desviara del camino por escuchar atentamente esta historia de artistas, amigos, locura y pasión, y estuviera a punto de precipitarse al mar.

En el 2002 las cosas han cambiado radicalmente. Chile no es más un país pobre (es el más rico de la región), sigue siendo orgulloso, ha dejado de ser sencillo y se ha convertido en una potencia pretenciosa. En el 2002, los migrantes peruanos que radican en Chile son tratados peor que los rotos, incluso peor que los cholos, pues son insultados, a veces, como indios culeados. En 1971, en cambio, llegamos a Chile durante el gobierno de Salvador Allende, justo en un momento de incertidumbres, de grandes cambios, de muchas ilusiones, pero también de profundas polarizaciones políticas. Desde aquellos años a la fecha, podemos decir que Chile está dividido en dos. Mi destino, como siempre, me llevó al lado de

la derecha, al de los momios, porque en Santiago debíamos visitar a la familia Olivares, los parientes chilenos de mi amigo Vicente.

Cuando llegamos al fundo de los Olivares, lo hicimos exhaustos, el viaje había sido larguísimo, interminable. Mis historias se habían agotado en los casi 4 mil kilómetros de recorrido entre Lima y Santiago. Claro que hicimos una buena pascana en Arequipa, incluso fuimos a Mejía, la Perla del Pacífico, el balneario donde Vicente había pasado una adolescencia feliz. De Arequipa a Tacna y de Tacna a Antofagasta, el trayecto invitaba al sol a sangrar y a caer como un caldero sobre nuestras cabezas. El calor se volvía asfixiante. En Antofagasta hicimos un poco de turismo, caminamos por un malecón del cual aún recuerdo un viento agradable, refrescante, al caer la noche. Atacama era el gran tramo del viaje, el espacio perdido en la tierra, el desierto sobre el cual escribiría mucho tiempo después el poeta Raúl Zurita. Pero en aquel entonces, como ahora, está exacto a sí mismo: como si hubiesen arrojado sobre la tierra un enorme manto marrón, como si fuese un velo turbio, encargado de proteger los cimientos, los secretos, los muertos que yacen bajo la superficie. De Atacama no recuerdo otra cosa que el desierto. Ni siquiera un pájaro o el olor del mar. Desierto y cielo. Y una carretera recta, hasta el fondo, atravesando el horizonte. De norte a sur, a Atacama se ingresa por Antofagasta y se sale por La Serena. De La Serena a Santiago el viaje se vuelve breve, un suspiro, pues todo viajero sabe que lo peor ha pasado. Atravesar un desierto es como engullirse un cerdo. Lo llevas dentro, te envuelve, te embota, te hace ver lo que no ves, palpas lo fugaz, lo que desaparece entre tus labios. “Voz insufrible, diseminada / sal substituida / ceniza / ramo negro / en cuyo extremo aljófár aparece la luna / ciega, por corredores enlutados de cobre”, como lo describe Pablo Neruda.

La familia Olivares nos recibió con grandes muestras de alegría, a pesar de que vivían momentos de angustia, de verdadera desesperación. En la casa flameaba heroicamente la bandera chilena. Era un fundo pequeño, ubicado en las afueras de Santiago. La

familia estaba compuesta por los padres y dos hijos. La madre era de ascendencia alemana y él era un chileno entristecido, envejecido, melancólico, que buscaba una razón para entender por qué Allende le quería arrebatar su fundo. Esa miseria de fundo, además; esa pequeñez, porque él, como buen Olivares Marcó del Pont, de origen peruano, sí sabía que en el Perú hubo grandes haciendas, grandes gamonales, grandes indios. Pero en Chile, caray, se cogía la cabeza, en Chile todo es pobre, sencillo, natural. En Chile la vida era como el desierto de Atacama, con su educada clase media, legalista, formal, bien vestida, sin lujos, sin las grandes desproporciones o desigualdades que sí existían en el Perú. El tío Olivares lo sabía bien: vale un Perú, aquella expresión francesa, nos daba a entender que la riqueza, irresponsablemente, estaba en el Perú, país minero por naturaleza, por más que nos hubieran metido un zarpazo, por más que le hubieran metido mano a Bolivia, arrebatándole sus minas y riquezas. El tío Olivares se aferraba a su bandera flameando en su fundo y a la espera de que, en cualquier momento, sí, cualquier día, a cualquier hora, vinieran los de la reforma agraria y lo despojaran de lo que era suyo.

Al fundo llegamos después de habernos bañado por horas en un hotel céntrico de la ciudad. Nos presentamos bien vestidos y nos tomaron cariño. Andrés, el seductor, empezó a conquistar a la hija, una chilenita simpática que se rendía ante el color aceituna de Andrés, mal apodado cholo en el colegio y negro en la universidad, porque Andrés Vernal Monar, cuya familia provenía de la ciudad de Iquique, como la mía, no tenía color y de algún modo los tenía todos: un color que va del negro al blanco y del blanco al negro, pues poseía lo exótico, lo desconcertante, y la chilenita, como todas las chilenitas después, cayó desplomada a sus pies. Vicente y yo, en cambio, sufríamos viendo cómo la bandera chilena se desgarraba en el techo de la casa estilo alemán, arreglada con esmero por la madre. Sabíamos que esa bandera iba a ser la última en salir de allí, y lo haría orgullosamente, con los pies por delante.

Incluso podría ser esa misma noche o al amanecer. El tío Olivares se sentó a la mesa con los ojos perdidos, y la madre, al estilo alemán, se encargaba de la cena. La chilena ya estaba encandilada con el silencio ancestral de Andrés, el seductor del silencio, el de las palabras contadas, porque sólo con la mirada la tenía en sus manos. En fin, la prima lejana de Vicente adoraba el Perú a través del color de Andrés, porque en Chile hay rotos y en el Perú indios culeados, pero negros que no lo son, negros como si fuesen noche clara, negros iluminados por el recorrido de la luna, esos no los hay. Tiempo después, a los meses, imagino, cuando le pregunté a Vicente ya en Lima si les habían arrebatado el fundo, me contestó que sí. En el tiempo que estuvimos en Chile la bandera flameó dignamente en el techo de la casa del fundo del tío Manuel Olivares Marcó del Pont.

De Santiago nos fuimos a Viña del Mar, y detrás de nosotros, encontrando una excusa que ignoro, la chilena fue siguiendo nuestros pasos. Estábamos a un mes del famoso Festival de Viña en la Quinta Vergara, y los hoteles, felizmente, estaban repletos. Vicente y Andrés tenían dinero, mientras yo solamente vivía de mis historias, y mis historias no servían de mucho fuera del auto transitando la inagotable carretera. Cruzaba los dedos, pero sabía que Vicente no me dejaría nunca en la intemperie. En todo caso, correría con mis gastos, me invitaría, como lo había hecho tantas veces. Pero nada. Hicimos un recorrido por todos los hoteles de Viña, empezando por los de cinco estrellas, por los de cuatro, por los de tres, hasta llegar a la pensión de la calle Batuco, y allí nos quedamos. A Andrés le parecía poca cosa, a Vicente le daba lo mismo y a mí me pareció genial. Los tres compartimos una misma habitación, y la pensión, además, contaba con una salita de reunión y una repostería con una nevera en la que encontrábamos, casi regaladas, las mejores peras del mundo, tan jugosas que el líquido, apenas las mordíamos, nos salpicaba todito. Era una pensión familiar. Era la pensión Batuco, la de la rubia Mirella.

En Viña toda nuestra actividad se concentraba en perseguir mujeres. No lo puedo creer, y en aquella época tampoco lo podía creer. No se... Andres era un obseso con la idea de cazar mujeres, y cada tarde, cada noche, ibamos al malecón llamado Peru, para colmo, a tratar de conquistar a una chilena, cuando el ya tenía la suya, mientras Vicente y yo solamente nos teníamos a nosotros dos. El primer día que estuvimos en Viña, Vicente estuvo mal del estómago. Sería la suma acumulada de los mangos que nos engullimos antes de ingresar al desierto de Atacama, de la caja de cerveza que nos regalaron en Arequipa, de los vinos que nos tomamos en casa del tío Olivares, en fin, la acumulación de un viaje larguísimo y que se cancelaba en Viña. Andres le pidió las llaves del Fiat color mostaza, le dijimos chau con las justas, lo dejamos tranquilo en Batuco con su diarrea y nos largamos a la cacería feroz de las hembras. Mientras Andres manejaba lentamente por el malecón Peru (poblado por centenares de adolescentes), yo debía, desde la ventana, intentar que se interesaran por nosotros, lograr que se percataran de que existíamos, que se detuvieran con solo mirarnos, atraídas como un imán por nuestras miradas, y así Andres sería capaz de detener el auto y convencerlas de que subieran. Nada de eso ocurrió. Yo sacaba mi mejor perfil, buscaba las palabras, intentaba conquistarlas con el silencio, desplegando una simple mirada, pero ninguna de estas estratagemas tuvo resultado. Pasamos como dos horas dando vueltas y más vueltas sin que ninguna chilena lograra entusiasmarse conmigo, porque a Andres no lo veían, estaba al lado del timón, y si hubiésemos cambiado los papeles, yo al timón y él como copiloto seductor, quizá hubieran caído rendidas por su color, por sus ojos verdes, por su silencio, pero yo no sabía manejar, rayos, así que el destino estaba en mis manos. Nuestra suerte estaba echada. Cuando regresamos a Batuco nos encontramos con un Vicente casi deshidratado, pálido, que ni siquiera nos preguntó que tal nos había ido en aquel ritual ancestral.

El viaje nos permitió a Vicente y a mí conversar sobre diversos

asuntos de la vida, mientras Andrés se escapaba con el Fiat a la caza interminable de mujeres. O yo tuve una juventud rara o qué, pero a decir verdad, no tenía las mismas ansias de Andrés. Quizá porque yo tartamudeaba y porque Vicente era cojo, lo cierto es que las mujeres no fueron para nosotros ni una obsesión ni una recompensa. Pero para Andrés eran la razón de su vida. No es que les hablara tanto, tampoco, no es que se enamorara de ellas, no es que viviera platónicos idilios o románticas aventuras: las mujeres eran para Andrés un enigma, un misterio que no le interesaba resolver del todo, sino vivirlo de cerca. Las mujeres le permitían acceder a la sensación de que ellas encarnaban el otro lado del mundo, de la luna y, quizá, del sol. Le gustaban. Podía ser una u otra. Quizá era su olor, su perfume, su voz y él se encargaba, eso sí, de cautivarlas a través de aquel silencio insondable que caracteriza su personalidad.

En una oportunidad, cuando nos dejó sin Fiat y se mandó mudar por las colinas de Guerrero, Vicente y yo nos fuimos al hotel O'Higgins a gastar parte de nuestra fortuna. Sí; Vicente, Andrés y yo éramos de la noche a la mañana ricos. Incluso yo era rico. Vicente era estructuralmente rico y, además, había cambiado una buena cantidad de dinero en la frontera. Andrés venía con un dinero respetable a pasarla bien en el Chile de Allende, un Chile pobre, sencillo, igualitario y legalista, pero sobre todo pobre o barato, no sé. Mis amigos de izquierda de la universidad trabajaban en las callampas, mis amigos de la izquierda, como Manuel Piqueras o Armando Pillado, se habían ido a Chile, como tantos, a vivir el Chile de Allende, pero yo no los vi, no los podía ver. Lo cierto es que a partir de la noche que salimos de la pensión familiar Batuco al Casino de Viña del Mar, nuestra vida cambió por completo.

El casino era imponente; era un casino de verdad, no como el de Ancón y sí muy parecido al de Arica. Un casino con espectáculos variados, lleno de damas interesantes y de caballeros arries-

gados, que compartían una voraz atracción por el juego. Vicente compró varias fichas y me regaló unas diez. Diez fichas que serían el inicio de mi breve fortuna. Cautelosamente empecé a jugar blanco o negro, altas o bajas, par o impar y de diez pasé a veinte, a cincuenta y a cien fichas, porque mano virgen nunca pierde, éramos la dupla Sotil-Cubillas, éramos Perú Campeón y terminamos con una significativa cantidad de fichas que luego cambiamos por dinero en una ventanita al estilo de algún elegante casino de Las Vegas. Batuco nos quedaba chico, pero qué mejor que ser ricos en Batuco; qué mejor que abrir la nevera y sacar las peras, las manzanas, los melocotones y pagar con sencillo, sí, todo nos parecía barato, el Chile de Allende era tan barato que hasta los militares peruanos empezaron a maquinar la idea de invadirlo y recuperar Arica, carajo, por ejemplo, mientras yo me comía las mejores peras y Andrés estaba a la caza de las hembras y Vicente filosofaba, reflexionaba, observaba y ponía cada cosa y persona en su lugar. Creo que era el único de los tres que tenía conciencia del final de una etapa de nuestra amistad. Los tres éramos los grandes amigos del colegio y las dos últimas vacaciones las habíamos pasado como amigos inseparables: íbamos a la playa de La Herradura, a los cines San Isidro y Orrantía y nos pasábamos horas mirando el techo del porche de la casa de Vicente en la Javier Prado. Este era nuestro último viaje. Después nos casaríamos, nos separaríamos, empezaríamos a cambiar.

En el O'Higgins nos sentamos en una mesa de alguna terraza que daba a la calle, porque una vez que nos hubimos instalado, se nos acercó un lustrabotas de unos doce años. Era un chileno simpático, poseía ese don extraño que tiene alguna gente desde el momento en que nace: no importunar, saber con quién trata, qué debe decir. Lo cierto es que mientras Andrés estaba en plena cacería, Vicente y yo nos pusimos a conversar con este muchachito chileno, esta especie de niño que ha nacido con el don de la conversación, el intercambio de ideas, incluso de experiencias, y lo

sentamos a la mesa y luego lo invitamos a almorzar en el comedor central del hotel. Ningún mozo se atrevió a preguntar qué demonios hacía ese niño allí, porque yo ya tenía preparada mi respuesta en caso de que se pusieran malcriados. ¡No estábamos, acaso, en el Chile de Allende; acaso no vivíamos en carne propia el primer gobierno socialista de un país legalista, sencillo, igualitario y nada pretencioso...? O sea que ni se metieran con el niño, con ese lustrabotas que nos dio a Vicente y a mí una gran felicidad aquella tarde en la que dilapidábamos los billetes de nuestra irrisoria fortuna. Porque no tenía gracia una fortuna en un país en el que los libros y los discos estaban regalados, y las camisetas (me compré una azul) y todo, todo, verdaderamente todo, era un regalo. Mientras tanto el Chile de Allende se hacía socialista y algunos de mis amigos de universidad vivían con los curas en las callampas, el tío Olivares esperaba en su fundo a que los técnicos de la reforma agraria se lo expropiaran y Andrés ya se besaba con su hija, porque su hija quería besar, amar, viajar, nadar, tomar sol, y Viña se preparaba para su festival, todo simultáneamente, izquierda y derecha, mimos y socialistas, jóvenes desplazándose por el malecón Perú, y Vicente y yo conversábamos con un lustrabotas sano y simpático, y el mozo nos miraba y Andrés se perdía con su presa por las colinas de las afueras.

Ese viaje quedará en mi memoria como el tramo final de nuestra primera juventud. Vicente y yo nos casaríamos algunos años después, yo me iría antes a Francia, Vicente acababa de regresar de los Estados Unidos adonde había ido a cursar un bachillerato en Administración de Negocios y se había convertido en un excelente partido, no solamente por el dinero que estructuralmente tenía su familia, sino porque era generoso, bondadoso y sensible. En una de nuestras conversaciones filosóficas —una continuación de las que teníamos en la pizzería Beverly Inn de San Isidro—, con el lustrabotas de testigo, me dijo que él no podía ser socialista porque tenía mucho dinero, y a ese comentario recuerdo que le res-

pondí yo tampoco, porque las personas que sufrían como su tío Olivares me daban mucha pena. Hacíamos tiempo para que Andrés regresara con su trofeo, pero parece que lo dejaba en casa de los padres de la muchacha, porque en esta oportunidad, como en otras, hizo su aparición solo, con una sonrisa de satisfacción que lo delataba.

En el viaje de regreso tuvimos un extraño percance. Otra vez el Fiat color mostaza, la carretera infinita, mis historias repetidas y las energías que necesitábamos para enfrentar, nuevamente, el implacable desierto de Atacama. Qué pasaría en nuestro interior, qué particularidades empezaban a surgir, qué temores, qué visiones del futuro, como, por ejemplo, si podríamos seguir siendo tan amigos... Andrés estaba por terminar sus estudios de abogacía, Vicente ya trabajaba en el Banco Continental, su padre lo forjaba en diversas tareas para convertirlo en el empresario exitoso que es, yo, lleno de dudas, dudaba si casarme o no, si viajar solo a París o con Marcia, si Marcia sería un obstáculo en mis aficiones literarias, si podría ser poeta o no, sociólogo o no, muchas preguntas, muchas diferencias, el porche de la casa de Vicente era un asunto del pasado, el colegio era un pasado clausurado, y se nos venía toda la carretera en su dimensión desconocida. En La Serena estalló el estado de ánimo, Vicente se molestó, sabrá Dios si por el tío Olivares, por la concha de Andrés de tirarse a todas las chilenitas (incluyendo a la prima), o por Andrés mismo, de culo inquieto, a quien no le gustaba tanto conversar, y menos con nosotros, sobre asuntos que no tenían que conducir necesariamente a un final, a un punto concreto, a algo que se pudiera palpar, medir, pesar. En La Serena estalló todo. Vicente, que manejaba en ese tramo, estacionó el auto en la puerta de un hotel y me dijo que lo acompañara. Por primera vez en mi vida, le dije que no a mi gran amigo, a mi amigo, a mi mejor amigo, y me quedé con Andrés a dormir en el Fiat color mostaza. Vicente se fue al hotel y nosotros dos al cine, un local de barrio, a ver una mexicanada. Después de la pe-

lícula cenamos algo ligero y Andrés se entusiasmó por una hierba de mala calidad que el primo de Vicente nos había regalado para el viaje de retorno. “Sin esto, Atacama es un desierto de mierda —nos dijo—, y con ella, en cambio, es un oasis, el paraíso si no estuviera en el Chile de Allende”. Andrés y yo le metimos varias pitadas a la peor hierba del mundo y de pronto nuestras sensaciones desvariaban, La Serena estaba serenísima, nada se movía, ni las hojas de los árboles de la plaza. A la mañana siguiente, Vicente nos encontró con los ojos rojos, la boca seca, de espléndido humor. El desierto de Atacama, sin embargo, fue tan sólo el desierto de Atacama, sin los versos de Raúl Zurita que lo mejoran, sin una sola ave, sin el olor a mar.

En Tacna, Andrés tomó un avión a Lima y nos quedamos Vicente y yo, ya en el Perú, pensando que una pascana en Mejía, la Perla del Pacífico, sería el verdadero oasis. Estuvimos algunos días, durmiendo, por lo general. Vicente y yo habíamos estado en Mejía años antes, pero en tan poco tiempo las nuevas generaciones habían dado lugar a numerosos cambios. Vicente distinguía a chicas guapas que hasta hace muy poco eran unas chiquillas. Lourdes Muñoz Nájar, su amor de adolescente antes de su viaje de estudios a los Estados Unidos, vivía en México. Pinky Mostajo, mi amor romántico, sí seguía en Arequipa. Entonces tomamos una sabia decisión: dejar el Fiat color mostaza en Arequipa y que algún empleado de la cervecería lo manejara hasta Lima, que Vicente tomara su avión y yo me quedara alojado en la habitación que todavía conservaba su familia en la ciudad, y visitara, de ese modo, a Pinky. Sí: llegábamos al final del primer tramo de nuestra juventud, nos casaríamos pronto, nos separaríamos, y en ese estado de conciencia siempre es bueno echarle un vistazo a la chica que te había gustado tanto antes de casarte.

Con Pinky estuve dos días y ella me los dedicó íntegros. La acompañé a todo sitio a realizar una serie de trámites, unas intrincadas diligencias, y conocí una Arequipa muy diferente de la del

año 1965, que fue cuando fui por primera vez. Una Arequipa fascinada en nuestra propia juventud, plagada de juegos, salidas a picanterías y fiestas. Ahora Pinky manejaba un vehículo pequeño, con el asiento bien adelante para que sus piernas llegaran al acelerador, a los frenos y al embrague. Tenía las mismas pecas, la misma sonrisa, la misma alegría de vivir. Estaba contentísima. Nuestra despedida fue en el portón de la casa de los novios, porque detrás de aquella tienda, después de subir la gigantesca escalera, se encontraba el departamento de la familia de Vicente. A la mañana siguiente tomé mi ómnibus a Lima. Dormité, recordé, reflexioné, durante más de quince horas. Me sentí solo, pero con los pulmones llenos de aire, con la cabeza llena de ideas y el corazón lleno de emociones. En Lima me esperaba mi enamorada Marcia, siempre confiada, con sus propias tristezas y nostalgias. Al mes me llegó un parte de matrimonio de Pinky, donde pude leer que se casaba con un caballero chileno. Bueno, me dije, así es la vida, porque la vida es de quien toma las decisiones, de quien las asume, de quienes están cerca y luchan por lo suyo. Dos días después recibí una carta en la que Pinky me decía: “Si te lo hubiera dicho en Arequipa no hubiéramos pasado esos dos días tan maravillosos”. Era verdad. Fueron tan hermosos que no los he olvidado y cierran con broche de oro el viaje a Chile con mis dos grandes amigos, a quienes, como a mí, la vida les ha dado y quitado, en esa repartición que le llaman.

París, al principio

La motonave *Piura* zarpó del Callao una fría mañana de agosto de 1972. Inició su viaje por Manta, un pequeño puerto ubicado al sur de la costa ecuatoriana, continuó por Buenaventura, en Colombia, se dirigió a Panamá y, de allí, después de unos diez largos días de recorrer el litoral del Pacífico, enrumbo como un pájaro enceguecido hacia el puerto de Le Havre, al norte de Francia.

De aquella travesía los pasajeros recordaremos vívidamente la experiencia de Buenaventura, aquel puerto zamaqueado implacablemente por lluvias torrenciales. Que yo recuerde, Buenaventura sobrevivía fundamentalmente de tres actividades: el contrabando, la prostitución y el robo. Sus calles se parecían, como una gota de agua, a las del Lejano Oeste, tal como las acostumbraba mostrar en sus películas Sergio Leone, el gordo director de los *spaghetti western*. Las autoridades nos recomendaron que dejáramos cerradas las ventanas de nuestros camarotes, pues los ladrones acostumbraban acercarse en lanchas hasta el barco para robar lo que estuviese a mano. En varias oportunidades, acompañados de la tripulación, visitamos el puerto. Una vez en tierra nos trasladábamos felices a los bares que se parecían a aquellos prostíbulos tropicales —y quizá lo eran— prácticamente abiertos de par en par al furor de las estrellas. Durante los días que permanecemos en Buenaventura bailamos todas las noches, que fueron varias, porque mientras lloviera y los portuarios estuvieran puntuales en el

muelle, habría paga sin estar obligados a trabajar. Si mal no recuerdo, llovió unos cinco días y yo bailaba descalzo, tal como era la costumbre en la región, “mujer que quitas las penas, cumbia negra de Buenaventura”.

Los pasajeros no eran muchos. Empezaré por Percy Urday, hoy gran amigo, el abogado que el día de la partida se presentó de lo más campante en *blue jean*, mientras yo lo hacía de saco y corbata; Ivonne Briceño, la artista, a quien Percy y yo empezamos a llamar cariñosamente *ma mère* o tan solo Madame, como si fuera la letra de un antiguo tango: Madame Ivonne, hoy tan solo Madame...; Oslo, así la bautizamos, una delgada y simpatiquísima mujer, algo mayor que nosotros, casada, que viajaba justamente a Oslo; y dos chicas solteras y dispuestas a vivir la experiencia europea, Ana María Santacrocce y María Luisa Lynch. Nadie más. Los seis íbamos a estar juntos día y noche, durante tres semanas. Seríamos hermanos, amantes, cómplices, en un compacto escenario de cielo y mar.

Cuando la travesía empezó a llegar a su fin, Ivonne se puso muy nerviosa. Ella era la única que no tenía claro el motivo de su viaje, porque se trataba justamente de un viaje existencial. Por azar, yo la conocí unos días antes, en una de las cantinas del centro de Lima que frecuentaban los poetas jóvenes de los años 70. En aquella oportunidad me mostró, de lo franca que era, los rasgos básicos de su personalidad: vehemencia, sí, mucha vehemencia, algunas ideas por las cuales había que luchar y una aproximación bastante belicosa a la vida. En otras palabras: pasión, entrega y generosidad. Era la única que tenía dos enormes baúles, pues se venía a París para siempre; dejaba Lima, cambiaba de vida y empezaba de cero. Percy, en cambio, viajaba a Inglaterra a iniciar un posgrado en Derecho Marítimo; Ana María y María Luisa iban a Madrid, Oslo a Oslo y yo viajaba a París becado por el gobierno francés a seguir en Nanterre una maestría en sociología urbana.

Mirado a la distancia, el viaje se dividía en dos grandes momentos. El primero bordeaba el litoral del Pacífico y el segundo se

resumía en aquella terrible irrupción por el Atlántico, durante quince días, sin ver otro paisaje que no fuese el inmenso océano. En medio de las aguas del Atlántico, el bullicioso puerto colombiano de Buenaventura quedaba atrás, bien atrás, demasiado atrás, con su loquerío, su cumbia desatada, su noche ardiente y tropical. Le Havre se acercaba como un fantasma y ponía cada vez más nerviosa a Ivonne, a Madame Ivonne, tan sólo Madame.

Recuerdo que Ivonne me dijo que no me preocupara, que todo nos iría bien en París. Ella me aseguraba que tenía una gran amiga que la alojaría y la pilotearía en los primeros días. Yo la miraba desconcertado y trataba de recordarle que quien viajaba burguesamente becado a Francia era yo, que no tendría problema alguno para encontrar alojamiento. Pero Ivonne insistía: su amiga nos haría la fiesta en París. Indudablemente, cumplía a la perfección su rol maternal. *Ma mère, ma mère*, siempre preocupada de que a Percy y a mí no nos pasara nada, quizá aturdida por haber dejado a su hijo en Lima. Su hijo se llamaba Jean Pierre, cómo no recordar su nombre si ella no lo olvidaba nunca, y Oslo, Percy, yo y las dos chicas que iban a Madrid no entendíamos por qué lo había dejado en Lima en compañía de su abuela.

Ivonne era mayor y yo tenía todo el derecho de llamarla *ma mère*. En aquellos años, 1970, 1971 ó 72, el Perú vivía la vorágine de la revolución militar, e Ivonne, con su amiga francesa, aquélla que nos iba a alojar en París, la habían pasado de lo lindo con los principales ideólogos y políticos civiles de la revolución militar. Aquellos ideólogos y políticos eran jovencísimos, no tenían las canas que adornan hoy sus cabezas, eran atractivos, ilustrados, jaranistas, y se la creyeran o no, le sacaban el jugo a aquello de la revolución a la peruana, la tercera vía, la autogestión yugoslava, la propiedad social. La revolución, por lo que Ivonne me contaba, no había sido solamente grito mandón, bota y censura. También había sido una entretenida bacanal revolucionaria, tropical a veces, ya que los milicos necesitaban de esos intelectuales jóvenes, vani-

dosos, inteligentes, que entendieran la revolución como un acto político y de movilidad social. Por cierto que no se trataba de los intelectuales pelucones de la izquierda radical, pero muchos de ellos llevaban el pelo largo y siempre puesta la guayabera de estilo cubano. Los muchachones civiles de la revolución militar llevaban la cubanísima guayabera con el propósito de ocultar su incipiente barriga y guardar la cajetilla de cigarros en uno de sus bolsillos.

El viaje fue, como todos los viajes en barco, un enorme paréntesis. Lo que hubo antes y lo que vendría después no importaba en absoluto. Viajando por el litoral o el ancho mar, la vida se expresaba en aquella sensación de fugacidad y olvido. La travesía quedaría intacta en nuestro recuerdo, de eso no tenía la menor duda. La memoria la empaquetaría perfecta y no permitiría intromisión alguna. Lo que allí se vivió solamente sería recordado por ese grupo que tuvo la capacidad de detener el tiempo e inmortalizarlo.

Esa debe haber sido la razón que explicaba el nerviosismo de Ivonne cuanto más nos acercábamos al puerto de Le Havre. Ese puerto significaba el fin de la ilusión: el final del viaje. Mientras uno se traslade, la vida siempre será un objeto vago y difícil de asir. Una vez que el barco atraca, el destino empieza a exigirnos una toma sucesiva de decisiones y la vida retoma su forma habitual, aquella forma más bien doméstica, cotidiana. Una vez que el barco tropieza contra el muelle, se abren nuestros ojos a la sorpresa del día siguiente. Y, lo peor, nos separaría, dejaríamos de saber el uno del otro. Cada persona, cada uno de los seis —Oslo, Ivonne, Percy, Ana María, María Luisa y yo—, seguiría su propio camino, tal como realmente sucedió. Pero antes de aquella separación definitiva, tomamos el tren a París como si todavía no quisiéramos despedirnos del todo y le bombeáramos un poco de oxígeno a Ivonne. Ana María y María Luisa empezaban progresivamente a modificar su acento y se dirigían, haciéndonos adiós, a la estación que las llevaría a Madrid; Ivonne y yo, una vez en la *gare*

Saint Lazare, tomamos un taxi hacia la casa de su amiga francesa; Percy y Oslo, que se desviaban momentáneamente de su destino, harían una pascana en París, en un hotelito del Barrio Latino.

Lamentablemente, había llegado la hora de la despedida. Había llegado el terrible momento, el final del viaje. Recuerdo cómo nos abrazábamos y nos cogíamos de los hombros. Nos despedíamos para siempre, porque a las dos chicas, ya españolas, no las he vuelto a ver. Oslo ha muerto. Ivonne ha muerto. Y cada vez que me junto con Percy, a la muerte de un obispo, debo reconocerlo, recordamos con nostalgia aquel viaje, aquellas personas que ya no viven con nosotros. Pero tanto Percy como yo somos conscientes de que si no nos hubiésemos conocido en la motonave *Piura*, no habríamos sido los amigos que somos y nuestra amistad no hubiera sido tan profunda.

Percy y Oslo se fueron así, de puntillas, a su hotelito por el metro Censier Daubeton; Ivonne y yo nos dirigimos temerosos a la casa de su amiga francesa. Recuerdo que cada pareja tomó su propio taxi. El nuestro atravesó la ciudad una tarde de setiembre y fue una de las experiencias más bellas de mi vida: una ciudad repleta de cafés, con centenares de gente sentada en mesitas ubicadas desordenadamente en las veredas. Luz, vi mucha luz, árboles, movimiento.

Ivonne y yo nos detuvimos delante del edificio de su amiga. Abrimos la puerta de la entrada y empezamos a subir hasta el tercer piso cargando, a duras penas, sus dos baúles y mi maleta. Cuando su amiga nos vio, casi se cae del susto. No sólo no imaginaba ver de nuevo a Ivonne, sino que jamás esperó tenerla de cuerpo entero, en la puerta de su departamento y acompañada, además, por un muchacho peruano, tan despistado y atemorizado como ella. Sin ninguna educación, le explicó a boca de jarro que tenía una nueva pareja, un romance, un *affaire*, qué sé yo, y que no estaba dispuesta a perderlo por alojar, en su diminuto departamento, a su amiga de juergas en Lima. La farra había pasado, la revolu-

ción había pasado, ahora tenía una nueva pareja, la soledad parisina, la vida dura, la guerra, Ivonne, entiende por favor, porque no lo dejaría partir por nada del mundo. Era él o ella, y la elección estaba tomada.

Nos sugirió pasar la noche en la buhardilla, en su *chambre de bonne*. La *chambre de bonne* quedaba en el último piso, al fondo del corredor. En ningún momento nos dijo que debíamos apretar un botón para que se prendiera la famosa lucecita en cada descanso de la escalera, y al no tener esa banal y valiosísima información nos vimos obligados a hacer aquella travesía, cargando los baúles de Ivonne (la pobre se venía a París para siempre), arrastrando una de sus piernas, porque Ivonne, *ma mère*, carajo, había sufrido parálisis infantil de niña, valga en este caso la redundancia, que en este caso vale porque nadie podrá entender a Ivonne si no es capaz de mirar de frente la pierna que sería un lastre en esta ciudad de peatones voraces, de escaleras infinitas, que suben y bajan y cruzan y atraviesan las estaciones de metro.

La *chambre de bonne* era húmeda como la sal. Se veía a leguas que nadie había dormido allí en mucho tiempo, ni siquiera abierto la puerta. Una cama, una mesa y una silla era todo el mobiliario. Esa noche decidimos no salir. Ivonne se desplomó sobre la cama crujiente y yo no tuve más remedio que acostarme sobre una manta en el suelo. Ivonne sacó su relojazo despertador, lo puso a las ocho de la mañana (ese reloj no me dejó dormir con el ruido de sus manillas, con el paso de los minutos, minuto a minuto) y se quedó seca, llorando, sonándose y maldiciendo a su amiga francesa, a Francia y a París.

A la mañana siguiente, Ivonne me llevó a rastras, con su pierna arrastrada, hacia el hotelito donde se hospedaban Percy y Oslo. No quedaba muy lejos, y casi nos bajamos a golpes la puerta de su habitación. Percy y Oslo vivían en un mundo muy diferente al de nosotros. Irradiaban felicidad. Estaban dichosos. Habían pasado la mejor noche de amor en París. *Ma mère* les contó nuestra negra

historia y empezó, desde ese momento, a tener la mala costumbre de maldecir a París y a los franceses: ciudad de mierda, asquerosa, mezquina. Y les propuso acompañarlos al barco otra vez, porque la motonave Piura hacía su pausado recorrido por los puertos del norte, antes de dirigirse a Oslo. Los vi irse con cierto desasosiego. Percy me dijo que en la primera oportunidad lo visitara en Londres o, si yo flojeaba, él vendría a visitarme en París. Que se llevarían a Ivonne (sin baúles, por cierto, los baúles se quedaban en el dormitorio de Percy y Oslo, en el hotelito del amor, que me lo dejaban a mí mientras tanto, porque yo debería esperarla sentadito y obediente). Ivonne tenía la cara roja y congestionada por el llanto.

Esos dos días fueron terribles. No conocía a nadie en París y daba vueltas por la zona de Censier Daubeton. Pensé que todo era un absurdo. Yo estaba becado, y en lugar de ir al lugar de las becas, esperaba, impaciente, el regreso de Ivonne. Por fin, el sábado, antes de las diez de la mañana, regresó Ivonne. Estaba más serena, pero no lo suficiente. Era consciente de que ahora debía enfrentar sola una ciudad como París. París es también una ciudad de inmigrantes, e Ivonne supo, sin anestesia, que ella formaba parte de aquel multitudinario batallón de pobres del Tercer Mundo. No tenía verdaderos amigos, no conocía a nadie, no estaba becada, no sabía para qué había venido y no podía tomar el barco de regreso al Perú, porque todo se hubiera convertido en una parodia insoportable. No tenía más remedio que enfrentar al toro. París la esperaba para hacerla trizas.

Recuerdo que se echó en la cama y se quedó dormida hasta las seis de la tarde. Se duchó. Había que aprovechar ese hotel de amor, ese dormitorio de la pasión, de Percy y Oslo, antes de salir a dar nuestra primera vuelta una noche de sábado por París. París, París, Parigi, Parigi... y allí nos fuimos, abriendo el mapa de la ciudad entre los vientos, preguntando a los peatones por el nombre de las calles, e indagando logramos llegar —no quedaba nada

lejos— a la *place* de la Contrescarpe. En el legendario café La Choppe, aquel que acostumbraba frecuentar Hemingway, según cuenta la leyenda, nos sentamos *ma mère* y yo un sábado multitudinario, oyendo cómo los franceses conversaban entre sí y entre todos, de mesita a mesita, hasta que *ma mère* me dijo, después de varias cervezas, que se sentía indispuesta, que buscara un baño, que la acompañara, por favor. Nos paramos, la vi pálida, demacrada, coja, y apoyándose en mi hombro comenzamos una nueva travesía, esta vez hacia el infierno del baño. El maldito baño quedaba en el sótano, junto a los teléfonos públicos, y en ese ambiente cargado de humo, de densa transpiración y licor, congestionadísimo, *ma mère* se desmayó. No tuve más remedio que llevarla al baño de los hombres, porque al de las mujeres yo no entraba, e Ivonne no se iba a espantar si veía a cientos de hombres delante de los urinarios. Le eché agua a la cara, por mí la hubiera ahogado, y su palidez volvió a transformarse en ese rojo desencajado por el llanto y la ira. Cuando volvió en sí, maldijo a París y a los franceses, se secó la cara con las manos y logramos subir por las mismas escaleras. En lugar de sentarnos y ver a los vagabundos de la *place* de la Contrescarpe, sugirió visitar al pintor Herman Braun, que vivía justo por la zona. Me juraba que era su amigo, esta vez sí, sí, me aseguraba, es peruano y no tiene nada que ver con la supuesta amiga francesa.

Herman Braun nos hizo pasar porque al instante se dio cuenta de que Ivonne (no sabía que se encontraba en París) atravesaba por un terrible momento de confusión. Ivonne habló toda la noche. Necesitaba botar el bofe, aliviar su corazón, encontrarle un sentido a su viaje. Pero lo único que escuché fueron blasfemias e insultos contra los franceses. Tenía la cara roja por el llanto, y la ira como que empezaba a ser ya una patética costumbre. Herman Braun la escuchaba, yo la escuchaba, los dos la escuchábamos.

A mí no me fue del todo bien tampoco, debo decir, una vez que pude separarme de *ma mère*. Los responsables de las becas me

escogieron una familia parisina que vivía bastante cerca del *boulevard* Pereire. Eran dos personas mayores y yo pasé con ellos dos meses exactos, antes de que llegara Marcia. Desde el primer día pensé que era absurdo quedarme a vivir con ellos, porque los dos eran como mis padres, y resultaba tonto que me viniera desde tan lejos a continuar viviendo una situación semejante, de hijo de familia. A los veinticinco años yo debía desahuevarme del todo, salir de Lima, de mi casa de la Dos de Mayo, y pronto debía zafarme también de estos dos viejos, buenas gentes, ya sé, pero parisinos al fin y al cabo.

Contaré solamente mi primer domingo con esa familia. Apenas me levanté, el señor me comunicó que venía de visita una de sus hijas. Hablaba algo de español y le gustaría que yo pudiera conversar con ella. Le dije que encantado. La mañana pasó lenta y de pronto sentí que parte de su familia llegaba al almuerzo. Escuchaba cierta algarabía: voces, risas, movimiento de vasos y platos. Yo seguía imperturbable en mi dormitorio. Mi dormitorio era como una pequeña casa donde me sentía a mis anchas en mi soledad. Vi el reloj y constaté que eran las dos de la tarde. La cháchara continuaba en el comedor, pero nadie tenía la gentileza de llamarme. Empecé a sentir hambre y decidí bajar a comerme un *sandwich* en cualquier *tabac* del barrio. Al salir de mi cuarto y cruzar el pequeño hall del apartamento, los distinguí a lo lejos. Sin duda, sus hijos habían llegado, pero nadie se dio cuenta de que cruzaba el pasadizo, que abría sigilosamente la puerta de la entrada y que salía rumbo a la calle. Al regresar sí me llamaron. Estaban en la hora de los postres, las ensaladas y los quesos, antes del ritual del café. Intercambié desganadamente algunas palabras en español con su hija. Después me preguntaron si ya conocía París. Les respondí que era mi segundo fin de semana en la famosa Ciudad Luz. Si mi francés hubiera sido mejor, les contaba la historia entera de *ma mère*, la trágica actuación en La Choppe de la Contrescarpe. Pero no lo pude hacer. Entonces, me propusieron dejarme

en algún lugar para que paseara; qué me parecía la *place* de L'Etoile, la *place* Charles de Gaulle... Les respondí que todavía no la conocía. La hija, en español, me dijo que desde la *place* Charles de Gaulle podía caminar por los Campos Elíseos, llegar a la *place* de la Concorde, acercarme a uno de los puentes del Sena y luego, si lo deseaba, internarme por las Tullerías, un hermoso jardín que terminaba en el Louvre. Hacía sol, el clima estaba excelente, no nos demoremos más, dijo la hija con un cierto acento, llevemos al muchacho a que se pasee.

Fue así como me dejaron en la *place* Charles de Gaulle un domingo a las cuatro de la tarde. Hacía sol, era cierto, pero se fue bastante pronto, porque si hay algo inestable, lo sabría después, es el clima de París. Y pensé en *ma mère*, sentí cerca de mi pecho su rostro iluminado por el llanto y la ira. Me encontraba solo, tan solo como ella, lejos del hotelito, de su aroma, de sus blasfemias.

Jardín de Plantas

El Jardín de Plantas no lo podré olvidar, aunque me cueste retenerlo visualmente. Ni siquiera sé bien dónde queda. En el Barrio Latino, sin duda, pero no sabría cómo llegar, qué metro tomar, qué dirección. Si hago un esfuerzo, me daré cuenta de que se trata de un jardín extenso, no muy ancho, con un fondo casi infinito. Tiene esos árboles pequeños y retocados de los parques parisinos. Hay varios senderos que atraviesan espacios no muy amplios y excelentemente cuidados. Hacia uno de sus costados se encuentra el Jardín de Plantas propiamente dicho, un vivero techado donde se conservan, en un ambiente artificialmente propicio, plantas de diversos lugares del mundo. Lo recuerdo verde, verde, verde. A veces regresa a mi memoria húmedo, cubierto por una neblina pertinaz. A veces —imagino que allí estuvimos en esa época del año—, más bien soleado y tibio, primaveral. Ninguno de sus árboles tenía en sus hojas el sol rojizo del atardecer. No lo sé. He descubierto que el Jardín de Plantas es un lugar triste, penoso, porque lo escogimos Marcia y yo para repasar una vez más la pertinencia de casarnos, sin excluir mis viejos temores, por cierto, y de las ganas que ella tenía de que usáramos los aros de matrimonio. En ese lugar le dije a secas, cortante, como si tuviera una personalidad muy segura, que nada de aros, por favor, nada de matrimonio religioso, nada de esas ceremonias.

A la distancia, y con un espíritu mucho más práctico de la vi-

da, yo me hubiera casado en Lima, hubiera hecho feliz al padre de Marcia, a Marcia sin duda, y hubiera recibido una serie de regalos, incluso dinero, me hubiera comprado un terreno (donde construiríamos a nuestro regreso) y nos hubiéramos marchado a Europa en barco, felices, comiendo perdices, listos a conocer el Viejo Mundo y a compartir nuevas y ricas experiencias. No lo hice por dos motivos. El primero, superficial pero grave, era la fiscalización que mis amigos de la nueva izquierda hacían de la vida privada. La izquierda se había convertido en un monje mirón de las intimidades, con el sucio propósito de encontrarles las famosas y terribles contradicciones. Las contradicciones eran lo peor que una persona de izquierda podía tener. Y mi matrimonio religioso iba a ser una pésima contradicción. Una contradicción terrible que ninguno de ellos iba a tolerar. Además, de todas maneras, mis amigos del colegio y de Letras asistirían a mi matrimonio, así como todas las amigas de Marcia. Todas las contradicciones del mundo hubieran estado garantizadas en nuestra boda. Yo, muerto de inseguridades, de tics y de nervios, y Marcia preocupada por los nervios que yo sentiría. Por esa razón tan tonta es que no nos casamos en Lima. En la Virgen del Pilar o en San Felipe, aquella iglesia de padres alemanes de la calle Marconi, que es mi iglesia, la iglesia de mi infancia, más bien puritana por su austeridad y criolla por los explosivos sermones del padre Harold Griffiths. Por esa razón me fui yo primero en barco y meses después lo hizo Marcia.

Recuerdo, con los nervios en punta, el matrimonio de nuestro gran amigo Giovanni Mitrovic con Carmencita Checa, pero, sobre todo, su despedida de soltero. En esa oportunidad se crearon dos bandos de amigos: los que estaban a favor del matrimonio y los que estaban en contra. Los segundos ponían su mano al fuego que ese matrimonio no funcionaría, decían que Giovanni estaba claudicando de todas sus posiciones de izquierdista rebelde, sensible y pelucón, porque ese matrimonio era, sin mayor disimulo, un ascenso social de nuestro querido e inolvidable gordo. Carmen-

cita, a su vez, era una rara en su familia porque se casaba con un yugoslavo que vivía en el centro, por Zepita, al lado del cine Tauró, sin un futuro concreto; era antropólogo, gordo, buenote, izquierdista y, sobre todo, revoltoso. Y sobre todo cariñoso. Y sobre todo efusivo. Al matrimonio religioso, que tuvo lugar en la iglesia de Santa María, por el óvalo Gutiérrez, no fueron todos los amigos, o no todos los amigos fueron invitados, allí como que hubo una lista negra, una mano negra, una censura social. Lo cierto es que fue un matrimonio con muchas ausencias, bastante champagne, unos brindis nerviosos, un gordo sudoroso y una Carmencita que nos rogaba que le deseáramos toda la suerte del mundo en la aventura en que se acababa de embarcar.

El segundo motivo era más inquietante. No estaba seguro de si yo era una persona que debía casarse, mis dudas no venían de un ánimo irresponsable, sino todo lo contrario: era demasiado responsable y me castigaba a mí mismo con palabras, como siempre, lealtad, honestidad, en una relación que, por definición, es inestable, cambiante, insegura, cuyas modificaciones con el transcurrir de los años pueden hacer que no reconozcamos a la persona con la cual nos desposamos tiempo atrás. Mis dudas eran existenciales. ¿Serviría, la haría feliz, tendría dinero, sería un buen esposo y, lo peor de todo, un buen padre a futuro...? El matrimonio, además, me fijaba en un sitio, me daba un rumbo, me colocaba en una dirección, me ubicaba en un carril. Todas las otras posibilidades quedaban descartadas, no existirían, se evaporarían. El matrimonio te obligaba a fijar tu amor y a ser leal, honesto y fiel a esa persona. Esas reflexiones me ponían nervioso y me hacían postergar la fecha, hablar con el padre de Marcia casi en clave. Nadie me entendió lo que le quise decir en aquella memorable visita que se suponía era mi pedida de mano, y todas estas dudas me obligaron a marcharme solo a París, con una Marcia que no estaba ya tan segura de si yo la quería, porque un hombre con tantos interrogantes o no está muy enamorado o no la quiere o, simplemente,

desea irse solo por el mundo, tener aventuras, conocer gente, ampliar su mira, vivir, sí, simplemente vivir, y parecía ser que el matrimonio era un cepo que me ataba, que hacía que me resignara a asumirlo como nos lo manda el código civil.

Después de un año de vivir en París, el tema del matrimonio se volvía cada vez más perentorio. Yo le decía a Marcia, de broma, que así como estábamos éramos la pareja más simpática de la ciudad, conviviendo como amantes, como amantes eternamente enamorados, porque ese estado de gracia dura tan poco, si es que tenemos la suerte de vivirlo, y es devorado rápidamente por la rutina cotidiana que se encarga de dejarnos desnudos, pero no para amarnos, sino para conocer cuál parte del cuerpo es la más sensible a nuestros ataques y resiste menos las heridas. Así estuvimos un año y sus meses y, al fin, fijamos fecha para noviembre. El 10 de noviembre de 1973. Yo le escribí al padre de Marcia la carta que tanto tiempo esperaba ser escrita, y que tantas veces debí escribir y que por fin escribí. Una carta realmente sentida, de respeto por un hombre viudo desde hacía muchos años, que había dedicado sus horas a sus hijos, celoso con su Marcita, protector, bueno, que intentaba entender los cambios de una juventud que ni la propia juventud entendía, que la extrañaba a morir, que la adoraba, que se moriría sin volver a verla, porque el padre de Marcia estaba seguro de que su corazón no resistiría por más tiempo la vida, la forma cómo los militares lo botaron del hospital, la ausencia de su hija, el envejecimiento y las pobreza de una clase media que pedía auxilio y nadie la oía gemir. Fecha había: 10 de noviembre. Sería en la municipalidad del XVI *arrondissement*, por la plaza Roma, un lugar más bien pobre, parecido a los ambientes donde se inicia la novela *Viaje al fin de la noche*, un barrio fronterizo con otras clases sociales. El matrimonio religioso era exigencia de Marcia. Ella quería casarse por la Iglesia y lo ponía como condición.

Jocelyne, la esposa de Jean Pierre, le recomendó a Marcia que fuera a la joyería y escogiera los aros que regalaban como oferta de

publicidad. Una vez que los edictos matrimoniales eran publicados en la municipalidad respectiva, te invadían de ofertas por debajo de la puerta de tu casa, incluso la puerta de nuestro cuarto de Pereire, que la *concierge*, imagino, tuvo la gentileza de subir hasta el octavo piso sin ascensor. Jocelyne le enseñaba, oronda, el suyo. Eran bonitos, ligeros, sobrios y baratos. No: eran regalados. Los aros salían gratis. Marcia fue corriendo apenas pudo distinguir, entre toda la papelería de ofertas bajo la puerta de nuestro cuarto, la dirección de la joyería. No me dijo sus planes abiertamente. Quería que fuera una sorpresa. Una sorpresa para mí. Nos casábamos, por fin nos casábamos, y Marcia salió a buscar esa joyería a lo largo y ancho de París. Antes había medido mi dedo, cómo decirlo, no me sale, no me resulta fácil. Había pasado un hilo alrededor de mi dedo como una medida, como una forma de escoger el aro que le hiciera a mi dedo. En el Jardín de Plantas me confesó que los aros los había encontrado y obtenido en una tienda carísima, lujosísima, elegantísima, ubicada por la Ópera, por esas calles adustas que frecuentábamos tan poco. Ninguna vendedora pudo sacarla de sus cuatro; tal como le recomendó Jocelyne, ella quería los aros de la oferta, el de ella le quedaba regio, el mío ya se vería. Me los mostró. Estábamos sentados en una de las bancas del Jardín y Marcia estaba lista para mostrarme su sorpresa. Yo le dije que nada de aros... Por favor, Marcia, nada de aros, nada de esas cosas. Yo estaba feliz con mi dedo libre al viento, con mi dedo desprotegido, con mi dedo solitario y egoísta. Por nada del mundo cambié de opinión. Tenía opinión. Tenía una postura. Yo que nunca la tuve para nada serio o aparentemente serio, que dudaba de la revolución, que no creía en las consignas fáciles de los estudiantes de Ciencias Sociales, ahora sí, ahora sí, carajo, tenía opinión y no me pondría ese aro de mierda, burgués, porque se me aparecían las caras de los amigos cuestionando el matrimonio del buenote de Giovanni y de Carmen, diciéndole que claudicaba, que estaba integrado, que era parte del sistema. Que no, que

no, que no. Marcia lloraba, se secaba las lágrimas. Después de un rato de silencio, nos paramos y nos fuimos.

En el matrimonio hubo de todo, tanto, que Alfredo Bryce me dijo que cómo era posible que en año y medio tuviera una amiga francesa, parisina para colmo de males, que nos prestara su departamento para la despedida, y un francés del sur, de Bordeaux, que ofreciera el suyo para festejar la boda. Eso era todo un récord. Estaba intrigadísimo por conocerlos y estuvo con todos mis amigos, tanto en el departamento de Lise como en el de Jean Pierre y Jocelyne, con Silvio de Ferrari, Marco Leclere, Ana Rosa Tealdo, Rosa Julia Zapata, Magdalena Grau, Julio Ramón Ribeyro, Alida Cordero y mi profesor de Nanterre, Henri Raymond; estuvimos toda la noche, porque la boda se festejó a lo grande, con hartos vinos que la misma Marcia trajo de uno de los castillos de Bordeaux, de uno de los castillos de uno de los familiares de Jean Pierre, vinos sin etiqueta que Julio Ramón saboreaba desconcertado por su gran calidad. Si hubo noche de bodas, no la sentimos, porque fuimos varios los que nos quedamos a dormir en la sala del departamento de Jean Pierre, para tomar el metro a la mañana siguiente.

El matrimonio religioso, que tuvo lugar días después, fue la otra cara de la moneda. Era la condición que Marcia me había puesto. Desde hacía varios meses, ella había estado buscando un cura que nos pudiera casar. Lo encontró muy cerca de donde vivíamos, y el cura se apellidaba Petit. Conversaron en varias oportunidades y en una de ellas le explicó que yo era sociólogo, izquierdista, que no creía en las ceremonias religiosas, en el poder de la Iglesia en la tierra, que odiaba a los curas por simples, infantiles, que ridiculizaban la inteligencia de la feligresía con sus sermones. Le dijo que no sabía bien si yo era creyente, ateo le parecía demasiado fuerte y agnóstico era una palabra rara, pero que no deseaba casarme por la Iglesia, de eso estaba segura. Logró convencerme, sin embargo, y tiempo después conocí al cura Petit, al padre Petit, *père* Petit, un hombre que hacía honor a su nombre,

pequeño, delgado, de sonrisa bondadosa. Decidimos casarnos dos o tres días después del matrimonio civil. La ceremonia sería al mediodía. Marcia había intentado que su hermana Elsa viniera desde Madrid, pero no pudo convencerla. Estaríamos los dos solos. Cuando llegamos, un poco tarde, un poquito nomás, lamentablemente los músicos que generosamente el padre Petit había contratado por su cuenta, se habían marchado. Dos sacristanes fueron mudos testigos del matrimonio y, delante de un altar lateral, el padre Petit nos declaró marido y mujer ante los ojos de Dios.

Nos despedimos del padre, lo abrazamos y salimos los dos a tomar un café en el *tabac* más cercano. No teníamos mucho tiempo, Marcia iría a trabajar como *baby sitter* de la hija de una portuguesa, de una portuguesa profesional, no como las nuestras, las vecinas de nuestro cuarto de Pereire que sentíamos subir las escaleras a duras penas. Recuerdo a una señora portuguesa embarazada que se demoraba un siglo en subir los ocho famosos pisos, que los subía como si sostuviera el peso de un elefante, pues sus pasos resonaban en mis sienes y nosotros los contábamos: le faltaban tan sólo tres, dos, un escalón... Marcia tenía que partir, sí, debía partir a trabajar. Tomamos el café y Marcia se paró, se despidió de mí con un beso en la frente (o en el cachete, en la boca, en la mano, en el ojo), con un beso casi a la volada, un beso, un beso de esos, de labios más bien fríos, y se marchó a trabajar. Odio ver cómo se alejan las mujeres, cómo se van, cómo nos dan la espalda. Recuerdo que compré una revista de fútbol porque llegaba el Mundial de Alemania. Me volví a sentar en el *tabac*, revisé la revista, pedí otro café y observé, lívido, mi dedo vacío, solitario, egoísta. Estaba casado. Pero tuve toda la pena de Marcia cuando estuvimos en el Jardín de Plantas.

La torre de Pisa

Después de viajar por Italia durante todo un mes, tirando de-
do en las múltiples direcciones del destino —siempre con
camioneros, porque cuando lo hicimos en un auto particular de
Florenxia a Roma nos fue pésimo—, decidimos tomar el tren para
regresar a París. No dábamos más. En Bolonia habíamos dormido
en unas aulas de la universidad y en Florenxia y Venecia lo hici-
mos en unos hostales maravillosos, pero de camas viejísimas y
rechinadoras. Aquellos camastros parecían territorios salvajes de
viejas batallas amorosas. Por eso, con los huesos desencajados,
decidimos tomar el tren en Roma y dormir o mirar por la venta-
na la diversidad de los paisajes. Nos trepamos al primero que de-
cía París. Habíamos hurgado en los bolsillos hasta encontrar las
últimas liras que nos permitieran viajar de golpe y porrazo. Una
vez que pusimos un pie en el tren, me di cuenta de que algo no
marchaba bien. Era demasiado elegante. Pensé que habíamos su-
bido al vagón equivocado, pero no era así. A pesar de nuestras
fachas, nos fuimos introduciendo a la boca del lobo y nos instala-
mos en un camarote, porque todos eran igual de elegantes, con
camas desplegadas y sábanas impolutas. Marcia y yo buscábamos
instintivamente el vagón más pobre, aquél que nos correspondía
por todo tipo de razones: edad, origen, actividad. La cara de Mar-
cia traslucía un cansancio de los serios. Pagábamos las horas de

autostop, de dormir en cualquier parte, el cansancio de nuestros huesos. En la estación de Milán —una enorme estación de corte fascista— nos desalojaron varias veces durante las dos o tres noches que pasamos allí, donde contemplamos cómo los muchachos les robaban a los mendigos que dormían en las bancas, utilizando unas silenciosas ganzúas. El cobrador, cuando llegó adonde estábamos, nos dijo con su rostro impasible que nuestro destino terminaba indefectiblemente en Pisa. La ciudad que cobijó al poeta Ezra Pound en una celda de animales era la primera parada del Palatino, un tren bala italiano, uno de los rápidos en la década de los setenta. Nos habíamos trepado al Palatino, nada menos, un tren de esos que se detenía solamente en algunas ciudades de Italia y de Francia. No era el clásico tren caletero de los nuestros. En sólo unas horas los ejecutivos de Europa estaban en Roma o en París, pero a nosotros nos desalojarían en Pisa. Marcia y yo siempre decimos que hemos estado en Pisa, pero que no logramos conocer su torre; es decir, la habíamos conocido a medias y no la habíamos conocido en absoluto, porque o has estado en la torre o no has estado en Pisa. Y nosotros no la conocimos, debo decir la verdad, porque ya ni siquiera existía la jaula donde encerraron a Pound por sus malas interpretaciones económicas que lo llevaron a abrazar las ideas fascistas. Cuando nos bajaron del tren no podíamos dar un solo paso de lo cansados que estábamos. Recuerdo que, antes de este incidente, la primera noche que dormimos en Venecia fue terrible. Nos desalojaron de la estación del tren sin opción a regresar a hurtadillas, tal como lo hacíamos en Milán, y en aquel recorrido nocturno no tuvimos más remedio que dormir, de pie, en un lugar que parecía ser una oficina de correos, cuyo suelo de mármol no era el indicado para Marcia que, justo en esos días, tenía su regla. Ninguno de los dos nos habíamos atrevido a echarnos en las camas excesivamente pulcras del Palatino. Solamente nos habíamos recostado tímidamente, como previniendo un infeliz desenlace. Era de noche, en Pisa no se escuchaban los

pasos de nadie, a excepción de los nuestros. En la misma estación nos instalamos en una mesa de la cafetería y con las justas encontré algunas liras milagrosas para una pizza individual, que nos repartiríamos educadamente entre los dos. La comimos con tal hambre y tan rápido, que unos señores que se encontraban cenando en la mesa contigua se apiadaron de nosotros y nos dieron parte de la suya. Hasta ahora recordamos su sabor, su olor, su gentileza. Dormimos allí mismo, en una banca de la estación, tal como nos correspondía. A las ocho de la mañana siguiente, como nos lo habían hecho saber, llegó nuestro tren, el de los pobres, el de los españoles, el de los migrantes, el de los portugueses. Estaba atiborrado de pasajeros y nos tuvimos que acomodar en el corredor, recostados sobre nuestras mochilas. Miré con tal ansia a un español, que se animó a convidarnos un pedazo de chorizo. Después de varias horas logramos acomodarnos en una cabina. Olía a sudor y a comida barata. Marcia y yo nos quedamos instantáneamente dormidos hasta que el hambre nos despertó con su garra implacable. Era la primera vez en nuestras vidas que no comíamos desde hacía casi todo un día, si descontamos la pizza y aquel trozo de chorizo. Cuando pudimos acomodarnos, nos echamos boca abajo, posición que no nos gustaba porque ponías una de las mejillas en el asiento trajinado por hordas de migrantes. Pero estar boca abajo y tomar agua tibia con azúcar aplacaba el hambre. Llegamos a París cerca de la medianoche. En el barrio de nuestro cuartito todo estaba cerrado y en el cuarto de Pereire no había ni un trozo de pan en nuestra famosa despensa. Habíamos salido hacía un mes y nos vimos en la obligación de ventilar un poco ese cuarto húmedo, volver a dormir boca abajo y esperar a que fuese de mañana, hacer el amor con las ganas que el hambre te da, correr a un *tabac* a la mañana siguiente y comer pan y café como si fuesen los primeros de tu vida. Precavidamente habíamos guardado unas monedas en uno de los rincones del cuarto y apenas se hizo de día salimos corriendo y felices, jóvenes y felices,

siempre felices, sin quejarnos de nada, agradeciéndole al destino la suerte de estar vivos, vivos, sanos y sucios, deseosos de amarnos otra vez en nuestra cama, pobre y dura, inclinada, nuestra.

Alfredo y Julio Ramón

Estábamos en casa de Julio Ramón Ribeyro, en la *place* Falguière, su esposa Alida, Alfredo Bryce, un representante de la casa editora Feltrinelli y yo. Estábamos horas de horas esperando a que llegara Julio Ramón. Alida demoraba la cena y haciendo tiempo nos servíamos vino y más vino. Después de un par de horas no hubo más remedio que servir la comida y Alida empezó a ofrecernos sus clásicos y excelentes potajes peruanos. No recuerdo el tema de la conversación ni el motivo por el cual me encontraba allí. La más nerviosa era Alida, porque estoy seguro de que se trataba de una reunión de negocios y ella estaba muy interesada en que Julio Ramón pudiera concretar un contrato con tan importante casa editora.

En aquellos años, gran parte de la obra de Julio Ramón Ribeyro se encontraba inédita. Al mismo tiempo, recuerdo, empezaba a ponerse al día en las publicaciones gracias a Carlos Milla Batres, que en Lima ponía a disposición de sus lectores gran parte de *La palabra del mudo* y su novela *Cambio de guardia*. Alfredo Bryce era el nexo entre Feltrinelli y Julio Ramón. Yo, simplemente, estaba allí porque a Alida le encantaba alimentarme. A eso de la una de la mañana, después de agotar los temas vinculados al negocio de los libros, el librero italiano decidió marcharse. Alida estaba demacrada, cansada, fastidiada y a regañadientes criticaba la desidia de su marido, el desinterés que mostraba en un momento

en el cual su salud menguaba, cuando estaba ya por los cuarenta y tantos y no despegaba del todo, cuando no había derecho de tirarle arroz a una persona tan importante del mundo de los libros.

A eso de las dos de la mañana Julio Ramón hizo su aparición. Encontró a Alida despotricando contra su persona, a Alfredo Bryce diciéndole con gestos “pero qué fue de tu vida, viejo”, y a mí escanciando un poco más de vino en la copa. Alida estaba molesta. Había concertado la cita, había preparado la cena, había hecho todo lo que estaba a su alcance para que su marido pudiese entrar en contacto con el mercado italiano, país al que ambos adoraban y visitaban con frecuencia en el verano. Pero nada de nada. Su marido seguía siendo ante sus ojos aquel escritor bohemio, indisciplinado y desganado frente al éxito editorial. Ni modo: nunca podría contra Vargas Llosa ni contra el mismo Alfredo. Julio Ramón nos sonrió, nos contó que había estado bebiendo con mi prima Carmen en un *bistrot* del barrio e intentó darle un beso a la volada a Alida (intento infructuoso) y se sentó en uno de los sofás, justo en el que había estado el italiano un tiempo antes, con su copa de vino en la mano. Alida se fue a su cuarto sin despedirse.

Por fin solos, nos dijo. Por fin los tres. Recuerdo que ni Alfredo ni yo le preguntamos por su desinterés editorial y nos enfrascamos, en cambio, en unas intensas conversaciones sobre variados temas que hoy no recuerdo en absoluto. Qué sé yo: quizá fútbol, quizá sus recuerdos sobre Lolo en el antiguo estadio de Lima, sobre algunos libros, unas películas. Julio estaba contento, parlanchín y dispuesto a pasarse una buena noche. Y la noche continuó y se prolongó casi hasta el amanecer y allí fue cuando nos propuso salir a tomar desayuno en algún lugar —le provocaba un *baguette* calentito—, pero, según Alfredo, lo que quería era seguir tomando y Alida no le iba a permitir que lo hiciera en casa, que perdiera su tiempo de ese modo, que le interesase tan poco publicar en las grandes casas editoras.

Yo conocía bien la sala-comedor-oficina del departamento de

la *place* Falguière. En su escritorio estaba siempre su máquina de escribir con una hoja atrapada por el rodillo. Los cuentos, allí, avanzaban lentamente, día a día, semana a semana y quizá mes a mes. Con frecuencia me detenía a echarles una mirada indiscreta y, con frecuencia también, me daba cuenta de que la página era la misma. Julio me enseñó en aquellos años los manuscritos de su diario y los de su futuro libro *Prosas apátridas*. Tenía papeles en todos los cajones y vivía, creo, feliz entre todas aquellas páginas inéditas. Un día me relató un cuento que no logró escribir. Se titulaba *La mancha*, y su trama era una historia típica de Ribeyro. Un caballero limeño se encontraba solo y abandonado porque sus hijas ya se habían marchado de casa al estar casadas, y su esposa, tan mayor como él, se entretenía jugando con las amigas a los naipes. Su vida había acabado en la más absoluta soledad. Vivía encerrado en los aposentos de una amplia casa mirafloresina donde se aburría de lo lindo. En una oportunidad subió al cuarto de la doméstica sin motivo preciso: un poco de compañía, conversar con alguien, pedirle un favor, no sabemos, lo cierto es que ella pensó que invadía su territorio —la azotea, su cuarto— y gritó espantada y lo acusó ante la señora como si el señor hubiese pretendido faltarle el respeto, abusar de ella, sacar algún oscuro provecho. Toda una vida impoluta —me explicaba Julio Ramón— tirada al agua por un mal entendido. Cuarenta años de marido ejemplar, de profesional honrado, de ciudadano reconocido en la esfera política, quedaron en el olvido ante una acusación tan fuerte e insospechada.

En verdad, Julio Ramón no deseaba ningún *baguette* calientito, pues seguimos bebiendo vino. Y lo hicimos aquí y allá, en varios lugares. De pronto, nos encontramos en el departamento de Alfredo a eso de las tres de la tarde. Yo, literalmente, me caía de cansancio. Alfredo continuaba hablando sobre algún tema que no recuerdo. Julio Ramón bebía con la parsimonia que lo caracterizaba. Julio Ramón jamás modificaba un ápice su carácter mientras

bebía. Siempre era el mismo, la persona que gustaba gozar de la buena conversación en la intimidad, exponer y sonreír, recordar asaltado por la nostalgia, donde, rara vez, alzaba la voz o sentenciaba. Le gustaba seguir su razonamiento, salpicado, sin duda, por un profundo sentido del humor, del absurdo, de lo negro. Cuando estuve a punto de desplomarme, me miró en seco, me cogió una de las muñecas y dijo, esta vez en tono fuerte, sin dubitaciones: “Tè doblo en edad y tú me doblas en estómago; o sea no te puedes caer”. Ante tales palabras, me quedé un par de horas más, imagino que hasta las seis de la tarde, porque lo que sí recuerdo perfectamente es verlo caminar, derecho, sin señas de cansancio o ebriedad, desde la ventana de la sala del departamento de Alfredo. Caminaba por la *rue Amyot* y pronto se perdería por esas callejuelas al anochecer, buscando el azar antes que la felicidad, considerada por él, quizá, prosaica o innecesaria.

Dos amigos africanos

Desde París, Pau está más distante que Milán. Pau es un departamento al que casi nadie va. Está por allí, en el ámbito rural, quizá no muy lejos de Biarritz o de algunas ciudades de antiguo valor. A Pau llegamos Marcia y yo a trabajar en el campo —lugar que ya asociaba con la faena dura, sea en Iowa o en Flavigny—, pero esta vez iba en serio, trabajaríamos en una cooperativa agraria y la tarea consistía en castrar el maíz. Sí, señor: castrar el maíz, sacarle de un tirón la flor. El maíz, así, sería más pequeño y tendría un uso industrial. Dejaría de ser el choclo peruano.

El trabajo lo conseguimos en una agencia universitaria que brindaba a los muchachos la oportunidad de escapar del aturdidor verano parisino y buscarse, de paso, unos cuantos francos. Nosotros nos decidimos por el de Pau, ya que nos sonaba bucólico y serio. Tomamos el tren y llegamos después de un viaje de una mañana entera. No conocimos la ciudad. Nos fuimos directo a la cooperativa y después de inscribirnos y detallar lo que llevábamos, nada, prácticamente nada, algo de ropa y un solo *sleeping bag*, descubrimos que no estábamos en absoluto pertrechados para afrontar un clima tan variable. Los muchachos y las muchachas se instalaban en un inmenso campo no acondicionado en ninguno de sus aspectos, pues pronto descubriríamos que la higiene se realizaba en las aguas límpidas del río, las necesidades fisiológicas se llevaban a cabo en un silo, la comida se la preparaba cada quien según

sus costumbres y posibilidades (la mayoría usaba un balón de gas, como era nuestro caso) y se dormía en carpas, cosa que nosotros no teníamos. Nos sentimos en la intemperie, absurdos, desolados, temerosos. Era verano, pero ya sabíamos —y luego lo constataríamos de sobra— que los veranos franceses, y los de Pau en especial, eran tropicales por la cantidad de agua que caía de un cielo despiadado.

No supimos qué hacer. Por un momento nos sentimos en un campamento palestino, y casi siempre en un territorio comanche. Sólo faltaban las fogatas. Marcia y yo nos mirábamos como diciéndonos y ahora dónde colocamos el único e intransferible bien propio, el *sleeping bag* de una sola plaza. Podía ser en cualquier sitio, pero siempre estaríamos desprotegidos. Felizmente contamos con la generosa presencia de Joseph, un negro enorme de la República Central Africana que traía consigo dos carpas, una grande para él y otra más pequeña que nos la ofrecía mostrándonos, de paso, su amplia sonrisa. Marcia quedó inmediatamente enamorada del africano. Creo que le llegaba al ombligo y desarrollaron una intensa amistad. El otro africano que estuvo en el campamento era de Malí, y como nunca pudimos retener su nombre, lo llamamos simplemente Malí. Eran totalmente diferentes. Joseph era bueno, sosegado, probablemente de clase alta. Malí era un muchacho iracundo, siempre andaba irritado con los franceses y aun con los ingleses; andaba molesto con los europeos en general, pues era un hijo legítimo de la colonización occidental en aquellas tierras ancestrales. Me contaba acerca de unos territorios minados por los europeos. Los dos, por cierto, venían de países relativamente recientes en su independencia.

El primer día nos recogieron en unos camiones, y el parecido con un campo de concentración o de refugiados se acentuó. Los camiones eran viejísimos y se desplazaban con toda calma por aquel terreno que llevaba a los campos de maíz. *Hombres de maíz*, pensé, recordando al gran Asturias. Íbamos de pie, soportando el traqueteo del vehículo. Hacía calor, pero no sol necesariamente.

Sentía la transpiración. Llegamos después de diez minutos de trayecto. No todos los camiones iban al mismo campo. El que nos tocó a Marcia y a mí tenía dos o tres capataces, especialmente contratados para la faena. El trabajo era más bien rutinario y consistía en ir de un extremo a otro del campo, varias veces, numerosas veces, en un ida y vuelta casi eterno, castrando el maíz. O sea, sacándole la bendita flor. Unas plantas eran altas, otras medianas e incluso las había pequeñas. Lo cierto es que después de un par de horas sentí un terrible dolor de espalda que se tornaba insufrible. Unos iban rápido, otros lento, pero no podías rezagarte en exceso. Yo, cada cierto tiempo, me detenía para superar el dolor en la espalda, me acucillaba, respiraba hondo y repetía en voz baja: “Esto debe ser un infierno dentro de quince días (nosotros nos quedábamos un mes), porque si así empieza, después no voy a sentir la espalda”. Logré trabar amistad con uno de los capataces (lo tenía atrás), quien, mirándome con cierta comprensión, dejó que me tomara mi tiempo en la recuperación física. Nunca debía ser el último, eso sí, ni andar muy rezagado.

Marcia, en cambio, caminaba rauda por los surcos, y cuando la flor estaba muy alta, Joseph, en el más puro estilo de galán africano, se la bajaba, curvándola, para que ella pudiera jalarla de un tirón. Marcia iba y venía y yo sufría de lejos, atrás, entre los últimos. Imagino que la línea de peones agrícolas —pues ese era nuestro estatus durante un mes— sería de ocho personas. Íbamos por el lado derecho del surco y regresábamos por el izquierdo. Y de allí, una vez terminado el trabajo, nos trasladábamos al campo contiguo. Los campos eran interminables, pero en el fondo eran simplemente propiedad de la cooperativa agrícola, o sea que estábamos fregados. Marcia iba feliz, sin embargo. Se le notaba flexible, ágil, conversadora, y tenía cautivado al bueno de Joseph. A Marcia siempre le gustó el lado infantil de los africanos. Ese lado reilón, que consiste en mostrarte sus rojas encías y en tocarnos los dedos de la mano en señal de confraternidad ante un pensamiento parecido.

Cuando ya eran casi las doce del día, empecé a respirar tranquilo porque el trabajo de la mañana estaba llegando a su fin. Cuál sería mi asombro, cuando uno de los capataces, con voz francésísima, nos dijo que aún faltaban diez minutos, pues se trabajaba exactamente, nos lo precisó impávido, hasta las doce y diez, porque el viaje hasta los campos de trabajo forzado, en aquel destartelado camión, había durado diez minutos.

A eso de las doce y media estábamos sentados alrededor de nuestra carpa prestada y en la compañía de Joseph y Malí. Comimos lo que trajimos. Latas de atún o de menestras. Una sopita reponedora. Pan y leche. Después supimos que en algún lugar había una tiendecita donde podríamos comprar lo necesario, urgente y fundamental, para no morirnos de hambre. Y a las dos, a las dos, carajo, el camión destartelado nos esperaba para zarpar rumbo a los campos, ya no sé si de maíz, de concentración o de trabajos forzosos. La faena de la tarde sería de dos a seis y diez. Otras cuatro horas. Porque cuatro y cuatro hacen ocho, pero en este caso, y en esta ocasión, se trataba de las ocho horas más horribles que jamás hubiese pasado. Al concluir la faena, ya en nuestro campamento palestino, nos pusimos a descansar. Los limpios: Marcia siempre, yo a veces, los africanos casi siempre y los franceses nunca, íbamos al río a bañarnos y a jabonarnos y a descansar un poco en el agua fría del río, pero no helada. Al silo fuimos cuando ya no podíamos aguantarnos, nos bajábamos el pantalón de espaldas y arrojábamos toda nuestra mierda intercultural hacia el fondo del pozo. Por supuesto que pensé en Valdelomar. Qué peruano no lo hace cuando topa con un silo, aunque sepa que la historia de la muerte de Valdelomar, a los 31 años en Ayacucho, no fue tal como la cuenta la leyenda, cayéndose en un silo repleto de excrementos. Lo que sí sé es que no volteábamos la cabeza ni por curiosidad freudiana a verificar cuál era nuestra mierda, porque ese silo se parecía, más bien, a una fosa común.

Así pasó el primer día y el segundo y el tercero y todos los de-

más. La rutina era implacable y los capataces estaban allí para que no se nos escapara una flor, para que no nos rezagáramos, para que no conversáramos tanto, para que hubiese ritmo, un ida y vuelta marcial, un tono de trabajo parejo. Después del baño del río, de unas pichanguitas y algunas conversaciones nocturnas, los grupos se fueron haciendo amigos, pero a todas luces se notaba la sólida amistad de los dos peruanos con Joseph, de la República Central Africana, y con Malí, de Malí. Nunca nos separábamos. Juntos esperábamos la noche, preparábamos la cena y los primeros días no nos pudimos mover de los dolores en las diferentes partes del cuerpo. Todo esto hasta que llovió como suele hacerlo en Pau, a raudales. La carpa prestada se convirtió en carpita ridícula. El agua entraba por todos lados, sobre todo chorreándose por los costados. El cielo nocturno explotaba en truenos y la lluvia se precipitaba sin tomar en cuenta la pobre reproducción de trabajo de estos exhaustos peones agrícolas.

Las lluvias fueron tan constantes, que aquéllos que no disponíamos de una buena infraestructura de alojamiento, tuvimos que migrar a un granero lleno de paja en su interior. Yo, al menos, me sentía John Steinbeck en su novela *De hombres y ratones*. Me sentía en el granero de Postville, Iowa. Pero no fuimos los únicos en buscar protección en aquel granero abandonado. Unas ocho o diez parejas hicieron su nidito de amor en aquella paja, les importó poco la convivencia inoportuna con unos ratones que consideramos graciosos y nos hacíamos el amor en una especie de comunidad hippie desplazada en el tiempo, con mucha naturalidad, educación y respeto. De allí no nos movimos. Y creo, si no me equivoco, que cada pareja reconocía su porción de paja, su calor y su hendidura. Si debo recordar algo bueno de Pau, es aquel granero y la amistad de Joseph y Malí.

Pero no debo ser ingrato y me encuentro en la obligación de recordar la amistad de Marc, éste sí un muchacho francés y parisino, cuyo padre, lo sabría después, se había educado y formado

en Argelia, y acostumbraba dividir a los hombres en franceses, en *pieds noirs* y en el resto, o sea en negros e indios. A los padres de Marc nunca los conocí personalmente, pero recuerdo una escena en su casa de París, donde Marc vivía con dos hermanas temibles, de lo audaces que eran. Nos habían invitado y decidieron que pasáramos la noche con ellos. Marcia y yo habíamos logrado conmover algunos nervios sociales de Marc durante nuestra estancia en Pau, pues lo entreteníamos y culturizábamos. Esa actitud se prolongó hasta París, donde lo frecuentamos bastante. Una vez que nos acostamos en uno de los cuartos de la mansión —era un enorme departamento—, Marc nos dijo que sus padres no estaban en París, pero tal era su miedo, que nos advirtió que si por casualidad llegaban de imprevisto, escapáramos, por favor, utilizando la puerta de la servidumbre. Ah, Marc, buen muchacho... Recuerdo aquella vez que hicimos amistad. Me preguntó que cómo me sentía de ser un *métèque* en Francia, y yo le respondí que si no habías sido *métèque* los primeros siete años de tu vida, nunca sentirías los prejuicios del racismo. Tiempo después, Marc me ayudó en la redacción de mi tesis de maestría, pero su ortografía era tan mala, que el texto fue corregido por sus dos hermanas y aun así estuvo plagado de faltas gramaticales. Mi tesis abordaba el tema de las barriadas de Lima y Marc trataba de imaginar aquel mundo mítico de las invasiones a los desiertos que bordean la capital del Perú.

La rutina del trabajo se vio alterada solamente en una oportunidad, que Marcia recuerda como el punto negro de nuestra estancia en Pau. Fue una borrachera descomunal. Las estrellas de la noche eran unos ingleses que bailaban can can sobre una sólida mesa de madera y todos los aplaudíamos hasta que empezó un *strip tease* amateur, que se convirtió luego en un espectáculo osado. Marcia me acusaba de haber besado a una de las inglesitas en sus propias narices, pero ese es un tema que yo no recuerdo con claridad, aunque Marcia sí retuvo. Después, todos muy bo-

rrachos, empezaron a retirarse a sus carpas o en dirección del granero. Lo cierto es que varios nos caímos sobre las carpas, chancamos a algunas parejas que ya estaban dormidas y armamos un lío terrible hasta que a la mañana siguiente el camión destartado hizo que volviéramos a la cruel y cruda realidad de peones agrícolas.

La última semana, en otro campo de la cooperativa, el trabajo se hizo sin capataces o, mejor dicho, los capataces eran los dos hijos de uno de los cooperativistas. Yo estaba cansado, aburrido y molesto. Mi espalda estaba hecha trizas. No nos perdonaban los diez minutos de viaje y, si llovía en horas de trabajo, no nos las contaban y no nos pagaban ese par de horas de diluvio. Marcia destrozó unas botas francesas, recuerdo. La ropa quedaba empapada después de cada lluvia, porque ni con protectores de plástico lográbamos evitar el lodo que se acumulaba a nuestros pies. En esas oportunidades nos refugiábamos en una casa de algún cooperativista buena gente y poníamos a secar nuestra ropa, quedándonos en paños menores delante de la fogata. Recuerdo cómo el fuego la calentaba mientras afuera llovía torrencialmente.

Mi paciencia terminó con el último capataz, un muchacho extremadamente francés, duro, impaciente, ingrato, que no sentía dolor alguno con mis dolores de espalda. No me permitía aliviarme. No dejaba que me agachara ni siquiera un ratito, un ratito nada más, no lo entendía... No me dejaba hablar ni ser el último, hasta que lo cuadré, me amargué y lo invité a pelear, pero nos separaron. Yo sí que fui separado del grupo, y los últimos dos o tres días de nuestra permanencia en Pau me los pasé tomando sol, entre las moscas, sobre un remolque. A lo lejos veía el trabajo de todos mis compañeros en los numerosos campos de maíz. Sus movimientos producían un ruido sordo, caluroso, constante. Se perdían en esa selva de hojas y a Marcia la perdía con frecuencia de vista. Las hojas de maíz raspan y los sembríos son apretados. Los maizales siempre han sido excelentes escondites para hacer el amor y en varias películas que he visto de negros en el sur de los

Estados Unidos, los esclavos se escapaban del amo, se ocultaban y refugiaban en los interminables campos de maíz.

En Iowa —estado básicamente de maíz— las plantaciones son más ordenadas. En Lima, de niño, recuerdo los campos de maíz en la zona que hoy es el distrito de San Borja. A los esclavos, en Estados Unidos, les soltaban los perros cuando desaparecían. Yo, tumbado en el remolque, como si estuviese en la Riviera Francesa, pensaba en Joseph y en Malí, en cómo el primero había logrado no enervarse ante las injusticias de la historia y cómo Malí era un solo nervio violento. Malí los odiaba. Siempre los insultaba en voz baja. Pero a mí era a quien habían castigado, o expulsado, acto que yo asumí como una recuperación de mi libertad. Cada vez que he sentido presión en un trabajo en Lima, o estoy en un trabajo poco grato o no reconocido, pienso en los campos de maíz de Pau.

A la hora de pagar lo hicieron profesionalmente. Era una bagatela, supongo, pero serviría para un viajecito, para gastarla en una curiosidad, en unas botas nuevas para Marcia, por ejemplo. A mí me descontaron los días que no trabajé. Pau, después de tantos años, es para mí el conocimiento de África a través de dos de sus habitantes que nunca más volví a ver. Y de Marc, que por ironías del destino era el descendiente de un padre criado como francés en Argelia y que tenía una gran curiosidad por saber cómo demonios era esta pareja de peruanos, declarados pretenciosamente como no *métèques*, latinos, que tiraban su francés callejero, que les encantaba el cine y que lo llevó al teatro por primera vez en su vida, con Silvio de Ferrari y Ana Rosa Tealdo y Marco Leclere y Jean Pierre y Jocelyne, los amigos de los tiempos de oro, en la Sainte Chapelle, a ver un espectáculo del teatro pobre de Jerry Grotowski, aquel polaco.

El *pneumatique*

Como nunca antes nos había ocurrido —por supuesto que no nos volvió a ocurrir—, la *concierge* del edificio del *boulevard* Pereire subió a toda prisa los siete pisos que separaban nuestro cuartito de los altos de su *lodge* en los bajos. Tocó a nuestra puerta con sus nudillos nerviosos y cuando la vi no lo pude creer: era ella en carne y hueso, bajita, rechonchita, agitando un pequeño papel en la mano. Se trataba de un *pneumatique*. Nunca antes había recibido un *pneumatique* y parecía ser que muy pocas personas en París acostumbraban recibirlo, a juzgar por la emoción que embargaba a mi *concierge*, o, si lo recibían, era para llevarse el impacto de las tristes noticias, como la muerte de un pariente, sobre todo eso, ese tipo de noticias eran las que se recibían a través de los *pneumatiques*, a juzgar por la cara que llevaba esta mujer.

Lo abrí muerto de miedo. Pero cuál sería mi asombro, y el de ella, cuando esbocé una ligera sonrisa porque Alida, la esposa de Julio Ramón Ribeyro, nos invitaba a cenar esa misma noche, dentro de algunas horas y no encontró mejor manera de comunicármelo que utilizando el *pneumatique* para darnos la buena nueva. Sí, el *pneumatique* también servía para transmitir buenas noticias. Ese fue el gran descubrimiento que tuvimos la *concierge* y yo, y constatarlo la hizo bajar las escaleras más despacio, sin tanta agitación.

Alida tenía la costumbre de invitarnos cada vez que pasaba algún peruano por París. Julio Ramón prefería invitar a ser invita-

do. Y Alida se encargaba de preparar unos excelentes potajes de la tierra que nos vio nacer y que nunca se olvida cuando de comer se trata... Prefería los platos en los que hubiese papa (papa a la huancaína, papa rellena o causa). Marcia y yo disfrutábamos no sólo de la comida, sino de la comodidad de los sofás, de los vinos y de la excelente conversación. Julio Ramón era muy amigo de los pintores peruanos, pero también de los poetas que pasaban por París, como Leopoldo Chariarse, que vivía en Alemania, y de Jorge Eduardo Eielson, que lo hacía en Italia. En una oportunidad llegó a París Martha Hildebrandt, que en aquellos años era la directora del Instituto Nacional de Cultura, curiosamente creado por la Junta Militar de 1962 como la Casa de la Cultura y fortalecido por el Gobierno de las Fuerzas Armadas, y Revolucionarias además, de 1968. Raro, pero cierto: a los militares les interesaba más la cultura que a los civiles —que a Belaunde, García y Fujimori, en todo caso—, ya sea por su temor innato a los artistas e intelectuales, por sus afanes nacionalistas o, simplemente, porque les parecía oportuno. Martha Hildebrandt era una mujer de carácter —en aquellos años bastante más joven que cuando fue una vociferante congresista fujimorista—, rasgo que siempre tuvo y que conservó en su accionar en la esfera pública. En la reunión estaban varios pintores, el consagrado escultor Alberto Guzmán, así como el escritor Alfredo Bryce. Bebimos hartos vinos, gustamos de la sazón de Alida y al final de la reunión, ya de madrugada, Martha Hildebrandt como que nos increpó, como que nos regañó y, mirándonos con cierto desdén nos preguntó por qué vivíamos en París y no en el Perú, por qué habíamos escogido esta bohemia decadente en lugar de la revolución peruana llevada tan valientemente por Juan Velasco Alvarado. Un poco como que nos quedamos callados, yo no tanto, porque tampoco tenía tantos años en París y en el fondo de mi ser pensaba regresar en un momento u otro, pero los pintores y el mismo Guzmán sintieron superficialmente la pegada. Llevaban más de veinte años allá y hasta ahora lo siguen haciendo.

Alberto Guzmán es un escultor reconocido en toda Europa, de origen humilde, un cholo franco y genial, que tuvo en su padre al verdadero artífice de la construcción de su destino. Recuerdo que estaba con la cantaleta de preguntarle a Martha Hildebrandt si debía llamarla señora o señorita, y en el momento de la decisiva pregunta, de la descarnada cuadrada patriótica, Guzmán le preguntó, entre ingenuo y burlón: “Y qué nos da a cambio señora o señorita...” porque así porque sí, ir a la revolución, sobre todo él, y sobre todo a ésa, viniendo de condiciones humildes y difíciles en el norte del Perú, de Piura, creo, no le salía de los forros. Martha Hildebrandt le respondió lacónica, casi sin mirarlo (Guzmán estaba tirado en el piso, recostada su espalda en un sofá): “Sangre, sudor y lágrimas”. “Entonces no voy”, respondió Guzmán suelto de huesos, y nosotros no supimos si reír, si regresar al Perú o seguir tomando nuestro vino en el París que tanto quería y anhelaba cada quien a su manera.

Los *pneumatiques* llegaban hasta la puerta de nuestro cuartito con cierta frecuencia y la *concierge* se llegó a acostumbrar a ellos. Nos los entregaba cuando bajábamos o llegábamos de la calle y, si por casualidad estábamos en los altos, subía sin quejarse. Pienso que los *pneumatiques* producían un efecto raro en sus juicios de valor, ya que nos otorgaba un dudoso prestigio del que carecíamos viviendo allí como extranjeros. La *concierge* tenía sus propios criterios para hacer pasar o no a los eventuales amigos que nos visitaban. Si eran medio oscuros de piel, simplemente no los dejaba pasar. Y si eran blancos peruanos, los miraba con desconfianza. Y si eran franceses (llegaron pocos, pero llegaron, Marc, por ejemplo) casi los acompañaba ella misma hasta la puerta de nuestro cuarto en el sétimo piso.

Mi padre nos hizo una visita cuando aún Marcia y yo no nos habíamos casado. Vivíamos la maravilla del servinacuy, convencidos de que en ese cuartito o nos amábamos como locos o nos tirábamos los objetos por la cabeza. Mi padre era lo que se llamaba

en la Lima de aquel entonces un afrancesado; adoraba Francia, daba la vida por París. Cuando los astronautas pisaron la Luna, recuerdo que mi padre contempló aquel hecho histórico con verdadera indiferencia. Él prefería ir a París que a la Luna, y vivir en Lima, sobre todo a las finales de su vida, fue un verdadero castigo divino. Al año de instalarnos en el *boulevard* Pereire, mi padre pudo llegar a París, digo llegar porque la cosa no era tan fácil. Lo hacía por segunda vez, cierto, la primera había sido en el lejanísimo año de 1956, cuando en San Remo brillaba la figura de Domenico Modugno y en España la canción de moda decía algo así como “tengo ante mí esa montaña que me separa de ti...”. Sí, llegó, venía de una reunión de las Alianzas Francesas en Niza y yo lo esperé sentado en una banca justo al frente de nuestro edificio, un mediodía de un mes de mayo de 1973. Mi padre llegaba a París, a la ciudad que idolatró y mitificó, y yo lo esperaba mientras Marcia preparaba un recibimiento a lo grande en el cuartito, así de chiquito, y se esmeraba con lo que tenía a mano para poner la mesa y las sillas, las sillas es un decir, solamente había una, y aproximar la mesa a la cama para que ahora nos sentáramos dos.

Cuando bajó del taxi, sentí una gran emoción, una verdadera alegría. Mi padre estaba radiante de felicidad. París nos recibía con el solcito de mayo, con los árboles brotados de hojas y el cielo azul. Cuando ingresamos al edificio, la *concierge* salió corriendo de su *lodge* y casi nos intercepta, se puso delante de nosotros y no supo qué hacer ante aquel señor que sabía que era mi padre (se lo dije con anterioridad), que parecía francés, alto, robusto, con su abrigo, su chalina y su sombrero y, además, se dirigía a ella en francés, un francés aprendido en Lima, ya lo sé, pero francés al fin y al cabo. En aquella época el edificio tenía ascensor, pero solamente hasta el sexto piso, y nosotros, los habitantes de los techos, del sétimo, no lo podíamos usar. Por tratarse de mi padre, de aquel caballero elegante, de este señor de polendas, utilizamos el ascensor. Mi padre, feliz: había seducido, emocionado, impactado a la *concierge*,

y ahora subía en un ascensor de un edificio ubicado en uno de los barrios residenciales del París antiguo. Solamente su clase hizo que no cambiara de expresión cuando tuvo que subir, con su maleta a cuestas, del sexto al sétimo piso, ya estrecho, una especie de corredor oscuro, lleno de puertecitas que daban a cuartitos donde vivían familias de españoles y de portugueses, algunos africanos solitarios, con su baño común al otro extremo, por donde justo vivía Silvio de Ferrari, nuestro gran amigo. Marcia abrió la puerta y nos mostró su amplia sonrisa. Mi padre la abrazó, la besó, casi la alzó y miró el cuarto hasta tropezar con la ventana, la ventana que Alfredo Bryce, a la hora de elegir una *chambre de bonne*, nos había sugerido como requisito, porque una ventana abre la vista, hace el cuarto más grande, nos da la ilusión de llegar hasta la copa de los árboles.

En esos años, ninguno de nosotros teníamos artefactos eléctricos, esos objetos que tanto emocionaban a los aduaneros en el aeropuerto de Lima. Ni siquiera los peruanos mejor establecidos en París los tenían. Julio Ramón, recuerdo, tenía un televisor en su dormitorio, eso lo sé porque los dos nos instalábamos, sin negociar un ápice con su hijo, a ver todos los encuentros del Mundial del 74 en Alemania. Era verano, recuerdo, yo estaba por partir a Flavigny y me dejaba estar, me instalaba, abríamos todas las botellas de vino del mundo y veíamos fútbol, fútbol y fútbol durante tardes y noches enteras del mes de junio. Alfredo Bryce, recién al final, antes de mi regreso a Lima, en 1975, tuvo teléfono. Y era un verdadero problema para su vida privada aquel artefacto que lo contactaba con el odiado mundo exterior. Él mismo tenía que contestar las llamadas (la mayoría de ellas impertinentes) y decidió, entonces, colocarse un pañuelo en la boca y hacerse pasar por un amigo de Bryce, que decía muy suelto de huesos, por el auricular, que Bryce había salido, que ignoraba su paradero y la hora de su regreso. Jean Pierre y Jocelyne tampoco tenían televisión. Solamente Rosa Julia Zapata, nuestra amada vicecónsul, y mi prima

Carmen tenían un televisor en casa y, a veces, nos invitaban a ver alguna película. Recuerdo que con Manuel Cabieses vimos *Picnic* en la casa de Carmen (en aquel entonces vivía por Bellevue, un barrio de árabes, en una casa con un jardín posterior repleto de gatos y maleza jamás retocada). Los amigos que vivían en George Mandel no tenían ni siquiera tostadora, cosa que Marcia y yo sí tuvimos después como regalo de matrimonio de Alfredo Bryce y Maggie para que nuestras mañanas fueran calientitas. Ninguno, por supuesto, tenía auto. Sólo el inefable *Charapa* José Carlos Rodríguez tuvo uno, pero muchos años después, casi a finales de los ochenta, uno chiquito, que manejaba matándose de risa, como si condujera por una atiborrada arteria de Iquitos. Era, pues, un París sin electrodomésticos. Y ese fue el gran cambio que descubrí en uno de mis viajes de visita años después, que París se había puesto al día en lo que a aparatos electrodomésticos se refiere. Se habían generalizado. La mayoría de peruanos no solamente había envejecido en 1984, sino que tenían televisor, autos no, algunos sí, porque ya vivían en la *banlieu*, pero sobre todo teléfono. En nuestros días, en aquellos de la década del setenta, te llegaba un *pneumatique* de sorpresa, asustando a la *concierge*, y las visitas eran a la suerte, a ver si ligaba y si nuestro amigo estaba allí, esperándonos en su departamento.

Cuando regresé por primera vez a París, en 1984, hice un recorrido nostálgico acompañado por el poeta amigo Elqui Burgos. Fui al *boulevard* Pereire, claro que fui, por supuesto, cómo no lo iba a hacer, entre otros lugares del recuerdo. Allí me enteré de que la *concierge* había muerto. Esa noticia me la dio la nueva *concierge*, que no había logrado conocer a su antecesora en el cargo. Cuando fui con Marcia, en 1997, festejando nuestros veinticinco años de casados, también fuimos al *boulevard* Pereire, arrastrados por esa insaciable nostalgia. Buscamos afanosamente el edificio y nos confundimos, pues dudábamos si el número era el 74 o el 174 de este inmenso *boulevard*, y ese error era mortal porque te llevaba

hacia la derecha o hacia la izquierda. Recuerdo que no pudimos ni siquiera ingresar al pequeño hall del edificio porque en lugar de *concierge* había un sistema de códigos para que la puerta pudiera abrirse. Debíamos conocer la clave. Y la clave era larguísima. Códigos secretos que solamente el propietario y sus amigos íntimos conocían. Nos quedamos a contemplar nuestra ventana desde la banca en la que yo había esperado la llegada de mi padre veintidós años atrás. Le tomamos fotos. La ventana estaba cerrada y alguien vivía en el cuarto donde una vez Marcia me tiró a la cabeza una pequeña olla de tallarines y donde nos habíamos amado tanto, tanto, tantas veces, seguros de haber conocido la cara de la radiante felicidad.

Mikonos, pasando por Flavigny

El viaje a Mikonos estuvo precedido por una colosal pelea provinciana en el sur de Francia, en un pueblito medieval, en la Côte d'Or, llamado Flavigny. Marcia trabajaba cuidando a los dos niños de una pareja progresista francesa, muy cerca de la *rue* Vaugirard, la más larga de París. Sin lugar a dudas, se había ganado sus corazones en base a diversos juegos (constantemente la veía tirada en el suelo) y al arroz tapado, plato que preparaba con una gracia exquisita y que se convirtió en el favorito de la familia Pascal. Los Pascal eran unos profesionales algo mayores que nosotros, pero muchísimo más asentados en el ámbito laboral. Marcia, bibliotecaria recibida en Lima, cuidaba a los dos niños a cambio de un ridículo salario y una habitación ubicada a dos cuerdas de la casa. La habitación era un estudio, no una *chambre de bonne*, y estaba en el segundo piso. Era tan cómoda que hasta Julio Ramón Ribeyro, que vivía relativamente cerca por la *place* Falguière, nos hacía unas breves y gratas visitas.

Marcia fue clara desde un principio: nosotros, pobres y felices como éramos, nos íbamos a Grecia de todas maneras, lloviera o tronara, cosa que sucedía con frecuencia en Francia, porque se trataba del inicio del verano y en Francia los veranos desatan lluvias y truenos. Antes de Grecia, sin embargo, estaba esa parada forzosa: Flavigny, donde se encontraba la *maison secondaire*, la casa de campo de los Pascal. Frédéric iría unos largos fines de semana

—de jueves a lunes— y Anne se quedaría con sus dos hijos, Marcia y yo, el invitado de última hora, porque qué me iba a hacer solo en París y en pleno verano.

Recuerdo que fui bastante contento porque la pareja progresista nos obligaba a tutearlos, era casi una orden estalinista, y por nada del mundo permitía que le habláramos de usted. Frédéric trabajaba en un banco, y Anne, su joven esposa, era socióloga como yo. Pero recuerdo dos momentos con una claridad meridiana que me hicieron pensar más de lo debido. En una oportunidad, Frédéric se refirió al “stock humano” al hablar de los migrantes. El stock humano podía reclutarse de aquí o de allá, dependía de la oferta y la demanda y de aquella idea que retenía de las clases de la Universidad Católica en Lima: el patético ejército industrial de reserva. El otro momento fue el de Anne, cuando me contaba que su último trabajo de socióloga había consistido en hacer una encuesta para saber por qué la gente no quería tener una tarjeta de crédito en un conocido supermercado. La razón de la encuesta era conocer esos motivos y revertirlos.

Yo partí unos días más tarde y tomé un tren que me llevó, imagino, hasta muy cerca de Flavigny. Se trataba de un pueblo medieval, cierto, de piedra pura y con murallas. Más allá del pueblo estaba el campo, cruzado por una pista asfaltada que iba en curva, bajando hasta llegar a la planicie. Me habían conseguido trabajo con un granjero que vivía al frente. Me acordé de mis tiempos en Postville, pensé que la vida tenía un gracioso azar, recordé el granero, el Corazón de América, y al día siguiente de mi llegada me dispuse a ir a trabajar. Yo sí que era una mano de obra completa. En París afichaba para la agencia de turismo de Lalo Justo Cabañero, siempre con mi hermano Elqui Burgos, y ahora sería un peón, un hombre del campo, que realizaría tareas que hasta ese momento ignoraba. Para ahorrar camino (no me iba a dar toda la vuelta como si fuera un camión) me dejé caer y rodé por una cuesta empinada y boscosa, rogando que no lloviera. Luego camina-

ría por el terreno plano y subiría por la ladera que se encontraba al frente de la casa de los Pascal, en Flavigny.

No rememoraré todos los detalles de mi trabajo, pero diré que éramos tres los peones: el gordo Pepete, un francés oriundo del Corazón de Francia, simple y bueno, ignorante y sensible, nacido en un granero, sin duda alguna, que al verme exclamó: "*Vous venez de l'Amérique, pen-pen!*", cuando traté de explicarle que venía del Pérou, sí, de América, pero del Sur, no de la comarca de los vaqueros. Y el otro peón era un hijo de portugueses, de esos que conocía tanto por ser mis vecinos en las diversas *chambre de bonne* en las que había vivido en París. El trabajo consistía en recoger el heno (desperdigado) que un pequeño tractor empaquetaba de una manera bastante moderna y que nosotros tres recogíamos con unos trinchas y lo colocábamos en la tolva de un camión, construyendo una especie de pirámide egipcia. Yo nunca me gané con el descanso de ser el chofer, porque no sabía manejar y el recorrido se hacía a través de cuevas y colinas. Para Pepete, en cambio, manejar era un verdadero premio y nos lo hacía saber con sus grueas carcajadas.

Los almuerzos eran colosales. No recuerdo haber comido tanto y con tanta hambre. El joven propietario de la granja (un capitalista rural, un empresario del campo) nos llevaba a un restaurante de pueblo donde devorábamos todo lo que generosamente nos servían. Después de trabajar durante la tarde, emprendía el camino de regreso, atravesando aquella planicie, rogando que no lloviera, y empezaba a subir por la cuesta boscosa y enredada. Una vez arriba caminaba por Flavigny, acompañaba a Marcia y nos disponíamos a cenar. En principio, una vez que los niños se hubieran dormido, Marcia y yo podíamos caminar como enamorados por el pueblo, saludar a la gente, curiosar, hacernos amigos, cosa que sucedió para desesperación de Anne y Frédéric. Nos hicimos amigos de las hijas del alcalde. Nos hicimos amigos (yo, sobre todo) de los peones del pueblo, porque este extranjero, este peruano,

era un peón como ellos, a diferencia de Frédéric, que venía solamente a vegetar en su *maison secondaire* y miraba a los pueblerinos por sobre el hombro.

Frédéric era un *pied noir*. Sus antepasados estaban emparentados con Egipto, si no me equivoco. Su izquierdismo progresista, combinado con una febril y arribista actividad en el banco, se debía en mucho al color de su piel. Con decir que yo era más blanco que él —después de estar bajo el sol achicharrante de la Côte d'Or, es bastante—. Era frentón y comía pésimo. Yo me esmeraba en comer con buenos modales en aquellas cenas campestres, porque Frédéric, pobre, sorbía la sopa. Frédéric nunca estuvo a la altura de Anne. Y esas cenas eran un suplicio o su manera de desquitarse. Solamente puso el grito en el cielo y casi nos priva, como castigo, de nuestro paseíto nocturno, cuando se enteró de que las hijas del alcalde nos invitaban a su casa. Nos invitaban a nosotros y no a ellos. A Frédéric le vino todo un odio de clase y Anne murmuró un leve insulto bañado en desprecio.

En Flavigny estuvimos un mes. Después de una primera semana, en que casi no podía moverme en la cama del dolor físico que me producían el trabajo y la caminata de ida y vuelta, saqué un envidiable estado atlético. Además, almorzaba muy bien y cenaba *pas mal*, como dirían los franceses. Marcia tenía su rutina con los dos niños y todo transcurría en la calma infinita de un pueblo medieval. Hasta que llegó la hora de la partida. Yo debía ir a París antes para arreglar unos asuntos vinculados a la matrícula en la universidad y Marcia lo haría después, para irnos a Grecia, sí, los pobres felices sudamericanos se iban a Grecia, ¡hurra!, ¡hurra!, Marcia les contaba de nuestros planes y yo veía un mohín en el rostro marrón de Frédéric y un gesto de desagrado en el de Anne. Antes de irme, fui a cobrar mi salario de peón.

El diálogo con el joven empresario rural tuvo dos momentos desagradables: el primero, cuando me dijo, lapicero en mano, que a mi sueldo debía deducirle los almuerzos, que eran varios, por lo

que mi salario se reducía justo a la mitad. El segundo momento fue cuando me dijo, dinero en mano, que no le contara a Pepete que me había pagado, cosa que hice apenas salí. Pepete, le dije a ese Corazón de Francia, simple y buenote, campesino a más no poder, me han pagado, me han pagado, y le enseñaba unos miserables fajos reducidos a la mitad debido a todos los almuerzos que habíamos degustado con un hambre terrible.

A los días, Marcia llegó a París furiosa, llorando, molesta. El último día se había peleado con Anne. Le pagaban menos porque los Pascal le deducían, tal como lo hizo el joven empresario rural, mis cenas. Le rebanaban su sueldo a la mitad. Y Anne se quejaba de que se hubiera paseado por las noches y algunas tardes o algún domingo conmigo. Anne la quería cama adentro. Al fin y al cabo, éramos peruanos, a pesar de tener estudios universitarios y haber sido invitados por las hijas del alcalde. Marcia le dijo que se iba, no solo a Grecia, sino del trabajo. Pero que por ningún motivo se atrevieran a desalojarnos de nuestro estudio porque dejaríamos nuestros petates allí, y al regresar de Grecia, recién en ese momento, los recogeríamos. Las mujeres siempre han tenido más temple que los hombres, y yo me moría de miedo preguntándome qué sería de nuestras vidas al regresar de Grecia, sin cuarto ni trabajo. Marcia, después de llorar de rabia, me dijo: “Pensemos en Grecia. Olvídate de los Pascal”.

El viaje camino a Grecia duró exactamente tres días, parecido al que hice de Miami a Iowa antes de cumplir los diecisiete, pero esta vez era en un tren caletero que se fue, de pueblo en pueblo, hasta el sur de Francia, luego hizo un lento recorrido por el norte de Italia, atravesó toda Yugoslavia y llegó, por fin, a Atenas. El viaje hubiera sido insoportable (con el recuerdo de la cara de los Pascal, además, y la de Frédéric sorbiendo la sopa) si no hubiéramos topado en el mismo vagón con Christos, un griego proletario que regresaba a su país con su bigotazo negro y el pelo revuelto, una vez terminada la dictadura que lo había expulsado a Francia.

Christos nos enseñó cómo dormir en unas posturas felinas. Yo lo veía prácticamente con las piernas en el techo. Cuando llegamos a Atenas nos ofreció su casa, así de generoso era Christos, pero le dijimos que a la vuelta, después del recorrido a las islas, y él nos respondió amable, pero serio: “Turistas, ustedes son unos miserables turistas”.

Nos reservamos toda Atenas para el regreso y nos fuimos de frente al puerto de El Pireo. Nos íbamos a Mikonos. En París nos dijeron que esa era la isla a visitar, y hacia allí nos dirigimos. Por razones que ignoro, el barco salió al día siguiente y no tuvimos más remedio que dormir en la arena de una playa del puerto. Felizmente encontramos a unos ingleses simpáticos y a dos parejas; con una de ellas mantenemos amistad hasta el día de hoy: James y Nicole Gelister. Con James y Nicole hicimos casi un cerco y nos cuidábamos de los extraños, sobre todo protegíamos nuestros escasos ahorros. El barco era enorme, y nosotros estábamos ubicados en el lugar más barato, o sea donde cae sol todo el día, porque el verano en Grecia es un día continuo. En esa cubierta los ingleses se achicharraron y se pusieron rojos; Marcia, en cambio, ya estaba negra, y yo, que venía del sol de la Côte d’Or, estaba bronceado. Los ingleses casi desfallecen de la insolación. A Mikonos llegamos al atardecer y de inmediato nos fuimos a una de las playas.

Al día siguiente, no tardamos en reconocer que estábamos en una playa de nudistas. Las mujeres se miraron entre ellas como preguntándose y ahora qué hacemos. Nosotros, a nuestra manera, nos hicimos la misma pregunta. Debo reconocer que el animal —como lo ha escrito magistralmente Julio Ramón Ribeyro— muestra con mayor elegancia su desnudez que los humanos. Desnudos, en todo caso, nos sentíamos desprotegidos, pero había que desnudarse, porque en ropa de baño seríamos los raros, los marginales, los forasteros, los extraños.

Después de diez años de aquel viaje a Mikonos, justo en 1984, visité a James y Nicole en Londres. Felizmente guardaba su nú-

mero de teléfono y desde la estación de Waterloo lo llamé soñando en las reglas del azar. Tuve la suerte de que me contestara el mismo James. Le pregunté si me recordaba. Él me dijo que en toda su vida solamente había conocido a dos peruanos, a Marcia y a mí, que cómo podía pensar que nos había olvidado si en Mikonos convivimos desnudos, desnudos, repetía por el teléfono, y después lo repetía en su casa, cuando me alojó, si nosotros no nos hemos conocido, nadie puede conocerse en este sucio mundo: nos conocemos hasta las pelotas, gritó. Y era cierto. Cuando ellos querían pasear, nosotros cuidábamos sus cosas. Y al revés. Nuestra amistad se hizo en un par de semanas y dura hasta hoy, hasta la fecha, cuando su hijo mayor, Yann, ha venido a conocer el Perú de los amigos de sus padres y se ha alojado algunos días en nuestra casa.

La insolación llega, sin embargo, de la manera menos esperada. En mi caso lo hizo en el empeine de los dos pies, y no tuve más remedio que sentarme, protegido por unas esteras, en el restaurante más rupestre y caro de mi vida. Marcia y yo habíamos viajado con nuestra mochila llena de conservas, mientras James y Nicole estaban sujetos a los precios del restaurante campestre y caro. Recuerdo a James (estudiante de Medicina en aquel entonces) mirar cómo una mamá desnuda le daba en la boca unos tallarines a su hijita desnuda, y nosotros desnudos mirábamos la escena rogando que dijera “no” con la cabeza y que la mamá desistiera y nosotros pudiéramos ir a la cocina (contigua) y terminar ávidamente el plato, sobre todo James, que no tenía ninguna conserva consigo. Bueno, desde ese restaurante refugio de mis empeines, miré cómo Marcia se introducía desnuda al mar de Mikonos, una poza tibia y transparente. Marcia empezó a nadar y casi desaparece de mi vista cuando la vi subir a unas rocas impulsada por un hombre de trenza larga y completamente desnudo, innecesaria precisión. Desnudos los dos estuvieron en esa roca por casi una hora, mientras yo no podía moverme y me convertía en Mr. Chaterley. Cuando

regresó, Marcia me contó que la había invitado a salir esa noche a Mikonos, a aquel gracioso pueblo de casas blancas y callecitas entrecruzadas, pero que le había dicho que no, que era casada, que su marido era aquel joven inutilizado que se encontraba en el rústico restaurante. El italiano (era italiano) era millonario, porque en Mikonos existen tres tipos de turistas: los millonarios, los pobres con comida enlatada y los pobres sin comida enlatada.

De Mikonos decidimos ir a Corfú. La principal razón era conocer la casa donde había vivido como cónsul el escritor británico Lawrence Durrell. Yo acababa de leer la correspondencia entre Durrell y Henry Miller, una correspondencia que describe la amistad epistolar entre los dos escritores que se escribieron mucho más de lo que se conocieron personalmente, y gran parte de aquella correspondencia transcurre cuando Durrell vivía en Corfú. Llegar no fue nada fácil. Nuestra idea era hacer autostop hasta cierto lugar y luego coger un desvío que nos permitiera tomar un ferry en una travesía no tan larga. Después de esperar por más de dos horas en un paraje solitario y bajo un sol candente, un chofer se apiadó de nosotros. Nos dijo ni hablar, tomar ese desvío era suicida, porque pasaba un camión cada dos días. Él nos llevaría hasta Patras y de allí tomaríamos el ferry como gente decente. Había vivido en México de estudiante y, al saber que hablábamos castellano, no hizo ningún distingo entre México y el Perú y nos trató con gran afecto. El viaje se nos hizo corto y fue muy reparador. Al llegar a Patras se despidió de nosotros entregándonos, inesperadamente, un fajo de dinero griego en el momento en que nos daba la mano. Nosotros no sabíamos qué hacer, mientras el amigo se alejaba deseándonos suerte. Ese dinero caído del cielo nos permitió tomar un cuarto de hotel, bañarnos después de quince días bajo un amable chorro de agua dulce y hacer el amor en la intimidad, ya no bajo el endurecido saco de dormir. Fue una verdadera maravilla recibir nuestros cuerpos abrazándose una tarde en Patras, con sábanas limpias y ventanas abiertas.

Corfú tiene un paisaje completamente distinto al de Mikonos. De tupida vegetación, sus playas colindan con un verdor interminable. Recuerdo la casa de Durrell, por cierto, a la que no entramos, y que solamente una placa en la fachada daba fe de que había sido el inmueble del consulado inglés. También recuerdo un parque que era, a la vez, un terreno de cricket, ese deporte con el que solamente los ingleses gozan y que han logrado introducir en contados países. De noche, empleando la imaginación, los lugareños afirmaban que podías ver las luces de Albania, en aquel entonces un país dramáticamente encerrado en sí mismo.

De vuelta a Atenas llamamos al generoso Christos, que cumplió su palabra a cabalidad y nos alojó en casa de su familia. Vivía con sus padres, una tía abuela y una hermana bellísima, que hizo generosamente de guía para nosotros en la ciudad. Christos era una mezcla rara de vocaciones. Básicamente era un proletario, y como tal había trabajado en París, pero también le gustaba la pintura y la poesía. En su casa tenía un pequeño taller y allí pasaba varias horas al día tratando de coger la experiencia de la vida en gruesos trazos negros. Recuerdo haberle regalado un libro de poemas, traducido al griego, de Pablo Neruda. Pero lamento profundamente haber perdido su dirección y no haberle podido escribir nunca unas líneas desde París agradeciéndole los maravillosos días que nos permitió pasar en su casa.

En París nos esperaba la durísima tarea de enfrentar a los Pascal y negociar una salida dilatada, un par de días al menos, pensaba yo, para empezar a buscar dónde vivir. El viaje de regreso era tan agotador como el de ida, pero sin el encanto de la aventura del primero, sin la compañía de Christos y, por tanto, entumecidos, porque habíamos olvidado los trucos que nos enseñó para dormir sin que se nos durmiera la pierna. Llegamos al estudio, abrimos la puerta y reconocimos que nuestros trastos todavía estaban en su sitio.

No hubo negociación. Marcia decidió cortar por lo sano y una

vez que terminamos de empacar nuestros enseres fuimos a la casa de los Pascal a devolverles la llave. Jerome y Cathrine, los dos niños, se le prendieron de las piernas y no la dejaban partir. Lloraban a mares. Anne, en cambio, pronunció estas inolvidables palabras: “La próxima vez contrataré una señora portuguesa. Gente sencilla que sabe hacer bien su trabajo. Nada de complicaciones”. No pude evitar pensar en Pepete, el hijo del Corazón de Francia.

Rue Copreaux

Nuestro cuarto de la *rue* Copreaux fue el más pequeño de todos los que tuvimos en París. Lo conseguimos a través de Marie Jo, la hermana de Jean Pierre. Los dueños eran unos diplomáticos canadienses, que a pesar de estar acostumbrados a los grandes espacios de su país, los años que estuvieron en París explicaban por qué, a la hora de negociar, nos dieron el cuarto más pequeño de los dos que tenían. Marcia ya acariciaba la sana intención de trabajar como bibliotecaria en París y se estaba cansando de tanta buhardilla, por más romántica y preciosa que le pudieran parecer en los primeros años, porque con el correr del tiempo sentía que eran verdaderamente incómodas, maltrechas y mezquinas. La de los canadienses, como la llamábamos, nos resultó ingrata. Marcia se dio cuenta, por ejemplo, de que habíamos retrocedido en lugar de progresar. Ya no teníamos mesa y comíamos sentados en el suelo. La cama impedía que se pudiera abrir completamente la puerta. La ventana ya no daba a un *boulevard* que nos hiciera sentir el espejismo de la perspectiva, sino a un negro patio interior. La ducha era lo único bueno. Allí no solamente nos bañábamos, sino que lavábamos la ropa interior, las blusas y las camisas. El recorrido de la ducha al cuarto no era tan corto y recorrer ese tramo nos obligaba a salir cubriéndonos con una toalla, calatos, lo más rápido posible hacia el cuarto, con esa puerta siempre atascada, caray, que no se abría del todo, que tropezaba con la al-

fombra cuando la empujábamos con el hombro, cuidando de no botar algo...

La negociación con los canadienses no nos fue nadita favorable. Si Marcia hubiese trabajado las ocho horas como *baby sitter*, tal como se lo exigían, nos hubieran dado el cuarto grande, un verdadero cuarto, amplio e iluminado. Pero como Marcia deseaba trabajar decentemente en una biblioteca, nos dieron el más pequeño. En ese cuarto nos quedamos a vivir cerca de un año. Quedaba en el corazón del XVI, un barrio frío y elegante, frecuentado curiosamente por prostitutas que, en las noches, aparecían como panteras desde la oscuridad y se desplazaban a trancos largos por las esquinas. Yo las reconocía en mi recorrido a pie desde L'Etoile, regresando de Nanterre, y a algunas les hacía un tímido saludo o un vago gesto de reconocimiento. Ellas esperaban ser recogidas por personas que conducían elegantes automóviles, tal como ocurrió un día, porque fue de día, lo recuerdo bien, que crucé unas miradas con una chica realmente preciosa, vestida a la moda universitaria, porque pienso que no era prostituta profesional, que se trepó al auto de un señor de unos cincuenta años. Yo siempre he fantaseado con la mirada que me enviara; una mirada de pena o de resignación o de secreta rebeldía. Aún hoy no la he logrado descifrar.

En esa época trabajábamos duro. Yo lo hacía pegando afiches con Elqui Burgos, para la agencia de viajes de Lalo Justo Caballero, y Marcia lo hacía feliz en su biblioteca. Por fin ella lograba trabajar en un escritorio, y no con las manos, como parecía ser mi destino si me hubiese quedado en París. Tratábamos de regresar lo más tarde posible al cuarto más pequeño del mundo, para evitar empujar la puerta y mirar de lejos por la ventanita que daba al negro patio interior. Lo mejor que podíamos hacer era tumbarnos en la cama y oír cómo la lluvia traqueteaba en nuestro techo de calamina. A veces comprábamos un pollo dorado con papas fritas y nos lo engullíamos en un dos por tres. Me acuerdo

que costaba catorce francos. Era caro, si pienso que yo salía diariamente a la calle con cinco francos en el bolsillo.

Yo sabía que había cometido un grave error al haber aceptado ese cuarto si realmente deseaba quedarme en París, porque en ese cuarto o nos amábamos aún más como locos o nos íbamos a detestar tarde o temprano. Recuerdo que los dos fantaseábamos con la imagen de que éramos unos verdaderos parisinos que se levantaban temprano e iban a trabajar a una oficina pública. Acostumbrábamos a tomar desayuno de pie, como corresponde, en el *tabac* más cercano. Lo conocíamos de memoria, identificábamos a los mozos, pero sobre todo al héroe de los desayunos parisinos, a aquel señor que se bandeaba solo con los cafés de los oficinistas, antes de las ocho de la mañana, con su *croissant*, sin que se le cayera ni un vaso ni un platito ni nada. Era un placer verlo trabajar. La barra lo cercaba y la multitud lo aclamaba. En ese ambiente de cigarrillos matutinos y de teteras hirviendo, el rey de los desayunos era un mago de diestros movimientos.

Con frecuencia íbamos al cine. Estábamos cerca de la cineoteca y de las salas de los Campos Elíseos, así como de unos cinemitas de barrio que fuimos descubriendo poco a poco. En uno de esos cinemitas, cerca de los Campos Elíseos, vi que proyectaban *Duelo de titanes*, la película que había visto en Cañete con los Ramos, de niño, y en Iowa con Paul Schierholtz. Tenía que verla una tercera vez. Era una de esas cintas de cowboys clásicos, de leyenda, que recreaba la vida de Wyatt Earp y Doc Holiday. Era *Gunfight in the o.k. Corral*. Para Marcia, cualquier excusa resultaba válida con tal de salir de ese cuarto, nuestro cuarto, metido en un falso Canadá, como si fuese una cuña del Tercer Mundo. Años después iría a Canadá y constataría la amplitud de sus paisajes y la generosidad de su gente.

Nos citamos en alguna esquina y nos fuimos al cine. En esa salita pasaban buenas películas. Recuerdo haber visto, por ejemplo, una película de una mujer que se escapaba de la cárcel y al

hacerlo se doblaba un tobillo. Era *L'Estragola* de la Sarrazin, claro que me acuerdo, el hueso del amor, cómo lo podría olvidar, la Sarrazin era una especie de Genet en mujer, película que ya había visto también en Lima. Era una sala vieja a la que íbamos, larga, con boleterías en la entrada y su pantalla al fondo. Marcia y yo nos acurrucábamos apenas nos sentábamos en las butacas, una vieja costumbre entre nosotros, y nos dejábamos estar. Me encantaba dejarme estar en los cines de París, porque era como si abandonara la vorágine de la gran ciudad al otro lado de la puerta. Que sea, me decía, la Ciudad Luz, pero yo estoy feliz aquí en plena oscuridad.

Cuando salimos de la sala caminamos lentamente por los Campos Elíseos curioseando en tiendas donde no compraríamos nada. Llegamos a L'Etoile y enrumbamos por Victor Hugo, una paralela de la famosa *avenue* Foch que los peruanos conocíamos como la *avenue* Clori, por Clori Málaga de Prado, que vivía en uno de esos grandes departamentos sin salir, así decían, de su propia oscuridad. Y por allí se llegaba a la callecita de Copreaux. Cuando abrí la puerta, empujándola despacio, con conocimiento de causa, tratando de que la alfombra no lo impidiera, distinguí una nota en el suelo. Nadie llegaba hasta nuestro paraíso. Pero nadie, lo juro. Es verdad: nadie. Qué raro. Si pocas fueron las personas que se atrevieron a hacerlo en Pereire, en Copreaux nadie lo había hecho. Por fin abrí la puerta y leí la nota. Marcia dudaba entre darse un baño o acostarse así nomás, un poquitín sucia, pero no muy sucia, con la humedad pegajosa de París atrapada en su piel. Leí que Rosa Julia Zapata, la vicecónsul de la Embajada del Perú, quería que la llamase urgentemente. Le dije a Marcia que se diera un duchazo, que yo iría al *tabac* a llamar a Rosa Julia.

Bajé los ocho pisos por la escalera caracol y me dirigí al *tabac* con una serie de pensamientos inquietos. Estaba tan ensimismado que no saludé a mis prostitutas preferidas. En el *tabac* descendí las escaleras para buscar un teléfono y llamé a casa de Rosa

Julia. Era tarde, pero no importaba. Recibí la noticia a boca de jarro: el papá de Marcia había muerto en Lima hacía dos días.

De pronto, como una ráfaga, me vino toda la historia de Marcia, una marea que arremolina lo limpio y lo sucio. Su madre había muerto cuando ella tenía quince años. Una vez que su hermana mayor se fue del país, ella se hizo cargo de sus tres hermanos menores. Su papá lo era todo en su vida. Como toda mujer sana y sensata, lo amó sin condiciones. Venirse a Francia le había significado un desgarró emocional, pues lo dejaba solo, jubilado, mal del corazón, con sus tres hermanos menores en el colegio. Pero se vino. Tomó su barco y se vino a París, no sé si por mí o porque París estuvo siempre entre sus planes. Lo cierto es que una noche de noviembre llegó a la estación Saint Lazare y nos abrazamos y corrimos a amarnos en un hotelito de Pigalle. Marcia había forzado la pena de dejar a su padre, había tenido que optar, de alguna manera u otra, y me había escogido. Fue la primera vez —y sospecho que la última— que fui escogido, que se dejaron otras opciones. Si tuvo que dejar a su padre en Lima, ahora tenía que llorarlo a la distancia. No le resultaba fácil. A los dos meses de llegar a París, cuando visitamos a su hermana Elsa en Madrid en nuestra primera Navidad europea, su padre se negó a hablar con ella por teléfono, porque semanas antes Marcia le había revelado una tremenda verdad: vivíamos juntos en una buhardilla, en uno de esos famosos cuartos miserables, pero llenos de amor.

—Pásame a Elsa —le había dicho su padre cuando escuchó la voz de Marcia—. Pásame con tu hermana.

Marcia no lo podía creer. Su padre, desde que enviudara, lo era todo para ella. Celoso, espantaba a los pretendientes. Incluso a mí no me daba bola y rara vez me hacía pasar a la salita de la televisión, donde propios y extraños gritaban delirantes con los partidos de fútbol.

Me di mi tiempo y caminé por las calles rodeado del perfume de mis prostitutas preferidas. Ellas merodeaban, como panteras

que eran, en sus jaulas invisibles, mostrando sus largas piernas. Me tomaba mi tiempo. Pero llegué, claro que llegué, y subí las escaleras hasta atisbar el cuarto. Esta vez abrí la puerta con sigilo, con mucha cautela, tratando de que no se atascara con la alfombra y me permitiera entrar como si yo mismo fuese una sutil brisa de una tarde de verano. La vi desnuda, secándose el pelo. Era muy menuda, muy delgada, muy pequeña, tal como la he amado siempre. Volteó y me mostró su bellísima sonrisa. “Qué deseaba Rosa Julia”, preguntó. Noté que no esperaba nada malo en ese momento. Yo sé, y ahora lo sé más aun, que Marcia ha recibido malas noticias desde muy joven. Pero en su rostro no había señal que me diera a entender que esperaba una en ese preciso momento. No le di tiempo a que me mostrara ningún gesto de sospecha o de curiosidad o de desconfianza. La he dejado grabada en mi memoria, desnuda como la encontré al abrir la puerta, grácil, secándose la cabeza y mostrándome de costado sus senos pequeños y formados. “Tu papá ha muerto”, le dije. Recuerdo haberla abrazado y después escucharla llorar durante toda la noche. Estuvimos empapados y tristes. Su cabeza sobre mi pecho. Ella limpia y yo sucio de tanto caminar por la ciudad en la que pegaba los afiches de Lalo en cuanta pared estuviese vacía. Lloró y lloró, tanto como la lluvia cuando traqueteaba en nuestro techo de calamina.

La fiesta que nos sigue

En un inicio no supe por qué escribía estos relatos que llamaba pretenciosamente mis crónicas poéticas, porque aquellos hechos, eso sí lo sabía, me habían sucedido exclusivamente a mí hacía tanto tiempo, Dios mío, que deberían haber sido olvidados. Por momentos me parece que no guardan ningún nexo con mi presente, con mi actualidad, con este sitio, con el cuerpo en el que habito en estos años. Pero conforme los voy escribiendo tengo la certeza de que también son un punto de inflexión en un camino que acumula mucho pasado, soporta mucha carga, demasiados errores, pues no olvida los lamentos y anhela un poco de claridad, una pequeña luz que haga que ese pasado sea digerido de una forma más amable, con más piedad y que no atormente tanto mi presente. En gran medida este acto de recordar está centrado en Marcia, mi esposa por treinta años, con quien he gozado, sufrido, viajado, construido una casa y formado un hogar. Siempre he pensado que no hay nada más terrible que hacer sufrir a la persona que uno quiere. Mi madre, con su humor británico ancestral, afirmaba que era más fácil hacer llorar a una mujer que hacerla reír, y que era todo un honor para una mujer ser galanteada por un hombre inteligente y tímido. Lo cierto es que Marcia ha llorado y reído por culpa mía. Y también es cierto que París fue un momento importante para nosotros, porque, como dice el viejo Hem, “si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París

te acompañará, vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue". También escribió que París era una ciudad muy vieja, por eso allí nada era sencillo, ni siquiera ser pobre, ni el dinero ganado de pronto, ni el bien ni el mal, ni la respiración de una persona tendida a su lado bajo la luz de la luna. Mi amigo Jean Pierre, sin ir muy lejos, me dijo en una oportunidad, caminando por la *rue Vaugirard*, que, sin duda, estos años en París serían los más felices de mi vida, que los recordaría siempre, y no por románticos, sino porque aquí, durante esos años, fuiste feliz, sin las ataduras de las clases sociales, sin ambiciones, sin ganas de reconocimiento, eras un marginal feliz, pobre y feliz, me decía mi gran amigo Jean Pierre, y porque tuviste a Marcia siempre, no lo olvides, pequeño cerdo, desde que llegaste, desde que la viste bajar del tren en la estación de Saint Lazare a los cuatro meses de tu llegada a París, y se abrazaron y caminaron cargando sus maletas por los túneles del metro, hasta que un vagabundo, al verlos, exclamó a puro pulmón: *C'est l'amour!, c'est l'amour!*, y se fueron al hotel barato de Pigalle a amarse y a convivir y a cometer errores, sobre todo aquel error que cometiste con ella y que nunca podrás digerir, ese que vive como un bicho en tu estómago, zampado y drogado y enmudecido en tus propios ácidos gástricos, tanto que a veces te pone de pésimo humor, porque a veces tengo que gritar o golpear a alguien, a veces debo tomar el aire fresco de la tarde porque me ahogo, y no sé bien y lo tengo acumulado y hasta olvidado, pero resurge bajo otras formas y Marcia se atrevió a refrescartelo el otro día, se atrevió, mira que ella también se lo atragantaba y se lo guardaba en su fuste interno, fuiste tan bestia que se atrevió a botártelo a la cara y a decirte que sí, que París fue una fiesta, claro que fue una fiesta, que la pasamos regio a los veinticinco años, que los cuartitos eran de maravilla, los amigos, el vino Côte du Rhone, los siete pisos hacia la felicidad pobre de nuestro cuarto, pero que todo aquello no borraba mi metida de pata, mi error, mi egoísmo, mi vida centrada en mis propios asuntos, por-

que así son y así serán los escritores, viven centrados en sus propios asuntos, y ella, en ese momento, de eso hace treinta años, imbécil, no era tu asunto y la dejaste ir, sufrir sola, en compañía de un japonés, te cuenta ahora, y tú la miras de frente, treinta años después recordando tu París de la puta madre, buen hijo de puta, tu París romántico, intelectual, el París que tanto le gustaba a tu papá, pero mírame bien, me dice, mírame, te digo, a mí me dejaste sola, bien sola, y partí para que pudieras ser feliz en ese París de postal, de ensueño, de gente del Sena, para que nada ni nadie fuera un estorbo.

Sí, Hem... sí: por aquel entonces habías descubierto que todo, lo bueno y lo malo, deja un vacío cuando se interrumpe. Pero si se trata de algo malo, el vacío se va llenando por sí solo, mientras que el vacío de algo bueno sólo se puede llenar descubriendo algo mejor. Muchos escritores te quieren y respetan por el vigor de tu talento, tu emoción seca, tu economía de lenguaje y por haber traído a la literatura aquel recurso que se conoce como el dato escondido, esa información que no se explicita, que no se dice, que no se muestra, y le otorga a las palabras que sí están escritas en el cuento un significado mayor, porque aquello que se esconde en la historia, vive bajo tierra, entre mis tripas, y nos ha hecho llorar, putear, gritándonos, como aquel vagabundo: *C'est l'amour!, c'est l'amour!*, cuando nos vio aligerar el paso, cargando tus maletas, abrazados, besándonos, en uno de los túneles del metro de Saint Lazare rumbo al hotel barato de Pigalle.

Max Rayne House

El viaje a Londres no era un viaje cualquiera; tenía un significado radical porque se trataba del último viaje de mi estancia europea. Marcia había tomado la decisión de regresar en barco a Lima y yo tomaría un ferry a Southampton, para de allí, en tren, llegar a Londres. El retorno de Marcia al Perú me daba a entender que Europa se convertía, de a pocos, en un asunto del pasado y yo no quería regresar sin antes haber vivido, aunque sea de refilón, un verano en Londres.

Los dos tomamos el tren de París a Le Havre y dormimos en un hotel cerca del puerto. Por primera vez, desde que llegamos a París, dejamos de tener un cuartito que nos diera la sensación de pertenecer a la ciudad. A mí me fascinaba la idea de saber que teníamos un cuarto en París, que podíamos regresar desde cualquier lugar de Europa sabiendo que ese sitio, entre tantas luces, nos cobijaría como si fuese un refugio. Cuando regresaba a nuestro cuarto caminando por el *boulevard* Pereire, sentía una gran emoción al ver la lucecita prendida. Esa luz me indicaba que Marcia ya había llegado y que me estaba esperando. En el hotel de Le Havre hicimos el amor con avidez y tristeza, ya que ambos sabíamos que estaríamos separados por lo menos cuatro meses. Al día siguiente fuimos al puerto y Marcia reconoció el barco que la había traído a Europa. Era curioso: se regresaba al Perú en el mismo barco y con la misma tripulación, en todo caso, con el mismo capitán.

Nunca le pregunté, realmente, cómo había sido su viaje a París, porque sabía que las travesías en barco son un paréntesis vital entre el ayer y el mañana. Almorzamos con la tripulación, donde sobresalía la figura bonachona y amable de José Luis, el capitán español. Todos lamentaron que Marcia tuviera que hacer este viaje también sola, ya que yo no la había acompañado en el de venida. Recuerdo que entonces mi incertidumbre ante la idea del matrimonio era de tal dimensión, que mantuve en vilo unos días antes de mi partida a los dueños de la empresa naviera, complicando así la distribución de los camarotes. Hasta el final me guardaban el camarote matrimonial. Yo debía viajar casado, y al no hacerlo, troqué con Ivonne para que ingresaran en mi camarote sus dos inmensos baúles de toda una eternidad, de aquel viaje sin retorno.

Las pocas horas que nos quedaban en Le Havre hacían que la noción del tiempo transcurriera rapidísimo, y a mí me invadía una infinita tristeza saber que me separaría de Marcia. Dentro de menos de una hora tendría que ir a tomar el ferry. Recuerdo que me trasladó una pequeña motoneta que cargaba montones de sábanas. Me despedí de Marcia de la misma manera que lo hice en el Callao cuatro años antes. Nos besamos y nos besamos y nos besamos y luego agité la mano y la agité hasta que desaparecí entre las embarcaciones. Una vez instalado en el ferry, sentí un vacío en el pecho y dudé si había tomado la decisión correcta. Marcia había venido a Europa y se había regresado al Perú completamente sola; sin mí, en todo caso.

El ferry se desplazaba lentamente por las densas aguas del canal y me llevaba hacia una de las ciudades del sur de Inglaterra. Como se trataba de un itinerario poco frecuentado —y el más extenso—, era también el más sospechoso para la aduana inglesa. Yo estaba tan ido y triste que me puse a contemplar el cielo ya de tarde y a oír el canto nostálgico de una bandada de gaviotas. Fui el último en acercarme a entregar mis documentos. El asunto fue más complicado de lo que pensaba. Inglaterra, en aquellos tiempos, no exi-

gía visa, pero se tomaba la libertad de aceptar o denegar el ingreso allí mismo, y si nuestra argumentación no era capaz de convencerlos, tendríamos que regresar al punto de origen. Conocía a varios amigos a quienes les había pasado ese desagradable incidente. Apenas le entregué mi pasaporte al empleado de la aduana surgieron las sospechas. Felizmente no le mentí. Desde el colegio aprendí que a un inglés no se le debe mentir, y a cada pregunta yo respondía con la verdad y con las pruebas necesarias: 400 francos franceses para cuatro meses; es decir, 100 francos al mes, porque yo no iba a trabajar (única mentira), yo iba a visitar a unos amigos que vivían en esta dirección, y así iba respondiendo el intenso cuestionario. Me otorgaron un permiso por cuatro meses exactos. Es decir, consideraban que podía vivir con 100 francos al mes si tenía, como lo daban por hecho, amigos que me querían bien.

De Southampton recuerdo poco, ya que solamente estuve una noche. El viaje en tren a Londres me mostró un pedazo de aquella isla verde y generosa, su geografía plana, plagada de casitas limpias y vacas gordas. Percy Urday, mi amigo abogado, se había encargado de conseguirme un empleo en Max Rayne House, un amplio complejo de dormitorios que daba alojamiento a estudiantes de varias universidades londinenses. Cuando llegué, ya no sé ni cómo, nos abrazamos como en los viejos tiempos. Ivonne, Oslo, el hotelito de Censier Daubeton, todo volvía a refulgir en la memoria. El viaje en barco nos había unido para siempre. Los dos pensábamos que si nos hubieran presentado en alguna recepción en Lima, nunca habiéramos sido los amigos que somos. El viaje nos unía en la intimidad. Compartíamos la experiencia que garantizaba una amistad contra viento y marea.

En nuestra sección de Max Rayne dormían Percy y Roy Stewart, un inglés mayor que nosotros, un estudiante de Historia algo tardío, bastante sordo, amante de la música de Mozart, entre otros estudiantes cuyos nombres no recuerdo. Durante el verano, Max Rayne House abría sus puertas a diversos grupos de estudian-

tes europeos, algunos norteamericanos, árabes adinerados, mexicanos adinerados, a veces venezolanos adinerados y becarios del mundo entero. Asimismo, el local se encontraba urgido de contar con una mano de obra fresca, juvenil, flexible, que ayudara al *staff* de señoras en las tareas de la cocina y en la limpieza de los dormitorios. Yo formaba parte de ese batallón de mano de obra juvenil, aunque debo declarar que era, junto a George Woodbridge, un alumno norteamericano de latín antiguo, el mayor de todos los que allí trabajábamos. Las gringuitas tenían entre dieciocho y veinte años y nosotros ya frisábamos los veintisiete.

El caso de Percy y Roy era diferente. Los dos eran alumnos formales de la universidad y se encontraban allí para pasar el verano de la manera más barata posible. Sus tareas eran ridículas. Las de Percy, por ejemplo, solamente podían existir en un país con el sentido del humor de Inglaterra. A cambio de dormir y alimentarse (Percy no recibía sueldo), debía trasladarse una noche a la semana y dormir en una camita plegable cerca de la entrada. En el caso remoto de un incendio o de que se atascara el ascensor, debía tocar la alarma. Esa era su chamba. Yo no lo podía creer. La otra tarea era más divertida aun, y yo acostumbraba acompañarlo en aquellas travesías nocturnas por los diversos pasillos de Max Rayne House. Consistía en recorrer los cuatro pisos del edificio y verificar que no hubiese fiestas molestas a partir de cierta hora. En esas pequeñas travesías nocturnas, Percy lanzaba unos aullidos entre trágicos y graciosos: “Recuérdame que soy abogado”, “recuérdame que soy abogado”, “que he trabajado en un bufete en Lima”, me decía, mientras metía la oreja a través de una de las puertas para ver qué tipo de desorden se organizaba a oscuras. Percy era mayor que yo por cinco años, y cuando decidió seguir su posgrado en Derecho Marítimo, él ya tenía varios años trabajando en un estudio de abogados. Yo, en cambio, nunca había trabajado en Lima (aparte de dos cachuelos), y cuando se lo conté a una inglesita, a Helen Jones, me calificó de inmoral.

Yo me convertí, más bien, en un proletario alienado, tal como me definí a mí mismo. Trabajaba todo el día, y de noche me iba a uno de los *pubs* de Camden Town, sobre todo a beber cerveza, o whisky, y en algunas oportunidades las dos bebidas juntas, especialmente cuando te embotabas y no lograbas emborracharte. Todos íbamos al Old Eagle, el viejo *pub* de Camden Town, el barrio donde vivíamos, una zona de irlandeses simpáticos, cerca de Reagen Park. En esa época de bombas irlandesas, nosotros vivíamos en paz. Como todos los *pubs* de Londres, el nuestro era oscuro. A Percy y a mí nos gustaba la barra, porque estabas de pie, podías moverte o treparte al banquito y conversar con los que estaban al otro lado, hombres o mujeres que también eran estudiantes en Max Rayne House. De lo contrario, nos sentábamos en una mesa con nuestras amigas, las chicas de la clase trabajadora, *the real working class*, las chicas que nos querían porque éramos como ellas: trabajadores manuales, pero que intentaban ligar con los chicos que estaban inscritos como huéspedes en Max Rayne o eran becarios extranjeros. La pertenencia a la famosa *working class* nos hermanaba como compinches en la experiencia de lavar platos o tender camas.

Josephine, por ejemplo, a quien llamaban Jo, y nosotros Bonaparte, era muy bella. Si debo recordarla, su blancura por momentos adquiría un tono rosado. Algo gordita, de veinte años, era sumamente independiente, como la mayoría de las mujeres inglesas. La independencia de la mujer inglesa fue lo que más me impresionó. Hubo algunas, como Helen Jones, que afirmaba enfática, mientras paseábamos en un botecito por un lago esplendoroso, que nunca podría vivir con un latinoamericano porque ella era demasiado independiente. Esa famosa independencia fue todo un aprendizaje para mí. Jo, o Bonaparte, no me volvió a ver con los mismos ojos. Salimos juntos en nuestro primer día libre, un día de semana, porque yo no hubiera soportado salir un domingo, cuando la ciudad se encontraba abandonada a los turistas. Fue un

día alegre y feliz. Paseábamos por una ciudad que no era de ninguno de los dos, la olfateábamos, la curioseábamos, y le compramos un regalo a Percy, porque ese día era su santo, un caluroso 11 de julio de 1975. Pero después de ese día de luz, risas, bromas y caminatas sin brújula, Bonaparte desapareció de mi vista. Nunca más estuvo a mano. Hasta que la vi con un chico y con otro y con otro y, al final, con un brasileño, un becario feliz y sonriente, estúpidamente feliz, ñato de risa con esa gringuita desmemoriada.

Cuando una noche Percy me encontró abatido en el hall de la entrada, con una lata de cerveza en la mano, me regañó con una claridad que no esperaba: “Bonaparte se está comportando igual que los hombres —me dijo—, ha venido a divertirse”. Como si fuese una clase de convivencia social entre dos culturas diametralmente opuestas, ella aplicó la misma lógica con unos jóvenes mexicanos. Las dos gringuitas inseparables, a quienes Percy y yo llamábamos “semillas de maldad”, empezaron a salir con los dos mexicanos que acababan de llegar a Max Rayne House. Los dos jóvenes cuidaban a una chica mexicana, probablemente un familiar, a quien fiscalizaban al dedillo para verificar si había salido con alguien. Mientras tanto, las “dos semillas de maldad” decidieron cambiar momentáneamente a los árabes por los dos mexicanos. Ellas acostumbraban divertirse en las noches hasta el preciso instante en que los árabes las invitaban a acostarse con ellos, y en ese momento las dos semillas se hacían sombra. “Nosotras tenemos nuestros novios en la provincia —me confesaron un día—, pero no podemos desperdiciar el tiempo sin tener *some fun* con los árabes millonarios de Max Rayne House”. Siempre jugaban al límite, y los mexicanos fueron presas de sus encantos —las dos semillas eran idénticas en todo: rubias, menudas, meneaban sus cuerpecitos con una radio prendida en la oreja—, llevándolos hasta el límite del coqueteo. Yo las recuerdo besuqueándose con ellos en uno de los pasillos del edificio, hasta que de pronto, al más puro estilo de Bonaparte, los dejaron abandonados como dos cactus en

el desierto de Sonora. Los mexicanos no pararon de llorar, de gritar, de insultar, y las llamaban putas, hijas de la chingada. Percy, incluso yo, empezamos a matarnos de risa.

La única manera de vivir en Max Rayne House era metiéndole fierro a fondo al trabajo y divirtiéndote durante las noches en el *pub*; o sea, alienarme por completo, convertirme en uno de los personajes centrales del *Free Cinema*, aquel movimiento cinematográfico inglés que había visto en el cineclub Champagnat, en Lima, a mediados de los años sesenta. Podía escoger entre *Todo empieza el sábado*, por ejemplo, con un Albert Finney joven, bebiendo un gigantesco chop de cerveza en un *pub* exacto al mío, o *This Sporting Life*, con el violento Richard Harris. Pero el trabajo era realmente penoso. Miss Stevenson, la encargada de darle vida a Max Rayne House, me ubicó de entrada en los trabajos de la cocina. Todo el día lo pasaba en esa cocina más bien pequeña. Las señoras del *staff* encontraron en nosotros la gran oportunidad (merecidísima, por cierto) de pasar a la retaguardia y limitarse a ordenar los platos después de haber superado las etapas de lavado y secado. A pesar de que existía un lavaplatos funcional y moderno, nosotros debíamos remojar antes los platos y los cubiertos. El desayuno inglés es el mejor para comer, pero no para limpiar: los huevos fritos se pegaban como lapas y los *Corn Flakes* eran difíciles de raspar. Me gané el apodo de “Speedy González” por la lentitud de mis movimientos, pero a diferencia de mis dos compañeros de jornada, nunca rompí un solo plato.

En las tardes, la faena en la cocina se ponía más dramática aun. Todos los trabajadores de la cocina teníamos tres momentos de socialización: un *tea break* en la mañana, un *tea break* en la tarde y la hora del almuerzo. Y allí revoloteábamos los jóvenes flexibles y las señoras del *staff*. Entre el último *break* y el final de la jornada, me tocaba ir a la cocina de a de veras; es decir, a raspar las ollas gigantescas. Eran unos ollones capaces de recibirnos de cuerpo entero. Allí me pusieron a trabajar a solas con un español a quien

la vida había golpeado como si fuese un poema de García Lorca, pero de aquellos escritos en Nueva York. Acompañaba sus movimientos de limpieza con unos quejidos propios del cante jondo. Eran unos lamentos interminables, y yo no podía zapatear para hacerle esas dos últimas horas lo más llevaderas posible. Lo escuchaba y me hundía en una melancolía espantosa. Hasta que por fin llegaba el final de la jornada.

Sanchis era el otro español. Nunca había escuchado ese apellido. Pensaba que los ingleses habían escrito mal su nombre y que en lugar de poner Sánchez, como debía ser, habían escrito Sanchis. Pero verdaderamente se apellidaba así y su apellido existía, vaya que sí. Sanchis era un migrante establecido. Debía llevar años trabajando en Inglaterra porque estaba a punto de jubilarse. Su trabajo era el de un inspector, a veces metía las narices en la cocina y otras en los patios y dormitorios, pero generalmente hurgaba lo subterráneo, las cañerías, los desagües. Con frecuencia nos invitaba a Percy y a mí a conversar a su casa, una casita al interior del complejo de Max Rayne House, e incluso llegó a proponerme que lo reemplazara cuando, por fin, llegara el día de su ansiada jubilación y se marchara definitivamente a España. Al contemplar su rostro, veía el punto final del recorrido que el desesperado cantautor de la cocina acababa de iniciar. Durante un buen tiempo he fantaseado con la idea de haberme quedado en Max Rayne House, viviendo en la casita de Sanchis.

Una mañana de sol intenso, Miss Stevenson ingresó a la cocina y me llamó por mi nombre. Me preguntó si deseaba dejar la cocina (hacía un mes largo que estaba allí) y trabajar en otra ocupación. Le respondí que sí. Necesitaba ver la luz directamente, moverme, desplazar la vista por horizontes más amplios. La cocina era claustrofóbica. La idea de salir me parecía excelente, sobre todo si me proponía trabajar con alguien, y ese alguien sería nada menos que George Woodbridge, el gringo de Brooklyn, de pelo negro retinto y barba más bien latina, de ojos penetrantes y, según

varios, cercanos a la locura. George Woodbrigde, como Percy y Roy, era un alumno formal, inscrito, pero que a diferencia de ellos sí trabajaba por un salario. Y nos pusimos a trabajar en lo que Miss Stevenson nos dijera.

Con George Woodbridge volví una sola vez a la cocina, pero para sacar los enormes tachos de basura. Nunca he visto una basura tan pulcra como la inglesa. Ni a trabajadores tan limpios como aquellos que fueron a recogerla con una puntualidad británica, con unos uniformes impecables y manejando un camión de basura que ya quisiera tener el distrito más pudiente de mi ciudad. La chica encargada de la cocina se moría de vergüenza de darnos una tarea tan sucia. Como recompensa nos regaló a cada uno una botella helada de Coca-Cola. Cuando vi los tachos de basura me limité a observar los movimientos sincronizados de los dos especialistas que descendían del camión. Unos garfios mecánicos se arquearon en el aire, cogieron los tachos de las solapas y vaciaron su contenido sin ensuciarse en lo más mínimo. Cuando yo me atreví a señalar unas botellas apiladas y unas cajas de madera, me miraron agresivamente, pero con educación, para decirme que aquello no era considerado basura y le correspondía a otro camión recogerlas. El sindicato inglés era exigente. Yo no podía limpiar las lunas de las ventanas de Max Rayne House, por ejemplo, o realizar tareas que significaran cierto riesgo.

La lista de las actividades que Miss Stevenson nos encargaba era muy variada, pero siempre tenía como sino inevitable el gran trazo de la basura, o la basurita, en este caso, que George y yo recogíamos de a pocos en los corredores de los dormitorios y luego apilábamos en paquetes más grandes hasta terminar en los tachos del patio en busca de un camión desinfectado que se las llevara sabe Dios a qué lugar de la ciudad. En una oportunidad George me sugirió visitar a Miss Stevenson para pedirle permiso y salir antes de la hora. George se cachueleaba como pianista —tocaba con inspiración, y lo hacía frecuentemente en alguno de los salo-

nes de Max Rayne House— y en esta precisa oportunidad unos amigos trostkistas lo habían contratado para que amenizara una velada de recaudación de fondos. Tuve la suerte de acompañarlo porque allí conocí, en medio de la venta de objetos más extraños y triviales, a Vanessa Redgrave. Delante de mí, a unos escasos metros, estaba la heroína de mi juventud limeña: Vanesa “Isadora” Duncan. Tuve la oportunidad de estrecharle la mano, intercambiar palabras y escucharla decir: “Oh, *latin lovers*, la única oportunidad en que estuve casada con uno de ellos fue con Franco Nero, y fue él quien me instruyó en las necesidades de la fidelidad matrimonial, lecciones que hice mías, para mi propio mal, porque el primero en sacar los pies del plato fue él. Nunca más, nunca más”, exclamaba Vanessa, mientras contorsionaba graciosamente sus brazos.

Cuando empezaba a extrañar a Marcia porque no me escribía o simplemente me enviaba unas postales espaciadas, viví una de las experiencias sociológicas más interesantes de mi vida. El abogado Percy Urday sacaba su cuarta y decía que en Londres no valía, la cosa era vivir la sensación del anonimato en la propia Lima. Que en Londres no valía, pero yo debo decir que sí, que se trata de vivir la experiencia de la otredad, como la han dado en llamar los sociólogos. Los domingos (que no era el día de mi salida) me tocaba aspirar las alfombras, limpiar las salas, remover los cenizeros, y todos estos movimientos se hacían con gente adentro, con los becarios que no sabían dónde ir un domingo veraniego. Entre los becarios estaban los peruanos, y yo, el invisible, el anónimo, como le encantaba precisar a Percy, pasaba desapercibido. A Percy le encantaba enfatizar que la conquista de una mujer desde mi situación era mucho más difícil y valorada, porque mientras los huéspedes y becarios de Max Rayne House partían desde su privilegiada condición, yo debía hacer un recorrido desde el fondo de la cocina, acompañado de los aullidos del español migrante y con el olor del *staff* encima. Recuerdo que una becaria peruana

—estudiaba Veterinaria— no conocía a Edith Piaf, y para hacerle entender quién era la comparé con Jesús Vásquez, la Reina y Señora de la Canción Criolla. ¿Me avergonzaba de mis tareas? No, pero nunca me puse el mandil que Miss Stevenson exigía. Yo usaba una camiseta blanca y blue jeans. Mi ídolo seguía siendo James Dean.

Con Bonaparte salí una segunda vez, cuando se deshizo del brasileño. Era mi último viaje europeo y yo sabía que mi regreso definitivo al Perú significaba el final de una adolescencia hartamente prolongada. Llegaría a Lima a trabajar formalmente, me haría de una familia, ahorraría, dejaría atrás el olor a humedad de la *chambre de bonne*, buscaría un estatus social, aún dentro de los casilleros propuestos por la izquierda, tendría que ganar dinero y dejaría de ser el anónimo invisible sin lugar preciso, indocumentado y feliz que había sido, yo lo sabía, lo intuía, lo olía. El viaje de Marcia a Lima era el indicio más claro, y mientras caminaba con Bonaparte por uno de los senderos de Reagen Park, después de ver *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, faltaba menos, mi actitud ante ella era comprensiva, tolerante, porque el futuro estaba en otra parte. A Bonaparte le gustó la obra. Yo sabía que tenía que gustarle porque la inteligencia, según su madre —la mencionó en varias oportunidades durante esa velada— era lo más importante en una mujer. Bonaparte me mostró una faceta nueva: cierta ternura, cierta necesidad de ser amada, pero sin gran convicción en el futuro. Antes de irse de Max Rayne tuvo la gentileza de despedirse de mí. Yo estaba en uno de los corredores cerca de los dormitorios, en busca de nueva basura, cuando hizo su aparición y allí, parados en una suerte de penumbra, me deseó suerte.

Yo fui uno de los últimos en partir de Max Rayne. Percy, Roy, Steve y el mismo George se preparaban a iniciar un nuevo ciclo de estudios. Mi retorno a París era distinto al de otras oportunidades, porque ya no estaba Marcia y ya no tenía un cuartito que me cobijara como refugio. Tomé conciencia de que en París era un

hombre de paso, un turista, un extranjero. Todas las veces que he regresado he vuelto a sentir esa impresión. He vuelto varias veces a París, pero en esa oportunidad, regresando de Londres a los cuatro meses exactos, en 1975, sentí, como una herida por debajo de la piel, la sensación de no pertenecer a París. Alfredo Bryce me alojó diez días en su departamento de la *rue Amyot*. El día de mi partida a Lima, en avión, lo hice borracho, cantando, y al salir de su departamento escuchamos todos los amigos que me despedían una triste canción de Domenico Modugno, *L'oumo in frack*. Desperté en Caracas. Y varias horas después me encontraba en el aeropuerto Jorge Chávez de Lima.

Érase una vez en Bruselas

Cuando vivía en Europa, nunca viajé a Bruselas porque la consideraba una ciudad gris y aburrida. Quedaba a sólo tres horas de París (los peruanos nos burlábamos de esa distancia diciendo que es la que hay entre Lima e Ica), y ni siquiera por esa razón la llegué a visitar. Las historias exageradas que Alfredo Bryce narraba sobre el príncipe Leopoldo, el noble más noble de toda Bélgica, que luego trasladó a su novela *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, tampoco lograron convencerme, y eso que se trataba de historias superexageradas. Por ejemplo, cuando describe con lujo de detalles aquella borrachera descomunal entre varios peruanos amigos —Alfredo Ruiz Rosas, sobre todo, el pintor amigo del príncipe Leopoldo— que de puro borrachos hicieron añicos la cristalería del palacio. Al día siguiente, el noble más noble, en lugar de molestarse, les dijo que le habían quitado varios años de encima.

Diez años después de mi regreso al Perú logré, sin embargo, viajar a Bruselas con una beca destinada a especialistas en temas urbanos. Hojeé la documentación, envié mis papeles y fui aceptado. El *stage* —ése era el nombre técnico— sería en la Universidad La Cambre, que se encontraba cerca de un hermoso lago del mismo nombre. La beca duraba cuatro meses. Cuatro meses invernales, de setiembre a diciembre de 1984.

Antes de viajar a Bélgica fui por unos días a Ottawa, a gestionar

unos proyectos para la oficina donde trabajo. Después tomé un vuelo directo a Bruselas. En aquel ínterin, las autoridades de la universidad estaban desesperadas tratando de localizarme (no me encontraban en Lima ni en Bruselas) y cuando por fin llegué, a la semana de iniciado el curso, nadie fue a recibirme al aeropuerto. Recuerdo haber llamado por teléfono y, a pesar de ser un sábado, tanto los becarios como los profesores se encontraban milagrosamente en la universidad. Ese fue mi primer día de suerte. El segundo fue que ahorré unos francos cuando Marcel Pesnaux y Marie Vannin, dos de los profesores, me alojaron en su casa durante dos semanas al no haber sitio en la *Maison de l'Amérique Latine*, donde se alojaba el resto de los becarios de estas tierras.

En la *Maison de l'Amérique Latine* vivíamos un ecuatoriano, un mexicano y yo, además de una serie de africanos que no encontraron cupo en la *Maison de l'Afrique*. Octavio Tapia, el inefable amigo nicaragüense, vivía en casa de un amigo chileno. Nos miraba por sobre el hombro, pues era mayor y de espíritu cosmopolita (había vivido en Europa, se había educado en Chile, había participado en las filas del MIR antes del golpe de Pinochet) y no tenía que estar entre tanto tercermundista ni verse obligado a llegar antes de las doce de la noche, porque a la maldita *Maison* había que llegar, corriendo, antes de las doce, a esa hora cerraba su tétrico portón. De Octavio Tapia recordaré su parsimonia, la lentitud de sus movimientos, la manera pausada de hablar, así como sus ganas de polemizar, sus puntos de vista irreverentes y, sobre todo, el misterio que albergaba su vida. Estaba casado con una argelina, eso sí lo sabíamos todos; ella, incluso, llegaría algunas semanas después y se iría antes de que terminara el *stage*. Todas las argelinas acostumbran tener el cabello revoloteado, maravillosamente desordenado, y se parecen a los leopardos con sus sensuales movimientos. Tienen una agresividad que en Europa se hace más explícita con el uso de las faldas y las botas negras casi hasta las rodillas.

Octavio Tapia me sorprendió en una oportunidad cuando lo encontré conversando con un muchacho cerca de la escalera exterior del departamento donde vivía. Hablaban en voz baja. Cuchicheaban. Al despedirse, Octavio le dio un beso en la mejilla.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Mi hijo.

—¿Tu hijo? —levanté la voz—. No me habías dicho que tenías un hijo en Bruselas.

—Es que nunca me lo habías preguntado.

Octavio Tapia se jactaba de su lado indígena, un ancestro vago que se remontaba, según él, a su abuela materna. Los indígenas eran personas reservadas, no daban explicaciones y tomaban los sucesos de la vida con gran naturalidad, sin que esa actitud se pudiese confundir con la resignación. Había una extraña sabiduría que consistía en no pretender, en no querer, en no ambicionar. Varios matrimonios engalanaban su pasado. Un número de hijos por discutir. Con la argelina, su compromiso actual, tenía un varón llamado Gabriel, como se llamaba mi hijo mayor. Recuerdo que en su única visita a Lima, años después, le regaló un libro de poemas de Ernesto Cardenal, un libro mágico, grande, con dibujos alusivos a la mitología indígena.

Octavio Tapia fue capaz de convocar a un grupo de amigos raros y espectacularmente simpáticos. Primero estaba él, por cierto, el alma, el espíritu, la Nicaragua entera con su magia, su lluvia torrencial, su sol candente, sus numerosos poetas y sus tremendos desastres naturales. En una oportunidad, fuimos a ver cómo se rehabilitaba un pueblo del interior de Bélgica (veremos si ese término se puede aplicar en un país tan pequeño) y Octavio, furioso pero burlón, les dijo que ese tipo de tragedias eran moco de pavo en su país. Yo añadí lo mismo: en el mío, dije, un huaico se llevaría toda Bélgica entre sus caudalosas aguas. Les conté, recuerdo, que en el Perú había habido una hacienda llamada Casagrande que era más extensa que toditita Bélgica. Lo contaba con tonto orgullo.

En el grupo también estaba Ahíta Pichvaí, la única profesora del *staff* que no era belga. Estaba con Alí, un iraní barbudo, comunista, a quien ella dejó al mes de iniciado el curso. Jamás olvidaré su nombre, el color de su piel, sus grandes ojos negros, su pelo lacio y limpio, su olor, su sonrisa. Ahíta nos dejaba ahítos, y ahora, cuando se ha vuelto una costumbre feliz que proyecten películas iraníes en Lima, siempre vuelvo a ella, sobre todo cuando los oigo hablar y no entiendo absolutamente nada. Me pregunto cómo sería escucharla hablar en su lengua materna. Luego venía Daria Jezierska, una polaca fuerte y directa, de intensos ojos azules, que decía siempre, y exclusivamente, la verdad; vivía en Bruselas desde hacía algún tiempo y asistía como alumna libre. Daria era recia, amante del trago, corpulenta, una mujer que hablaba con claridad meridiana y poseía una risa estremecedora. Por último, Kenneth, el chileno de Valparaíso, también alumno libre. Era un exiliado político, y en su casa acostumbraba desplegar sobre la mesa del comedor un mapa de Chile para que sus hijos, que ya hablaban francés y no tenían idea dónde quedaba Chile, no lo olvidaran. No lo olviden, por favor, parecía exigirles con sus ojos llenos de lágrimas. Con su dedo tembloroso, Kenneth les decía que desde Arica a Puerto Montt, ese territorio se llamaba Chile (yo lo corregía, por cierto, y le precisaba que parte de ese territorio había sido peruano), pero Kenneth les decía a sus hijos que eso ya no importaba, si vivirán y morirán en Bruselas, en la tierra donde nunca sale el sol y la lluvia es sucia y triste, porque los obreros salen de sus casas a trabajar a oscuras y regresan a sus casas a oscuras. Esa era su tesis, la ciudad sin sol, la vida en Bruselas, su vida, la de sus hijos, lejos de Valparaíso, donde los barcos anunciaban el viaje haciendo sonar una sirena lánguida y melancólica, que Kenneth imitaba y yo escuchaba emocionado, como siempre que compartía esos momentos con mi amigo chileno, maravilloso y siempre recordado.

La última en incorporarse al grupo fue Paulina Ahumada, quien se enamoraba con un canadiense a quien abandonó momentánea-

mente, quién sabe; Paulina era una chilena pequeñísima, con unos ojos verdes que se la comían toda, delgada y frágil. Sin embargo, era fuerte, pues su trabajo consistía en servir de conejillo de Indias ingiriendo ciertas medicinas antes de que salieran oficialmente al mercado. Paulina, que se había criado bajo la dictadura de Pinochet, escuchaba atónita los quejidos de las sirenas de Valparaíso que crujían en el pecho lloroso de Kenneth. Ella había venido a Europa por su cuenta y riesgo, había recalado en Bruselas y se había matriculado también como alumna libre en el *stage*. Este fue el grupo, la amistad y ellos me cambiaron la idea que tenía de Bruselas: una ciudad gris y aburrida.

Acostumbrábamos almorzar en el restaurante universitario que se encontraba medio escondido al fondo del lago de La Cambre. Nos encantaba ir caminando en patota por aquellos senderos limpios y sosegados, como quien hace un alto en los estudios. En una oportunidad, vi a Paulina dubitativa y la invité a que nos acompañara. Sabía poco de ella, salvo de sus ojos. Se sentaba frente a mí en la mesa curva del curso y acostumbraba prender un cigarrillo tras otro. Una forma de acercarme fue pidiéndole prestado su encendedor. En un viaje a Londres le traje varios encendedores con algunos dibujos que aludían a los sitios históricos de la capital inglesa. Le dije que viniera con nosotros al restaurante, pero se negó. Conocía poco de su vida, pero sus ojos me indicaban que sí quería ir. “Ven”, insistí. “Te invito”. Claro: yo estaba becado y ella sabe Dios cuáles serían sus ingresos, pero vino. Caminando junto a ella, el lago me pareció más bello aun. Paulina era bajísima y tenía un gorro que ladeaba con gracia, un abrigo que le quedaba inmenso y una chalina que daba varias vueltas alrededor de su cuello. Paulina era una amante de las chalinas. Pienso que era la prenda que más adoraba, pues no recuerdo haber visto así nomás su cuello. Estoy seguro de que el abrigo pesaba más que ella. Al salir del restaurante (mucho mejor que varios de los restaurantes universitarios de París) la oí comentar que felizmente había habi-

do carne. Su comentario me emocionó, porque supe que le había gustado el menú, pero sobre todo que la había alimentado.

Varias de las reuniones del grupo tenían lugar en el departamento de Ahíta. Nuestra profesora estaba instalada en Bruselas y paulatinamente se iba convirtiendo en una belga y dejaba lentamente su identidad iraní. Lo que no podía abandonar era la negrura de sus ojos, sus cejas elegantes, sus labios carnosos y el blanco porcelana de la piel de su rostro.

La mayor parte de las veces, sin embargo, yo andaba solo. Después de las clases nos íbamos a beber unas cervezas en un cafetín lleno de humo llamado la RAF, en alusión a la Royal Air Force inglesa, o a los famosos cafés donde podíamos elegir entre más de cien posibilidades de cerveza. A mí me gustaba frecuentar el café La Mort Subite o L' Amour Fou, este último era un café juvenil que se encontraba justo en la Chaussette d'Ixelle. El cine se convirtió en una de mis pasiones más frecuentadas. Iba solo. Muchas noches estaba solo. Creo que vi todas las películas que proyectaron durante esos cuatro meses, pero sobre todo recuerdo, imposible olvidar, pues la vi innumerables veces —unas doce— *Érase una vez en América*, la última película de la saga de Sergio Leone. Las dos primeras habían sido *Érase una vez en el oeste*, la famosa película con Claudia Cardinale, Henry Fonda y Charles Bronson, y *Érase una vez la revolución*, con James Coburn y Rod Steiger. Esta última película siempre me gustó, porque viéndola comprendí que la vida está basada en continuos malos entendidos. Al final del film, por ejemplo, cuando el tren se va a estrellar, la historia muestra la vida de un estafador político como la figura de un abnegado revolucionario. Rod Steiger, a su vez, es liberado por unos compinches que creyeron que era uno de los rebeldes, cuando en el fondo sólo se trataba de un simple ladrón.

Érase una vez en América fue una ficción que se introdujo en nuestra realidad. Octavio Tapia y yo nos disputábamos el papel que desempeñaba Robert de Niro como Noodles, el flaco judío

nostálgico, engañado y traicionado por su gran amigo, James Woods, que representaba al joven judío que viene del Bronx y se une a la pandilla de adolescentes para asumir el papel de líder y formar, así, una de las grandes mafias judías de Nueva York. Octavio Tapia y yo queríamos ser Noodles. Pero, a veces, ya sea él o yo, teníamos que desempeñar el papel de Max, que representaba justamente James Woods. Ahíta tenía el consenso unánime de todos nosotros para representar a Deborah, a quien llamábamos Amapola, a pesar de que para nada se parecía a Elizabeth Mc Govern. En la película, Noodles estuvo toda su vida perdidamente enamorado de Amapola. De adolescente, la veía bailar ballet clásico a través de un pequeño forado en la pared, ocultándose en una tarima que se encontraba encima del baño, muy cerca de la cocina. La película empieza cuando, ya viejo, Noodles ve una fotografía de Amapola consagrada como actriz, en el sitio de Fat Moe, el hermano de Amapola, y empieza a recordar aquellas épocas lejanas que se extraviaron del todo. Su ojo luminoso mira el pasado, se dirige hacia aquello que no existe más, solamente en la memoria. Noodles nunca pudo vivir con Amapola. La vida lo aleja de ella constantemente. Una vez que sale de la prisión, por ejemplo, intenta reanudar su ansiada relación amorosa, pero ella tiene otros planes en mente, mientras él se encuentra prisionero de Max, el líder indiscutible que ha ampliado durante su ausencia su red con otros grupos mafiosos. ¡Qué tontería la mía tratar de resumir el argumento de una historia alambicada que dura unas cuatro horas! ¡Qué difícil tratar de resumir los sentimientos que despertaban en mí y en nosotros las escenas de una película que se apoya en la nostálgica música de Ennio Morricone! La única manera en que Noodles pudo poseer a Amapola fue, curiosamente, violándola. La había mirado toda su vida, había suspirado por ella, la tuvo en su mente todos los años que sufrió condena en la cárcel, vengando la muerte del pequeño Dominic, que no se cayó, se resbaló, pero nunca la pudo poseer, porque, en el fondo, debía escoger entre la vida

delictiva de sus amigos y su amor. Recuerdo la escena perfectamente. Después de ambientarse a la salida de la prisión, reserva exclusivamente para dos personas todo un lujoso restaurante que imagino cerca del mar. Al final de la cena, cuando ambos están en el auto rumbo a pasar la noche juntos, ella le revela que se va de la ciudad para dedicarse al teatro, siguiendo su antigua vocación. Noodles se desespera. Entonces se trepa sobre ella, le levanta el vestido, la desnuda y la fuerza. Cuando se ve obligado a bajarse del auto, el chofer le rechaza el dinero que le ofrece para que lleve a la señorita a casa.

No retengo todas las preguntas que le hicieron a Leone sobre la película, pero sí guardo una de sus respuestas. Esta película de casi cuatro horas (en Bruselas la partieron en dos y estuvimos más de quince días, recuerdo, esperando que estrenaran la segunda parte, desesperados y dando pie a que Octavio adelantara versiones) no era otra cosa que el profundo sueño de opio de Robert de Niro. Y Amapola, su amor imposible, la muchacha que, siendo adolescente, le lee ruborizada fragmentos del *Cantar de los cantares*, la mujer que lo rechaza años más tarde por irse a hacer teatro, y la adulta, entrada en años, aunque no envejece jamás porque así quiere recordarla Noodles, aquella mujer que le niega la verdad de lo ocurrido, la perfecta traición de Max, de la cual ella es cómplice, no es más que el producto de sus sueños de opio. Octavio, Ahíta y yo vivimos nuestro tiempo en Bruselas representando los papeles de Noodles, Max y Amapola. Ahíta era una luz en toda la oscuridad invernal de la ciudad.

Empecé a invitar a Paulina y yo gozaba, vanagloriándome tontamente de mi bondad, cuando nos introducíamos en pequeños restaurantes a tomar vino caliente con pastas, y cuando una vez dentro se quitaba su abrigo y su chalina y recién allí podía distinguir las formas de su cuerpo: menudo, frágil, dejaba ver, sin embargo, una amabilidad en esos senos que imaginaba muy blancos. Su rostro era expresivo, y sus enormes ojos verdes tenían un lugar

privilegiado. Empecé a darme cuenta de que gozaba comiendo. Era tan pequeña y menuda, que no imaginaba dónde podía entrar toda aquella cena. En una oportunidad, sentados en L'Amour Fou, casi salgo corriendo porque ya eran casi las doce de la noche y el maldito portón de la *Maison* se iba a cerrar.

—No te preocupes —me dijo—. Puedes quedarte en mi sitio.

Yo sabía que vivía con un francés que hacía teatro, pero hasta esa noche no supe que solamente compartían el departamento para abaratar costos. Nos quedamos un tiempo más en el café y luego emprendimos esos gratos recorridos nocturnos por la ciudad, que yo ya había hecho míos. Llegamos a su edificio, abrió la puerta como si fuese Rififi, por lo elegante y cautelosa, escondida en su abrigo, su chalina y su gorra ladeada. Cuando entramos al departamento nos saludó el francés, un muchacho bastante joven y simpático. Yo me dirigí al dormitorio que me señaló Paulina y me dije: “aquí me voy a congelar, este cuarto no tiene calefacción y la que llega lo hace de refilón”. Me tiré sobre el colchón sin sábana, cubierto por una manta. Decidí quitarme la ropa y quedarme en camiseta y calzoncillo.

No la había pasado mal hasta ese entonces, pero con Paulina compartía la experiencia de conocer una ciudad nueva. Ya formaba parte del grupo y Octavio y yo no le podíamos dar ningún papel de la película de Leone. Eva, la pareja última de Noodles, no podía ser. Salía poco en el film y reemplazaba, nada menos, a Amapola. Paulina quedó fuera de aquella ficción, y yo, más bien, la introduje a la fantasía de una ternura fugaz e incierta. A veces es mejor tener la certeza de que las cosas van a terminar. Cuando no ocurre así, y uno ingenuamente piensa que nunca van a terminar, cuando sucede, a uno lo bajan no sólo a tierra, sino al infierno de la desesperación. Paulina desaparecía algunas veces para internarse en esa clínica donde experimentaban, bajo su consentimiento, nuevas pastillas antes de que salieran al mercado. No era muy habladora, la recuerdo con claridad, protegida con su chalina y su gorra ladeada.

El último mes volaba más rápido y en menos de lo que canta un gallo faltarían solamente escasos días para el final del *stage*. Hubo una fiesta de despedida y poco a poco los becarios empezaron a regresar a sus países. Octavio se quedaba unas semanas más en Europa y yo regresaba a pasar las navidades con mi familia. La última noche la pasamos en casa de Daria. Todo el elenco de *Érase una vez en América* estaba allí, emocionado y triste. Habíamos incorporado a Pistolón, el mexicano, becario que no sabía una sola palabra de francés, pero que atendía el curso con una concentración admirable; fumaba esos cigarrillos que se arman con parsimonia y había logrado enamorar a una guía de Lieja en sólo tres horas, el tiempo que duró nuestra visita a la ciudad, y que luego veíamos llegar a Bruselas a visitar a Pistolón, el mexicano de poquísimas palabras, rostro tenso y barbudo, que ocultaba el gran corazón que la guía de Lieja logró distinguir a través de sus pequeños ojos celestes.

Varios años después regresé a Bruselas y por una coincidencia que yo llamo divina, estuvimos en el mismo sitio y en el mismo tiempo Ahíta, Octavio, Kenneth, Daria y yo. El elenco completo de los grandes viejos tiempos. Nos reunimos en Chez L'Portuguese, un restaurante ubicado muy cerca de La Cambre y que fue, de algún modo, nuestro local. En un viaje posterior, Ahíta me invitó a cenar a su casa. En esa oportunidad fui solo, en tranvía, pues quedaba un poco lejos de la casa de Marie y Marcel, donde acostumbro alojarme. Cenamos los tres: ella, su marido y yo. Me dijo al oído (y juro que es verdad) que iban a pasar por la televisión *Érase una vez en América*. Intentamos verla. Pero la presencia de su marido, un hombre mayor, culto, educado y quizá simpático, consultor del Banco Mundial, tal como lo era ella, lo impidió. No era parte de nuestro tiempo. La película era demasiado larga para verla por la televisión. Quizá era una versión recortada como la que vi en Lima durante varios días y tasajeada por la publicidad televisiva. O quizá nuestro tiempo no estaba instalado en esa oportunidad en casa de Ahíta. O Ahíta no era más Ahíta o yo no era yo. *Érase una maravillosa vez...*

Old Eagle

I

George Woodbridge pertenece a esa raza de amigos que forma parte de tu vida en un momento breve y preciso. Podría decir que nuestra amistad tuvo un inicio y un final claro: del mes de junio (a las finales) de 1975 a octubre (inicios) del mismo año. Era de Brooklyn, Nueva York, y me daba a entender que si era de allí, su ánimo le pertenecía al mundo entero. No era una persona fácil y, seguramente, no la había pasado del todo bien en su infancia o juventud. Ese dato, en lugar de ser un obstáculo, era una suerte para nuestra amistad, porque un gringo típico, promedio, debe ser algo espantoso. Tenía el cabello negro retinto y llevaba una barba frondosa. Parecía, más bien, un latino, y sus ojos revelaban un intenso mundo interior. Estudiaba latín antiguo y estaba en Max Rayne trabajando como yo, ganándose un dinero en el verano, pasando el verano, ahorrando, porque George no era rico ni tenía siquiera dinero; era pobre, bastante pobre o abandonado a vivir por su cuenta y riesgo, lo cierto es que vivía en Max Rayne House e hizo lo mismo que yo durante ese tiempo.

Cuando nos despedimos, me dijo que lo llamara si alguna vez pasaba por Nueva York. Nuestra temporada como peones urbanos en aquella residencia universitaria, en Londres, había forjado una sólida amistad. Nos habíamos vacilado, nos entendíamos, éramos patas y pertenecíamos a la clase trabajadora. Veíamos el mundo desde nuestra humilde ubicación en la escala social. Esa

perspectiva no me la pudo enseñar ni mi familia, ni mi colegio, ni mi universidad ni la mismísima calle. Cada vez que veo en el Perú a un empleado reducido a su condición de cholito y de hombrecito, ante el cual sacamos nuestra insolente actitud paternal, trato de verme a mí mismo en Max Rayne House, y me veo con George, los dos vestidos de la misma forma: polito blanco, jeans, como James Dean, le explicaba, como los bacanes, los marginales, los olvidados, aquellos de mirada intensa e infancia no resuelta.

Seis años después estuve en Nueva York con toda mi familia. Despilfarraba el dinero de la beca Guggenheim con total honestidad, porque lo primero que hice en Nueva York fue ir a 90 Park Avenue, donde se encuentra el local de la fundación, con el propósito de reportarme. El gerente, la persona que me atendió, me dijo educadamente que gozara de las bondades de la ciudad; no debía dar ninguna charla, que me despreocupara y sólo me divirtiera. Mis hijos eran pequeños, de cuatro y dos años, y Marcia y yo aún teníamos la fuerza de la plena juventud y los llevábamos a todos los museos. Había conseguido un hotel cómodo y barato antes de que Óscar Ugarteche nos cediera por unas semanas su apartamento recién alquilado. Óscar estaba recién un mes en la Gran Manzana y debía viajar frecuentemente a Nicaragua, pues eran los sandinistas quienes le pagaban por su asesoría relacionada con el pago de la deuda externa. Una vez que todos dormían plácidamente en el pequeño hotel, busqué en la guía telefónica el apellido Woodbrigde. George me había dicho en Londres que no tendría problema porque en esa enorme guía —parecida a un ladrillo— solamente había un Woodbridge.

Me contestó su papá. Tenía una voz ronca, lenta y triste. Una voz resignada. Le gustó que alguien de tan lejos y de tanto tiempo atrás llamara a su hijo. Me advirtió que no lo veía, que andaban distanciados, pero que por ser yo me daría su número telefónico. Me dijo que por favor no le dijera absolutamente nada de nuestra conversación. Y amablemente me colgó.

Apenas tuve el número de su teléfono lo llamé. Era tarde, pero no tan tarde. El mismo George me contestó, pero si bien me reconoció inmediatamente, noté en su voz una triste distancia, casi una frialdad. Le dije que en todos estos años no lo había olvidado, que los recuerdos de Max Rayne se conservaban intactos. Le mencioné nombres que estaba convencido podrían emocionarlo: Bonaparte, Percy, *uncle* Roy, incluso le mencioné a la española que lo atravesó con la mirada y lo dejó como si fuera un petrificado en el polo norte. Nada. Su voz sonaba a muerta. Le dije que podía quedarme unos días en Nueva York (nos quedamos dos meses, nada menos que dos meses gracias a la generosidad de Óscar y de unos amigos que vivían en Long Island, Tere Muñoz Nájara y Bernd, su esposo alemán) y que me gustaría verlo. George no dio muestras de interés y, al contrario, evitó una fecha, una hora, un lugar.

Nueva York es una ciudad que pocas personas conocen, pero justamente los que más la conocen afirman que es imposible conocerla a plenitud. No sé si miedo es la palabra correcta. Quizá deberíamos decir que da respeto, porque en todas las mentes ronda la noción de peligro y de inseguridad que reina en ella. Yo no había regresado a Nueva York desde 1964, cuando hice el intercambio en Iowa. Y ahora estaba con Marcia y los chicos. O sea que nuestro Nueva York era diurno. Es una ciudad para ver pasar a la gente, siempre verla pasar, como si fuesen fantasmas con los cuales nunca más vas a encontrarte. Años después, cuando viajaba desde Washington a Nueva York, solía llegar en el Greyhound, cuya estación se encuentra ubicada justo en la 42. Allí me quedaba un rato hasta que llegara a recogerme José Luis Rénique, quien, con su esposa Blanca Rosa, tenía la gentileza de alojarme en su casa o de acompañarme en mis diligencias. En ese tiempo, mientras lo esperaba, me entretenía viendo los rostros más diversos de la experiencia humana e imaginaba todo tipo de historias a partir de esos gestos, muecas, movimientos y formas de andar. Era un espectáculo interminable, porque en Nueva York se dan cita los

exponentes extremos del ser humano. Recién cuando he leído a Paul Auster, y de eso no hace mucho, he entendido el corazón de Nueva York: el azar, el imprevisto, el accidente, lo súbito, lo impensado. La ciudad es como un tablero donde las piezas somos nosotros y nuestros movimientos no se corresponden necesariamente con nuestra voluntad o deseo. La sensación que nos da es la del imprevisto. Truman Capote también ha escrito unas cuantas viñetas o retratos de la ciudad. Pero la idea del azar en Paul Auster es la que más me cautiva. Estar en Nueva York y tener a la mano la posibilidad de volver a ver a George Woodbridge me parecía fascinante.

Pero George Woodbridge no me daba cara. Dejé pasar el tiempo y me dejé llevar por los impulsos propios de la ciudad, por su energía, y me entregué a lo que estuviese dispuesta a darme. No lo hizo nada mal, para qué. Tere y Bernd nos alojaron en su casa de Long Island, primero quince días, y después otros quince, porque me dijo que si bien el tren suburbano resultaba caro, mucho más caro me resultaba el hotel barato y estrecho en el que me alojaba. Bernd nos llevaba en las mañanas y regresábamos en el tren repleto de personas, cuya rutina los obligaba a perder una hora de ida y otra de vuelta. Tere había pasado a vivir de Arequipa, su ciudad natal, a Long Island. Antes lo hizo en Queens, pero con un candor que la pinta de cuerpo entero, le dijo a su esposo que no podía vivir en un conjunto residencial donde veía, desde su pequeña terraza, a hombres gordos y en b.v.d., tomar el aire o el sol. Ese paisaje urbano le resultaba sumamente deprimente. Long Island, si bien quedaba lejos y las casas parecían pequeños nidos abandonados en el páramo o arrojados por las fuertes ventiscas marinas, era un buen lugar para educar a Dereck y Úrsula, sus pequeños hijos.

En el apartamento de Óscar, antes de nuestra partida a Chicago, hice un nuevo intento por contactarme con George. Óscar había alquilado un apartamento digno de un soltero: pequeño, cómodo,

funcional y extraordinariamente bien ubicado, por Broadway, cerca de Central Park. Tenía una vista fabulosa al Hudson River y durante las noches, antes de dormir, me ponía a contemplar la ciudad iluminada y veía pasar, como si fuesen peatones fantasmales, las barcas y otras embarcaciones. En una de esas noches, a dos o tres días de nuestra partida definitiva, llamé a George Woodbride. Me contestó él mismo, exactamente igual a la vez pasada. Le conté acerca de los principales sucesos de mi estadía en la ciudad, y le dije que deseaba verlo antes de partir. Aunque sea un café en la estación de Pennsylvania, le dije. Escuché con pavor el mismo tono de voz, su modulación lúgubre, su falta de entusiasmo. Por más esfuerzos que hice por avivarlo, por recordarle nuestros juegos con la basura en Max Rayne House, para entretenernos en aquellas faenas, aburridas por monótonas, no logré hacerlo. Y no quiso verme. Me deseó suerte, pero me colgó.

Lo único que me quedaba por hacer antes de reunirme con Marcia en el dormitorio era imaginarme la vida de George Woodbridge, indagar por posibles derroteros, auscultar en su pasado (tan breve y preciso, casi efímero) e intentar recordar algunos de sus gestos o de sus palabras con el propósito de que me dieran una pista. Muchos en Max Rayne House lo consideraban algo loco. Raro, en todo caso. Un solitario, un gringo solitario, estudiante de latín antiguo. Paseaba, recuerdo, su negra barba y su mirada intensa por aquella residencia de grupos de jóvenes en el verano. Sin mayor esfuerzo me trasladé al Londres de 1975, y desde esa noche he vivido convencido de dos cosas: que George había sido ganado por una secta religiosa, que vivía en un lugar tan diferente al del común de los mortales, que no podía dejarse ver ni verme. Su padre estaba distanciado de él porque no lo entendía, no llegaba a comprender aquella insólita y quizá descabellada decisión. Del muchacho vivaracho de Brooklyn quedaría muy poco, y del estudiante de latín antiguo en Londres, probablemente sólo la mirada intensa, tan intensa, que a veces podía desvariar. Mi segunda cer-

teza no hacía sino confirmar mi gran impresión sobre Nueva York: que el azar, el imprevisto, el accidente guían nuestra vida. Y que sus habitantes son sombras, fantasmas, peatones que vemos pasar sólo un instante al lado de nuestra vida, para perderse, y para siempre, en la más profunda oscuridad.

II

Nueve años después de haber vivido en Max Rayne House, regresé a Londres. En aquellos días vivía en Bruselas como becado en un *stage* en La Cambre y se me hizo indispensable visitar, aunque fuese un largo fin de semana, aquella ciudad donde fui feliz por breve tiempo, donde me asomé a la vida desde el lado oscuro, limpiando ollas y platos y cubiertos en las cocinas o sacudiendo alfombras de los lugares públicos o sacando las cenizas de los ceniceros sin que nadie se diera cuenta de mi existencia, ni les importara realmente si me iba bien o mal, pues aquellos empleados vivían como yo ante los ojos de los demás, como seres inferiores, sin sentimientos, sin emociones.

Recuerdo que me alojaron mis entrañables amigos James y Nicole Gelister. Pero no pude resistir la tentación de visitar el barrio de Camdem Town donde se encontraba Max Rayne House y el *pub* que frecuentábamos, el Old Eagle. Aproveché una tarde que James tenía arduo trabajo en el hospital y Nicole llegaría tarde a casa, tal como me había anunciado, para darme un salto por ese barrio y tomarme una cerveza helada. Claro, de ser posible visitaría a Miss Stevenson, la directora de rostro adusto y corazón bondadoso, como suele suceder con esas mujeres solteronas y llenas de gatos. A Max Rayne House llegué con relativa facilidad. Salí de la estación del subterráneo de Camdem Town y traté de seguir mis viejos instintos. Me parecía imposible encontrarme perdido en un área que había conocido tan bien, ebrio y sobrio.

Pregunté por Max Rayne House y a duras penas di con el lugar. Miss Stevenson no estaba o ya no trabajaba allí, las eternas trampas de la nostalgia, pensé una vez más, de las que Alfredo Bryce me había advertido tener cuidado tantas, pero tantas veces. En Max Rayne House no quedaban ni los rastros fantasmales de Percy Urday, del *uncle* Roy, de George Woodbridge. Ni los gatos de Miss Stevenson.

Entonces me fui al *pub* a buscar a Dave. Dave era el gentil barman que nos acompañaba a Percy y a mí cuando bebíamos en la barra, cuando nos tomábamos la del estribo o cuando estaba solo, sin mis eventuales compinches de trabajo. Dave me hacía la conversación. Se daba el trabajo de atenderme, de hacerme sentir que estábamos conversando, que, en verdad, no estaba solo. En aquello era un artista. Tenía un talento natural, espontáneo, genial. Dave, desde el otro extremo de la barra, transmitía intimidad, la confidencia necesaria en el arte de beber cerveza. Después de varias consultas e indagaciones logré llegar al Old Eagle. No era muy tarde. Algo así como las siete de la noche, hora ideal para beberse un par de pintas. No reconocí ni la calle ni la entrada ni el local por dentro. Y pensar que allí dilapidé todas mis noches de *working classman*, todas, sin excepción, cuando trabajaba en Max Rayne House. Cuando me encontraba solo, Dave, de buena gente, me hacía la patería. Me acerqué a la barra y pregunté por él. Dave... me respondió un muchacho desconcertado... Dave... ¿Hace cuántos años...? Diez, le respondí. Diez años. Y si veinte no son nada, diez son un suspiro, una brisa, pensé. El muchacho me sirvió un vaso lleno de cerveza y me dijo que iría a buscarlo, que no tardaría y, en efecto, regresó a los cinco minutos acompañado por una persona que decía llamarse Dave. Me saludó con extrema naturalidad y afecto. Conversamos un rato, mientras bebía lentamente mi cerveza. Al final, siempre amable, me dijo que él trabajaba en el Old Eagle hacía relativamente poco tiempo y que hace diez años quizá hubo otro Dave atendiendo en la barra. Pero

me dedicó su tiempo. Me conversó con gran habilidad. No me hizo preguntas, tenía el talento de desplazarse por los temas con seguridad y recelo, sin dar un paso en falso, sin adelantarse a los acontecimientos que pudiera contarle, sin interrumpirme. Nos despedimos como si fuésemos los amigos de viejos tiempos. Este Dave no iba a permitir jamás que me sintiera solo en el Old Eagle. Y logré percibir, en esas ralas tinieblas, algunas risas, algunas conversaciones con Steve Ellis y Percy Urday sobre Phillip Larkin, la silueta de alguna de las chicas trabajadoras desplazándose como un tigrillo. Dave es eterno, me dije, y salí a respirar el aire frío del mes de noviembre de 1984.

Cornell College

Antes de que Bill Heywood nos ofreciera una cena de bienvenida en su casa, Gabriel y yo salimos a dar una primera vuelta de reconocimiento por el campus; queríamos hurgar, pasear, perdernos en esos inmensos campos taponados de nieve. Después, en la noche, fuimos a un cinemita del *college* a ver una película muy antigua, en blanco y negro. A mí me encantaba explicarle la película en voz baja, porque Gabriel no dominaba el inglés. Al final de aquella jornada inicial, decidimos aproximarnos a la cafetería y comernos unas hamburguesas como las que Gabriel soñaba desde Lima. Cuando estábamos saliendo, nos saludó un señor que conservaba todo el aire de cuando era joven, o el de un joven a quien le había caído, de golpe y porrazo, una buena cantidad de años. Nos preguntó de dónde éramos, porque de aquí, de Iowa, y menos aún de Mount Vernon, imposible. Eso sí que era imposible. Se veía a la legua que veníamos de fuera. Primero, por esos modales tan pausados, por esa forma de caminar y tomarnos nuestro tiempo, y porque, en fin, en Iowa no se veía nunca a un padre con su hijo de doce años tan unidos, tan juntos, tan abrazados y tan felices.

Nos sentamos a su mesa y nos pusimos a conversar. Desde ese día quedó con el apodo que tanto Gabriel como yo entendimos a la perfección: el ex *hippie*. Conservaba, es cierto, un pelo algo largo, unos bigotes a lo Dennis Hopper en *Easy Rider*, una actitud de

desdén hacia el mundo establecido norteamericano. Había sido estudiante del *college*, lo habían expulsado por una historia confusa, vivía a unas leguas de Mount Vernon, en Lisbon, Lisbon-Iowa, porque así como hay un Toledo-Ohio, existe un Lisbon-Iowa; tenía dos lindas hijas y una mujer extraordinaria, como lo confirmaríamos después. Estábamos invitados, éramos sus amigos, nos habíamos caído muy bien. Éramos hermanos, *brothers*, eso... Gabriel era su pata y Jim, sí, Jim, como Jimmy Dean, le dije, exacto, Jim Ellis, nos prometimos que nos veríamos por la zona, que tomaríamos nuestras precauciones, que fuésemos buenos, el camionero *ex hippie* había vivido su juventud durante los mismos años que yo viví la mía, un poco después de haber estado en Postville.

El sábado, en casa de Bill Heywood, conocimos a la gente que debíamos conocer y que felizmente conocimos, pues se trataba de un grupo de personas extraordinarias. Bill Heywood, the *good old man*, como lo había bautizado la menor de las hijas adoptivas de Sally, había tenido la generosidad de reunir a los profesores del Departamento de Español, donde fui invitado a dictar clases durante un semestre en 1989. La amistad surgió espontáneamente, para asombro del propio Bill y su esposa Vivian, ya que el chileno Renato Martínez, el boliviano Hernán y yo, o sea la Guerra del Pacífico de 1879 en pleno, nos tomábamos el pelo, nos hacíamos bromas, nos llamábamos gordos panzones, nos burlábamos de cuanto defecto nos encontráramos, sin cumplir con las reglas mínimas de lo políticamente correcto.

Hernán estaba casado con Carol, una mujer de armas tomar y sin pelos en la lengua. El hecho de haber vivido, de adolescente, en las minas de Cerro de Pasco y de haberse casado con un boliviano, le hacía sentirse más peruana que yo, un limeñito superficial y tonto, como nos acostumbran ver desde las alturas andinas. Además, ni Gabriel ni yo éramos lo suficientemente mestizos como para que nos vieran como peruanos de verdad. Éramos blancones o blanquitos. Unos blanquitos limeñitos. Renato también

lo era, pero los gringos buena gente del Departamento de Español habían sacado a Chile de los países andinos, y si ellos eran blancos, se debía a que tanto chilenos como argentinos o uruguayos eran falsos latinoamericanos, ya que no corría la pura sangre india por sus venas, como casi orgullosamente pregonaba la gringa maravillosa, de lo recta e inteligente que resultó ser Carol.

Sally, más bien, encontró en el lado ambiguo de nuestro color de piel, castaños y nada bronceados, un toque que le fascinaba. Éramos, y al mismo tiempo no lo éramos; podíamos desconcertar a un gringo promedio siempre y cuando no abriéramos la boca, y Gabriel, en el colegio, no tendría problema alguno de adaptación, sería un gringuito más, pero educadísimo, sin chiclet, sin gorra de beisbolista, sin disfueros. La pasaríamos bien. Carol extrañaba un toque más auténtico, más profundo, más folclórico en mi aspecto, pero tuvo que resignarse. Que hable, parecía decir, para que se le note todo ese acento duro que lleva, y así sabrán que es profesor visitante, del sur profundo, de los Andes, de Lima, qué importa, ella sí había leído a Manuel Scorza, sabía de los ponchos humillados, de las quenas quejumbrosas, había puesto un pie en Potosí, qué nos creíamos, podía entender hasta el más recóndito movimiento subversivo de Sendero Luminoso, porque ella fue quien le puso el poético título a mi ponencia en el *college*: *Beyond the Shining Path*, un legítimo verso chino.

Bill Heywood, en cambio, era un gringo cuáquero buenísimo, como ya se había dado cuenta la segunda hija adoptiva de Sally; bueno como los cultivos de maíz, sencillo a primera vista, solamente porque llevaba una vida armoniosa, tranquila y saludable con Vivian, profesora de arte en el *college* y pintora en actividad. Bill había sido el *dean* hacía varios años y ahora se preparaba a retirarse lentamente, casi como un proceso descendente, es verdad, pero humano: gota a gota, paso a paso, con dignidad y salud. Cada semestre le recortaban las responsabilidades, las horas de enseñanza, los trabajos administrativos. Y así, sin darse cuenta, un día

se encontraría regando su jardín, otro preparando un aliño a la ensalada, una tarde dormitando, hasta que le llegara la hora de la muerte. Una muerte sedada, justa, serena, como si la brisa le bajara los párpados y lo invitara a entrar en el sueño eterno. Bill no entendía nada de nada cuando se hablaba de Cerro de Pasco o Potosí, había puesto los pies en México, como todo gringo que se jacte de serlo, y en Nicaragua, porque Nicaragua se enfrentaba a Reagan. La Teología de la Liberación tenía en Ernesto Cardenal al máximo representante y los pobres eran un asunto que los cuáqueros se tomaban muy a pecho. Era buenísimo... Una sonrisa fácil y franca... Un cutis para nada arrugado... Unas palabras que salían limpias de su boca, como si siempre la tuviese fresca.

Gabriel y yo hacíamos una vida perfecta. Nos levantábamos temprano, él para asistir al colegio y yo para dictar mis clases. Después él iba a los entrenamientos de natación (fue aceptado en el equipo) y practicaba con los alumnos del *college*. Llegó incluso a ganarles, con sus doce años, a casi todas las mujeres de la selección. Un sábado, me dijo que iría a un torneo que tendría lugar en un pueblo aledaño; iría como asistente de la entrenadora. Decidí acompañarlo, debo admitir que me vinieron unas ganas tremendas de ver cómo era un torneo universitario de natación, y los dos nos levantamos temprano para que nos recogiera una camioneta a las ocho de la mañana en la puerta principal del *college*. Las gringas, unas muchachas joviales y saludables, saludaron a Gabriel con besos y más besos y a mí me dijeron gracias, muchas gracias, que ya se iban, me dejaban allí parado, porque aquí, señor, los nadadores participamos en los torneos sin sus papás. Y vi cómo Gabriel, entristecido pero contento, muy feliz en el fondo, me hacía chau por la ventana posterior del vehículo. No regresó hasta pasadas las diez de la noche. Mientras tanto, yo leí todo el día *Herzog* de Saul Bellow para empaparme de la vida de un intelectual norteamericano, medio chalado según la traducción española, y Gabriel pasó uno

de los días más felices de su corta existencia. Como habían ganado, fueron a festejarlo con los grandes y a lo grande, con sus ídolos y con sus amigas. Llegó radiante, exhausto y feliz.

Renato Martínez le tenía un gran aprecio a Gabriel, a quien llamaba Gabo en honor a Gabriel García Márquez. Cornell College no era Macondo, pero Gabriel tenía la rara habilidad de maravillarse con todo y Macondo le brillaba en sus ojos cuando en realidad estaba en Cornell College, Mount Vernon, Iowa. Gabriel ignoraba que estos nombres podían sonar falsos o repetitivos. Para los norteamericanos, el verdadero Cornell está ubicado al norte del estado de Nueva York, y Mount Vernon es la tierra donde vivió, nada menos, que George Washington. Pero qué importaba... nuestro *college* también era de mil ochocientos y tantos, se trataba de un *college* pequeño pero competitivo, y muchos padres matriculaban a sus hijas allí, además, por la seguridad y las escasas posibilidades de que fuesen violadas. El *rape* sigue siendo un terror en las universidades norteamericanas. Si no me equivoco, el *rape* es la violación por parte de un conocido. Cuando Gabriel regresó a Lima (lo hizo a los tres meses, yo me quedé tres meses más), Kim, una alumna que atendía detrás de la barra de una taberna del pueblo, me dijo que ella había terminado de lesbiana porque la brutalidad de los muchachos a la hora del sexo era tal, que se quedó espantada. El *rape* se da en las mismas habitaciones, después de haber tomado litros de cerveza en grupo, escuchando música a todo volumen, cuando los sentidos se hallan dormidos, acalambrados, pasivos.

Renato era un exiliado chileno y me recordaba muchísimo a mi entrañable amigo Kenneth, allá en Bruselas. Vivía a su manera el exilio, acompañado de su esposa y sus dos hijas adolescentes, además de la vecindad del poeta Óscar Hahn que, como él, vivía en Iowa City, a unas veinte leguas del *college*. Con frecuencia íbamos a su casa, veíamos películas (a Gabriel le encantaba el plan, porque en Lima, todavía en esos años, aquellos bienes eran con-

siderados lujosos, al menos para nosotros, que ni siquiera llegábamos a tener Betamax). Renato era un hombre de izquierda, una persona interesada en la literatura, le gustaba la discusión y sentía que ni con Hernán ni conmigo la tendría a plenitud. Lo chileno le salía por la angustia, por no encontrarse del todo a gusto, sentía en la propia piel que había sido derrotado, que su socialismo había sido derrotado, que un tal Pinochet gobernaba su país y había enviado a la muerte o al exilio a gente como él.

En el sótano de su casa había acondicionado un lugar para sus recuerdos y proyectos. Era una especie de fábrica de ideas, de documentos de trabajo, *papers*, archivos, cuentos por empezar, poesías sueltas, ensayos sobre el *boom*, inicios, garabatos, penas, lágrimas, mocos, todo estaba allí revuelto, todo listo para mostrármelo, porque Hernán era buena persona pero no entendía de estas cosas, y Bill era cuáquero, y Sally y Carol eran gringas. Al fin y al cabo, sólo quedaba yo. Yo en las mismas entrañas de mi entrañable Renato, rodeado por su pasado, su presente y su futuro. Yo revisaba, leía, hojeaba, opinaba, sugería. Todo esto lo hacíamos al caer la tarde, mientras Gabriel, embelesado, veía películas de surf, y Renato hacía tiempo para que su esposa y sus hijas llegaran y sirvieran la cena. Esa cena a las cinco o seis de la tarde, bien integrados, acoplados, adaptados, porque a Renato, el hombre de las mil dietas falsas, de las manzanas a la hora del almuerzo y los chocolates y las inmensas torres de helado en las noches, le encantaba comer. Era para mí un Rossano Brazzi, el *latin lover* entrado en años, esos años que debía vivir fuera de su Chile querido, en pleno Iowa, rodeado de esta nieve, con estos alumnos, en este preciso sótano: su paraíso, su escritorio, su oficina, su lugar de trabajo real, el verdadero, estos papeles en combate eterno contra el viento.

La hija mayor de Sally, una colombiana adoptada, fue la encargada de acompañar a Gabriel en el colegio. Hicieron amistad —nadie escapaba a su encanto— a pesar de que ella no hablaba una sola palabra de castellano. A mí me parecía inverosímil que

Diane (así se llamaba, cómo olvidarlo) no hablara una sola palabra de castellano si fue llevada a los Estados Unidos a los ocho años de edad, hacía solamente cuatro o cinco. Había que ser tonto para no darse cuenta de que Diane luchaba contra algo muy profundo. Cuando la veía, le tenía un gran cariño, y no solamente porque era atenta y diligente con Gabriel, sino porque imaginaba su sufrimiento interno. Esa niña colombiana, ubicada en el corazón de Iowa, sí que era un bicho raro. Ella sí que era mestiza. Sí que era colombiana de verdad, y no como nosotros, latinos bamba, medio castaños. Cuando le preguntaba a Gabriel sobre Diane, me daba a entender, a pesar de las reservas con las que asumía la conversación, que sí lograban comunicarse; ella en inglés y él en español. No creo que Gabriel haya hablado en inglés, y cuando lo escuchaba en el teléfono, cuando caminaba de regreso con Diane, cuando nadaba en el equipo o cuando se fue como asesor de la entrenadora, ignoro la forma de comunicarse que había desarrollado. Siempre estaba contento, sin embargo; siempre sonreía y siempre fue amable.

Años después —regresé una tercera vez a Iowa, cierto— me enteré de que Diane se había casado con un dominicano de Cedar Rapids, esa ciudad, especie de Chicago en Iowa. Un dominicano que coqueteaba en la frontera de la ley. Lo imaginaba con casaca negra, botas rajadas, jeans apretados y pelo largo, negro y desordenado. Pensaba en Sally y en su marido, un hombre alejado totalmente de la literatura, y en la manera cómo recibieron este encargo del destino, porque Diane, en sus tiempos escolares, era una gringuita, cómo decirlo, una gringuita formal, con vestido de cuello cerrado y mangas largas, una señorita gringa, que las hay también en el colegio. Me costaba imaginármela con este dominicano urbano, casi raptada, ya era madre antes de cumplir los veinte, hablando en castellano, alternándolo con el inglés y sin vergüenza de recordar las montañas de su país, las montañas que era lo único que recordaba, según Sally, viviendo ya en algún su-

burbio de alguna ciudad de los Estados Unidos. Dejé de imaginármela cuando Sally me envió unas fotos a Lima con la familia completa: su marido, ella, sus tres hijos adoptivos, ya eran tres, y el dominicano, por cierto, junto al hijo que tenía con Diane. El paso del tiempo al galope.

A Renato lo vi una vez más en Santiago —he olvidado cuándo y bajo qué circunstancias— y debo recordar que sosteníamos una constante comunicación vía Internet. Lo recuerdo gordo y feliz al abrirme la puerta, al hacerme pasar a una casa cómoda, amplia, ubicada en una zona popular de Santiago. Recuerdo que me dio orientaciones precisas cuando lo llamé por teléfono anunciándole que estaba en su ciudad. Queda más allá de la plaza Italia, me dijo (una especie de frontera que divide el Santiago de exportación pinochetista del otro, el popular, el pobre, lo que quedaba de la gran izquierda chilena). Conversamos allí mismo como si estuviésemos en el sótano de su casa de Iowa City. Como buen chileno, le dije, has logrado una beca, no importaba si la beca fuese para él o para su esposa, lo cierto es que como buenos chilenos (así pensamos los peruanos) consiguen todo lo que se proponen. Renato reía. Reía de la alegría de vernos y, sobre todo, de hacerlo en su patria, en su propio suelo. Pronto regresaría a Cornell a vivir el interminable proceso de la adaptación imposible, pero la vida está allá, hermano, allá están mis hijas, esto no es más que una beca, un ratito, un alto en el camino.

Con los años, nuestra comunicación se ha vuelto intermitente, y sé que ahora vive en algún lugar de California. Se fue de Cornell. En realidad se fue su mujer y él no tuvo más remedio que seguirla. Trato de imaginar su sótano en California, sus proyectos, sus sueños, sus textos. Al día siguiente de la muerte de Gabriel, en mayo de 1994, de aquella intempestiva muerte de mi hijo, sonó el teléfono de mi casa. Entre el tumulto de los amigos que generosamente nos consolaban, quien contestó dijo en voz alta: “Para ti, es Renato”. Era normal, todo el mundo nos llamaba por esos días,

pero yo supe que la llamada de Renato no era para nada normal. Renato, por razones secretas del destino, vio desviado el trayecto de su avión que lo llevaba de los Estados Unidos a Santiago, y se detuvo en Lima. Lo primero que debe haber pensado es en llamar a su hermano peruano, ver cómo había crecido Gabo, echarse unas cervezas, salir a comer, recordar, porque solamente tenía unas cuantas horas, algo de eso intuí cuando ya sin calma, llorando, enjugándome los mocos le dije de golpe: “Gabo ha muerto ayer, Renato”. No lo podía creer. Y colgamos.

Río Mississippi

Con Gabriel he cruzado el río Mississippi unas seis veces, si contamos los viajes de ida y de vuelta. El trayecto siempre era desde Cornell College hasta Aurora, un alejado suburbio de la ciudad de Chicago. En Aurora nos recogía Joyce Fuentes, la íntima amiga de mi hermana Diana. Gabriel y yo nos sentábamos cómodamente en los asientos del bus y nos disponíamos a contemplar por la ventana las interminables praderas, los cultivos de maíz y el eventual paso paralelo de un extenso ferrocarril que se llamaba, creo, Santa Fe. Gabriel era a veces tan ensimismado como yo. El viaje debía de durar unas siete horas. A mitad del trayecto, el ómnibus acostumbraba detenerse en un restaurante campestre y los dos bajábamos, no solamente para estirar las piernas, sino a comer todo lo que pudiésemos. Gabriel gozaba con las hamburguesas y los *milk shakes*, y yo, por cierto, viéndolo comer con esas tremendas ganas de adolescente. Eran treinta minutos de plenitud. Ya sea a la ida o a la vuelta, los dos esperábamos el momento en el cual el ómnibus llegara al restaurante de nuestra invalorable pascana. El último de nuestros viajes fue más complicado, porque Gabriel tomaría desde Washington el avión de regreso a Lima. Esta vez sí viajaba con maleta grande y no con el simple maletín de las otras oportunidades. La pusimos en la enorme maletera del vehículo (de gran parecido con la boca abierta de un tiburón) y subimos al ómnibus conscientes de que esta vez sí se trataba del último viaje

desde Cornell College a Aurora. Joyce nos recogería, pasaríamos la noche en su casa y al día siguiente nos llevaría en su coche al aeropuerto para que tomáramos el vuelo Chicago-Washington. Joyce tuvo la amabilidad de esperarme en el aeropuerto O'Hare, dos semanas después, cuando regresé sin Gabriel a pasar unos días en su casa y de allí a tomar el Greyhound hasta el *college*. Me despedí de Joyce con un beso y me armé de valor para poner un pie en el ómnibus. Lo que no tuve fue el valor de bajar a tomarme un café en nuestro restaurante. No lo pude hacer. Simplemente no lo pude hacer. Me quedé los treinta minutos en mi asiento, desesperado por llegar ya a nuestra casa en el *college*, donde nadie me esperaría, donde tanto lo extrañaría, donde viví, de allí en adelante, tres largos meses, como si fuese otra persona, anticipándome a lo que me sucedería cinco años después.

La casaca azul

Distingo la casaca azul de mi hijo Gabriel en el ropero del cuarto de mi hijo Ignacio. Ignacio acostumbraba ponerse-la hasta hace poco, sobre todo cuando iba a nadar en los meses de julio y agosto en las piscinas abiertas. La casaca tiene su historia, y en eso se parece a las personas, pues cada uno no tiene solamente una vida, sino una novela que merece ser contada, sea por la misma persona o por un eventual interlocutor que, al hacerlo, la propaga, le aumenta intensidad, la recorta o le añade ángulos y perspectivas.

La casaca la llevó Diane a Iowa, en aquel entonces esposa de Dick Garner. Marcia había conocido a la pareja en Penn State cuando estuvo allí durante tres meses, en 1986, gracias a un intercambio de bibliotecarios. Algunos años más tarde, Diane y Dick vinieron a Lima y fue en esas circunstancias que los conocimos Gabriel, Ignacio y yo.

Cuando se enteraron de que Gabriel iría conmigo a Cornell College, tanto Diane como Dick pensaron en la utilidad que tendría la casaca. En Lima no estábamos acostumbrados a aquel frío y menos aún a aquella nieve. Diane, oriunda de Cedar Rapids, aprovechó un viaje familiar y llevó la casaca hasta la puerta de la casa de los Heywood. Bill, apenas llegamos nosotros, nos entregó la casaca, que resultó utilísima no sólo por el frío que hacía en enero, sino porque nuestras maletas habían quedado varadas

en el aeropuerto de Chicago y literalmente no teníamos con qué abrigarnos.

Antes de que Gabriel tomara en Washington su avión de regreso a Lima, hicimos una visita a los Garner en Penn State. Dick y Gabriel hicieron una gran amistad y entre las fotos que retienen aquellos instantes conservo una en especial: Gabriel y Dick simulan un juego con un bate de béisbol. Gabriel lleva puesta la casaca azul.

Tiempo después nos enteramos de que Diane y Dick se habían separado. Como suele ocurrir, no lo podíamos creer. Parecían una pareja unida y feliz, además de simpática y generosa. Nos costaba mucho aceptar la idea de su separación. Dick, una vez jubilado, se mudó a California y Diane seguía trabajando en la biblioteca de la universidad.

En Washington, ciudad que visitaba una o dos veces al año en la década de los noventa, recibí la visita de Bill Heywood, a quien yo creí que no vería nunca más. Siempre que viajaba a los Estados Unidos acostumbraba llamarlo por teléfono, y al hacerlo en aquella oportunidad me di con la grata sorpresa de que él viajaría a Washington a visitar a unos amigos. Quedamos en que pasaría a recogerme al hotel, tal día y a tal hora, cosa que hizo con su acostumbrada puntualidad. Nos fuimos a cenar temprano, no bebimos una sola gota de licor, conversamos mucho y nos despedimos en la puerta de mi hotel antes de las diez de la noche.

Sus amigos eran profesores de historia, ya una pareja de jubilados que vivían gozando de la enorme oferta cultural que Washington les ofrecía. En su momento habían sido colegas en Cornell College. Recuerdo que en un viaje posterior me invitaron a cenar a su casa. Allí me enteré de que eran amigos de los Garner, sobre todo de Diane, con quien mantenían un estrecho vínculo telefónico. Nos asombramos de la coincidencia y me apuntaron su número para que me comunicara con ella a la mañana siguiente. A pesar de mis intentos, no lo logré. Sentí que el destino abría sus puertas pero impedía, a su vez, un retorno a la vida de Diane. Me

daba a entender que lo dejara allí, que no moviera las figuras dispuestas en el paisaje.

Ayer llamé por teléfono a Bill Heywood desde mi casa en Lima. Yo estaba inquieto, pues había recibido una tarjeta postal donde me contaba su vida familiar, sus planes cada vez más precarios, sus expectativas, todo ello teñido por un hálito de profunda tristeza ya que andaba con los achaques de la vejez. Bill estaba emocionado con mi llamada y a los dos nos apenó que no fuese hecha desde Washington, como había sido tantas veces, iluminándonos la ilusión de una relativa proximidad. Hablamos de los colegas y amigos de Cornell College, de Sally y Jan, de Carol y Hernán, de los amigos jubilados de Washington. No así de Diane y Dick, porque no los conocían, o los conocían sólo de nombre o por aquel instante en que Diane fue a dejarles con sus propias manos la casaca azul. Cuando la veo en el ropero la asumo como una señal y me recuerda que todas esas personas están unidas por esta casaca desgastada, con los puños y el cuello maltratados, que ya no le queda del todo a Ignacio, pero que nadie se atreve a regalar.

Miami sin *Vice*

Revisaba los stands que mostraban, generosamente, las diversas publicaciones con motivo de la reunión de LASA (Latin American Sociologists Association). A decir verdad, eran numerosos los libros y las revistas especializadas en ciencias sociales, en inglés, español o portugués. Merodeaba a mis anchas, esperando que algún amigo saliera de las múltiples mesas redondas o de alguna charla magistral para irnos a almorzar a algún sitio cercano y alegre. Era mi primer LASA, y en Miami, además, ciudad en la que nunca me había detenido porque siempre se trataba de un aeropuerto de paso. De buenas a primeras, tropecé con un colega, así debo decirlo, un profesor de mis épocas en el *college* de Iowa. Claro, no había pasado mucho tiempo, unos seis meses tan sólo y nos reconocimos perfectamente.

Conversamos rápido, pero quedamos en que pasaría por mí al día siguiente para almorzar. Le dije que sería un placer. No retengo su nombre, pero me resulta imposible olvidar su biografía. Era judío y neoyorquino, sin la simpatía e inteligencia de mi gran amigo Michael Shifter. Me recordaba al personaje central de una novela de Bernard Malamud, el autor de obras como *El hombre de Kiev* y *Las vidas de Dubin*. La novela que trato de recordar narra la historia de un profesor del Este que se muda al Oeste, es decir, casi casi, la de un profesor que se traslada de Nueva York a Mount Vernon, en Iowa. El personaje de la novela tiene un cariz existen-

cial, porque se trata de un verdadero cambio de piel, y si mal no recuerdo, llevaba como título *Una vida nueva*. Este profesor era delgado, encorvado, de barba rala y cabellera desordenada y crespa. A leguas se notaba que no era del *midwest* y que se había criado, más bien, en espacios pequeños, cerrados, sin mucha luz. Tengo varios amigos judíos y muchos de ellos tienen un denominador común: no son deportistas, son muy inteligentes, sufren demasiado, tienen problemas para relacionarse con la gente, con el común de los mortales, es decir, con la gente sencilla, sobre todo si son de Iowa. Él me decía con gran naturalidad que yo, siendo un verdadero extranjero, un peruano, un latino, estaba mucho más integrado que él, siendo un norteamericano, pero de Nueva York, claro, un judío. Recuerdo haber salido con él a almorzar un par de veces. O a cenar, más bien, en un apartado restaurante cerca de la vieja línea ferroviaria. Era profesor de historia, se había divorciado, tenía una hija que vivía con él. A ella sí la recuerdo, una niña rubia y bastante bonita, tranquila, que lo acompañaba en ciertos paseos de tarde. En Iowa vivían los dos.

Ahora, me dijo, estaba en Miami porque se casaba con una profesora de inglés, y si me animaba a hacer un esfuerzo mental, la recordaría. Estaba bastante expansivo, y cuando lo vi llegar al día siguiente en un auto convertible, alquilado fue lo primero que me dijo, casi no lo reconocí. Y eso que conservaba su barba rala y mantenía su cabellera crespa y desordenada, con algunos indicios de calvicie. Nos dirigíamos al viejo Miami, a la ciudad, a un restaurante judío. Yo estaba feliz. Estiraba las piernas adormiladas de tanta reunión sociológica, de tanto dato y explicación del continente más insólito y misterioso del mundo, y me gustaba poner la cara para recibir esas calientes bocanadas de aire. Cuando estacionamos delante del restaurante, que era más bien una cafetería elegante y *self-service*, vaya combinación, me dijo que esperaríamos en el auto a que llegaran su novia y una gran amiga suya de Nueva York y judía también. Al divisarlas de lejos, distinguí a su ami-

ga judía, que guardaba un gran parecido con la actriz Barbra Streisand. Era más bien alta, delgada, de unos cuarenta años y llevaba una abundante cabellera roja al viento.

Después de saludarnos y tratar de reconocer a su novia, la famosa profesora de inglés, cosa que no resultó fácil, nos pusimos a hacer la cola. J, como le gustaba que la llamasen, era fascinante. Yo, en todo caso, quedé fascinado. Habíamos visto las mismas películas, leído los mismos libros, los dos habíamos vivido en París durante nuestros años de formación. Era antropóloga, especializada en la Amazonía brasileña. Había estado casada, vivía sola, enseñaba en una de las dos universidades de Miami. Miami era pequeña —recuerdo que me dijo— y todo el mundo se conoce. Por supuesto que debemos dejar fuera a toda aquella inmensa población flotante que es Miami, a toda esa numerosísima población cubana que también es Miami, a todos los intelectuales como tú —añadió pícara— que consideran que Miami es tonta, fatua, frívola, banal, un simple *mall*, un esperpéntico *shopping center*, porque aparte de todo eso Miami está compuesta de ciertos profesores universitarios, de algunos periodistas interesantes, de alumnos, jubilados y jóvenes playeros. Miami la había adoptado, pero J era básica y fundamentalmente una neoyorquina como mi colega, el profesor de Iowa, o como Michael Shifter, mi amigo. Se trataba de dos ciudades totalmente diferentes, pues si una era oscura, la otra era soleada, si una era motivo de reflexión y había producido tan buenas camadas de escritores (sobre todo judíos), la otra era sensual, aunque ventosa, tormentosa y con cambios de clima brutales.

J me tenía completamente embobado. Cómo decirlo, a ver: era una mujer con pasado, vivida, recorrida y, sin embargo, conservaba una preciosa ingenuidad, una inocencia; era culta, ilustrada y, sin embargo, mantenía una actitud natural; era cosmopolita y, sin embargo, si ella pudiera, viviría entre los indios de la Amazonía brasileña. Le gustaba cocinar, pasear, hacer ejercicios. Tenía unos

formidables cuarenta años. Cuando estuve en su departamento nos encantaba ver pasar los cruceros, sobre todo de noche, cuando estaban completamente iluminados, deslizándose lentamente delante de la pequeña terraza que J tenía, mientras nosotros les hacíamos adiós agitando las manos y nos decíamos a nosotros mismos: qué bueno no tener que movernos.

A J le dije que estaba en Miami invitado por mi institución a la reunión de LASA. Ella me dijo que su universidad era una de las instituciones que auspiciaban la cita y que ella iría a eso de las cinco de la tarde al hotel donde se llevaban a cabo las charlas, las exposiciones y las mesas redondas. Le propuse encontrarnos en el lobby, hacia la izquierda, cerca de un piano. Si bien mi institución financiaba mi viaje, yo vivía en casa de un amigo peruano que no tenía idea de lo que era LASA o las ciencias sociales o la simple sociología. Mi amigo también tenía cuarenta años como yo, y de cierta manera todos, sabrá Dios cómo, nos veíamos a mitad del camino.

En el lobby encontré a los peruanos que asistían a LASA conversando con dos o tres profesores amigos de las universidades de Estados Unidos. Se les veía bien, platicando sobre la vida, la historia, las charlas del evento, la política, etcétera. Un etcétera bien grande, porque creo que no se les escapara un solo tema, cuando vi llegar, ya eran las cinco, a J. No era bonita bonita, y quizá nunca lo había sido. Era guapa, interesante, segura, de porte, aunque yo notaba —y ese era parte de su encanto— cierta inclinación hacia delante al andar, una ligera tendencia a caminar mirando hacia abajo, pero con una flexibilidad de movimientos que acompañaban a su cabellera pelirroja cuando se agitaba a través del viento. Llegó y, sin dudarle un instante, se dirigió hacia el grupo que seguía conversando. Me paré, nos paramos todos, los profesores norteamericanos la conocían, pues sí, sí la conocían, y se sentó naturalmente en uno de los sillones. Participó de la conversación, dijo dos o tres ideas interesantes, rio de nuestros comentarios y a

los veinte minutos (no creo que haya sido más) se levantó y me propuso que la acompañara. Me levanté en seguida y la seguí entre algunos comentarios burlones de mis amigos. Nos detuvimos ante una de las puertas de los ascensores y me lanzó una ligera sonrisa de perfil. Una vez dentro, puso el dedo en el botón del piso cuarenta y tantos. Arriba, bien arriba, siempre arriba.

J me llevaba a la reunión formal de los auspiciadores de LASA. Ella iba en su condición de representante de su universidad. Serían unas treinta personas que conversaban al estilo cóctel, pero al estilo de un cóctel gringo, a las seis de la tarde. La vista era excepcional. Algunos de los participantes se hospedaban en el hotel, pero yo lo hacía bastante lejos, por Coconut Road, un barrio elegante, caro, pero debo precisar que el apartamento de mi amigo estaba justo pasando la frontera que divide los barrios en Estados Unidos, donde cien o doscientos metros te cambian la vida, el estatus de todas maneras, los vecinos ni qué se diga, y por cierto el precio de la propiedad. Debo reconocerlo: la vista era espectacular. Se trataba de un mar plagado de embarcaciones. J ingresó, me dejó solo, y se puso a conversar con un grupo de personas. Yo me quedé completamente solo. A los quince minutos estaba impaciente por salir de ese ambiente atosigado de voces, risas y anécdotas que no conocía, quería desaparecer, volver al lobby con mis amigos, pero me dije, sácale el jugo a la reunión, goza con el ambiente de cóctel temprano y disfruta del paisaje marino. Después hubo discursos, agradecimientos y distinguí, de pronto, a mi amigo Michael Shifter, que no pudo contenerse y lanzó un alarido apenas me vio: “Pero qué demonios haces acá...”. Y yo le respondí: “Mi institución es una de las auspiciadoras del LASA *meeting* de 1989. Qué te crees”.

El cóctel se prolongaba más de lo esperado y empecé a preocuparme porque la casa de mi amigo quedaba lejos y el ómnibus pasaba a las mil y quinientas por unos paraderos esparcidos en un recorrido que ignoraba. Miami no es una ciudad para peatones.

Casi no tiene veredas. Y como yo detesto manejar, la sentía hostil en ese aspecto. J me desconocía, no me miraba, estaba feliz. De pronto se acercó y me cogió la mano, como queriendo decir si la estaba pasando bien. Le dije que debía partir. Me dijo que no. Que la casa quedaba lejos. Que ella me llevaría. Que no me preocupara. Por fin salimos, casi al final, y nos dirigimos a la playa. Caminamos (ella descalza) por una arena dura, húmeda, al borde de la orilla. No sé, es difícil recordar lo grato del clima, el ambiente de paz, de noche serena, quizá oscura, plagada de estrellas. Al mirar su reloj me sugirió que mejor me quedara en su apartamento, era tarde, mañana podría tomar un ómnibus a casa o ella misma podría acercarme.

Imposible saber a ciencia cierta dónde vivía J. Su apartamento (que compartía con una amiga) daba al mar. Quedaba por Venetian Way, sí, había que atravesar un puente, surcar una pista que se asemejaba a una carretera con el mar a los dos costados; era una vista apasionante, hasta que llegamos a Venetian Way. J tenía un perro viejísimo, su compañero, su amigo, su pareja de caminatas interminables, porque J no solamente se mantenía en forma ella misma, sino que mantenía en forma a su perro, a quien no dejaba subir ni un kilo siquiera. Me quedé con J y viví un poco su vida de profesora de una universidad de Miami, su pasión por la Amazonía brasileña, frecuenté su oficina, intercambié ideas con algunos de sus amigos y oíamos, al regresar, los mensajes que recibía en su contestador. Los oía, se quejaba y los borraba. Eran amigos, pretendientes, colegas que la llamaban para cortejarla. Por momentos me daba la impresión de que era una mujer sola, muy sola, que buscaba compañía, pero que no la encontraba, pues los hombres no estaban a la altura de sus expectativas. J era liberal por donde se le viera, una chica del mayo del 68 parisino, una neoyorquina acostumbrada a lidiar con la agresión del medio ambiente, una antropóloga y, ahora, una sosegada profesora universitaria. Conversábamos día y noche. Y salíamos a caminar y a cenar en

restaurantes escogidos por ella. Me encontraba en un Miami mágico, maravilloso, en auto, cerca al mar, viendo irse los cruceros sin que nosotros deseáramos movernos un ápice. Este Miami no se reducía al aeropuerto, por cierto; tampoco a Miami Beach, no tenía nada de Miami Vice y si me preguntaran dónde es que realmente vivía, debo reconocer que en Venetian Way.

J se puso furiosa cuando nos dimos cuenta de que más allá de nuestras nacionalidades e, incluso, nuestra formación, vivíamos lo mismo, gustábamos de lo mismo, veíamos las mismas películas y leíamos los mismos libros. Me dijo que no conocía a compatriotas suyos como yo. Eso le daba mucha risa y cólera al mismo tiempo. Buscábamos una razón a ese enigma cultural y no lo encontrábamos: yo no era un indio amazónico, no era un *latin hispanic*, no era un cubano gusano de la calle 8, no era un gringo de Iowa y no era un judío de Nueva York ¿Qué diantres era? Y ella: ¿quién rayos era J? Ella era una mezcla infernal, eso sí. Tenía mucho de la mujer que se las tiene que bandear sola en este áspero mundo. Era inteligente, sensible, graciosa. Invitaba a la ternura, al afecto. Creo que la mujer judía es, en el fondo, una mujer desamparada. Al caer la noche, cuando la jornada ha terminado, ya sin zapatos, en camión, lista a meterse a la cama, debe de haber sentido el pavor de estar viva y sola en este mundo de asechanzas y agresiones. J amanecía con toda la cabellera alborotada. Casi no se le veía la cara, y era como si deseara cubrirse con un velo, como si fuese una mujer afgana.

Una vez me contó que había estado casada durante varios años y que había sido feliz con su marido. Era raro, sin embargo, que no tuviese hijos. Lo imaginaba como un hombre liberal, sólido, profesional, que valoraba la inteligencia y la autonomía y la independencia de su mujer. En alguna medida era así, pero con un ingrediente más: J me confesó que era bisexual. En América hay una enfermedad social —me lo recordó en una oportunidad— y la gente debe tener mucho cuidado. No se puede andar con un

bisexual por la casa porque nunca se sabe con quién se habrá acostado y qué enfermedades podría contraer. Me llamó la atención la forma cómo lo contaba y se refería a su marido, porque ésa había sido la razón para abandonarlo. No tenía hijos, tenía una amiga, varios colegas, unos detestables pretendientes (al menos por la voz) y yo, ahora, ahora yo, una ráfaga latina sin serlo, con reminiscencias amazónicas, gringo por las películas que había vivido, por las cowboyadas que jugué en mi infancia, por mis viajes a Iowa y todas esas cosas.

Pero J era, ante todo, una mujer educada, culta, y me condujo hasta la casa de mi amigo en Coconut Road, donde me dejó sano y salvo, como lo insinuó con una sonrisa triste, porque J y yo, pero más J, estaba muy triste. Al día siguiente se marchaba a Nueva York a pasar las navidades en casa de su abuela. Recuerdo haber escrito un par de postales en el aeropuerto donde le decía que me unía a ella un afecto agradecido. Y es cierto. Vaya que es cierto. No la he vuelto a ver, a pesar de haber pasado por el aeropuerto de Miami mil veces, siempre buscando una conexión.

Otros desiertos

I

Las Vegas es, para mí, una pulcra pantalla cinematográfica. El sol cae implacable y golpea el cerebro descabellado de Bugsy en el instante mismo en que intenta describir su visión, su hallazgo en la sucesión de las dunas, el artificio deslumbrante de El Flamingo. Es también la sucesión de tumbas cavadas a pulso en las afueras de la ciudad, forzando la aspereza de un suelo duro, reseco, desolado. Las escenas galopantes de casinos que deslumbran a las noches como si fuesen estrellas robadas. La huida, el intento de escapar de un destino señalado como una daga en la sombra; el alcohol, la esperanza del amor encarnado en una prostituta que vagabundea por aquellas calles sin una sola acera, esa mujer que pudo haber sido un ancla, un atisbo, pero él estaba consumido por la bebida y a ella cuatro muchachos con gorra de beisbolistas le habían pasado por encima dejándole la cochera abollada.

II

Vidas cruzadas de Robert Altman la vi varias veces. La primera vez fue en Madrid, con Alfredo Bryce, traducida al castellano. El film está estructurado a través de varias historias que se intercalan unas a otras en un arrogante montaje. Alfredo, que me había confesado su insomnio, se dormía en la película e incluso estuvo a punto de

decirme que mejor saliéramos de la sala cuando me vio enganchado en la sucesión de estas historias, cuya duración es, aproximadamente, de unas tres largas horas. Alfredo, con aquella generosidad que le es propia, me había armado un conjunto de actividades para mantenerme contento. Me había invitado especialmente a España para que olvidara, por un momento, el dolor de la muerte de mi hijo Gabriel. Nos iríamos con varios escritores a Extremadura, pero antes él y yo conversaríamos, caminaríamos, cenaríamos e iríamos a una serie de espectáculos que él había organizado pensando en lo que podría gustarme. Al salir del cine nos reímos con varias de las escenas de la película, ahondamos en la temática de la soledad, recordamos a Carver, no hicimos mención a la historia que narra la muerte absurda de un niño atropellado casualmente por un automóvil, la triste y tonta muerte del hijo de una pareja de suburbio. Me contó que cuando él estuvo en Los Ángeles un auto patrullero lo detuvo por el simple hecho de caminar. En esa ciudad no camina nadie. No existen las veredas. Caminar te convierte en sospechoso, me dijo.

III

Cuando tomé el avión que me llevaba de Miami a Los Ángeles, un viaje tan extenso como el de Lima-Miami, me encontré con mis amigas Cecilia Blondet, Maruja Barrig y Marcia Rivera. De mi abrupta soledad pasé a convertirme en el pasajero mejor acompañado. Estaba rodeado de tres grandes amigas y aquel recorrido de este a oeste sería inolvidable. Todos nos íbamos a LASA, era mi segundo LASA, y esta vez sí tenía ponencia. El estudioso norteamericano Joe Arbena (nombre, sin duda, de un exhausto boxeador) me había invitado a participar en una mesa de deporte y sociedad.

En aquellos tiempos, imagino que aquel LASA fue a mediados de los noventa, viajar en avión por los Estados Unidos podía ser

un placer. Ése lo fue. Conversamos como loros y en algún momento ellas decidieron contar un romance que guardaran como recuerdo imborrable. O un momento amoroso imposible de olvidar. Una historia de amor. La idea me fascinaba porque, si bien eran mis amigas, escucharlas me permitiría conocerlas muchísimo mejor. Todos debemos —o deberíamos— tener una historia de amor que nos alumbre en los instantes de soledad. Recuerdo sus atolondradas palabras, la nitidez de los detalles, la importancia que le daban al mundo de los afectos estas tres grandes mujeres conocidas más por sus actividades en el escenario académico o político. Los guardaban intactos. Una a una, le tocaba su turno, las palabras salían limpias de su boca.

IV

Durante uno de los días del evento de LASA nos escapamos Henry Pease, Carlos Chipoco y yo a dar una vuelta en auto por la ciudad de Los Ángeles; ciudad es casi un decir, por aquella explanada enorme y atravesada por diversas carreteras que llevaban a los automóviles a lugares cada vez más lejanos. Ellos alquilaron un auto y yo, como si estuviese viajando a Chile con Vicente y Andrés, les dije que no tenía plata, que no manejaba, pero que a cambio les podía conversar. Y así fue. Durante todo un día recorrimos esta ciudad sin veredas y casi sin casas a la vista. De lejos, siempre de lejos, distinguíamos el *downtown* rodeado de *smog*. El *downtown*, desde una de las autopistas por la que estábamos, se veía como un conjunto de rascacielos peligrosos, porque era sumamente peligroso, había que darle la vuelta, mirarlo de lejos, nunca entrar: barrio de pandilleros, de negros, de marrones, de asiáticos, era el mundo de Ridley Scott con sus robots humanizándose en medio de la densa neblina cosmopolita bien entrado el siglo XXI. Íbamos de aquí para allá, sin bajar del vehículo, incluso

nos metimos a Bellevue, una especie de Casuarinas, en Lima, pero cien veces más grande. Tengo la impresión de que alcanzamos una playa. Solamente en el Boulevard Hollywood bajamos y estiramos las piernas. A eso de las cinco de la tarde, siempre con el mapa en las manos, decidimos regresar.

Antes de partir, recuerdo, una vez que en el hotel nos proporcionaran el auto alquilado, se nos acercó uno de los porteros, un mexicano de mediana edad. Nos tocó el vidrio de la ventana con sus nudillos. Henry bajó el vidrio y logré escuchar su voz cascada: “¿Quieren carne? —nos preguntó—. Si desean, a su vuelta, les consigo carne”. Henry le respondió que no. Comeríamos fuera, en algún lugar de Los Ángeles. “Carne —repitió entonces el portero mexicano—. Mujeres. Les digo si quieren mujeres”.

Habana Vieja

Mi viaje era informal, muy informal, no oficial, en todo caso, por lo tanto podía hacer con mi vida lo que me viniese en gana. Nunca había sido invitado antes; por esa razón consideraba que no era el tipo de escritor que mereciera la pena ser invitado. En fin, no tenían por qué hacerlo, pues cada quien invita a su casa o a su isla a quien desee, aunque era consciente de que muchos intelectuales latinoamericanos habían sido invitados durante décadas, y los invitaban como una forma de mostrar al mundo la cercanía de los escritores y de los artistas con la Revolución. Sus razones tendrían, sin duda, de invitar a quienes invitaban y de no invitar a quienes no invitaban. Yo creía, en aquellos años, me refiero a finales de los sesenta y a mediados de los setenta, que para llegar a Cuba había que ser invitado; de otra manera, pensaba, era imposible llegar. Eso antes de que Cuba se viera obligada a reabrir sus puertas al turismo, a vivir dos vidas paralelas, la del dólar y la del peso, y no se viera en los terribles aprietos económicos que tuvo a raíz del desplome de la Unión Soviética. Yo llegué en 1989, poco después de la caída del Muro de Berlín, en aquella época que tuvo el nombre de “Período Especial”. Debo pensar que me quedé quince días porque las agencias de viaje vieron el modo de que permaneciera ese largo tiempo —el evento duraba tres días, a lo sumo— y gastara algunos dólares, pues to-

dos los dólares eran bien recibidos en Cuba, incluso los agujereados. Cuba estaba hambrienta de dólares y los buscaba con la ansiedad de un adicto a la heroína.

Debo decir que llegué de casualidad a Cuba. Dos años antes, en una reunión de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), en Montevideo, a la que también asistí de casualidad, fui elegido de casualidad también —Eduardo Ballón es testigo—, miembro del Comité Organizador del próximo evento de ALAS, que se llevaría a cabo en La Habana. Así que fui, asistí formando parte del grupo de los organizadores, de los mayores, porque hubo delegaciones de jóvenes de diversos países que nunca distinguí con claridad, ya que se alojaban en posadas universitarias, mientras nosotros lo hacíamos en el Tritón, un hotel de unos quince pisos con vista al mar, piscina y hartos ron. Compartía la habitación con Juan Arroyo, a quien desde ese momento he considerado un amigo.

En la reunión previa al viaje, en la sede de la embajada cubana en Lima, uno de los diplomáticos me dijo: “No has venido antes porque sabíamos que eras un amigo de la Revolución”; o, en el mejor de los casos, debo añadir, de la Isla. O sea que a los amigos no se les invitaba y sí a aquellos que estaban en dudas o podían ser sus futuros críticos. Mentira. Esa razón no puede ser válida. Pero no lo sé y no interesa, sobre todo ahora que ha pasado de moda ser invitado a la Isla y está de supermoda ir a Cuba de turista, sea de playero o de enfermo. Lo cierto es que yo fui sin que la plana mayor del régimen tuviera nada que ver con mi viaje y me comporté como un simple turista. El calor era tal, que andaba en short, con una camisa desabotonada y una botella de ron 7 años en la mano, un Havana Club que, por seis dólares, se adquiría en una de las tiendas para turistas. Nosotros formábamos parte de la cultura del dólar y no podíamos participar de la otra, como tomar un bus, por ejemplo, que nunca pasó cuando lo esperé por más de una hora, y al irme tuve que decirles a los pacientes cubanos que se

arremolinaban por allí, que si bien no conocía Varadero, sí conocía Paradero. Juan Arroyo, en un vano intento de integrarse al universo del peso, lo primero que hizo fue cambiar dólares en el mercado negro, y andaba, orondo por cierto, con un fajo que no le servía absolutamente de nada, porque nada era lo que podía comprar con esos pesos.

Del evento de ALAS es poco lo que puedo decir. Prácticamente lo he olvidado. Recuerdo, sin embargo, que tanto en la inauguración como en la clausura hubo una serie de delegados del régimen sentados en el estrado. Los organizadores también estábamos sentados en el estrado y contemplábamos un auditorio repleto de estudiantes. La Asociación Latinoamericana de Sociología, más conocida como ALAS, vivía en tanto organizara estos eventos cada dos años. Después del de Montevideo y el de La Habana, no he seguido sus pasos. Lo que sí recuerdo es la vida en el hotel, las prolongadas caminatas urbanas, la visita a la casa de Hemingway, alguna noche en una discoteca y esporádicos contactos con la juventud. Me permito, entonces, hacer un breve y desordenado recuento.

La vida en el hotel Tritón despertó una primera y terrible contradicción en mi ánimo. Puede sonar cínico escribirlo, pero durante años, durante toda mi adolescencia y juventud, siempre me sentí pésimo cuando gozaba de los placeres mundanos de la vida, sobre todo cuando alrededor se encontraban los olvidados, los marginados, los excluidos y los pobres del mundo, separados tan solo por una cerca, un muro o las simples convenciones sociales. En mi país era un maldito privilegiado. Esa palabra tenía un contenido muy fuerte en una realidad de enormes desigualdades. Pero nunca pensé que iba a tener una sensación similar en la Isla. Y cuál sería mi asombro cuando, al estirarme en una poltrona al borde de la piscina, vi, en lo alto del edificio del hotel, un batallón de obreros raspando y pintando una pared o remodelando una nueva ala. Lo hacían mirándonos exactamente como lo hacían los

pobres del Perú. Nos miraban con una pica brutal. Incluso peor, pues ellos vivían en una Revolución en tiempo presente o pasado, y los peruanos vivíamos siempre antes de una revolución. Como los obreros cubanos trabajaban lentísimo, supe que los tendría como crueles testigos del Tercer Mundo durante toda nuestra estancia. No eran los balseros desesperados, precisamente, pero eran los que resignadamente hacían movimientos manuales para que se les pasara el día de la manera más rutinaria posible. Logré desarrollar una actitud de indiferencia y me acostumbré a su presencia. Lo cierto es que dejé de escuchar sus ruidos, sus palabras, sus bostezos y sus risas.

Las tres comidas estaban incluidas en el presupuesto global del viaje y era mejor que así fuera, pues siempre es mejor estar dentro que fuera, al interior del menú, de los horarios y de las normas. Los peruanos somos particularmente desordenados y displicentes, pero en Cuba aprendías rápido que debías atenerte a las reglas o no existías. No era conveniente estar como el poeta Heberto Padilla fuera del juego, o del menú, en este caso. Algo así como el PRI en México: estar en el PRI era estar en el sistema, en la vida; no estarlo, era vivir en el ostracismo. O sea que Juan Arroyo y yo nos levantábamos rápido para tomar el desayuno, regresábamos de donde estuviéramos para la hora del almuerzo y no salíamos a ningún lugar si antes no pasábamos dentro de los horarios de la cena. Colas, mesas, menús, todo estaba reglamentado. Nunca tendríamos hambre, Cuba no era el Perú, desde que llegamos hasta que nos fuimos, mi amigo el diplomático sabría qué es lo que había comido. Un menú abundante, pero monótono después de ciertos días, pero así es todo en esta vida, no nos hagamos los interesantes tampoco.

Nadie que no viviera en el hotel debería entrar o quedarse o meterse a hurtadillas en un cuarto. Al Tritón solo entraban los extranjeros del menú. Quizá, no lo recuerdo, podían estar en el lobby o hasta ciertas horas en la piscina. Las chicas del ascensor, los

meseros, los policías de civil, se encargaban de verificar que al Tritón no ingresara ninguna persona de acento cubano, ni una chica después de las diez y, eso sí, ninguna mujer se vendía en el Tritón. El menú era nuestro emblema, nuestro sello, nuestro olor. Un día descubrí que Juan Arroyo recibía, sin embargo, una serie de llamadas misteriosas. Él se echaba en la cama y conversaba muy suelto de huesos con unas mujeres —lo intuí— como de lo más normal. Eso fue después de ir a una de las discotecas cercanas al hotel, discoteca que decía explícitamente que podían entrar cubanos, y cuando fuimos, Arroyo y yo vimos a los mejores bailarines del mundo contonearse en un reducido espacio sin mover las piernas, solamente la cintura. Yo, al menos, me senté en un rincón dispuesto a no hacer el ridículo, a no sufrir lumbagos y a admirar el arte de los cubanos al bailar.

Pero después de aquella noche, Arroyo hablaba por teléfono con voz de espía con las mujeres, cosa rara, bien echado en la cama del hotel. Con mi autoestima al tope, le pregunté dónde las había conocido, cómo así te llamaban, y a mí por qué no, por qué a él nomás. Arroyo se reía. Pero después averigüé que las mujeres en las discotecas tenían un precio; ya sea por acompañarte, por conversar, por bailar, por un chapecito y, supongo, por acostarte. Tengo entendido que mi amigo Arroyo estuvo en el nivel conversación, porque en la discoteca nunca más volvió a estar solo, en tanto yo, en mi rincón, sentía la soledad que siempre he sentido en todas las discotecas del mundo, la peor de las soledades, la de las noches capitalistas, porque si bien Cuba no era capitalista, esa discoteca sí se comportaba como tal, vendiendo la gran ilusión de la conquista amorosa, de la seducción del amor, idiota romántico, cuando todo era plata, plata, plata, como las noches capitalistas en Bruselas, en Santiago y en la misma Lima.

Salir del hotel dejó de ser una hazaña, ya que la única forma de hacerlo era tomando un taxi en la misma puerta del hotel. Bien equipados con nuestros dólares, Arroyo y yo veíamos una signi-

ficativa hilera de taxis superoficiales y formales. La vez aquella que estuve en Paradero, les dije a los cubanos que por qué no detenían un camión y se trepaban todos en su tolva vacía, y me respondieron que esa posibilidad estaba históricamente descartada. En Lima, les dije, soy peruano, les precisé, en Lima cualquiera es taxista. En Lima todos somos Robert de Niro, con la locura incorporada. Con sólo pegar el letrero TAXI en la ventana delantera, ya lo eres. Pero en Cuba esa informalidad era impensada. Los camiones pasaban en sus narices, pero la gente esperaba a la guagua. La paciencia total e infinita. Ese era el mundo del peso.

El taxi era la única forma de salir y de regresar al hotel. Eran taxis buenos, solventes, con gasolina y con un chofer que atisbaba antes de hablar. Claro, ellos asociaban el dólar con el idioma inglés, y se confundían cuando alguien les hablaba en castellano. Arroyo y yo nos encargábamos de precisarles que teníamos los dólares suficientes, no tantos tampoco, y que no hablábamos inglés. En todo caso, los taxistas eran prudentes al momento de la charla. Todos los empleados en el hotel eran prudentes. Una vez tuve un altercado con un mozo cerca de la piscina, pues le dije que nos trajera una cubeta de hielo y algunas Coca-Colas. Nosotros teníamos dos botellas de ron por doce dólares y no necesitábamos pedir ron servido por el barman, porque ese sí que era carísimo. El mozo se negó. Que no y que no y que no. Lo insultamos. Lo agredimos verbalmente. Nos importó un rayo la revolución, la clase trabajadora, porque el mozo era, para nosotros vulgares turistas, un simple hombrecito del sistema. Se negó a traernos hielo y gaseosas. Todavía hoy me da cólera. Pero cuál sería nuestro asombro cuando, una vez que tomábamos un taxi en la puerta del hotel, se nos acerca un empleado y nos dice, casi susurrando, si podíamos llevar a un mozo, aunque sea acercarlo al centro, porque tenía un familiar enfermo y necesitaba llegar, con dólares y no con pesos, en taxi y no en guagua, sin Paraderos de por medio, a su casa. Era un favor cómplice. Dijimos que no había problema. Cuan-

do distinguimos al mozo y él nos vio a nosotros, casi da marcha atrás. Ya en el interior del auto nos pedimos disculpas mutuas; nosotros le dijimos que preferíamos a los revolucionarios que a los mozos del sistema, y él nos respondió que prefería a los turistas educados, con dólares, por cierto, antes que a los hermanos latinoamericanos que le venían todo el tiempo con nuevas trampitas. Hicimos las paces. Pueblos hermanos. Y en el futuro hubo hielo y Coca-Cola en plena revolución, siempre al borde de la piscina del hotel Tritón, una vez que llegara el atardecer y los obreros se hubiesen ido.

Para tomar un taxi tenías que ir a un hotel. Para comprar cigarrillos tenías que ir a un hotel o encontrar aquellas grandes tiendas para turistas. Nos convertimos en los reyes de los hoteles, Arroyo y yo, porque sabíamos que desde allí podríamos regresar a los menús del Tritón, una forma de cronometrar nuestro tiempo. En cierta medida, eran menús sabiamente dosificados, porque justo te empezaba a dar hambre cuando empezaba a ser la hora del siguiente menú. Tres menús al día, tres pinchazos, como diría William Burroughs, nos daban el sentido del tiempo. Una vez se me acercó, en una de las calles, un joven cubano a pedirme un cigarrillo. Mi cajetilla —una tentadora Marlboro— se podía divisar desde lejos, pues la llevaba en el bolsillo de la camisa. Le dije que me quedaba uno, que no podía invitarle porque si me provocaba fumar (cosa que ya sucedía) debía dirigirme a un hotel para comprar una cajetilla o a una de esas odiadas tiendas. El joven se irritó. No es que me amenazara, pero se envalentonó y gritándome me forzaba a que le invitara mi último cigarrillo, una especie de último cartucho. En el momento menos pensado, aparecieron de por allí dos o tres sujetos y se lo llevaron en vilo. Nadie me brindó una explicación. La orden era no fastidiar al turista.

La única vez que Arroyo pudo utilizar sus pesos fue en el inmenso parque Lenin, una especie de Central Park de La Habana o del Hyde Park londinense. El Lenin lo recuerdo amplio, sin

muchos árboles y bien verde. Había un trencito que le daba una vuelta, al cual Arroyo y yo, de puro monos, subimos. Cuál sería nuestro asombro, que en medio de la travesía —se trataba de un trencito de madera, casi de juguete, pero con bastantes pasajeros adultos— apareció una turba de adolescentes que jugaba a los indios apaches, a los rebeldes, a los antiguos revolucionarios, una versión tardía de los guerrilleros de Sierra Maestra o a ser la vívida imagen de los contrarrevolucionarios, unos adolescentes que en lugar de estar en el parque Lenin se imaginaban jorobando a la gente en el Central Park, y nos arrojaban piedras, un culo de piedras, bastantes piedras, y se acercaban como si fuesen apaches que se colgaban de las barandas en el momento preciso que los guardias del tren —una especie de alocada diligencia del *Far West*— les metía unos palazos en las manos haciéndolos caer. Pero surgían nuevas piedras, nuevos indios, nuevos palazos, y Arroyo y yo, junto a los otros pasajeros, estábamos tirados en el suelo, evitando el zumbido de las flechas, que eran piedras.

Después de este incidente, como si se tratara de una aventura en un vagón del subterráneo de Nueva York, nos fuimos a comer helados. Ya habíamos estado en la famosa Copelia, la tienda de los helados en Cuba, pero nos sentimos mal cuando hicimos una colita en dólares paralela, la muy maldita, a la colaza en pesos. Ellos tenían que soplarse todo el calor de La Habana en esa cola de pesos, mientras nosotros, rápido nomás, la hicimos en dólares, nos sentamos bajo la sombra y saboreamos un helado rico, fresco, pero sudoroso por la mala conciencia. En uno de los extremos del parque Lenin (si es posible hablar de extremos en tanta amplitud), distinguimos una multitud que se disputaba un helado. Arroyo y yo nos abalanzamos, malcriados, groseros, extendiendo una cantidad inimaginable de pesos, pidiendo a gritos un par de helados. Creo que nos deshicimos de los pesos. Una lluvia de pesos. Era el momento, el ansiado momento de desprendernos de esos billetes que le inflaban inútilmente uno de los bolsillos del pantalón a

Juan Arroyo. Los pesos volaban por el aire, hacían círculos (para nuestro asombro, a ninguno le interesaba tanto el peso) y nos fuimos caminando a comer nuestros helados, tristes también, Arroyo y yo no tocábamos el punto, pero la discoteca, el trencito, el mozo del hotel, el último Marlboro y los pesos del helado como que turbaban nuestro ánimo; éramos distintos, caray, casi gringos privilegiados en el paraíso de la Revolución; eso no lo entendíamos y no se lo queríamos explicar a nuestro amigo el diplomático, que cada vez que llegábamos al Tritón a la hora del menú, nos esperaba en el lobby, nos saludaba y nos preguntaba qué tal nos había ido.

Esa noche nos fue pésimo, en todo caso. Antes de esa noche fuimos, por fin, un grupo de peruanos a Varadero. Varadero es otro mundo, una cuña europea y canadiense en plena Isla. Queda bastante lejos de La Habana y mis recuerdos se reducen a lo siguiente: una playa igual de extensa al parque Lenin, una arena blanca y tibia, un mar transparente, un cielo azul, un mar, precisemos, prácticamente sin fondo, donde podías caminar y caminar y caminar con el agua en los tobillos (muchos cubanos habrán pensado, lo digo en broma, que así serían capaces de llegar a Miami) y, lejos, pero al otro extremo, como ocultándose, los hoteles, las piscinas, las alemanas —pienso que eran alemanas— muy rojas y descascaradas de tanto sol.

Sería injusto no recordar los pequeños potajes que preparó allí mismo, en la playa, Vicente Ota, gran sibarita con tan sólo unas latas que se compraban en los almacenes para turistas. Nuestro Varadero fue íntimo, de día de semana, sin ambulantes como los hay en las playas de Cartagena, por ejemplo, y todos allí estábamos pulcros y pacíficos. Esa visita fue anterior a la noche, la noche en la que fui a casa de la familia de una negrita que Vicente Ota había conocido en la calle. En La Habana a todas las negritas las conoces en la calle, sobre todo en el malecón, que, en las pocas películas que se han filmado asumiéndolo como paisaje, siempre grandes olas lo rebasan e inundan. Ese malecón, tal como lo recuer-

do, trajinado, quizá viejo, es una maravilla. Uno no se puede bañar en La Habana, para ir a las playas hay que desplazarse. Es un malecón fresco, siempre golpeado por las olas, salado, juvenil. Bueno, a las negritas uno las encuentra en la calle y yo también llegué a toparme en una oportunidad con una que llevaba un ajustado vestido rosa, bien negrita mi negrita, joven y esbelta, inteligente, con una mirada que calculaba el corazón, el bolsillo, la edad, la barriga, todo al mismo tiempo. Vicente Ota no sólo conoció a una negrita, sino a toda su familia.

Era una casa sin ventilación. La sala, apretada porque allí estábamos todos, los invitados y los numerosos miembros de la familia, resultaba más pequeña aun por la envergadura y tamaño de las personas, sobre todo de las hermanas negras de la negrita, unos verdaderos troncos de ébano, altísimas, pechugonas, culonas, reilonas, superdespabiladas. Me entró un miedo terrible de bailar con una de las dos hermanazas, cuando descubrí, gracias a Dios, a la hermanita menor, una negrita linda de no más de dieciséis años. Estaba vestida de blanco. Ese color contrastaba con su piel negra, negra, retinta. Era muy bella, pero estaba aterrada, tanto como yo. Al inaudito calor de la sala se añadía la música estridente, y nuestras botellas de ron —todos llevamos al menos dos— fueron muy bien recibidas. Decidí, entonces, sacarla a bailar. Al segundo lento logramos acoplarnos mejor, se pegó un poquito y ya no nos pisábamos los pies. Al terminar el cuarto baile nos separamos y en ese momento se me acercó un tío de ella, así se presentó, y me la ofreció. Ese desgraciado me ofrecía no solamente a su sobrina, sino a la negrita linda y aterrada. Ella escuchaba nuestra conversación y buscaba un rincón vacío en el bullicio. Le dije que no, y añadí a regañadientes: no, gracias. Tengo dos hipótesis al respecto: que la negrita linda estaba aterrada ante esa posibilidad o que, al contrario, era una manera familiar de recurrirse con la negrita, y que ella ya estaba al tanto de todo ese movimiento financiero y su comportamiento era deliberadamente temeroso.

Mi estancia en La Habana no habría sido lo que fue si no hubiera tropezado de casualidad, como siempre, con el charapa José Carlos Rodríguez, amo y señor de los techos de George Mandel, allá en París. Lo distinguí justo a través de una ventana de la casa de Hemingway, porque a esa casa no se entra, solamente se mira a través de las ventanas, que hay varias, felizmente, y distinguí en una de ellas la cara pícara, diablesca, ya cubierta por una melena blanca y unos bigotes enormes e igualmente blancos, de José Carlos Rodríguez Nájar.

La casa queda en un lugar apartado de La Habana, bastante privilegiado, pues tiene una espectacular vista al mar. Es inmensa, tiene jardines y una piscina vacía y cubierta de hojas. La casa está tal cual quedó cuando el guardián recibiera la noticia de su muerte. Es posible ver, por ejemplo, un libro a medio abrir en su mesa de noche, las botellas que se iba bajando, la cama a medio tender, algunos objetos recién usados, como si en cualquier momento fuera a hacer su aparición este hombre impresionante, gordo ya, envejecido también, en la casa que tanto amó. Sí; sí fui a la Bodega del Medio, donde también almorzamos. Pero la vez que resultó más interesante fue cuando fuimos con Maruja Barrig a tomarnos varios de esos tragos que le encantaban al viejo Hem y luego salimos con dos o tres cubanos jóvenes que nos invitaron a su casa-cuarto-dormitorio, bastante críticos del sistema y muy pobres, a la cubana, ya lo sé, es decir: no te mueres de hambre, tienes educación, trabajas, pero cuando intentas invitar a unos amigos peruanos simpáticos e inteligentes como Maruja y yo, no hay nada que ofrecerles, porque miren, nos decían, solamente tenemos hielo en el pequeño refrigerador. Y era verdad. Solamente hielo para el ron que nosotros traíamos de regalo al lugar donde fuéramos. El famoso Havana Club de siete años a 6 dólares la botella.

El Charapa había venido a la Isla para participar en una convención de turismo. Él se había quedado a vivir en París, y durante todos esos largos años en que yo ya radicaba en Lima, se hizo de

un sitio en el negocio de los *charters*. Estaba acompañado de una francesita, como se estila, damas y caballeros, porque un peruano y una francesita van de la mano, como dos y dos son cuatro, y como debe ser. El Charapa, siempre generoso, me invitó a almorzar en un restaurante elegante o, en todo caso, muy cómodo, que se llamaba, nada menos, Hemingway Inn o Marina Hemingway o algo parecido. Comimos camarones, pescado, fruta. Bebimos, y al final, exhaustos y felices, nos trepamos en una embarcación que llevaba en la proa escrito el nombre de Hemingway, porque todo por ese lado de la isla lleva su nombre. Al Charapa no lo volví a ver. Desapareció con su francesita y su turismo bajo el brazo, como si fuese un pan *baguette*, pero me dejó en el espíritu una sensación de energía impresionante. Reía como siempre, bebía como siempre y se jactaba de su rubiecita, de su chica, de su secretaria amante, de su amor, como un corolario digno de una visita que debió durar cinco días y se extendió a quince, que tuvo como motivo un evento del cual no recuerdo absolutamente nada, que me ofreció un amigo como Juan Arroyo y me regaló la cara, como una pintura *naif* del Caribe, de una negrita que yo vi aterrada y que mi silencio, en todo caso nuestros cuatro bailes, hicieron el milagro de conservar intacta la ola del viejo malecón.

Recife

De Recife solamente retengo lo que se relaciona con Celia Nunes. Desde que la vi llegar al evento organizado por CLACSO, quedé prendado de ella. Prendado en el amplio y generoso sentido de la palabra. Ella era la alegría personificada. Estaba con su marido, pero al vernos, desde el primer instante, descubrimos instantáneamente que nos conocíamos de toda la vida. Algo muy raro nos unía. Los dos teníamos una desesperada necesidad de estar juntos. Los participantes al evento de CLACSO sabían que se trataba de una reunión de amigos. Gran parte del tiempo se dedicaba a evaluar y planificar la burocracia de la organización y otra a escuchar ponencias de índole política, económica y cultural de nuestra querida, desconocida, amplia y ajena América Latina.

El mismo día que llegamos nos fuimos a la playa. La collera de los peruanos, inseparable como todos los peruanos en el extranjero, estaba compuesta por cientistas sociales que no tenían idea de lo que era la playa, el sol, el mar y solamente esperaban toparse con una mujer bella y semidesnuda. Cuando bajamos a la playa tuvimos que evitar a todos los vendedores ambulantes, que pululaban como hormigas. Cuál sería mi alegría que cuando distinguí a Celia Nunes con su marido debajo de uno de los toldos, fui corriendo a saludarla. Celia Nunes era blanquísima. Yo no conozco la sociedad brasileña, pero deduzco que todos los vendedores —mulatos o negros en su gran mayoría— la verían como de clase

alta o como la reina que era, elegante, sencilla, tierna, porque hablaba con ellos sin molestarlos. Nadie, nunca, la sacó de sus casillas, les sonreía, les revisaba sus trabajos artesanales o les compraba cervezas bien heladas (protegidas dentro de unos cocos) o esos langostinos que comía sin aspaviento ni desconfianza.

Los peruanos nos sentamos alrededor del toldo y la contemplábamos embelesados, al menos yo. Llevaba una ropa de baño negra, el pelo corto y una sonrisa maravillosa. Siempre que pudimos estuvimos juntos. A veces ingresaba al hall del hotel y la distinguía entre los huéspedes. No nos controlábamos y nos llamábamos a gritos, corríamos y nos abrazábamos. Beluce, su marido, con la gran generosidad de su corazón, entendía nuestro afecto. No sé cómo llamarlo: afecto, cariño, amor fraternal, lo cierto es que no podíamos vivir separados y apenas nos divisábamos teníamos imperiosamente que estar cerca.

Celia Nunes no iba mucho a las sesiones académicas o, quizá, nunca coincidimos. Claro, ella venía de Río, donde trabajaba en la universidad con su marido sobre temas vinculados a la realidad africana. Brasil tomaba conciencia del África, y Celia me contaba que Recife, la cuarta ciudad en importancia de Brasil, tenía un vuelo diario a Miami, a Europa y a Dakar. Lo decía de una manera tan blanca, que el África se me aparecía como el continente secreto que es todavía para mí. No lo era para ella, pues en los últimos tiempos viajaba constantemente a diversas ciudades del continente negro. Pero también se preparaba a hacer un viaje a México en junio del siguiente año, o sea luego de seis meses. Le dije que para ir a México debía pasar por el Perú, idea que le fascinó, y yo le dije que la recibiría en casa, que Marcia estaría feliz de alojar a ella y Beluce.

Solamente en una oportunidad salimos a cenar. Lo hicimos con Mariano Valderrama, amigo peruano y gran conocedor de la comida del mundo, en un restaurante elegante, solitario, no muy caro y al borde del mar. El mar estaba manso y muy cerca. No ha-

bía nadie en el restaurante, sólo nosotros cuatro. Celia Nunes me contaba su vida. Era de mi edad y habíamos vivido generacionalmente los mismos sucesos, con diferente intensidad por cierto. Su español era perfecto porque había vivido en Chile en la época de Allende. Celia Nunes había sido una mujer de izquierda, revolucionaria, maravillosamente dulce, inteligente y simpática. Había estado casada con otro hombre, ya no retengo su nacionalidad, y vivía el gobierno de Allende con entusiasmo. Tanto Beluce como yo la escuchábamos embobados. Mariano Valderrama no tanto, como que esas historias le parecían ya conocidas. La intensidad con la que contaba sus historias, sin embargo, era fascinante. Celia Nunes tenía una vitalidad apabulladora y nos hacía sentir que lo que nos contaba había sucedido recién ayer, cuando en verdad había ocurrido hacía veinticinco años o más.

Beluce intervino solamente para expresar una apreciación política. Le fastidiaba, nos dijo, el apego al orden constitucional de los chilenos. Le incomodaba que la izquierda chilena hubiera confiado tanto en su institucionalidad, en sus costumbres democráticas, en su tradición de respeto por los valores humanos y su apego a la Constitución. A ningún chileno de izquierda se le pasaba por la cabeza lo que vino después. Ningún chileno de izquierda imaginó a un Pinochet. Eso lo irritaba. La historia de Celia Nunes perdía claridad a raíz de las apreciaciones políticas de su marido. Qué izquierda podía ser esa, si confiaba tanto en la estabilidad, en el orden y en las leyes.

El restaurante era ideal para escuchar la historia de Celia Nunes, porque además de estar vacío, resultaba sosegado. Solamente escuchábamos la lengua del mar deslizarse sobre la orilla húmeda. Celia Nunes nos contó con la misma avidez con que movía sus ojos cómo terminó presa a raíz del golpe de Pinochet. Celia Nunes había sido detenida y la pasó mal, pero muy mal. No volvió a ver más a su esposo de aquellos años. A su hijo creo que sí, porque Celia Nunes y Beluce tenían dos hijos en Río, una hija ya grande,

pienso que ella era el producto de su primer matrimonio, y un muchacho, un chico, un garoto futbolero, hijo de los dos. Al marido no lo vio más. Es probable que lo hubieran matado.

Beluce fue la persona escogida por el partido para recogerla de la cárcel el día que la soltaron. Era brasileño como ella, conocía su idiosincrasia, y así fue: llegó hasta la puerta de la prisión y vio acercarse a una mujer vestida de harapos, demacrada, insegura. La anécdota principal de esta parte de la historia quería ser recalcada a toda costa por Celia Nunes. Beluce le había sugerido ir a una tienda a comprar ropa, porque así estaba impresentable, y ella le respondió balbuceante que no se sentía capaz de ingresar a una tienda y comprarse algo, menos ropa. Que no. Que no. Y que no nos había dicho el día anterior, cuando la collera de los peruanos la invitó a visitar el *mall* de Recife, el más grande de Brasil, uno nuevecito. Celia Nunes me dijo que ella no era capaz de entrar a un *mall*. Y ahora nos explicaba por qué Beluce la sentó en una banca de la esquina mientras él ingresaba solo a una tienda en Santiago para comprarle ropa. Desde ese día, Beluce es quien le compra la ropa y ella se siente incapaz, no sólo de entrar a una tienda, sino de comprarse un par de zapatos.

Cuando la vi al día siguiente en el comedor del desayuno del hotel, no estaba Beluce. La comida le había caído pésimo, estaba deshidratado en su dormitorio. Ella debía acompañarlo y no podía participar de ninguna de las sesiones académicas organizadas por CLACSO. Un día sin verla, pensé. Se la veía tan fuerte cumpliendo su inesperado papel de enfermera. Hacía dos días la había visto en ropa de baño, anoche la recordaba contándonos bajo las estrellas su vida en el Chile de Allende, y ahora, vestida de blanco y con cofia, estaba dispuesta a pasarse el día cuidando a su marido.

No recuerdo haberme despedido de Celia Nunes. Debió haber partido unos días antes, pero sí retengo, en cambio, el chongo que se armó los últimos días cuando la mayoría de los participantes tramitaba su salida del hotel. Mantuvimos, sin embargo, una in-

tensa comunicación por el correo electrónico. Me juraba que en junio pasarían por Lima en su viaje a México, y yo le rogaba que lo hiciera para alojarlos en casa. Nos comunicábamos todo. Era como si nos viéramos en el hall del hotel y saltáramos de nuestros asientos para correr a abrazarnos.

Cuando Beluce me escribió para contarme, en el mail más triste de mi vida, que Celia Nunes había fallecido, casi me ahogo. Un violentísimo aneurisma la había fulminado en plena sala de su casa delante de su hijo a la una de la tarde. Celia Nunes había muerto instantáneamente. Beluce estaba destrozado. Ella había muerto como lo hizo mi hijo Gabriel, tragedia que nunca se la conté, con una vena rota en la cabeza, dejando el caudal de su sangre en nuestras manos.

Dos escritores consagrados

Cuando me enteré de que había sido invitado con Carlos Calderón no lo podía creer. Carlos Calderón fue uno de mis amigos en la Facultad de Ciencias Sociales que más había influido en mí, pues se trataba, a su manera, de una amistad contranatura. Si en algún momento aprendí algo de marxismo, de las diferencias sociales, de las diferencias de clase, del rechazo social, del racismo, de la discriminación no aprendida de los libros, fue con Carlos Calderón Fajardo, tal como ha firmado sus novelas y libros de cuento. Después, tiempo después, me enteré de que el poeta Antonio Cisneros había sido quien nos recomendó a mí como poeta y a Carlos como narrador para este viaje a Alemania a principios de la década del noventa, en 1991.

Nos íbamos a Berlín y a Leipzig por quince días y la idea me pareció fabulosa y la oportunidad inmejorable para volver a unir una amistad que los dos, cada uno por su cuenta, había considerado que era muchísimo mejor separar, buscando una distancia, porque Carlos pensaba que yo tenía un relativo éxito literario en el gris medio limeño, cosa que en principio me alejaba de él, y yo también comprendía que no podía ser por más tiempo el *punching ball* que recibía todos los golpes, todas las pullas de una amistad que no tuvo nunca un punto de partida en común y, más bien, respondía a la lógica de los polos opuestos se atraen. No negaré que nuestra amistad tuvo una dosis masoquista. Por alguna

secreta razón, quizá por una culpabilidad cristiana, católica o protestante, yo merecía un escarmiento social, una especie de rapadura de pelo al estilo de las colaboradoras francesas o de las rojas españolas durante la Guerra Civil, cuando los nacionales ingresaron a Madrid rapando cuanta cabellera republicana de mujer encontraban a su paso. Yo, más bien, de manera inconsciente, le mostraba a Carlos las bondades de una familia estable, socialmente articulada a los sectores acomodados, feliz a su extraña manera, y le sacaba pica porque yo no tenía ningún complejo, carajo, era blanco, hasta pituco, picón, fosforito, y Carlos era una especie de moro, una llamarada incesante, ni negro ni cholo. Era alto, delgado, atractivo, interesante a decir de varias mujeres, que tuvo en lo racial el tema constante en la formación de su personalidad, en su estructura social y psicológica, que lo llegó a atormentar todos los días de su vida, hasta llegar a convertirse en una especie de paranoia cultural.

Cuando lo conocí, Carlos era mayor que yo por cinco años. Después, con el paso del tiempo, llegó a tener mi edad, pues ambos habíamos nacido en 1947. Siempre le di a entender que eso no valía, que era una raza y le recordaba que su personalidad, si bien tímida, era fuerte, sobre todo por aquella diferencia de cinco años y la influencia que por ello ejercía sobre mí. Si yo tenía veinte cuando lo conocí en el fundo Pando de la Universidad Católica, él tenía veinticinco. Ya había vivido en Europa. Conocía a Alida y a Julio Ramón Ribeyro y entre sus enamoradas se contaba a la hermana —casi francesa— de mi amiga Annie Ordóñez. Carlos había vivido en París, en Viena y en algunas ciudades de Alemania. Hablaba francés y alemán y había estado gravemente enfermo en algún sanatorio parecido al de Davoz Platz, donde Hans Castor vive sus experiencias en la trascendental novela de Thomas Mann. Carlos se encargaba de alimentar esa leyenda que lo cubría de un hálito de romanticismo literario, de errante vagabundo en tierras lejanas, que le hacía mirar a Lima con cierto des-

precio, porque, en el fondo, Carlos Calderón le devolvía, así, la discriminación que recibía de esta ciudad de densa neblina. Su aislamiento inicial, su timidez desbordante, sus ansias de marginalidad, eran una respuesta altanera al irracional racismo de las clases altas que estudiaban en la Facultad, aquellos que estudiaban junto a los provincianos de conducta natural y espontánea, de los cuales también Carlos sacaba su cuarta. Esos pobres, los verdaderos sectores populares que miraban con recelo a los nuevos líderes de la izquierda y que no se creían al pie de la letra sus consignas tan radicales.

Carlos Calderón fue un amigo marginal, es terrible decirlo. Yo había dejado de ver por aquellos años —no del todo, por cierto— a mis invalorable amigos de la Facultad de Letras, y con Carlos Calderón formaba parte de un grupo que reunía a personas de diversas procedencias y experiencias en las cantinas del centro de Lima. Muchos de ellos venían de la Facultad de Ciencias Sociales, pero lo que nos unía, en el fondo, era un profundo sentimiento marginal, tanto en relación con la nueva izquierda que se formaba en la Universidad Católica como con aquellos alumnos que veían en las ciencias sociales una actividad exclusivamente técnica, basada en la aplicación de las estadísticas. Al margen de aquel grupo, nuestra amistad fue básicamente personal, tanto que lo que más recuerdo no son las noches de alcohol y conversación literaria entre Carlos y amigos como Ivo Pérez Barreto, Pepe Lucho González, César Zamalloa y Giovanni Mitrovic, sino nuestros paseos casi diarios entre la universidad y mi casa. Eso significaba un recorrido que empezaba por la Bolívar en Pueblo Libre, la Arenales, el parque Castilla en Lince, hasta llegar a la casa de mis padres en la avenida Dos de Mayo. Largos paseos literarios, donde Carlos y yo fantaseábamos con el éxito y con una vida plagada de libros, conferencias, discusiones culturales, porque Carlos, a diferencia de los amigos de aquel grupo, no creía tanto en el ardor juvenil de la literatura, no tenía una visión romántica de ella, des-

confiaba del vitalismo de Ivo, por ejemplo, y prefería cultivar la idea del escritor formado, trabajador, culto, interesado en el oficio. Carlos, como yo, quería ser escritor, pero estudiaba, como yo, Sociología.

El viaje a Alemania era, en cierto sentido, la concreción de esa fantasía. Íbamos, nada menos, en nuestra codiciada condición de poeta y narrador. Eramos escritores invitados. Nuestra amistad, debo recordarlo, había empezado a dejar de cultivarse cuando me marché a Francia en agosto de 1972. Durante cuatro años —de 1968 a 1971— conversamos, caminamos, nos emborrachamos, discutimos a gritos o en voz baja como buenos camaradas. Él siempre ejercía su papel de profesor y yo el de un joven sensible que podía seguirlo con interés. Le fascinaba buscar contradicciones en mi armazón social. Mis poemas no eran marxistas, por ejemplo, porque no expresaban la lucha de clases. En el fondo, yo no era un destetado y San Isidro era todavía mi refugio. Era un mequetrefe, y cuando salíamos a caminar por lugares sórdidos de Lima, me preguntaba, excitado, si sería capaz de vivir en aquel edificio, por ejemplo, señalando sarcásticamente un horrible lupanar. Después él se fue a Francia, justo cuando yo regresaba al Perú y estuvo allí por unos tres años, entre París y Bruselas. Por fin regresó, pero yo ya trabajaba, estaba casado, vivía otras cosas y dejaba de vivir muchas, por cierto. No nos veíamos, y yo no estaba dispuesto a soportar sus ataques o sus temas recurrentes acerca de su choledad, sin serlo, porque moro, según él, era una forma delicada de decirle cholo, a pesar de sus grandes bigotes estilo Omar Sharif; su tamaño, su delgadez, su andar un poco inclinado, su pelo cada vez más escaso, pegado a la sien. Carlos Calderón vivía, sin poder superarlo, aquello que se puede llamar el complejo de inferioridad, porque los blancos no lo aceptaban cien por ciento como amigo, las mujeres blancas no lo aceptarían como pretendiente, y Carlos sufría, se desgarraba, se sentía humillado. El viaje a Alemania era, entonces, la gran oportunidad del reencuentro de

una amistad que he considerado siempre importante para mí, válida, transparente, pero que debía terminar por el bien de los dos. Fue casi como un matrimonio de lo pegajosa que era, de los roces, de la necesidad mutua de acompañarnos en una Facultad en la que nos sentíamos marginales, entre otras razones porque nuestra verdadera vocación no era la sociología sino la literatura.

Recuerdo que llegamos a un hotel ubicado en lo que había sido el Berlín Oriental, sobre la famosa avenida Unter den Linden, cerca de la Puerta de Brandemburgo. Cada uno tenía su propio cuarto, de modo que Carlos y yo gozábamos de plena libertad en nuestra respectiva intimidad. Después de unas horas de habernos acomodado, llegó Aimeé Torre Brons, nuestra anfitriona en Berlín. Ella se encargaría de nosotros dos, tanto de los asuntos domésticos como de pasearnos, entretenernos, enseñarnos la ciudad. Sin darme mucha cuenta, Carlos fue evidenciando su creciente paranoia, y nos daba a entender que su vida corría peligro ante inminentes ataques de los cabezas rapadas y, entre broma y broma, se refería a un bate de béisbol utilizado como arma letal que podía surgir desde el fondo de un callejón, en plena calle, en la noche, como si fuese un relámpago, y dejarlo tirado en la acera con la cabeza destrozada. Aimeé le decía que no, que exageraba, que si bien había muestras crecientes de un racismo más desembozado, no le iba a pasar nada. Carlos llegó a afeitarse su bigote para que no lo confundieran con un turco. Era verdad: Carlos no era cholo, su parecido era con los árabes, pues además de su bigote negro (de haberlo conservado) llevaba un cabello negro, ensortijado e intenso y sus ojos eran como dos boliches que miraban hasta el fondo.

Carlos me contó que su padre había sido estudiante de Medicina en Alemania y yo le comenté que mi tío Walter también había estudiado Medicina en Alemania, pero no en Berlín, como había sucedido con su padre, sino en una pequeña ciudad. Incluso llegamos a ir a la Universidad Von Humboldt, donde su padre había estudiado, y mientras revisábamos algunas revistas en la en-

trada del local, me contaba que su padre tuvo que regresar al Perú al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, y que al volver empezó un largo y agotador periplo por los Andes al estilo de un médico rural. Yo veía un parecido cultural entre su padre y el escritor José María Arguedas, cuyo padre fue un abogado provinciano, ausente por mucho tiempo de la crianza de su hijo, que viajaba en mula por los pequeños pueblos de la sierra sur. Los dos eran profesionales que tenían que foguearse en lugares inhóspitos. Este médico —blanco, alto e incluso rubio, según la descripción de Carlos— que estuvo obligado a salir a la fuerza de Alemania (de no hacerlo hubiera tenido que desempeñarse como médico de guerra), educado bajo los moldes de una disciplina rígida, se veía, de pronto, en un medio de supersticiones, donde debía sobrevivir. Su padre se casó con una mujer de Ayacucho que, según me contaba Carlos, era una india de trenza. De esta unión, aparentemente dispar, nacieron dos hijos: Carlos y un hermano menor. Carlos, el moro, y su hermano rubio, militante del PPC, un chico que buscaba un lugar en esta sociedad de castas, mientras Carlos, fiel lector de Kafka, de color confuso, ni indio ni cholo, se sentía Arguedas, un extranjero en su propia tierra.

En Berlín fue cuando Carlos me contó todas estas historias familiares que nunca antes las había mencionado, ni siquiera en nuestras extensas caminatas desde la universidad a mi casa paterna. Allí fue cuando entendí, también, por qué ahora tenía mi edad, cuando siempre me había llevado cinco años, porque tanto él como Ivo, por ejemplo, habían nacido en 1942. Me contó, entonces, una historia kafkiana, como si hubiese sido escrita por el fabulador de Praga. Cuando fue inscrito en los registros públicos, lo hicieron como Carlos Calderón en lugar de Salazar Calderón. Si mal no recuerdo, me explicó que Salazar se redujo a una S. como si fuese la inicial de su segundo nombre. Lo cierto es que Carlos tuvo que modificar todos sus papeles, incluso las calificaciones de la universidad, porque las notas no correspondían —nada, en

realidad, correspondía— a Carlos Calderón sino a Carlos Salazar a secas o a Carlos Salazar Calderón y Fajardo, porque literariamente es siempre Carlos Calderón Fajardo y para los amigos siempre será Carlos Calderón. Deduzco que esta modificación de nombre implicaba también un cambio de edad.

En el viaje, Carlos empezó a experimentar una atracción hacia la cultura germana mientras me contaba la vida de su padre como estudiante de Medicina. Empezó a gustarle su orden, su disciplina, como antes su música y su literatura. Despotricaba contra el costumbrismo de la narrativa peruana y se burlaba de estos esforzados escritores regionales, ubicándolos en una especie de localización territorial, étnica o cultural. A Gregorio Martínez le correspondía el universo negro, localizado en la costa sur, en Cuyungo y Acarí. A Isaac Goldemberg le correspondía el mundo judío, provinciano y limeño. A Alfredo Bryce la alta burguesía, San Isidro, la calle Marconi, a Julio Ramón Ribeyro la clase media, y así, a Mario Vargas Llosa Miraflores, mientras los grandes temas, las grandes interrogantes, las novelas de fondo —Mann, Grass— estaban ausentes. Qué le correspondería a él o a mí... a mí no tanto, porque Carlos me veía como poeta romántico y decadentón y nunca me aceptó en el gremio de los novelistas (yo era un intruso, más bien, carecía de un manejo original del lenguaje, vamos, seamos francos, no tenía un lenguaje, y un novelista es su lenguaje: es el mundo inventado de Kafka, de Joyce, de Rulfo, del propio Bryce, si quieres, mediante la creación de un lenguaje, y el mío era técnico, neutro, profesional, nulo, seco, sin gracia, utilitario). Su lugar, de existir, sería a través de obras de envergadura, ambiciosas, intelectuales. Desde la Universidad Von Humboldt miraba despectivamente el universo criollo, costumbrista, regional de nuestros esforzados literatos. Y de paso miraba con desprecio a Ivo y sus afanes vitalistas u optimistas de la vida y la literatura, y de paso a mí, a quien criticaba su candor sentimental inocuo y tonto, un poeta sin arrastre cultural, sin lecturas, una especie menor de aquel

tronco conformado por Juan Gonzalo Rose y César Calvo, sostenido en mis propias vivencias. Sí: un poeta sin estirpe ni formación.

Además de Aimeé Torre Brons, estaba para atendernos en todo lo que necesitáramos Enrique Martínez, un mexicano de unos treinta y cinco años, casado con alemana y que había vivido en Berlín Oriental. Era simpático e interesado en la literatura. Pero esas dos cualidades no podían competir con la gracia y belleza de Aimeé, hija de padre peruano y madre alemana. El padre de Aimeé era un reconocido intelectual comunista que radicaba ahora en Lima, pero que vivió, cuando estuvieron casados, en Berlín Oriental. Debido a que su padre era peruano, Aimeé pudo, desde niña, visitar Berlín Occidental, pero su corazón y su residencia, hasta ahora, estaban en Berlín Oriental, nada menos que en una calle que llevaba como nombre Karl Marx. Yo imaginaba todo el tiempo el famoso muro cuando íbamos por esa zona baldía. Aimeé nos señalaba su recorrido e incluso fuimos a un museo de sitio que daba cuenta de todos los intentos por escapar, y ella reía al contemplar los globos que utilizaban como medios de travesía, por ejemplo, porque si bien era alemana y peruana, su amor por su padre pasaba por las convicciones de lo que fue y ya no era más la República Democrática Alemana. Tenía esa sonrisa sincera e ingenua. Jamás podría olvidar el Perú, pero su ciudad, su sitio, su lugar, era Berlín, ahora a secas, felizmente. Había una estación de metro que en los tiempos del muro tuvo a unos guardias apostados con metralleta porque los vagones atravesaban, por un instante, como si fuese un recodo, Berlín Oriental, una cosa de nada, pero el tiempo suficiente para que los pasajeros vieran a los soldados en uno de los rincones de la estación vacía (allí no se detenía el vagón) apuntándolos por si acaso. Cada vez que nosotros pasábamos por allí los imaginaba con sus cascos y sus uniformes impecables.

El último domingo de nuestro viaje, Carlos, como nunca, me dijo que fuera a pasear con Enrique porque él se iría con Aimeé.

Raro, muy raro: Carlos seductor, Carlos atacando a las finales, la insospechada arremetida del árabe... No, qué va. Carlos había concertado una cita con Carlos Rincón, un reconocido profesor colombiano de la Universidad Libre de Berlín que tenía la capacidad suficiente de ofrecer becas cortas, y Carlos ansiaba una, claro que sí, Carlos también tenía expectativas, deseos, quería aprovechar el momento y la oportunidad, quería vivir unos meses en Berlín, ahorrar un poco, porque su sueldo de profesor en la Universidad Nacional de Ingeniería era bajo y anhelaba respirar el aire intelectual que su padre, hacía cincuenta años, había hecho suyo cuando era un aplicado alumno de Medicina en la Universidad Von Humboldt. Me pareció normal, aunque creía que era otra de las aventuras imaginarias de Carlos, la timidez personificada, la inseguridad total, la incapacidad de vivir en la realidad cotidiana sin la ayuda de alguien. Carlos tramando una reunión con el profesor Rincón y anhelando una de esas becas. Bueno, el plan estaba armado y no había otra cosa que seguir sus decisiones; además, era el último domingo en Alemania, porque el lunes, al mediodía, debíamos estar en el aeropuerto para tomar el avión que nos llevaría de retorno a Lima.

No hay mal que por bien no venga, me dije, y le propuse a Enrique Martínez un paseo por el estadio y la piscina olímpica de Berlín, los famosos escenarios de la olimpiada nazi de 1936. Estaba interesado en escribir una novela que diera cuenta de la trayectoria deportiva de Walter Ledgard y de su frustrada actuación en dicha olimpiada. Era el momento de respirar esos aires, visitar lugares en los que hacía cincuenta años tuvieron a Walter Ledgard como un esforzado deportista obligado a retirarse con toda la delegación debido a aquel famoso escándalo que es motivo de otra historia. Entonces nos fuimos, Enrique desconcertado inicialmente porque no entendía la relación entre esos ambientes deportivos y la literatura, pero interesado porque nunca antes había estado allí y ésta era una oportunidad maravillosa, sobre todo si hacía sol,

y sí hacía sol, y Berlín con sol ve iluminados sus parques y sus lagos y sus amplias avenidas.

Lo curioso fue que no nos dejaron entrar a la piscina donde sesenta y seis años antes no permitieron que Walter Ledgard compitiera en las semifinales de los 400 metros estilo libre. A él no lo dejaron porque la delegación peruana se había retirado, y él, por lo tanto, debía retirarse también. Rayos, maldecía, el hecho de que no tenga ropa de baño no es razón suficiente para que no nos deje entrar esa señora gorda y probablemente nazi en su primera juventud. Enrique Martínez le explicaba, en correcto alemán, que yo había venido desde el Perú para conocer la piscina (la señora nos creía locos) y que solamente quería verla, no bañarme, y la señora dale que te dale, que si no tenía ropa de baño no nos dejaría ingresar. Walter Ledgard vio con los ojos lagrimosos cómo descendía la bandera peruana del estrado oficial en aquella Olimpiada de 1936, cómo la delegación se retiraba indignada de los Juegos y cómo él no podría competir contra Jack Medica. Y yo tampoco pude hacerlo. Maldita vieja. Vieja maniática, obsesa en cumplir un reglamento absurdo, porque si bien no me podía bañar, estaba decidido a pagar mi entrada, y el doble de su valor incluso. Desilusionados, nos fuimos a recorrer el estadio, y luego, después de dar una enorme vuelta por los campos adyacentes, subimos a la torre desde la que se divisaba a la distancia la piscina olímpica donde Walter Ledgard clasificó a las semifinales de los 400 metros estilo libre, pero que no pudo nadarlos ni saber cuán bueno era ese tal Medica o cuán bueno era él o si lo hubiera ganado y quedó, así, rumiando esa frustración hasta el último de sus días.

El paseo fue muy agradable y me permitió conocer la generosidad y disponibilidad de Enrique Martínez, el mexicano de Sinaloa que, desprendido, nos ofrecía en su casa una pequeña cena de despedida a Carlos y a mí y había invitado para la ocasión a Aimeé y a Hernán Aguilar, un amigo de la Facultad de Ciencias Sociales

que enseñaba quechua en una universidad de Berlín. Un poco como haciendo tiempo, fuimos regresando lentamente, caminando de a pocos, deteniéndonos a contemplar un hecho interesante o una súbita belleza de la naturaleza, porque Berlín, siendo la gran ciudad, tiene como incorporado un conjunto de parques y lagos que brindan la sensación siempre viva de merodear por el campo en una especie de aire natural. Nos detuvimos a beber y a comprar cerveza y después de tomar un metro y luego un ómnibus, llegamos a los territorios oscuros y lúgubres del antiguo Berlín Oriental. La esposa de Enrique se había quedado en casa preparando la cena. La ayudamos, pusimos la mesa, colocamos las cervezas en la nevera y nos dispusimos a esperar a los tres invitados. Llegaron a eso de las siete de la noche. Nos instalamos en la sala mientras la esposa de Enrique daba los últimos toques a su cena. Casi a la hora, digamos en pleno momento de los aperitivos y las cervezas, Carlos dijo que debíamos retirarnos al hotel; era de noche, mañana partíamos a Lima, lo prudente era descansar.

El día debió haber sido duro con Carlos Rincón, pensé, cuánto habrá tardado en convencerlo para que le diera la beca, cómo habrá sido. Carlos contaba poco, no contaba nada, esas cosas no se hablan, se hacen solapas. Aimeé me daba a entender que ella no estuvo en la conversación, ella los esperó en un parque (tiempo que aprovechó para tirarse una siesta), pues la noche anterior estuvo paseando conmigo por la ciudad hasta las cuatro de la mañana, fuimos a un restaurante chileno o donde vendían empanadas chilenas, vamos, vimos una película terrible sobre la vida y obra de William Burroughs, por eso ella estaba muerta de cansancio y se tiró su siesta en uno de esos parques maravillosos de Berlín un domingo de sol, mientras Carlos y el profesor Rincón ultimaban los detalles formales de la presentación de la beca, cosa que hizo y obtuvo, felicitaciones, aleluya, gran cosa, pero ahora me parece, huevón, pucha que yo estaba molesto con mi gran amigo, con mi amigo que, además de tímido y de conflictivo, era

egoísta, porque le venía la paranoia de los cabezas rapadas persiguiéndolo con un bate de béisbol y ya era noche cerrada, hora de partir, sin duda, y yo entonces le dije: “Mira, Carlos, esta mujer se ha quedado toda la tarde en casa cocinando para nosotros y tú ya consideras que te debes ir, si quieres lárgate, pero hazlo solo”. Enrique, educado como siempre, lo acompañó a pie hasta la estación del metro, esperó a que el vagón llegara y le dio toda clase de recomendaciones, que se dirigiera inmediatamente al hotel, sin mirar de frente, caminando con la cabeza gacha, a paso seguro, con las manos en el bolsillo. Si hubiera tenido a la mano un sombrero de aquellos que usaban los espías, se lo prestaba; si hubiera tenido una gabardina de las de antes, también se la prestaba, era domingo, domingo de noche, las calles estaban vacías y los fantasmas de Berlín salían de sus cuevas.

Nosotros nos quedamos a dormir en casa de Enrique Martínez, lo hicimos en el suelo, desparramados en los sofás, y bien de mañana, nos fuimos apurados al hotel a recoger mis cosas, a encontrarnos con un Carlos bañado, descansado y listo para viajar a Lima. El viaje de los dos escritores consagrados había sido bastante austero, digamos, porque teníamos pocas maletas y lo que había adentro había sido comprado en aquellos inmensos y populosos almacenes para turcos, todo barato, toda la ropa manoseada en la calle, lista para ser revuelta. No teníamos las bacanerías de los escritores famosos o consagrados. Ni siquiera los aires o el consumo de los escritores mexicanos, porque Aimeé, sí, fue Aimeé, nos contó que los escritores mexicanos habían sido muy generosos con las chicas encargadas de atenderlos, las invitaban a cenar y las llevaban al cine, al teatro e incluso a la ópera. En nada nos parecimos ni remotamente a los novelistas del *boom*, ni siquiera llegamos a imitar a los escritores del miniboom o del posboom o a los escritores mexicanos que nos habían precedido y, seguramente, a los de la delegación chilena que fue algunos años después, tal como me contó mi amigo Carlos Franz. Fuimos tan solo dos escritores

calcados del modelo de Carlos Calderón Fajardo: Franz Kafka, el eterno enamorado de Milena Jesenska, el hijo aterrado de la figura del padre, el judío tuberculoso, el escritor que trabajó en una oficina como un gran burócrata durante numerosísimos años, pobre, desconocido, no reconocido, menoscabado, tímido, resguardado en la escritura. Nunca invitamos a cenar a Aimeé. En Leipzig, ciudad a la que también fuimos a dar unas lecturas, no le invitamos nada a la pobre Aimeé de Leipzig, una alemancita que, cuando la vimos, nos pareció que emergía de un escaparate de los años cincuenta, una alemancita detenida en el tiempo con su sastrecito, y los dos, sí, los dos, Carlos y yo, le invitamos solamente una salchicha de mierda, de pie, en una esquina ventosa como haciendo tiempo para que la hora de la merienda pasara rápido, porque la Aimeé de Leipzig solamente comía esas salchichas de mierda e imaginaba, supongo, que estos dos grandes escritores latinoamericanos, cosmopolitas y duchos, le invitarían algo en un restaurante decente, sobre todo después de habernos contado sus penurias y sus expectativas en la Alemania reunificada. Pero no. El viaje era una excelente ocasión para ahorrarnos unos cuantos marcos y cambiarlos por dólares en el aeropuerto de Frankfurt y llegar a Lima y sentir que la literatura nos había dado unos morlacos de regalías, unos derechos, unos cobres por haber leído nuestras obras, qué sería, no lo sé, pero vi a Carlos sonriente en la puerta del hotel listo a que Aimeé y Enrique nos llevaran al aeropuerto cumpliendo su papel de chaperones, o lo que haya sido esa chamba, mi pata de Sinaloa, mi cuate de un domingo visitando piscinas y estadios nazis bajo el generoso sol de la despedida.

Una vez en Lima cada cual se fue para su lado, a su universo, a su diabólica rutina. El sueño de los escritores había llegado a su fin, Carlos a sus tareas en la UNI y yo a las mías en la ONG. Pero antes de despedirnos, Carlos sugirió que invitáramos uno de esos días a Antonio Cisneros para agradecerle la gentileza de haber proporcionado nuestros nombres como candidatos de poeta y

narrador en aquel viaje a Alemania. Carlos tenía bajo la manga su futura beca, gracias a las gestiones de Carlos Rincón, pero en aquel momento no me lo decía ni yo lo sabía. Con Antonio Cisneros quedamos en encontrarnos en un bar mirafloresino de entrecasa, el Colinita, una cantina de barrio, casi familiar, donde Cisneros se sentía cómodo. Tomamos y tomamos litros de cerveza, como si Carlos y yo retrocediéramos a los tiempos previos de mi viaje a Francia, a los años setenta, a los bares del Centro, al Palermo, al Chino Chino, al Zela, a La Llegada. Yo sabía que Carlos era un mal bebedor porque toda su timidez desaparecía con los tragos y al ritmo del movimiento de una de sus piernas (de nervios, supongo) y de sus idas y venidas al baño (una cistitis aguda, imagino). Carlos asumía cada vez más la confianza necesaria e ingresaba al terreno de la literatura, lo que más le gustaba. Antonio Cisneros estaba en otra. Llana y sencillamente no conversaba nunca de literatura, y menos de la de otros, y menos aun en un bar. Yo descubrí que debido a un descuido había olvidado la llave de mi casa y que tendría problemas para entrar. Les dije que tendría que irme dentro de un rato porque, empecé a explicarles, despertaría a Marcia, la incomodaría, debía partir. Sin querer, le devolvía a Carlos su intempestiva partida de la casa de Enrique Martínez, y aunque yo consideraba que se trataba de otra cosa, que no había comparación posible, que lo mío era un asunto menor, Carlos aprovechó para atacarme como en los viejos tiempos: burguesito, me dijo, sanisidrino, poeta formal y otras cosas más, que yo tomaba a la ligera y no, confundido porque me fastidiaba llegar tarde y despertar a todo el mundo en mi casa.

Sin saber cómo, entre los dos lograron convencerme de que fuéramos un rato al departamento de Antonio Cisneros, en la calle Roma, en Miraflores, a algunas cuadras del Colinita. Lo hicimos en mi auto. Una vez instalados en la sala de la casa, Carlos empezó a cabecear. Logró quedarse dormido y nosotros dos nos pusimos a conversar. Nunca sabré a ciencia cierta si Carlos se hacía el dor-

mido o verdaderamente estaba dormido. Era una vieja treta en las cantinas de Lima hacerse el dormido para escuchar alguna confidencia entre los borrachos (actitud innecesaria, creo, porque a esas horas de la noche todo el mundo está dispuesto a contar lo que fuese). En fin, Carlos dormía mientras nosotros conversábamos, hasta que, de pronto, nos interrumpió, estaba molesto, levantó la voz, me atacó otra vez, se puso insolente. En ese momento consideré oportuno salir de la casa del poeta Cisneros y asumir la desagradable escena de tener que despertar a Marcia y hacerla salir hasta la puerta de la casa para abrirme. Bajamos la complicada escalera del departamento y ya en la calle la discusión se volvió áspera. En eso, insólitamente, le di un buen empujón a Carlos y éste rodó por el suelo. Lo vi frágil, vulnerable, abandonado a su suerte en una posición humanamente indigna. Recuerdo que grité: “Para qué te caes, pues”, como buscando una explicación, una excusa. Antes de que se levantara y empezara a alejarse indignado, tal como lo hizo, pensé con profundo malestar que lo que había temido tanto que le sucediera en nuestro viaje a Berlín, se lo había hecho yo. No hubo bate de béisbol, no hubo una agresión masiva e intimidadora, solamente un empujón, un empujón que le sacudió el pecho y le arrebató el equilibrio.

Desde aquel día no lo he vuelto a ver. Me llamó por teléfono para darme sus condolencias por la muerte de mi hijo Gabriel, eso es cierto. Cada vez que veo al joven escritor Iván Thays, un novelista muchísimo más joven que yo, le pregunto por Carlos, porque sé que se veían mucho y conversaban constantemente de literatura entre ellos y con Ricardo Sumalavia. La última vez que me lo encontré en un evento literario en la Universidad de Lima, me dijo que Carlos Calderón Fajardo, el escritor, estaba muy enfermo, gravemente enfermo, terriblemente enfermo, que no se dejaba ver, que no salía de su casa, estaba jubilado de la universidad y hacía ya tiempo que él mismo no lo veía. No sé cómo verlo, cómo hablarle, qué decirle, cómo saludarlo. Me parece increíble que sea

tan poco agradecido con mi amigo Carlos. A veces me siento como una isla, rodeado de muchísima agua, tanta como aquella que pasa bajo los puentes.

Gente de nieve

No debo decir que mi viaje a Quebec fue un desplazamiento al ánimo religioso. Digo esto porque durante las tres semanas que estuve en el territorio francés de Canadá no hice otra cosa que frecuentar a personas que trabajaban en asuntos de bienestar social, como, por ejemplo, atender a hambrientos que frecuentaban los comedores populares, a viejos arrinconados en asilos, a jóvenes con desajustes familiares, a grupos de madres. Apenas llegaba a una de las ciudades que me tocaba visitar, el automóvil buscaba, como por arte de magia, una iglesia. No conocí otro tipo de edificación, y así como los noctámbulos están convencidos de que la noche es la única realidad existente, yo podría considerarme una persona diurna, en contacto con gente que vivía para hacer el bien, más allá de que logaran o no ese difícil propósito.

Mi primer contacto fue Michel la Croix, un cura casi de mi edad, un poco mayor, pues yo debía andar por los cuarenta y cinco años y él, quizá, llegaba a los cincuenta. Nos encontramos en la sede de Desarrollo y Paz, institución amiga de Desco que vive de las limosnas que recolecta durante la misa. Con ese dinero financia programas de desarrollo urbano, rural y educativos en el Tercer Mundo. Michel la Croix era tanto un cura como un campesino de rostro bretón: colorado y de pelo cano, no muy alto, fornido, me dio la bienvenida en el francés de Quebec, es decir, un francés para el que yo necesitaba un traductor a gritos. Mi francés es malo,

muy malo, casi como mi inglés, idioma que si bien aprendí en la escuela, debo confesar que nunca fui un alumno dotado para las lenguas. Mi francés lo aprendí en las calles parisinas, leyendo el diario *Le Monde*, escuchando la radio y yendo al cinema.

Estuve muy poco tiempo en la sede de Desarrollo y Paz, en Montreal, pues, por razones que ahora no importa explicar, llegué tarde, tan tarde, que no había persona alguna esperándome en el aeropuerto. Así, solo, desconcertado y cansado, tomé un taxi de noche hacia algún hotel barato ubicado en el centro de la ciudad. Todo el espacio visual estaba cubierto de nieve y el frío era atroz; no importaba que estuviésemos en marzo, pues jamás llegamos a estar encima de los 10 grados bajo cero. Debido a mi demora, me dieron las indicaciones de mi viaje rápido, no había tiempo que perder: yo estaría una semana con Michel la Croix en Hull, después otra semana en Chicoutimi y, por último, arriba, a la otra orilla del río Saint Laurence, me recibirían en un territorio más frío, más amplio y con mucha más nieve. El propósito de mi viaje era documentar a los feligreses y a los voluntarios canadienses acerca de los proyectos que Desarrollo y Paz financiaba en el Perú. Para ello hablé en todos los lugares inimaginables: parroquias, púlpitos, asilos, conventos, además de presentarme en la radio.

Michel la Croix vivía en una casa de uno de los suburbios de Hull, rodeado de nieve, pues solamente se veía nieve, inmensos campos de nieve. Su casa formaba parte de un conjunto de viviendas modestas pero limpiísimas, las paredes interiores no tenían una sola mancha y la soledad del silencio correspondía a la soledad de un cura de provincia. Durante la semana que estuve bajo su cargo tuvimos largas discusiones, sobre todo sociales y políticas, porque él no podía soportar que un país como el Perú, tan pobre, no entendiera la rebelión armada de Sendero Luminoso. Del levantamiento de Sendero Luminoso hacía ya más de doce años y yo recuerdo todavía los argumentos que esgrimía cada vez que tocábamos los temas de la pobreza, de las desigualdades, incluso de los

intelectuales, pues si yo hablaba francés debía ser un privilegiado en mi país. Yo le decía: el Perú no puede darse el lujo de desangrarse en una guerra interna, porque va a significar un retroceso en nuestro desarrollo. Enumeraba las pérdidas, los puentes destruidos, los destrozos en las ciudades, en las comunidades, en las barriadas.

Mi relación con la religión tiene como transfondo un gran y terrible sentimiento de culpa. Sé que las personas, a veces, nos vemos confrontados a hacer cosas terribles. Cosas que nos perseguirán todos los días de nuestra vida. Esas decisiones terribles requieren valentía. La valentía consiste en optar por algo que sabemos nos va a desestabilizar emocionalmente y nos hará perder aquello que con tanto esfuerzo construimos o logramos conservar. Es, lo sé, estar dispuesto a perderlo todo. Y esas cosas terribles que nos vemos confrontados a hacer (no encuentro una palabra mejor) significan que nunca más tendremos paz, que aquello hurgará nuestra conciencia con su culpa y vivirá introducido como un insecto sin luz. Durante las tres semanas que estuve en Quebec iba a las iglesias y a las parroquias y a los asilos y a los conventos con unas ganas inmensas de lavar mi culpa, mi hecho terrible, mi horripilante valentía.

Michel la Croix ignoraba estos sentimientos míos pues me hacía un sociólogo, un político, una persona comprometida con su país al trabajar en una ONG, y quienes trabajan en una ONG viven desinteresadamente para los otros, para los demás, sean campesinos, pobladores, jóvenes, locos, pobres, enfermos, y no para uno mismo, como si yo fuera cura, y no lo era, no lo soy, soy laico, caray, no me gustan las incursiones de la Iglesia en el universo de las costumbres sociales, pero sí tengo una fascinación por aquel silencio ritual de sus paredes, por el aislamiento, por la vida diurna, aquellas misas a las seis de la mañana, como aquella a la que asistimos en un convento alemán Luis Peirano y yo. Solamente éramos tres en aquella pequeña capilla, y sentí esa emoción de

iniciar el día pensando que la vida no es solamente ésta, sino la que imaginamos, la que soñamos y la que recreamos con rezos que son monólogos, diálogos con uno mismo, conversaciones con la memoria.

Michel la Croix me documentó muchísimo acerca de la historia de Quebec. Con su cara bretona, coloradísima, me enseñaba un billete y señalaba el rostro de la reina Isabel de Inglaterra que estaba impreso en él. ¡Qué tengo yo que ver con esa reina!, levantaba la voz indignado. Nada, absolutamente nada. Mis ancestros son franceses, soy un canadiense francés, de origen francés, y nada, pero absolutamente nada me une a esta reina. Yo me reía pensando en los problemas culturales de mi propio país, pero como el Perú es un país ambiguo, gris, dicen que mestizo, no existe esa polarización tan radical. Canadá no es solamente uno de los tres países en el mundo en recibir el mayor número de inmigrantes, sino que se divide en canadienses ingleses, canadienses franceses e indios. En Canadá no hay mixturas, términos medios; sin embargo, cada vez que se realizan referendums para ver si Quebec se separa del Canadá anglosajón, con el fin de constituirse en un estado propio, los electores descartan esa opción.

Históricamente, me explicaba Michel, había que defender la lengua francesa y la religión católica, los dos soportes de la identidad de Quebec, negociada con astucia por los religiosos en el siglo XIX. Michel la Croix me decía que la existencia de Quebec se debía a las órdenes religiosas católicas. Cuando Francia decide abandonar el Quebec y no hacerle resistencia a la poderosa fuerza británica, puesto que las mejores riquezas se encontraban en el Caribe, como el azúcar, por ejemplo, estos religiosos se vieron en la obligación de negociar con los ingleses la permanencia de Quebec. La condición fue la de integrarse a una nación mayor y a un futuro estado mayor a cambio de que los dejaran ser católicos y hablar en francés. No debemos olvidar que la franja francesa descendía de Quebec hacia el sur, Vermont, Iowa, Nueva Orleans,

que habían sido compradas o apropiadas por los ingleses en su expansión más allá del río Mississippi.

Hull y Ottawa (hay que pronunciarla Óttawa, pues es una palabra india) son prácticamente una sola ciudad, pero la primera es francesa y la segunda inglesa. Por nada del mundo pude convencer a Michel de que cruzáramos aquella frontera inexistente y fuéramos a visitar el Parlamento. Imposible. Los únicos lugares a los que Michel la Croix me llevó fue a las parroquias, a los grupos de jóvenes, a un restaurante de menesterosos y a un asilo. No siempre iba con él. Al asilo, por ejemplo, fui con una mujer generosa, inteligente. Una muchacha, claro que sí, casada, según me confesó, con un alcohólico y su vida era un infierno. No lo podía creer. Recuerdo sus ojos verdes y su cabellera revuelta, intensa, sufrida, pero sin hacerlo notar. Ella fue quien me dijo en plena conferencia en el asilo de Hull que mejor nos levantáramos, porque el auditorio, sin excepción, estaba dormido. No era mi culpa ni era culpa de mi francés (aunque en gran parte sí lo era), sino de la avanzada edad del auditorio: la calefacción, el horror de la nieve, el frío que imaginaban fuera, la cantidad de años que algunos podrían llevar encerrados en aquellas paredes: unos veinte o hasta treinta años, porque los viejos a esa edad y en esas condiciones vivían en perpetua agonía, mas no la muerte.

Michel y yo nos hicimos buenos amigos. Después de cada una de estas agotadoras jornadas (yo llegaba a hablar dos o tres veces al día) no siempre en Hull, con frecuencia salíamos y dormíamos en las parroquias aledañas, discutíamos de todo. Le gustaba la música clásica. Llevaba la vida ordenada de los curas y hasta hoy nos mandamos saludos a través de Carlomagno Ouellet, amigo que trabaja en Desarrollo y Paz y frecuenta el Perú. La última vez que lo vi me dijo que Michel se había jubilado. Jubilado, pensé para mis adentros, un cura jubilado, imposible, si Michel vivía para los otros, nunca pensaba en sí mismo y, a pesar de esa actitud, imagino en él una vida interior aturdida, intensa, campesina, rotunda,

porque se parecía a un hombre del pueblo de la Bretaña, esa zona lluviosa del norte de Francia, de gran corazón y excelente música folclórica.

En avión me fui hasta Chicoutimi. Chicoutimi ya son palabras mayores, una buena entrada al territorio de la nieve. Mi memoria no la recuerda mucho como ciudad y sí retiene algunos momentos dispersos, que me dan la sensación de ser una ciudadela atravesada por un río que desciende, un río cuyas aguas van deshielándose en tanto descienden, donde antaño los primeros hombres blancos negociaban con los indios pieles que los protegieran del frío. En Chicoutimi me atendió una familia compuesta por la madre y su hijo. El hijo era buenísima gente, no recuerdo su nombre, pero era bajito, delgado y un fumador empedernido. No era cura, pero lo parecía. Soltero, sencillo, vivía en una extraña paz, una paz parecida a la atmósfera que allí se respiraba: la de una ciudad sepultada por la nieve, donde la gente no se estorbaba nunca, pues nunca tropezaba y para encontrarse debían hacer un gran esfuerzo. Su madre me entregó una casaca de aviador marrón y raída para uno de mis hijos, pero a ninguno de los dos le quedó bien. Su marido debió haber sido casi un enano, la casaca era infantil, pero la señora se desprendía no de un trofeo, pero sí de un recuerdo muy querido. Tanto la madre como el hijo se desprendían de todo, vivían con la idea obsesiva de hacer el bien, de entregarse. Para ellos, el Perú quedaba lejos, pero Desarrollo y Paz quedaba cerca. Eran voluntarios, y sus mejores energías las gastaban en la tarea de entregarse al prójimo. Con el hijo fui a dar una charla en la universidad, luego fui a Alma, uno de los pueblos más desolados que jamás haya visitado; era una pequeña ciudad que daba frente a un lago congelado y contaminado, pues, si recuerdo bien, en Alma había una refinería que dañaba la naturaleza.

Pero el recuerdo principal de Chicoutimi es el de una religiosa de la que quedé vivamente impresionado por su dulce belleza, su inteligencia y su carácter. Nos conocimos en una iglesia imponen-

te, no sé bien si era una iglesia, era más bien una edificación que representaba a la autoridad eclesiástica, el poder del cielo en la tierra. Esa idea siempre me ha obsesionado: la Iglesia es el camino que nos conduce al cielo, pero para ello debe gobernar en la tierra, con representantes que son tan humanos como nosotros, imperfectos y con frecuencia burdos, torpes o ignorantes. Pero ella no era así. Si no fuese por el crucifijo que llevaba en el pecho hubiese sido una mujer a secas, una mujer ante la cual hubiera caído rendido a sus pies. Guardo una fotografía en la que estamos ella, yo y un religioso con cargo, con poder al interior de la pirámide jerárquica, atraídos por el misterio de estar vivos, por el milagro de haber coincidido en la tierra. Si yo no hubiese hecho este viaje financiado por Desarrollo y Paz, jamás hubiera sabido que existía. Esta religiosa fuera de serie vivía en Chicoutimi y llevaba un crucifijo en el pecho. Me invitó a su casa, donde preparó una cena en mi honor y a la cual invitó a otros curas, a gente de parroquia, a gente políticamente comprometida y nos enfrascamos en otra discusión, muy parecida a las que tenía con Michel la Croix en Hull, sobre el Perú, la pobreza, Sendero Luminoso. Ya en mi charla en la universidad una alumna casi como si fuese una polpoteana, había cuestionado que yo me expresara en francés, porque un país tan pobre no podía darse el lujo de gastar en gente que hablara francés. Al responderle, tuve que recurrir a una prolongada lista de poetas, narradores, historiadores, y demostrarle que un país sin herencia intelectual y artística, sin memoria revisada, no es un país. Y mi país era pobre, desigual, con violencia estructural y coyuntural y política, pero tenía un poeta como Vallejo, un narrador como Arguedas y un historiador como Basadre.

Pero ella era encantadora, dulce, tierna e inteligente. Sonreía en lugar de enronquecer la voz. Llevaba la discusión, nos hizo pasar a la mesa, veíamos el río, no creo delirar, por el ventanal de la sala. El río Chicoutimi que descendía y en tanto lo hacía, se deshielaba. Años más tarde, pero muchos años más tarde, Elsa Zuloaga me

invitó en Lima a que le hablara a un grupo de voluntarios que venían en una visita de inmersión organizada para Desarrollo y Paz. Yo empecé diciendo que al hablar de Desarrollo y Paz tenía que hacerlo mencionando a Michel la Croix, a la familia amiga y a mi religiosa. No recordaba su nombre, pero dije que era de Chicoutimi. Entonces, una mujer con diez años más, dijo que esa mujer era ella. No nos habíamos reconocido y, sin embargo, a la hora del almuerzo nos contamos todo lo que nos había pasado entre 1992 y el 2000. Lo que le había pasado a ella no nos daríamos cuenta nunca, porque las religiosas viven hacia dentro, en paz y tiernamente, pero yo le conté la tragedia de la pérdida de mi hijo, le conté acerca de mi matrimonio, de mis libros, de mis poemas, de mi trabajo profesional y ella me sonreía como la vez aquella en que nos conocimos.

El viaje a Rimouski, al otro extremo del estrecho de San Lorenzo, fue en una avioneta que volaba bastante bajo y permitía distinguir con claridad el enorme territorio cubierto de nieve. Al revisar el pequeño mapa que llevaba conmigo, mis ojos tropezaron con el puerto de Halifax, en un extremo de Nueva Escocia. Halifax es un sonoro nombre literario y me lleva de la mano a las escenas iniciales de *Moby Dick*. La imagino como un puerto ventoso, con el mar picado. Como si vivieran bajo una eterna tormenta, los habitantes de Halifax deben tener el alma caliente y la sed del viaje. Pero Halifax quedaba lejos de mi destino y mis pensamientos se dirigieron, entonces, pues tenía deseos de divagar, hacia la vida de un amigo arequipeño que decidió migrar a Canadá e incursionar por territorios tan salvajes como sus nombres: Yucón, por ejemplo, donde solamente vive un porcentaje muy bajo de la población canadiense. Mi amigo era el Gordo Navarro, que, a pesar de ser flaco, ése fue siempre su apodo. Al gordo lo dejé de ver alrededor de mis veinte años. En aquella remota época éramos seis los amigos, cinco de ellos arequipeños, que me habían bautizado a las faldas del Misti en 1965 y nos queríamos como se

quieren los amigos adolescentes: Vicente Bustamante, Alfredo Llosa, Felipe Fernández, Héctor Blanco y el Gordo Navarro. El Gordo Navarro era nervudo, angustiado, inquieto. Su vida la he seguido como si fuese una novela de aventuras, pues cada vez que veo a uno de estos grandes amigos, pregunto por él. Me cuentan una de cosas. Que regresó a Arequipa por unos años, que le pasó de todo, casi todo negro, porque el Gordo Navarro estaba hecho para los acontecimientos duros, que actualmente vivía otra vez en Canadá, merodeaba por allí, por allí y por allá, que estuvo trabajando en unas minas, que estuvo bajo la nieve, que se separó de su mujer; está solo, alcoholizado, triste, dónde rayos, dónde estará en este enorme territorio de nieve, yo trataba de distinguirlo por la ventanilla de la avioneta, dónde estará bebiendo, jubilado, esperando, aguardando.

En esta ciudad me recibió una especie de *yuppie*, muy diferente de Michel la Croix y de mis amigos de Chicoutimi. Imagino que Desarrollo y Paz también es una institución que requiere de los servicios profesionales de empresarios comprometidos con los pobres, y por esa razón me tocó un hombre que se resignaba a una prematura calvicie, robusto, de unos treinta y ocho años, propietario de un auto exageradamente moderno, vestido de saco y corbata que me dijo, días más tarde, que pagaba 60 000 dólares de impuestos al año. Recordé a Paul Schierholz, que abría el año girándole a su ex esposa un cheque de manutención por sus cinco hijos de 50 000 dólares. Yo ni siquiera llegaba a ganar esa fortuna en un par de años y el *yuppie* me miraba entre quién será este sudamericano que se beneficia con nuestros aportes, qué hará para que nuestras donaciones le lleguen al pueblo, a los que verdaderamente sufren, quizá sabe más que yo, pensaría, y todavía van a pagarle mil dólares por hablar sobre su país y sobre las actividades de Desarrollo y Paz. El *yuppie* me dijo que le parecía mal que me pagasen y me entregó una hoja donde estaban todas mis actividades (literalmenteme me sacaba la mugre) dando charlas, hablando

por la radio, visitando todo tipo de iglesias, parroquias y conventos. Fue una semana intensa, hasta que colapsé. Le dije que si seguía dos días más a ese ritmo, hablaría de todo menos del Perú, confundiría los datos, me volvería loco.

En mi última semana me había habituado a ese frío seco y ventoso, pero la mayor parte del tiempo estábamos en lugares cerrados o bajo tierra, ya que la mayoría de los centros comerciales eran muy parecidos a los espacios de los topos. Si bien no salí mucho con la joven pareja (el *yuppie* no me soltaba, debía justificar mi trabajo gota a gota), lo hice con una mujer divorciada, también voluntaria, pero humana: se había divorciado, fuimos a tomar unos tragos, conversamos acerca del matrimonio, del divorcio, de las desavenencias de pareja, y me enseñó parte de la ciudad y sus alrededores. Gracias a ella respiré otros aires, no esos cerrados de las parroquias, donde el olor de la ropa se impregna en las paredes o en la comida que prepara siempre una señora de edad.

Yo estaba exhausto, no lograba ablandar el corazón de mi *yuppie* de 60 000 dólares (canadienses) de impuesto, pero debo decir que después de mi velada con las monjas en un convento, logré sacarle una sonrisa y que me invitara con su dinero una pizza casi al paso. El convento era enorme y estaba prácticamente vacío, pues la vocación religiosa disminuía peligrosamente en Canadá, incluso en el territorio católico de Quebec. En parte, el *yuppie* era un administrador de la imagen de la institución, de la alicaída vocación religiosa y de la religiosidad del pueblo canadiense. Existía una gran preocupación sobre el punto, pues sin esos feligreses y esas propinas en misa no habría proyectos de desarrollo. Mi visita al convento de monjas, en todo caso, no servía en absoluto para esos fines, pero ya estaba programada y mi *yuppie* no le iba a poner un aspa por nada del mundo. Mi público se parecía al del asilo de Hull. Las monjas tenían un promedio de ochenta años y me escuchaban con atención. En esta oportunidad mi charla fue bastante doméstica, un Perú de familia, hablé de mis hijos, de mi in-

fancia, le hice una breve mención de la pobreza, no me fuera a olvidar de los pobres llevado por la infinita energía de la nostalgia. Luego me enteré de que el resto de las monjitas había escuchado mi charla desde sus celdas, porque eran tan mayores, bordearían los noventa o cien años, que ya no podían moverse. Dormí en una de sus celdas (el *yuppie* se marchó) y al día siguiente con el *yuppie* tomamos un desayuno en la repostería del convento. Aquel desayuno me recordó a los eventuales desayunos en el colegio Inmaculado Corazón, en Lima, e incluso a las monjas de ese colegio, pues eran muy parecidas, con sus hábitos azul oscuro y su pechera y cofia blanca y almidonada.

Cuando retorné a Montreal a explicarles en una reunión final de evaluación las tareas que me había tocado realizar, Carlomagno Ouellet me informó del autogolpe de Fujimori aquel 5 de abril de 1992. Había ocurrido el día anterior o trasanterior. No le entendí bien. No hubo militares, no hubo derramamiento de sangre, gozaba del apoyo popular y el mismo Fujimori se había hecho un golpe a sí mismo. Vengo de la nieve, le respondí. He estado con gente de nieve. Veo distinto, oigo distinto, entiendo distinto. No capto bien lo que estás diciendo, Carlomagno. La nieve nos hace ver hacia adentro, nos congela, nos deshiela, hasta he llegado a pensar que nos hace mejores.

El castillo de la infancia

Nunca pude llegar a Bordeaux. Me la he imaginado tanto, sin embargo, que puedo decir que la conozco. Una región generosa en bosques y viñedos, una ciudad antigua y ordenada, un río pausado atravesándole el corazón. Imagino su gente, vieja y conservadora, pero desprendida, si después de algún tiempo llegan a conocerte. De buen clima, lluvias constantes, prados verdes, Bordeaux se me presenta como un paraíso al sur de Francia.

Cuando fuimos con Marcia a visitar a nuestros amigos fraternos, Jean Pierre y Jocelyne Ippolitó, tomamos la decisión, de acuerdo a sus consejos, de bajarnos en Angoulême. Jean Pierre y Jocelyne vivían desde hacía más de veinticinco años en un castillo que pertenecía, entre otros vestigios históricos, a la familia de Jean Pierre. Se hallaba en medio de un bosque, a una distancia equidistante entre Bordeaux y Angoulême. Cuando vivían en París, allá por los años setenta, Jean Pierre me había hablado tanto de Bordeaux, que llegué a hacerlo mío, y antes de que nos regresáramos al Perú, ellos se marcharon a Bordeaux no sé si a regañadientes, contra su voluntad o, sencillamente, porque París los expulsaba después de tantos errores cometidos. Para mí, en todo caso, Jean Pierre retornaba a su infancia, a aquella edad dorada que es tan leal a las almas vulnerables como la de él.

Marcia no había vuelto a Francia desde hacía veinticinco años, y festejar nuestras bodas de plata en el país donde nos casamos pa-

recía ser una idea sensata. La decisión de visitarlos fue suya, y me dijo que sería un crimen retornar a Francia y no darse el trote de visitarlos. Pasaríamos unos días con ellos y así se hizo. Lise Brisson, una amiga en común, nos proporcionó su teléfono. Nos pusimos en contacto y Jean Pierre nos sugirió bajarnos en Angoulême, él iría a recogernos a la estación y tendríamos varios días para recordar los buenos tiempos, sin duda, los mejores.

En la estación de Angoulême paseé la vista con la intención de reconocerlo entre los pasajeros. Imposible. El tiempo nunca pasa en vano y siempre deja las cicatrices invisibles en nuestra piel. Cuando tomé conciencia de que Jean Pierre era ese viejito que estaba a menos de diez metros de nosotros, perdí el aliento. No nos habíamos reconocido y solamente por una luz que brillaba intensa en sus ojos azules supe que era él. También por la generosidad de su rostro y el mechón que siempre se ladeaba por un lado de la frente. Nos abrazamos, nos besamos como se besan los franceses, nos quedamos quietos varios minutos tiritando de emoción en el andén.

A Jean Pierre lo conocí a los días de haber llegado a París, en setiembre de 1972. Era amigo de Marco Leclerc y de Silvio de Ferrari, ambos amigos de mi casa paterna y encargados de cuidarme, en principio, durante los primeros meses de mi estancia parisina. Ellos contribuyeron a sacarme de esa casa de viejos avaros donde había recalado después de haber abandonado a Ivonne a su suerte en París. Yo pasaba la mayor parte del día en el departamento de Jean Pierre, un dos piezas al final de la *rue Vaugirard*, cerca del metro Convention. Gran parte de nuestro tiempo transcurría conversando; Jean Pierre era un gran cocinero (se lo atribuía a la cultura doméstica de Bordeaux) y un excelente conversador. Se acababa de casar. Si hubiese llegado unos días antes, me habría invitado a la boda. Jocelyne era una bella mulata haitiana, delgada, ágil, flexible. Parecía concebida en goma y sus movimientos hacían de los nuestros un saco de papas lleno de flexiones torpes y lentas.

Era hija de un connotado médico y pertenecía a una acomodada clase media del país más pobre de América. Su padre había trabajado durante años en la República Central Africana y justamente, en un viaje juvenil y aventurero por África, fue que Jean Pierre la llegó a conocer. Jean Pierre había viajado por España, el Magreb y África. Una especie de Rimbaud rubio y desarreglado, ansioso y curioso, zafándose de Bordeaux, de París, de Francia, de su verdadera familia. Jean Pierre (como Rimbaud), de francés que era, no lo quería ser en absoluto. No hablaba sin que se acomodara el mechón de la frente. El mechón, que felizmente conservaba ahora en Bordeaux, y que junto a su rostro expresivo me permitió reconocerlo después de unos minutos en la estación de Angoulême.

Jean Pierre conducía un auto pequeño por una serie de pistas rurales. Estábamos en noviembre, hacía frío, pero los árboles seguían frondosos, o era que mi imaginación los veía así, como un deseo profundo de asociar Bordeaux a los bosques generosos que tanto amaba Jean Pierre. Antes de dirigirnos al castillo recogeríamos a Jocelyne. Jocelyne había puesto un negocio de revistas, diarios y útiles de escritorio en una de las calles principales. Era una forma de entretenerse, porque Jean Pierre no trabajaba, estaba en nada, vivía de una pensión del Estado que lo había declarado algo así como incapaz de defenderse en esta vida, de vivir solo. Eso fue lo que me dijo.

El castillo había sido el de la servidumbre; los verdaderos castillos, nos contó Jean Pierre, habían sido vendidos o pertenecían a su hermano. El matrimonio de Jean Pierre con Jocelyne fue lo que permitió que nos conociéramos, que fuese amigo de los peruanos, que Jean Pierre no llegara a ser el francés absoluto como le señalaba implacablemente su destino. Su hermano sí que era un completo francés, y de la provincia, además; de Bordeaux, tan francés como sus vinos y sus bosques. A Jean Pierre, en el momento de su retorno a la infancia, le dieron el castillo de la servidumbre, bastante más pequeño, deteriorado, pero de piedra pura, que no ce-

dería jamás al infatigable paso del tiempo. Ese castillo vería morir a varias generaciones antes de desplomarse.

Le pregunté por su hermana Marie Jo, una mujer de excelente talle, con la cabellera frondosa. Se había casado y vivía en Alemania. Una extraña enfermedad, sin embargo, le había despojado últimamente del habla, de los movimientos y parte de la memoria, pues había olvidado el francés. Marie Jo logró hacerse muy amiga de Marcia, pero cuando yo la conocí, a los días de frecuentar la casa de Jean Pierre en París, en 1972, me trató como si yo fuese un peruano vividor, que solamente pretendía esquilmar a su hermano jugando a la intelectualidad, a lo exótico, a la América Latina.

Marie Jo era el nexo entre nosotros y su verdadera familia. Al matrimonio ella fue la única que había asistido, y lo hizo en representación de los Ippolitó. Siempre caía por la casa, se consideraba una buena cuñada de Jocelyne, jugaba a comprender la situación, el amor incluido, sin perder la elegancia, la compostura, su aire de provinciana recatada y formal. Jean Pierre me había contado que él se había educado con los jesuitas, en un colegio privado, y que su formación era conservadora, demasiado clásica. La semejanza con Rimbaud la encontré desde el primer minuto: Jean Pierre era inquieto, hablaba como una locomotora y tardé unos buenos meses en entenderlo a cabalidad. Ahora que nos llevaba por unas pistas rurales, entre bosques que podían ser de su dominio, recordaba su acento, su amor por los *tabacs*, por fumar y tomar vino, por visitar los mercados de barrio en París, hablar con gente de la calle, con la seguridad que le daba sentirse francés. Curiosamente, sin embargo, como si fueran las fuerzas autodestructivas que algunos llevamos dentro, considero que Jean Pierre hizo lo suficiente para volar en pedazos antes de los cuarenta años. A eso de los treinta y tres, más o menos, tuvo que dejar París y se vio obligado a recluirse en los bosques de su infancia.

El castillo era bastante amplio para las personas que vivían allí: Jean Pierre, que no salía (al menos en invierno), Jocelyne y dos de

sus tres hijas. Ellas eran unas mulatitas lindas, simpáticas, cariñosas, a pesar de haber vivido una temporada en el infierno. Jean Pierre me lo dio a entender a través de su francés precipitado, y yo retuve lo esencial: se había alcoholizado bebiendo una grapa de la provincia, una especie de vino blanco dulzón. La salida de París había sido un acierto, pero, a su vez, un error. Lo alejaba de por vida del aire cosmopolita e inquieto de la gran ciudad. Pero yo no debía olvidar, por ningún motivo, que varios errores y deslices suyos habían precipitado la situación hacia algo invivible. No me cuesta imaginarme a Jean Pierre alcoholizado y quejumbroso en ese castillo provinciano, ubicado en medio de la nada, guardando los recortes de aquellas épocas que, con el tiempo, se volvían más lejanas y borrosas. Jean Pierre guardaba como un tesoro no solamente algunas fotografías de Marco, de Silvio, de Ana Rosa y de nosotros, sino periódicos y revistas que mostraban a viejos políticos y antiguos sucesos. Era como una nevera que mantenía entumecido el paso del tiempo.

Marcia acostumbraba conversar en la sala con Jocelyne y sus dos hijas, mientras yo, en los altos, escuchaba el desgarrado monólogo de Jean Pierre. Recordábamos momentos, evitábamos otros, revisábamos recortes y volvíamos, como si se tratara de un trampolín, a vivir en los tiempos dorados del París de 1972. Dorados no tanto, pensé, porque este asunto de los recortes, de los *collages*, de la pintura rupestre, literaria, que intercalaba dibujos con poemas, trazos en blanco y negro con colores, ansiedades con un fino retoque artístico, había empezado, como jugando, en su propio departamento de dos piezas de París. Marie Jo debía pensar que se trataba de la mala influencia de Marco. Marco era buenísimo, pero jugaba al papel del artista, del escritor sin novela y del dibujante eximio. Gran parte de las tardes Marco se la pasaba dibujando como si fuese Dalí, porque Jean Pierre nunca tuvo los parámetros claros, siempre era expansivo, maravillosamente ingenuo, y estaba harto de vivir en París trabajando en una oficina del correo, por-

que Jean Pierre, el rebelde, cuyo mechón no se quedaba tranquilo, era aún joven, vehemente e inquieto, y su decisión de casarse con Jocelyne no podía quedar convertida en la de ser un oscuro empleado de la oficina de correos.

Durante casi dos años seguidos visitamos todos los domingos su departamento en París. Disfrutábamos de unos almuerzos generosos, rociados, conversados y simpáticos. Al comienzo tomábamos un vino de casa, el Cigalan. Después subimos al Côte du Rhone. Con Jean Pierre acostumbraba a hacer el mercado (tarea que conservo) y las caseras nos decían *mon chou*. Después de dejar las canastas repletas en la cocina del departamento, íbamos a un *tabac* a conversar de pie, tomando varias copas de vino tinto. Me fascinaba ese ambiente de humo y de palabras masticadas con pasión por los franceses, siempre acompañados de un cigarrillo en los labios. Al llegar a casa, Jocelyne, Marcia, Marco y Silvio, habían empezado a cocinar. Pero Jean Pierre era el gran cocinero de Bordeaux, y ya con varios tintos dentro se colocaba su mandil y empezaba la tarea artística de la cocina francesa. Al final, todos lavábamos en esa cocinita que era también la ducha y dejábamos los platos relucientes. A eso de las diez de la noche, Marcia y yo regresábamos exhaustos y felices a nuestro cuarto del *boulevard* Pereire. No podíamos olvidar esos momentos. Jean Pierre hizo que amáramos París, que consideráramos a los parisinos abiertos, espléndidos, críticos, generosos.

Por esa razón nunca sabré cómo fue que llegó esa italiana desgarrada y más bien fea a su vida. No retengo su nombre. Recuerdo que era delgada, sin gracia, insípida, pero con una gran habilidad llegó paulatinamente a capturarlo. Pienso que supo llegar al corazón de una persona que no le gustaba ser lo que era, y le vendió la idea de que podía convertirse en la persona que quería ser: un artista; sí, un pintor. Una mezcla de Dalí y Miró, porque Miró, me decía Jean Pierre, manejaba genialmente los símbolos con aquellos trazos de pulso recio y recto, con esa capacidad de decirlo todo en

un solo movimiento, en una síntesis que llevó a Jean Pierre a imitarlo y a pintar en miles de hojas de cientos de cuadernos, luego en sábanas y por último en las paredes de su departamento. Yo mismo me vi escribiendo poemas en una de las paredes de la sala. Por aquellos tiempos, Marco ya había regresado al Perú, y Silvio y yo nos intercalábamos el angustioso papel de cuidarlo. Cuánto de Marco habría en ese deseo oculto... Marco era hábil con el lápiz y hacía unos dibujos barrocos bastante acertados. Había sido invitado al matrimonio por el mismo Jean Pierre, porque Marco y Jean Pierre se habían conocido en París mucho tiempo antes, en un viaje anterior. Marco, generosamente se lo presentó a Silvio y después a mí. Marie Jo tendría sus razones para estar preocupada, y en su papel de nexa con su familia intentaba que Jean Pierre conservara, al menos, parte de su identidad francesa.

Por aquel entonces, Jean Pierre había recibido un adelanto de su herencia y ese hecho era una excelente razón, creo, para que la italiana apareciera en su vida y se apropiara de su voluntad. Todo esto en las mismas narices de Jocelyne, que no pudo hacer nada por evitarlo. Jocelyne se había convertido en la mujer doméstica, preocupada por limpiar lo que él ensuciaba. La primera vez que vi a la italiana fue en una salita que proyectaba la película *Les enfants du paradis*, con la bellísima María Casares, y la italiana estaba, si mal no recuerdo, con Lise Brisson, una mujer complicada pero de ninguna manera culpable del encuentro entre los dos. Lo cierto fue que la italiana se lo tragó íntegro, lo hizo suyo, puré, porque Jean Pierre estaba a mitad de camino entre París y Milán y acabó abandonando a Jocelyne y viviendo en Italia. Jocelyne, de cólera, y por salir de la humillación, trajo a un francés al departamento, blanco como la leche, insípido, que Marcia y yo detestábamos. Gerard. Se llamaba Gerard. Dejamos de visitarla porque en esa cama, en la que también habíamos dormido Marcia y yo en alguna oportunidad, ahora dormía Jocelyne con Gerard.

Jean Pierre hizo un gran esfuerzo por salir a caminar por los

bosques que rodeaban su castillo. Cojeaba no sé bien por qué, pero su cojera era consecuencia de una enfermedad y no de un accidente. Fue un paseo estupendo, aspiramos el aire fresco, limpio, helado, y nos internamos por unos caminitos de tierra guiados por su perra labradora. Cómo no iba a ser difícil su vida... Venirse acá, dejarlo todo, recomenzar con Jocelyne y olvidar el dinero que había despilfarrado (*gaspillé*, esa palabra sí tenía un sonido especial para mí), ya sea con ella, en los viajes, en las compras, en la pintura, en lo que fuese, era como si hubiera cogido un buen fajo de billetes y lo hubiera dejado caer por una de las alcantarillas de París. A mí me costaba ver sus cuadros que conservaba en el segundo piso del castillo. Jean Pierre llegó a exponer en París e imagino que la crítica, si la hubo, asociaría sus obras con el arte bruto de Jean Dubuffet, nacido en 1928, por pura coincidencia en el puerto de Le Havre. Esa parte de su vida estaba archivada en cuadernos y baúles y era lo que le mantenía iluminados los ojos, lo que le traía el recuerdo de Marco, muerto de un prolongado cáncer pulmonar en Lima, a quien Jean Pierre recordaba como su hermano. Ni Marcia ni yo nos atrevimos a pronunciar su nombre porque teníamos nuestros reparos en relación a Jocelyne. Pienso que a Jocelyne no le gustaba la influencia que Marco tuvo en la vida de Jean Pierre, porque, curiosamente, no le permitió ser un francés completo, y lo dejó a mitad de camino entre el África del poeta y la América Latina de sus amigos. En París, Marco se había instalado por varios meses en la sala del apartamento de Jean Pierre y Jocelyne, donde dormía. Por un momento se fue a vivir con Lise Brisson, pero el resto del tiempo vivía en el dos piezas con un Jean Pierre y Jocelyne recién casados. En Bordeaux, Jean Pierre y Jocelyne regresaron a los orígenes al vivir en el castillo. Estaban en tierra húmeda, en bosques, bajo la lluvia. La chimenea le daba una convincente sensación de hogar. Las niñas eran sanas y bonitas. La mayor, Corinne, vivía en París. Jean Pierre recibía una magra pensión, pero se trataba de una persona sin mayores gastos. Participa-

ba en las reuniones de alcohólicos anónimos, sonreía, hablaba entusiasmado a las personas e imaginaría a Rimbaud relativamente viejo, de retorno a Charneville, su pueblo natal, antes de emprender su viaje definitivo y sin retorno, el que nunca haría Jean Pierre.

Jocelyne se disculpó porque no podía acompañarnos a la estación de Angoulême, donde tomaríamos el tren de vuelta a París. Debía abrir su tienda, entretenerse y pasar el día con la mente ocupada. Jean Pierre, como en los viejos tiempos, nos preparó una merienda para el trayecto. Lo divisamos en la cocina, desde la escalera, ordenando la cesta. La bondad de su corazón estaba intacta. Nos despedimos en el andén con un gran abrazo y juramos volver a vernos. Como él no vendrá al Perú, nosotros tendremos que regresar. Sería un crimen volver a Francia y no darnos el trote de visitarlos. Sería imperdonable, un pecado mortal.

Nanterre

Nanterre tenía la aureola de haber sido la sede inicial de la revuelta estudiantil de Mayo del 68. Quedaba algo lejos de París, a unos cuarenta minutos, y se llegaba tomando un tren, nada moderno, que salía de la antigua estación Saint Lazare. Yo la escogí por la aureola, porque quedaba algo lejos de París y porque mi amigo Alfredo Bryce enseñaba allí. Claro que llegué cuando la revuelta estudiantil había terminado, cuando Alfredo Bryce estaba por concluir su contrato laboral (se fue a enseñar a Vincennes, irónicamente, en el lado opuesto) y lo único que logré vivir con intensidad de toda aquella leyenda fue el viejo tren que me llevaba de Saint Lazare a la estación de Nanterre Université, pues no la debía confundir, por nada del mundo, con la estación de Nanterre Ville.

Nanterre Ville era una ciudad proletaria, roja, comunista por tradición y procedencia de clase. Los estudiantes de la universidad, sin embargo, provenían de los sectores privilegiados de la sociedad francesa, aquellos jóvenes que vivían alrededor del bosque de Boulogne, en los alrededores de Neuilly. Esa debe haber sido una combinación explosiva en 1968, el encuentro de dos mundos en un campus universitario más bien gringo, muy diferente a la Sorbonne, por ejemplo, con extensos terrenos deportivos y una enorme piscina de 50 metros que, además, era techada. En esa piscina me acostumbré a nadar y a bañarme una vez a la semana

con Marcia, cuando ya vivíamos juntos. Creo que nos bañábamos los jueves, después de clases y antes de cenar en el restaurante de la universidad. Llevábamos jabón y champú y después de nadar unos cuantos largos tomábamos un baño de horas en la ducha. Los dos salíamos limpios de pies a cabeza. Limpiécitos. Y nos íbamos a cenar rezando que no nos sirvieran esa suela de zapato que se llamaba hígado, un plato acompañado de harta papa frita para que todos los estudiantes africanos pudieran saciar su hambre. Debo confesar que de Nanterre solamente recuerdo a mi único y querido profesor Henri Raymond. Lo demás es completo silencio, indiferencia, burocracia, universidad estatal. Una tremenda soledad.

Cuando por fin pude ir a Nanterre a matricularme, lo primero que hice fue abandonarme en aquel campus que albergaba a unos 30 mil estudiantes. No me hallaba en mi piel por nada del mundo y encontré, más bien, un pequeño árbol, del que casi hice mi casa, pues iba allí y me ponía a pensar y a fumar recostándome en su tronco y protegiéndome con sus ramas. Intenté matricularme por mi cuenta y riesgo y casi me ubican en el ciclo inicial. Por fin me armé de valor y llame a François Delprat, el amigo y colega de Alfredo Bryce, para que me ayudara. Alfredo me dijo en Lima, antes de mi partida a Francia (había regresado por primera vez a su ciudad natal después de ocho años de ausencia ininterrumpida), que él mismo me iba a pilotear, pero que antes de llegar a París él debía pasar por Madrid y luego se iría a una de esas playas españolas; o sea, en otras palabras, yo estaría solo en el momento crucial de la matrícula. Solo, solo de verdad, y por esa terrible soledad cada vez que iba a Nanterre me dirigía corriendo a mi árbol y sentía la protección de su sombra, pues todavía hacía algo de sol, las postrimerías del verano se recostaban sobre el amplio terreno de la universidad.

François Delprat me recomendó con una carta escrita de su puño y letra para que tuviera acceso al decano de la Facultad de

Ciencias Sociales. Fui con la carta en la mano, me concedieron una cita y aquel día me presenté con saco y corbata. Estaba asustado. Me hallaba en uno de los pisos altos de la torre de Nanterre. Cuando la secretaria me hizo pasar, lo hice inseguro, y abrí la puerta de la oficina del decano. Frente a mí encontré a un hombre maduro, de unos cincuenta y cinco años, la edad que tengo ahora que rememoro estos episodios. De alguna manera, pienso, yo estaré viendo ahora el mundo tal y como Henri Raymond lo veía en aquel entonces; como veía la universidad, a los alumnos y a mí, sí, a mí, que estaba parado delante de él haciéndole mil muecas y con mis escasas palabras que conocía de francés, atragantadas en la boca.

Henri Raymond estaba en jeans y llevaba puesta una chompa roja, sin zapatos, con los pies sobre el escritorio. Al verme se paró, me extendió la mano, sonrió, y me invitó a que me sentara. No habían pasado ni cinco minutos y los dos ya habíamos pronunciado, como podíamos, dos ideas contundentes cada uno. Él me preguntó si escribía poesía. Después me hizo la pregunta existencial: por qué había venido a París cuando en el Perú ocurrían cosas tan importantes. Una revolución, me dijo, nada menos que una revolución y de militares, pero revolución al fin y al cabo, algo muy parecido a lo que sucedía en Portugal. Yo, casi al mismo tiempo, le dije dos cosas que sonaron como un petardo en sus oídos: quiero que me matricule en la maestría de Sociología Urbana y que sea el responsable de mi tesis. El resto de temas que pudieron haber surgido nos parecieron intrascendentes y ni siquiera se plantearon. Por eso regresábamos, una y otra vez, a las mismas ideas expuestas instintivamente desde un inicio.

Me contó que él también había escrito poemas, pero que no habían resultado buenos. Me dio a entender que los poetas eran hijos de Dios y del demonio, no de sus padres biológicos. Los poetas pueden ser hijos de cualquier pareja, de un par de campesinos, de burócratas, de empleados públicos, no importaba, en el

fondo eran hijos de Dios y del diablo. Son raros, geniales, insufribles. Me dijo que él no era poeta, pero que sí leía poesía, que en su biblioteca tenía tantos libros de literatura como de sociología o política.

Henri Raymond era un profesor de personalidad abierta, conversadora, de facha juvenil. Traía consigo un pelo largo, canoso por los bordes, encrespado. Me pareció que era un seductor, sí, un gran seductor, pues en aquellos años no existía la idea de acoso sexual tan expandida en las universidades norteamericanas y sí la de un profesor seductor, en jeans y con chompa roja. Henri Raymond era un Troy Donahue bastante mayor y mucho más interesante, por cierto. O un Jean Gabin mucho más joven que trabajaba en aquella universidad que se hizo famosa en Mayo del 68, hacía exactamente cuatro años; un seductor, un gran seductor, jovial, amante de la literatura, del buen vino y de la excelente comida francesa. Se burló de mí por haber ido con corbata. Me recordó que los efectos de Mayo 68 estaban vigentes, al menos en las costumbres, y que la corbata era muy mal vista en Nanterre, Université pensé yo, porque en Nanterre Ville no la debían conocer ni de vista. Le expliqué que la revolución me importaba poco, porque, más bien, se trataba de un gobierno reformista y no revolucionario. Discusión que dejé apenas empezada cuando me fui a París y encontré gorda y pesada cuando llegué a trabajar en una institución que se encontraba dividida en aquel entonces, en 1977, por los reformistas y los revolucionarios, y yo, una vez más, me tuve que encontrar en el limbo con amigos que se hallaban repartidos en los dos bandos.

Le dije que me vine a París para crecer, por razones exclusivamente personales, para ser escritor y estudiar Sociología; deseaba vivir en Europa, caray, quería hacer lo que mi padre no hizo y deseaba tanto que yo hiciera por él, quería saber si era capaz de casarme con Marcia, quería vivir solo. Él defendía a Velasco, admiraba al novelista Vargas Llosa, había devorado *La casa verde* y

dudaba de la calidad literaria de Manuel Scorza. Yo le dije que debía salir de la casa de mis padres, que necesitaba estar solo, vivir solo aunque fuese la travesía en barco, cosa que después Marcia se encargó de que me arrepintiera. Todo lo expresaba en castellano (idioma que Henri Raymond entendía de lo más bien) y él me respondía en francés (idioma que yo también podía entender, pero no hablar, ni de lejos, fluidamente).

Antes de despedirnos me preguntó dónde vivía en París. Yo le conté que al principio viví en casa de una familia de gente mayor, pero que actualmente me hospedaba en el hotel La Bruyere, en Pigalle. Henri Raymond se sorprendió un poco cuando escuchó que vivía en Pigalle, el barrio rojo de París, pero no al estilo de Nanterre Ville, sino por el Moulin Rouge, por las putas callejeras, por albergar a los migrantes del Magreb. Escogí vivir en Pigalle por su cercanía a la estación Saint Lazare. Estaba solo, pero acompañado de las luces de neón. Estaba solo, pero me preparaba a recibir a Marcia. Marcia recuerda esos primeros días como un París sin luz, a finales de noviembre, descendiendo del vagón en Saint Lazare y buscándome entre la gente. Tardó en reconocermme, así me lo dijo, porque en solo tres meses estaba muy pálido y delgado. Llevaba puesta la casaca verde que me había regalado Ivonne, una vez que decidimos separarnos.

Cuando le conté que vivía solo en un hotel de Pigalle, Henri Raymond me invitó a pasar el sábado por la noche en el departamento de su hija, donde estarían unos amigos, entre ellos Henri Lefèvre, el padre de la sociología urbana, el sociólogo cuyos libros leíamos en Lima. Le agradecí la invitación. Le agradecí el simple hecho de que pensara en mí un sábado solo en Pigalle. Felizmente, Jean Pierre y Jocelyne ya existían en mi vida, pues frecuentaba su departamento por la *rue* Vaugirard gracias a la generosa iniciativa de Marco Leclere y de Silvio de Ferrari. Alfredo Bryce no aparecía todavía por París y Julio Ramón Ribeyro estaba a punto de ser operado del estómago, operación que me lo mostró, varios

meses después, mucho más flaco y pálido de como Marcia me había visto al bajar del tren en Saint Lazare. Julio Ramón regresaba textualmente de un viaje a la muerte.

El departamento de la hija de Henri Raymond era pequeño y acogedor. Estaba ella —bella y joven— y dos o tres amigas de su edad, de unos treinta a treinta y cinco años. Henri Lefèvre era un hombre viejo pero bien empaquetado que, a diferencia de las personas que estaban allí, bebía cerveza. Pasamos una velada muy agradable. Una de las amigas de su hija era pareja de Henri Raymond. Salimos a cenar y luego me pusieron en un taxi para que me dejara justo en la puerta de mi hotel. Henri Raymond, además de ser el profesor del curso de Sociología Urbana, fue mi amigo, mi consejero y confidente. No era muy ordenado, yo debía perseguirlo para fijar fechas y horas de trabajo. Más de una vez lo visité en su departamento (era verdad: su biblioteca tenía tantos libros de literatura como de sociología o de política además de pilas de ejemplares del diario *Le Monde*).

Una vez, en 1983, año que por primera vez regresé a París, mi amigo Elqui Burgos me acompañó a visitar viejos lugares alimentados por la nostalgia, y a ninguno de mis amigos pude encontrar. Visitamos a la *conciierge* del edificio del *boulevard* Pereire, que ya había fallecido; visitamos el departamento de Henri Raymond, que ya no estaba; visité el departamento de Jean Pierre y Jocelyne, por las puras, lo sé, porque sabía requetebién que se habían mudado a Bourdaux hacía años, pero fui para mirar, para ver los cambios, verle la cara a la muerte; fui al departamento de Alfredo Bryce, donde ahora vivía el poeta de la Amazonía, José Carlos Rodríguez Nájara. En 1997 regresé a París con Marcia y visitamos Nanterre con el propósito de averiguar la existencia de unos documentos pendientes de mi maestría. Lo hicimos en metro, en el rápido, y no en el viejo tren verde que traqueteaba todo el camino, aquel tren que recorría una zona pobre de París, incluyendo un cementerio de barrio cuyas lápidas estaban cubiertas por la su-

ciedad del tiempo. En el metro moderno, el rápido, había que andarse con cuidado, pues no se detenía en todas las estaciones del recorrido y si te distraías podías terminar tus días en Nanterre Ville (donde nunca fui) o más lejos todavía. En aquella oportunidad encontré un Nanterre desgastado, mal mantenido. En la Facultad de Ciencias Sociales le pregunté a una señorita por el profesor Henri Raymond. No lo conocía. Nunca había escuchado su nombre. Cuando le conté cuándo lo había conocido, me respondió con una sonrisa amable y horrible a la vez, generosa, por cierto, pero diciéndome entre dientes: “No sea tonto, señor, eso fue hace más de veintitrés años”. Henri Raymond debía de estar muerto. Marcia decidió que no fuéramos a visitar la piscina porque le traía muchos recuerdos y tampoco comeríamos el hígado seco, duro como una suela, y yo, para mis adentros, pensé que no era conveniente visitar ese arbolito del que tanto le había hablado durante el trayecto, un trayecto rápido, quizá demasiado rápido, porque era la primera vez que lo hacía en el RER, esa bala subterránea.

La vie, l'amour

I

Hace algunos días estuvo en casa Patrick Rosas, uno de los grandes amigos de la generación de poetas de los años setenta. Conservaba su porte atlético, a pesar de tener la cabellera completamente cana. Lo primero que hicimos fue conversar de los amigos que yo había dejado en París y que había logrado ver tan sólo en las escasas oportunidades que he regresado a la ciudad donde fui feliz, y triste, en los años de mi juventud. De quien más me interesaba tener noticias era de Elqui Burgos, el poeta desprendido y generoso, tan desprendido y generoso que muchas veces no se daba cuenta de que su actitud atentaba contra sus propios intereses, incluso contra su propia sobrevivencia.

Elqui había llegado a París en 1973 directamente de Ciudad de México. En lugar de regresar a Lima, decidió extender su estancia fuera del Perú, en París. En México había vivido becado y una vez que concluyó aquel tiempo de ocio remunerado, debe de haberse dicho a sí mismo: "Vayamos a París, caray, a vivir como los poetas", y tomó el primer avión y aterrizó en Orly con doscientos dólares en el bolsillo. Horas después se encontraba vagabundeando por el *boulevard* Saint Michel, convencido, como todo peruano, que Dios es de aquí y que iba a ayudarlo de todas maneras. Lo ayudó, cierto, permitiendo que el azar lo hiciera tropezar con Alfonso Marroquín, peruano también, pero sobre todo paisano, porque si bien Elqui había nacido en Cajamarca, su vida

y su escueta obra está vinculada a Pacasmayo, acogedor puerto ubicado en el Pacífico. Alfonso Marroquín debe de haberle hecho mil muecas culturales, debe de haberle explicado cómo se sobrevive en París, la ciudad más confiada de Europa y, sobre todo, debe de haberle dado la dirección de Uniclám, donde trabajaba mi prima Carmen. Mi prima Carmen es la mujer más eficiente y generosa del mundo y no hay latinoamericano, sí, latinoamericano, que no haya sido ayudado por ella alguna vez en París.

Carmen lo ubicó en uno de esos cuartos del techo de la Ciudad Luz y le dijo que esa noche había fiesta en algún recoveco latino, pues era viernes, y los viernes París era una fiesta. Elqui se animó a ir y tropezó por segunda vez con Alfonso Marroquín, quien, ducho en estos menesteres de la sobrevivencia, le señaló a dos mujeres que estaban solas en uno de los rincones del apartamento. Una era una alemana inmensa, demasiado inmensa para Elqui que era más bien bajo, bajito, bien bajito, y la otra era una colombiana como de su tamaño y para su tamaño. Elqui se decidió por la colombiana y terminó la noche en su cama, preparado a tomarse al día siguiente un desayuno de los buenos, con *croissant* y leche caliente.

Desde ese día, Elqui y Mélida constituyeron una de las parejas más sólidas de París, digamos una de las que ha perdurado, hasta que Patrick Rosas me contó, aquella mañana que vino a casa a saludarme un poco a la pasada, pero con muchísimo cariño, que se habían separado. Elqui, me dijo sentado a la mesa del comedor, mientras saboreaba una gelatina de limón, ha estado enredado en una confusa historia con dos amantes simultáneas; sí, Elqui, me repitió, el mismo Elqui que conocemos los dos se las traía, qué te crees: una era española y la otra una francesa casada con un japonés, el japonés como que sospechaba, me insinuó Patrick, hasta que una de las dos, ya no lo recuerdo, tuvo el desatino de llamar a la casa de Elqui y lo delató ante Mélida por teléfono. Ella, de inmediato, al más puro estilo de Mélida, rompió la relación y envió

a Elqui a vivir en una buhardilla, tal como había comenzado treinta años antes su periplo parisino.

Yo lo escuchaba atónito. Si había una pareja sólida en París, ésta era la de Elqui y Mélida. Marcia era muy amiga de Mélida y las dos acostumbraban salir a solas, algunas tardes, a una piscina municipal para conversar, bañarse e intercambiar opiniones y experiencias. Claro, Mélida era Mélida y su biografía es dura y singular. Proviene de una de las zonas rurales más pobres de Colombia, por la Amazonía. No sé, yo siempre me imagino su lugar de nacimiento como un poblado muy alejado, y cuando la oigo hablar, siempre directa, siempre franca, siempre clara, me la imagino introduciéndose desnuda en un río apacible. Vaya uno a saber. Mélida era transparente como el viento no contaminado del campo colombiano. Su vida era dura, durísima, pues era casi analfabeta y escuchaba a los poetas de George Mandel, o sea a nosotros, a los poetas de la generación del setenta, con cierta distancia, diría hasta con cierto desdén. Sabía que Elqui era un poeta peruano, y qué, parecía decirnos levantando el hombro, si escribe tan poco, rara vez lo hace y me da a entender que no quisiera hacer carrera en el campo de las letras. Mélida trabajaba durísimo, y lo hacía con las manos. En aquellas épocas trabajaba en un hotel y yo la imaginaba como si fuese una española o una portuguesa, de rodillas, trapeando el suelo o haciendo las camas o sacando la basura o escobillando un rincón o barriendo las raídas alfombras de una turbia escalera de hotel parisino. Mélida se sacaba el ancho, la mugre.

Los poetas de George Mandel eran bien conchudos, a decir verdad. Vivían injustificadamente con una aureola de poeta en aquel techo de la Ciudad Luz, como si fuesen Rimbaud, pero sin haber viajado al África, o Verlaine, pero sin haber abandonado a su familia por seguir el desgarrador camino de la pasión, persiguiendo a un muchachito genial que escribía poemas como los dioses y lo torturaba a golpe de celos. Los poetas de George Mandel se la pasaban escribiendo poemas o novelas interminables. To-

davía recuerdo el tecleo compulsivo de Krufú Orifús, nombre o apodo existencial de no sé con certeza quién. Recuerdo que Elqui me dijo, casi en secreto, que creía que Krufú no se llamaba así sino que se apellidaba Souza o de Souza. Yo lo recuerdo al salir de su cuarto, totalmente despeinado y hambriento, después de haber devorado un nuevo capítulo de una de sus numerosas novelas, porque Krufú Orifús tenía varias novelas inéditas en los anaqueles de aquel cuarto, y salía de allí todo alborotado dispuesto a almorzar en el restaurante universitario de Dauphine.

El más conchudo de todos, sin embargo, a mi humilde manera de ver, era Carlos Henderson, quien, además de poeta, era revolucionario; sí, un revolucionario salido de las páginas de Martín Romaña, siempre preocupado por el destino del mundo, angustiado por los avatares de alguna revolución, y quizá por eso nunca reía, siempre tenía un mentón serio y preocupado como el de Vallejo. Miraba intenso, como poseído, y dejaba que su mujer, la sonriente y servicial Carmen Ochoa, trabajara con las manos todo el santo día, porque los poetas escriben, se desgarran y sufren sentados en su escritorio, según él, armados de su lápiz y su papel.

En George Mandel vivían Elqui y Mélida. Pero, además de ellos, en ese pequeñísimo cuarto, vivió un tiempo el Zambo Tan, el zambo más exótico entre todos los zambos peruanos en París. El éxito que tenía con las mujeres solamente podía ser superado por Rodolfo Valentino o Porfirio Rubirosa. Las parisinas se le echaban con solo mirarlo, gracias a su color aceituna de zambo y a sus ojos rasgados de Tan, y lo único que a él le interesaba eran las parisinas, las parisinas rubias, para ser más precisos, como su gran amor Brigitte, a quien no sé bien si quería desinteresadamente o simplemente porque se llamaba como la Bardot. Una vez, rompiendo su autocontrol, me confesó que a través de esas rubiecitas parisinas se vengaba de la indiferencia de todas las rubias miraflores que, en Lima, no lo miraban siquiera, no es que lo rechazaran esas pitucas ridículas, sino que ni siquiera tomaban en cuenta su existencia. El

Zambo Tan se hizo pintor de un solo cuadro para tener, también él, una aureola como la de los poetas y acceder, así, a su “beca”, porque si bien yo era un burgués que tenía una beca del gobierno francés, ellos, los poetas de George Mandel, necesitaban de una “beca” viviente, flexible, cambiante, pero realmente existente, y la condición para tener una “beca” era poseer una aureola y así tener los méritos necesarios que les permitieran acceder a la española que miraba encandilada, por ejemplo, a un Krufú embebido en la escritura interminable, o a Brigitte, como fue su caso, que consideraba que, con taller propio, el Zambo Tan sería el sucesor de Lam o de Matta o de Chávez.

Elqui no tenía “beca”. Elqui y Mélida conformaban una sólida pareja, y los dos trabajaban duro, los dos lo hacían en un hotel con las manos, y la presencia del recién llegado Zambo Tan en su cuartito incomodaba muchísimo a Mélida, no tanto por el uso apiñado del espacio, dos entraban con las justas y tres eran ya un estorbo, no tanto porque no los dejara hacer el amor con tranquilidad, los famosos *midi*, sino porque Elqui trabajaba de noche en uno de los hoteles esos y el Zambo Tan andaba tan metido en el cuartito con Mélida que qué dirían sus amigos, sí, levantaba la voz Mélida, sí importa lo que piensen tus amigos, es importante que tus amigos piensen lo mejor de ti, que yo no estoy con Tan en el cuarto solos los dos mientras tú te rompes el lomo en el hotel de portero de noche, y ya es hora que le digas al Zambo que se vaya a buscar un cuarto propio y que tire con la Brigitte en su propia cama y no en la nuestra.

La pareja Elqui-Mélida era sufrida y generosa, pues los dos, además de trabajar duro con las manos, enviaban dinero a sus respectivas familias. Sabrá Dios si el dinero que mandaba Mélida a las montañas alejadas de Colombia llegaba a su destino, es decir, a las manos callosas de su querida madre, o si se quedaba en otras manos a mitad de camino. El dinero que enviaba Elqui tenía dos destinos: su madre, que todavía vivía en Pacasmayo, y uno de

sus hermanos que se había comprometido a construir una casa donde Elqui y Mélida vivirían cuando tuvieran familia, porque Elqui soñaba con regresar al Perú y ser profesor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y vivir en Salamanca, Salamanca —Lima— Perú, pues los dos tenían un sentido andino del tiempo, extenso, como si fuese una eterna manada de nubes en el cielo azul del continente. Los dos enviaron durante años sumas importantes de dinero. Durante meses y años, hasta que Mélida empezó a sentir el rigor del trabajo y Elqui el cansancio interno de escribir lejos de la patria, de las editoriales, del público.

Marcia y yo nunca vivimos en George Mandel, pero acostumbrábamos frecuentarlos. Esos poetas amigos nos hacían sentir que no estábamos solos en París, que teníamos amigos, y cuando yo, porque casi siempre era yo, me enfermaba, iban a visitarme Elqui y José Carlos, El Charapa, mis dos mejores amigos de los techos de George Mandel. El *boulevard* Pereire no quedaba tan lejos y todos fuimos, al menos por una larga temporada, al restaurante universitario de Dauphine. Recuerdo mucho ese restaurante, rodeado de bosques, porque allí inicié uno de mis trabajos en París: entregar folletos de la agencia de viajes Uniclám. Recuerdo que Marcia y yo habíamos trabajado anteriormente en un mismo sitio y perdimos nuestro empleo debido a una huelga de correos justo antes de la Navidad, y los dos nos vimos de pronto en la calle, preocupados por gastar nuestros escasos ahorros. Fue, entonces, que fui a visitar a Alfonso Marroquín, el emblema de la generosidad peruana en todo su esplendor, y me dijo que aquí en París no se moría nadie de hambre, y si Vallejo lo hizo, fue porque le dio la grandísima gana. Alfonso trabajaba en Uniclám y me entregó los folletos. Iniciaría mi trabajo repartiéndolos en Dauphine. Y allí me fui, la estación del metro era el paradero final, salí, aspiré el aire limpio y caminé por el sendero de siempre, me coloqué, tímido, cerca de la puerta dispuesto a repartir, uno por uno, los famosos folletos. La mejor sorpresa fue verlos llegar, ma-

tándose de risa, escrudriñándose, allí parado repartiendo los folletos de *charters* de Uniclám. Mira, me dijo El Charapa, si estos folletos van a terminar en el piso, porque ése es su destino existencial, terminar en el piso me lo repitió abriendo sus grandes ojos alucinados, por qué no los arrojas de una buena vez y nos vamos a papear.

Además de la amistad entre Mélida y Marcia, existía la mía con Elqui, porque Elqui y yo empezamos a trabajar en Uniclám afichando en cuanta pared universitaria existiera, todas, todas las paredes, especialmente los extensos corredores de Nanterre, de Vincennes y de algunas lejanas, como la de Anthony, donde Lalo Justo Caballero solamente nos enviaba a nosotros dos, porque con los poetas, decía, no se puede andar uno muy confiado, sé bien que estos afiches acabarán arrojados en el Sena. Durante muy poco tiempo nos acompañó Manuel Cabieses, el inolvidable Cochicho, en las épocas en que afichábamos aún con cinta *scotch*, luego lo hicimos con cola, para disputar la alta tecnología de la competencia, sobre todo a los palestinos, que se llevaban de encuentro cuanta pared encontraban. Cochicho, en uno de sus saltos —Elqui, por lo general, se encargaba de los bajos, yo del medio y Cochicho de lo de arriba—, perdió un diente, porque con las ganas que le puso al salto, tenía toda la boca llena de cinta *scotch*, se lo sacó de un tirón. Hubo sangre, baño, limpieza y un forado en la boca. Su risa, más que nunca, hizo juego con el movimiento endiablado de su cintura, incluso de su culo al andar, porque, como le decía Alfredo Bryce cariñosamente: “Cochicho, vaya que tenés culo de negra”.

Cochicho había vivido en París tiempo atrás y ahora se encontraba de paso de un viaje que hizo a la China. Las cosas eran fáciles por aquellos años, 1973, 1974 ó 1975, pues no existía visa y los peruanos se enamoraban de las francesas, a las francesas les encantaban los peruanos, y todo era plena felicidad. En esos días de tránsito, Cochicho se cachueleaba y se iba quedando, y así, como

jugando, conoció y se enamoró de Natalie, una chica linda que había tenido dinero, la clase le quedaba intacta, pues su padre abandonó a la familia por una mujer joven que le arrebató gran parte de su herencia. Todavía soy capaz de recordar una noche primaveral yendo con Cochicho y Natalie a comprar cigarros y vinos por la Contrescarpe, felices de estar en París, y porque luego regresaríamos a la casa de Alfredo Bryce, festejábamos la existencia del amor, sí, del amor de Cochicho con Natalie, del mío con Marcia, incluso el de Alfonso Marroquín con una francesita ya sin nombre ni rostro, diluida por el tiempo, a quien en esa misma fiesta le metió un sonorísimo cachetadón en una de sus sonrosadas mejillas. Alfredo reaccionó indignado, recuerdo, y le dijo que esas cosas no se hacían. Alfonso Marroquín le respondió sereno: “Mira, Alfredo, mañana estará sedita”.

II

Patrick estaba en Lima con dos de sus hijos franceses. De una lejana y primera relación tenía una hija que radicaba en Venezuela. Patrick no estaba acostumbrado a las monogamias prolongadas y, de alguna manera, la de Elqui con Mélida y la mía con Marcia lo eran. Le gustó mi casa. Era un sábado de mañana, me encontraba solo, y su desazón no era tanta como la mía. Me dijo que a sus años (los mismos que los nuestros) Elqui se encontraba en una situación vulnerable, porque no veía cola en caso de que su reciente amante lo abandonara; se refería a una cola de mujeres, por cierto, a una gama de opciones y de posibilidades futuras. Pensándolo en frío, Elqui ya no era un buen partido para una exigente mujer parisina. Siempre había optado por trabajos clandestinos, ocultos y oscuros. Una vez terminada la aventura de los afiches de Uniclam, fue portero de noche: Dick Bogart y Charlotte Rampling, como en el cine: aquel universo nocturno de llaves colgando

de una de las paredes cercanas a la recepción, cuartos misteriosos, personas que nunca más volveremos a encontrar, saludos a la distancia, luces parisinas que se apagan en cada descanso de la escalera. Ese mundo retorcido de Roman Polanski, eternos inquilinos, ése era el mundo de Elqui, convertido con el paso del tiempo en una sombra, en nadie, en un desapercibido personaje en esos hotelitos parisinos. Ignoro en cuántos habré trabajado, pero lo cierto es que lo hace desde hace muchísimos años, unos veinte o treinta quizá, y lo sigue haciendo, me precisó Patrick.

Elqui nunca quiso trabajar en otras labores, porque significaba un cierto roce con personas extrañas o superiores (a pesar de ello, Patrick lo incorporaba ahora en ciertas tareas en Radio France), sobre todo no le gustaba ser profesor de castellano en un colegio público. Esa era una posibilidad que a Mélida ciertamente le interesaba. Mélida me explicó en uno de mis viajes que Elqui debería buscar un trabajo más apreciado socialmente, porque sus hijos crecían y a ella le gustaría que lo vieran trabajar en empleos mejor reconocidos. Mélida tenía un sentido común impresionante, tanto, que nosotros la llamábamos La Filósofa. La Filósofa sentenciaba y se percataba de todas las situaciones y conductas, e intentaba, a como diera lugar, que Elqui progresara, no sé, que fuese poeta si así lo deseaba, pero que escriba, que se mueva, como tantos, pensaba yo, como Alfredo Pita, como los mismos hermanos Rosas, como el mismísimo Charapa o como tú, me dijo, que en Lima ya te has instalado.

Una vez que la esposa asume esa actitud crítica, la relación corre el peligro de terminar. Quizá la pareja más sólida no lo era tanto allá a principios de los noventa, cuando fui a París, o en 1997, cuando estuve con Marcia. En esas dos oportunidades me di cuenta de que Elqui había optado, y para siempre, ser portero de noche, y no el profesor a quien los niños franceses le meterían vicio o se burlarían de él en clase y durante los recreos. Elqui tenía una perfecta facha de árabe. Recuerdo que cuando afichábamos en las

universidades se le acercaban hablándole en árabe, porque con esos cabellos ondulados y esa piel blanca y cuarteada y esos ojos intensos y tristes, Elqui debía ser del Magreb; un argelino, un tunecino, un marroquí.

Pensé que el tiempo había pasado, que de aquella oportunidad en que Elqui se quedó en el cuarto de Mélida, apenas llegado a París, el amor se había transformado en matrimonio y luego en familia, pero Elqui no evolucionaba socialmente como lo hacía su físico, su facha, su organismo. Yo pensaba en todas esas cosas cuando Patrick me contaba de la vida de Elqui, otra vez solo en una buhardilla, o en algunas noches eventuales con su amante. Pensaba en mí y en Marcia, en nuestro amor que se plasmó en París como estudiantes, pero que Marcia no permitió que evolucionara allá, sino en Lima, haciéndonos de un sitio, acomodándonos, instalándonos. La mayoría lo hacía: Elqui, a su manera, Carlos Henderson, casado con una francesa, no con Carmen Ochoa, El Charapa, que nunca se casó con Chantal, Alfredo Pita y luego los Rosas, entre otros, que llegaron luego. Todos ellos alcanzaron los treinta años, los cuarenta años y ya muchos están encima de los cincuenta años de edad viviendo en París; son franceses, tienen hijos franceses, unos se encuentran económicamente mejor que otros, mientras Elqui, según Mélida, está exactamente igual, incluso ha retrocedido, si vivir en una buhardilla significa estancarse.

III

Siempre he torturado a Marcia diciéndole que si no hubiésemos regresado al Perú, viviríamos hasta hoy en París y quizá nos hubiera ido mejor, muchísimo mejor. La aureola de vivir en París. La aureola de los poetas de aquellos tiempos en los techos de George Mandel, desperdigados ahora por el mismo París o en sus afueras,

allá en la *banlieu*, o más allá inclusive, donde llegan *les Grandes Lignes*. Krufú se marchó a Madrid, eso sí lo sé, pero no sé bien si con la española embobada que lo endiosaba tanto. Tengo entendido que renta cuartos en una pensión de su propiedad. Ah, Krufú, he llegado a pensar si en verdad te creías a pecho tu vocación de novelista, si confiabas en tu talento, pues incluso llegaste a publicar una novela que obtuvo un premio en España. Hay tantos premios en España y para tantos tipos de escritores, que en lugar de consolidarte con él te me has diluido en el inmisericorde tiempo humano. Han pasado más de treinta años, mi querido Krufú Oriús, y en ese lapso han aparecido una serie de escritores exitosos, unos más y otros menos. Hay un joven talentoso que vive en Lima, se llama Iván Thays. Mira: Jorge Eduardo Benavides es un muchacho que se marchó a España muchísimos años después que nosotros, casi ayer, y ha sido publicado en editoriales españolas. Exitoso, exitoso no es, pero está mucho mejor ubicado que todos los proyectos literarios de los techos de George Mandel. Y si te hablara de Bayly... Jaime Bayly ni nos miraría. Seríamos (y somos) unos ilustres desconocidos. Bayly sí ganó el Herralde, mira ve... Y Mario Bellatin... Es el tiempo que entierra, sepulta y levanta la mirada como un animal atrapado en la jaula de la jungla. Nosotros hablábamos tanto, escribíamos tanto, que aún escucho detrás de la puerta el tecleo de tu máquina enfurecida contigo mismo, con tus palabras, con tus novelas que no se leyeron en el mundo.

Si me atreviera a regresar a los cuartos de George Mandel encontraría una versión nueva de aquellos amigos poetas. Quizá serían sudamericanos o centroamericanos o europeos del Este; polacos, rumanos, búlgaros, en ese edificio no se aceptaban africanos, porque recordemos que ni el Zambo Tan se quedó a vivir allí. La *concierge* negociaba con El Charapa quién entraba y quién no. El Charapa regresó a la Amazonía por un tiempo, claro que sí, incluso me invitó a la presentación de uno de sus libros, y luego ha retornado a París, eso me han contado, porque para vivir sin em-

pleo o pobre en Iquitos, mejor resulta París. Para hablar de retornos, sólo basta con hablar del mío. Pocos son los que han retornado, pero diré la idea fundamental al respecto: solamente regresan los que tienen una posibilidad de engancharse en el cerrado y mezquino mercado laboral limeño. El resto, o sea todos nosotros, no tú, si nos fuimos del Perú fue porque en París viviríamos mejor, aunque sea en los techos de George Mandel, y si no regresamos es porque no podremos tener lo poco que aquí sí poseemos: una gran ciudad, unos grandes bulevares, unos luminosos cafés, grandes parques, un excelente metro, porque en Lima los pobres se la tienen que soplar, Lima aplasta a los pobres, y para pobres París, pobre gente de París, pero en el sentido existencial, en el tono de la canción existencialista de los carnavales pitucos de la Lima de los años 50: "Pobre gente de París / que le pica la nariz", algo así, porque los cholos se quedan en París y mueren en Francia, como el Cholo Vallejo o el Cholo Palma, que de tanto chupar, sufrir y extrañar explotó como una granada en la mano, como Elqui que vino a Lima y se regresó a París volando, regresó porque vivir en Salamanca era un problema con la movilidad de Lima, los parques no existen, los colegios no existen o son caros, no hay un cine cerca, no hay nada. Mérida, desesperada, salió volando de regreso a trapear pisos, a limpiar escaleras, a acompañar a los viejos moribundos de Villejuif, días antes de que se murieran, todo antes que vivir en Salamanca, maltratada, pisoteada, otra forma de racismo, otra manera de vivir lo tuyo, porque en París eres de fuera, extranjera, y lo sabes y lo aceptas y ese drama te lo comes entero.

No tengo la menor duda de que Elqui va a cumplir íntegro su ciclo biológico en París, pues allí va a morir y allí será enterrado. Ese no fue el caso de Alfonsito Marroquín, a quien Alfredo Bryce y yo dimos por muerto al escuchar unas lenguas desinformadas. Alfonsito Marroquín vivió muchos años en Bruselas (donde lo vi un par de veces) y después regresó al norte, cerca de Pacasmayo, porque Alfonsito en su afán de conquistar a las francesitas se decía

llamar Alfonso Marroquín von Jequetepeque, de allí era Alfonsito y allí ha ido a enterrarse en vida, en Guadalupe, un pueblo atravesado por la arena, a contarle a quien desee escucharlo que él ha vivido en París y en Bruselas, que a él no le meten el dedo ni le cuentan cuentos, porque él, Alfonso Marroquín von Jequetepeque se las sabe todas, carajo, todititas, así me lo imagino y lo doy por muerto, pero Elqui, que fue al entierro de su madre en Pascamayo, digamos a finales de 1999, me dijo que no, que Alfonso está bien, vive en Guadalupe, no sabe lo que hace ni a lo que se dedica, pero manda saludos para mí y para la Marcita.

IV

A las semanas de haber yo llegado a París en 1972, también llegó Alfredo Bryce desde España, donde fue a reponerse de sus primeras vacaciones en Lima, después de ocho años de ausencia. Recién nos conoceríamos de verdad, pues nuestra amistad era una feliz herencia de la que tuvieron nuestros padres. En Lima lo vi en algunas ocasiones, cierto, leí sus entrevistas, le hice una con Germán Carnero Roqué y Alfredo Barnechea, pues el retorno de Alfredo coincidía con la publicación de su exitosa novela *Un mundo para Julius*. En París nos conoceríamos de verdad, sin hacer caso a la famosa diferencia de ocho años que nos separaron tanto en la Lima de mi infancia y de su juventud. Cuando lo visité por primera vez en su departamento de la *rue Amyot*, lo encontré solo, instalado en un silencio glacial. Esa imagen no coincidía en absoluto con aquella atmósfera de fiesta perpetua que tuvo su paso por Lima, una bacanal interminable de amistades y licor. En Lima dejaba a su esposa Maggie, que se quedaba a trabajar en Sinamos, después de haber estado casada con él por varios años en los tiempos revolucionarios de Velasco Alvarado. Alfredo se regresaba solo en aquella oportunidad a París. Cuando lo visité por primera vez

mordisqueaba pausadamente una manzana y escuchaba las implacables campanadas del reloj de su sala.

La segunda vez que lo visité, lo encontré con Sylvie, su alumna de la Universidad de Nanterre, de quien se hallaba perdidamente enamorado, sea porque simplemente se enamoró de ella o porque Maggie empezaba a abandonarlo al abrazar la idea del retorno al Perú en la época de la revolución de los militares. Lo cierto es que Alfredo estaba enamorado de esta niña de alcurnia, con quien conserva hasta hoy una gran amistad, pues Alfredo sí ha sido capaz de convertir a sus ex novias en amigas, y todas ellas, al menos cuatro, son hasta la fecha sus grandes amigas. Pero en aquellos tiempos, Sylvie era su pasión, su Octavia de Cádiz, porque él era el hombre que hablaba de ella. Real o quimérico, tangible, concreto o romántico e idealizado, Sylvie fue el amor que le conocí a Alfredo cuando llegué a París en setiembre de 1972. Era alegre, muy alegre, una niña feliz sentada en las piernas de este joven de treinta y tres años, con sus grandes bigotes, su gorra invernal en fotografías tomadas cerca del Sena, sus sacos ingleses y sus grandes trancos al caminar. Nunca como en aquella ocasión lo vi reír con tantas ganas. Fue, como debe ser, un amor breve, intenso e imposible. Nunca fue desgraciado, porque Alfredo tenía la milagrosa virtud, él sí, de convertir a sus ex novias en amigas.

La fotografía de Sylvie, con un inmenso sombrero negro, ha acompañado a Alfredo en todas sus mudanzas. En su casa de Lima, en Las Casuarinas, en el 2002, la tenía cerca de la puerta que daba al jardín, aquel territorio aparentemente bucólico que tanto detestó en el fondo, pues le hubiera gustado que su casa fuese tan solo un departamento europeo, sin jardín y con un buen balcón dando a la calle o a alguna plaza, como la plaza Falguière que cubría, envolvía y protegía el departamento de su íntimo amigo Julio Ramón Ribeyro. Sylvie fue un amor infeliz, en todo caso. Yo debo de ser el único peruano que la conoció, aparte de Julio Ramón, y la conocí por única vez en aquella segunda oportunidad

que fui a visitarlo en la *rue* Amyot, cuando los vi juntos, él sentado en el famoso sillón Voltaire de Martín Romaña, antes de que escribiera esas graciosas desventuras, y ella contemplándolo embelesada. Son pocas las mujeres que miran y besan largamente, pero en aquella oportunidad fui testigo de la larga mirada que Sylvie le prodigaba a Alfredo. Después, se trató de un amor imposible. Su familia hizo todo lo que estuvo a su alcance para tratar a Alfredo como un extranjero, un marginal, un escritor, un barbudo revolucionario de la América Latina, en comparación a la princesa, a la encantadora niña Sylvie. Si podemos definir de un solo trazo la relación de Alfredo con las mujeres podríamos remitirnos a aquel comentario burlón de Julio Ramón: “Alfredo tiene una relación complicada con los objetos y dramática con las mujeres”. Alfredo ha logrado sortear todas las trampas de la nostalgia, todas las trabas de la pasión amorosa, todos los encanallados obstáculos de las diferencias culturales y sociales y de clase, porque Alfredo también vivió en carne propia el maltrato de la familia de Sylvie, que alejó a ésta y casó primero con Eros, un italiano de excelente familia que la hizo completamente infeliz, y después con un caballero de avanzada edad, con quien sigue casada y acepta aquel amor idílico, idealizado y romántico que Alfredo ha logrado perpetuar gracias a su increíble capacidad de convertir a sus ex novias en amigas. Sylvie ha tenido una vida dura en medio del ambiente más sofisticado de Europa. A veces, y tengo reparos en escribirlo, a Alfredo se le escapa su dolor y me cuenta que Sylvie perdió a su único hijo, y cuando lo dice me mira, se le escapa una lágrima, y años más tarde tuvo un accidente espantoso haciendo esquí en la nieve y ese fatal accidente le ha impedido tener descendencia.

Marcia se fue un verano a trabajar en el castillo de la familia de Jean Pierre, allá en Bordeaux. No la pude acompañar, pues debía resolver algunos trámites burocráticos en la Universidad de Nanterre. Marcia, siempre dispuesta y alegre, flexible y juvenil, marchaba a trabajar en la vendimia. Un trabajo que, según me cuenta, consistía en andar prácticamente de cuclillas, cortando los racimos de uva con una tijera bajo el sol azul del sur de Francia. Durante ese mes me quedé solo en nuestro cuarto del *boulevard Pereire*. Sin embargo, ese tiempo de soledad se vio intempestivamente interrumpido por la visita de mi gran amigo César Zamalloa, a quien no veía desde que dejamos el campus de la Universidad Católica a principios de los años setenta. En ese tiempo, César, conocido como El Diablo, se había enamorado perdidamente de María Isabel Aramburú, una muchacha alta, bella, desenvuelta e inteligente, que luego tuvo una intensa vida política y sentimental con dos de los principales dirigentes de la Revolución Sandinista. César Zamalloa había cruzado el Atlántico solamente por amor, por su pasión a María Isabel, turbado e impaciente, siguiéndola, convencido de que tendrían un encuentro armonioso en París. De pronto lo vi en mi cuarto, no sé cómo llegó, pero lo cierto es que se quedó conmigo en Pereire. Ya sea porque él estaba enamorado o porque los dos nos habíamos dejado vencer por el infernal calor del mes de julio, lo cierto es que nos vimos rodeados por las bolsas de basura arrinconadas al interior de nuestro cuarto, como una forma de castigarnos al hacer caso omiso de los horarios establecidos por la *concierge*.

A César, pienso yo, también le decían Diablo por su actitud cínica, por sus poses irreverentes en una época en la que la seriedad y la pompa se correspondían con la actitud revolucionaria. Nada era broma en aquellos tiempos de mi juventud dorada. Todo necesitaba del rostro adusto que tan bien imitaba Carlos Hen-

derson en el techo de George Mandel cuando pontificaba de la revolución e intentaba concientizar a Mélida, incluso tratando de ilustrarla en el marxismo, porque ella era una proletaria, una Dulcinea idealizada por el poeta Elqui Burgos, una mujer que se pasaba más horas al día arrodillada que de pie. César era irreverente, le importaba un pepino la poesía social y comprometida, se burlaba de los versos falsos, de las poses mentirosas, de los discursos radicales de la nueva izquierda. Por eso, cuando lo vi delante de mi puerta en Pereire, ansioso y preocupado, no lo podía creer: César, El Diablo, se había enamorado y de verdad, y de verdad sufría ante la posibilidad de perder el centro de su pasión. Simplemente se había venido a Europa siguiéndola, persiguiéndola, aunque, creo, recuerdo, él pensaba que habían quedado en encontrarse en París o él lo había entendido mal o, sabrá Dios, Diablo, diablos, allí estaba con sus bigotazos, con su sonrisa sarcástica algo forzada, su pelo largo, su hippismo a cuestras, como si fuese uno de sus propios ídolos: ídolos extraídos de sus mitos antropológicos, de sus poetas surrealistas, de aquellos iconoclastas incapaces de ser corrompidos. Nos abrazamos, brincamos de alegría, aunque ahora lo recuerdo, sí, carajo, lo recuerdo perfecto: nos encontramos en la *avenue* Kleber, donde está la embajada peruana, y al vernos, al intuirnos, corrimos y nos abrazamos y brincamos de alegría. Éramos jóvenes, éramos jóvenes y felices y estábamos en París, en pleno sueño hecho realidad.

Después de varios encuentros y desencuentros entre El Diablo y María Isabel, de conversaciones y aclaraciones, de muchas cosas, imagino, pues yo no era testigo de esos encuentros y desencuentros, César llegó a mi cuarto de Pereire en compañía de María Isabel, a quien yo conocía desde la infancia, pues es una gran amiga de colegio de mi hermana Beatriz, y los dos me comunicaron que no iba más, que terminaban, que cada quien seguiría por separado su largo camino en esta vida. Después bajaron lentamente las escaleras, se fueron a algún lugar que desconozco, y a las horas César

regresó completamente destrozado. El amor les llega a todos en algún momento, y el amor, si no se sufre, no es amor. Pienso que César estaba mucho más enamorado de ella que María Isabel de él, pues María Isabel lograba crear naturalmente una atmósfera en la cual los hombres daban vuelta alrededor como si fuese un sistema planetario. Se guardaba para ella sus problemas familiares y a nosotros nos mostraba una impresionante sonrisa despreocupada. No lo hacía a conciencia: César, como tantos, había quedado revoloteando a su alrededor y ella no tenía la palabra a flor de piel para decirle que no lo quería lo suficiente. César sufría. Toda su ironía, su cinismo, su distancia, su ángulo cachoso, habían desaparecido de su rostro. Estaba en París, partiría a Londres, allí logró encontrar trabajo en una carnicería (cuando fui a Londres lo escuché hablar en inglés, idioma que no dominaba, y lo vi manejar una camioneta con la que distribuía carne a los restaurantes), pero ya que estaba en París y había visto a Ivo Pérez Barreto y a Frank Lozano, se quedaría un tiempo, unos días en mi cuarto y otros, ya se vería. Después se marchó a Londres y allí se quedó dos años, luego retornó a Lima, se casó y es feliz con su esposa Dora y sus hijas Ximena y Valeria. Vivimos cerca, somos vecinos en Surco, pero nos vemos tan poco. Es un pecado, me dice Dora cuando tropezamos por allí.

VI

La última noticia que tuve de Terencia Silva me la proporcionó Alberto Adrianzén. Vive en Lugo, me dijo, un pueblito de España. Yo ignoraba que ella había sido jefa de prácticas, en un curso que Alberto llevara en la Universidad Católica, varios años después de que yo me hubiese marchado a París, y menos aun que él se había enamorado de su actitud volada, pues si no era bonita ni guapa ni bella, Terencia era atractiva, inteligente y quizá arrechan-

te. Mi último recuerdo de Terencia se remontaba a una calle de París, donde tropecé de causalidad con ella. Creo que lloviznaba, pues llevaba un paraguas. Nos asombramos del encuentro. Ignoraba que estuviese en París. Allí, en esa esquina, quizá tiritando, me dijo que se regresaba a Lima dos días después. A Lima, le dije, tan rápido. Ella había tomado la iniciativa de viajar hasta París en busca de Tito Flores Galindo, de quien estaba perdidamente enamorada, pero, lamentablemente, la relación había terminado; hubo un mal entendido, no sé, la llovizna, el paraguas, la voladura, su mirada ida, el mal tiempo me impiden recordar sus palabras exactas. Se regresaba a Lima, eso sí. La culpa no era de nadie. Habían roto, terminado. Antes de despedirnos, me dijo que volvería a París el año próximo con una beca y que se pondría a estudiar Literatura en serio. Por un instante vi determinación en su actitud, pero al voltear y verla caminar en la dirección opuesta a la mía, la noté atareada con su paraguas, intentando aspirar el humo de un cigarrillo mientras volvía a coger el paso, evitando darse un tropezón al intentar reconocer alguna de las callejuelas de ese París tan antiguo, que no conocía bien. Lugo. Lugo, me repitió Alberto Adrianzén. Es el tiempo que pasa corriendo y se aleja dejándonos tan solos, tan fríos, tan muertos.

VII

Patrick acaba de irse y me ha dejado solo esta mañana de estación imprecisa, plagado de recuerdos, habitado por la nostalgia, sin encontrar las palabras exactas que me digan: serán, pues, los misterios del corazón, nosotros que hablábamos tan poco de amor, que no nos contábamos nuestras cosas, que dilapidábamos nuestro tiempo mascullando literatura y revolución, en el fondo vivimos exclusivamente para aplacar ese sentimiento, hacerlo bullir, no importa la edad, la plata, la ciudad, la salud: la vida, el amor.

Miro alrededor y contemplo mi sala, la terracita, el jardín. Aquí habitan treinta años de vida con Marcia, un amor antiguo, un amor al cual regresamos a ciegas, confiados, sin necesidad de báculos. Existen amores nuevos, lo sé, que irrumpen y nos lanzan carcajadas. Los amores nuevos significan narrar otra vez nuestras vidas, empezar por el principio, decir cada palabra como si fuese la primera. Los amores antiguos tienen un sabor denso, sobre todo si bajo sus puentes ha corrido agua y barro, lluvia que limpia y lodazal que hace que nuestras barcas se atasquen, esperando a que uno de nosotros, pues no hay nadie más, venga en nuestro auxilio. Veo mi casa. Habito en el silencio de los años transcurridos. Pongo música, música variada, la que me gusta escuchar un sábado de mañana: Mozart, Georges Brassens, Miles Davis, música griega. Esta casa nos ha costado toda una vida. Marcia daba su vida por una casa y la casa llegó cuando nuestro matrimonio había tenido altibajos, mandadas al diablo, quebraduras, peleas, levantadas de voz, llanto, mucho llanto, dolor, pena. La casa nos cobija ahora que Gabriel ha muerto e Ignacio contrae matrimonio. Me levanto a poner un disco compacto. Patrick no estuvo el tiempo suficiente para sentirnos cómodos, pues debía buscar a sus hijos y llevarlos a almorzar. Son las visitas a la patria, a que conozcan sus raíces cuando las raíces se han extraviado. Pasado mañana parte a París y yo me quedo aquí. Aquí está mi vida, mi casa, la lejana risa de mis hijos, el jardín, el sol que desciende, los almuerzos plagados de amigos, mis libros, Marcia.

VIII

La cara de Carlos Henderson se me aparece de pronto como si surgiera de entre las llamas del infierno. Está adoctrinando a Mérida, le está enseñando las nociones básicas del marxismo, le insinúa en su tono serio y melifluo que es una explotada del carajo,

que lea estos libros, estos artículos, estas notas. Mélida lo mira con ese rostro de sabia ancestral, de ignorancia absoluta sobre la palabra impresa, toca los libros, sonrío y le responde que ella, su familia, el pueblo entero, le daban de comer a los guerrilleros cuando pasaban por la localidad. Carlos Henderson sonrío y no sabe qué decir. Mélida no es la “beca” de Elqui. Es su mujer. Que sepa, jamás se casaron ni por lo civil ni por lo religioso, pero fue su mujer, su pareja, su compañera, y ahora se me han separado, me digo, este tonto se me ha separado de mi Mélida. Pongo música griega para alegrarme. Pongo a Montand para sentir nostalgia, la melancolía por aquellos días que explotaron en nuestras manos. Me arriesgaré a buscarle un parecido: como golondrinas, como mariposas, como celajes del norte, de tu Pacasmayo, Elqui, de Guadalupe, donde la arena ha recubierto el esqueleto de Alfonso Marroquín von Jequetepeque.

IX

En la Facultad de Comunicaciones reconocí a Malu Morelli, quien también acababa de regresar al país e ingresaba a trabajar en la universidad. Sí, era ella. La vi tan sólo dos veces, una en el zoológico de Vincennes (ella lo niega) y otra en mi cuartito de Pereire, acompañada de Augusto Ortiz de Zevallos. Ese cuarto sí que lo recordaba bien, porque había quedado impresionada de lo pequeño que era, de lo estrecho, de lo ajustado, de cómo dos personas podían vivir así en un cuarto como ése, pero con ventana, le dije, con ventana, qué te crees, Alfredo Bryce me dijo que si iba a meterme en un cuarto en los altillos de París, que fuera con ventana, y así se lo hice saber a Silvio de Ferrari, quien fue el amigo que lo encontró, y eso que el suyo daba al patio y el de nosotros al *boulevard*. La impresión de Malu fue mayor todavía, porque después de haber cenado en nuestro cuarto unos tallarines que consideró

secos, o ricos, reía al recordarlos treinta años después, ella iba luego a la embajada del Perú, a la *avenue* Kleber, donde tenía para ella sola un dormitorio que era cinco o seis veces más amplio que nuestro cuarto sin baño, con un lavatorio y un hueco en la pared que hacía de despensa. Allí, además, durmieron en otras oportunidades, Augusto Ortiz de Zevallos, Fernando Gagliuffi y César Zamalloa; el doctor Urday nunca lo hizo ni lo imagino tumbado en el suelo en un saco de dormir, el doctor Urday tenía unos hotelitos parisinos que le recordarían, imagino, al de Censier Daubenton con nuestra recordada Oslo. Pero Malu Morelli, como buena hija de embajador, tenía su dormitorio en Kleber, donde Marcia y yo íbamos cada quince días a recoger las cartas de nuestros padres, la ansiada correspondencia que Magdalena Grau nos entregaba a la mano.

Con Malu Morelli almorzamos nuestras respectivas loncheras prácticamente todos los días. Gracias a ella no tuve esa soledad inicial que pude haber sentido al llegar a Lima, a finales de 1975, y aprovechaba en mi trabajo la hora del almuerzo para garabatear algunos poemas. Los poemas surgen ahora con dificultad y son, más bien, eventuales visitas desgarradoras las de estas musas. Lentamente me voy acostumbrando a las nuevas responsabilidades, a los horarios, a los momentos muertos de la vida universitaria, indagando cuáles serán los mejores para escribir.

A Malu le toco el tema del zoológico y terminamos en el de Pereire. Niega haber estado en el zoológico, pero recuerda a la precisión ese cuarto estrecho, ajustado, increíble. Abre los ojos, y yo revivo aquel momento cuando Marcia dormía con una pierna afuera, en nuestra cama inclinada, cuando nos dejábamos notas y nos decíamos que la carne estaba afuera, en el alféizar de la ventana, o cuando, en invierno, salía imprevisamente el sol y derretía la mantequilla. Porque en ese cuarto no había nevera, despensa, baño. Una cama, una silla, una mesa. Patrick hace horas que se fue y Marcia no tarda, felizmente, en regresar.

El paraíso perdido

El 19 de febrero del 2002, Marcia y yo partimos de vacaciones a Cartagena de Indias. Por primera vez asociábamos la noción del viaje con la necesidad vital, de veras sentida, de ser realmente nosotros, volver a reconocernos, a amarnos, a tener tiempo y compartir, de ese modo, la experiencia de vivir juntos.

El sábado 17 había cumplido cincuenta y cinco y con esa edad a cuestas no solamente me disponía a mirarle la cara al mundo, sino a entender de qué manera una relación de pareja sobrevive a tantas modificaciones físicas, concretas, y cómo aquellas transformaciones traen consigo los inevitables cambios en la forma de pensar y de sentir. Marcia estaba decidida a recuperarse de aquel terrible impacto que fue la inesperada muerte de nuestro hijo Gabriel hacía ocho años. Yo solía pensar: “No fumaba, no bebía, era un deportista, quizá tuvo una breve e incierta relación sexual, conoció los inicios del amor y antes de que lo pudiera imaginar se nos fue sin decirnos adiós”. Marcia, como yo, había engordado lo suficiente a partir de ese dolor. Los dos estábamos embotados y nos fatigábamos al primer esfuerzo. Cuando la vi en el aeropuerto me topé, sin embargo, con una Marcia que me recordaba a la que conocí cuando los dos bordeábamos los veintidós años, flaquita, menudita, bajita, producto de una dieta practicada a conciencia, con su pelo negro recortado a navajazos. Pude distinguir en sus inmensos ojos oscuros una ráfaga de vitalidad, unas ganas, un intento de volver a insistir.

Cartagena de Indias es una ciudad del Caribe colombiano que tropieza, por un lado, con el mar y, por el otro, con el cielo. Sé que se trata de una imagen barata, pero qué importa. En estos momentos no importan muchas cosas, uno se vuelve egoísta porque decide pensar que aquello que nos sucede es lo único realmente existente. Algo así como si se acabaran los sueños, como si las utopías culminaran en un horizonte grisáceo, como si la felicidad fuera solamente compartir lo bueno, lo malo y lo feo con la persona que está en este preciso instante a nuestro lado. Ese es ahora mi lema: hacer feliz a la persona que está en este preciso momento a mi lado, aquella persona que no abandonó el barco, que sigue aquí, que no se levantó ni me dio bruscamente la espalda, caminando lentamente, sin voltear un instante siquiera, porque su vida estaba en otro sitio y la mía no formaba parte de su proyecto en el futuro mediato. Aquí y ahora, esa es la actitud y el lema de quienes hemos cumplido los miserables cincuenta y cinco años. Y no me vengan con cuentos, con historias o con chistes desparramados por el e-mail. Si algo poseo de verdad es a esta mujer, a Marcia, su cuerpo, así como estas ideas concretas, estos sentimientos, estas ganas de comer, de beber y de hacerle el amor, de hacérselo, de dormir, de caminar, de conversar con las personas de la plaza Bolívar, ahora que estamos en Cartagena, imaginar sus vidas, por ejemplo, deambular por aquel malecón interminable y ver el sol ponerse en la densidad de las aguas azules.

Existen dos Cartagenas: la antigua, cercada por una muralla, y la moderna, que se encuentra fuera de aquella muralla y se expande a través de una península o trepa, insinuándose, por inciertas montañas. Nosotros nos instalamos en la Cartagena antigua, una zona amplia y casi sin automóviles, casi sin ruido, solamente con el oído presto a escuchar descender el murmullo de la canícula, la voz agria de los vendedores callejeros, el arrastrado desliz de las hojas, el embotado silencio de las tardes. La pensión era una antigua mansión colonial, con un patio pequeño rodeado de vegetación.

El piso de piedra y la escalera estaban húmedos y en su piel agrietada surgía un manojo de hierbas. El ruido de los pajarracos —loros y papagayos prisioneros en inmensas jaulas— no perturbaba la siesta o el amor. En menos de dos días caminamos toda la ciudad antigua, llegamos a conocer sus secretos y descubrimos que había sitios públicos donde, a ciertas horas, se encontraba gente pululando en la amplia plaza de la Aduana que tiene, como adorno central, la figura de Cristóbal Colón.

Los días se unían entre sí como si estuviesen cosidos por un hilo invisible. Eran parecidos unos a otros, pues nuestra actitud delante de las personas y el paisaje era semejante. Marcia y yo nos deteníamos y veíamos transcurrir el tiempo como si deseara que nos descolgásemos de él y nos fuésemos a caminar sin rumbo y sin retorno. Eso dicen que son las vacaciones. Eso dicen que es la muerte. Eso dicen que es el amor. O el sexo: un trajín cadencioso, piel erizada, oídos templados, músculos abandonados a su suerte. Nos levantábamos, desayunábamos, caminábamos, reconocíamos, íbamos a una sola playa, algo alejada, no tanto, donde conocimos a la persona con quien más llegamos a conversar en Cartagena de Indias. Era una negra alta y flaca, muy alta y muy flaca, una zulú, negra retinta, carbón, betún. Vendía fruta y la cargaba elegante, eso sí, pero muy sucia ella, en una inmensa fuente envuelta con un trapo nada turístico e inmundito, y lo llevaba en su cabeza. Se llamaba Agustina Rodríguez Meza. Llevaba su foto y su nombre en un carnet que tenía prendido en el pecho, ya que en Cartagena de Indias las vendedoras de fruta están inscritas, así me dijo con su voz ronca de fumadora, en un registro municipal.

Marcia y yo, carentes de imaginación e inventiva, o justamente porque habíamos encontrado el lugar perfecto, fuimos siempre a la misma playa en Castillo Grande. Nos orientábamos gracias a un edificio, cuyas amplias terrazas, que daban al mar, se protegían del sol con unos toldos verdes, y descubrimos en aquella angosta faja de arena que caminar un buen rato, tomar sol, introducirnos

en unas aguas tibias y no tan limpias, mirar el inmenso océano, era una forma de estar en el mundo. No hacíamos nada. Y eso no puede ser pecado: no es, en definitiva, una actitud egoísta; no, nada que ver, porque además de estar de vacaciones, tomábamos conciencia de vivir en el planeta acompañados de la naturaleza elemental. En todo caso, en lo que a mí respecta, trataba de olvidar, de mantener mis repentinos secretos, de esperar el momento. Ya era un lector de las novelas de Javier Marías y descubría con desazón en aquellas páginas que la intimidad no descarta el secreto, lo clandestino, la información no compartida. Me sumergía en esas aguas tibias, nadaba un buen trecho y miraba, desde el mar, la figura de Marcia en la playa: cálida, confiada, maravillosa, entregada.

Agustina Rodríguez Meza no tenía edad precisa. La recuerdo de unos cuarenta años mal llevados, de una delgadez impresionante, prácticamente una sacuara. Gesticulaba al hablar. Dudaba entre si éramos esposos o amantes, increíble confusión después de andar juntos cerca de treinta años. Agustina Rodríguez Meza debía de haber tenido una vida agitada, era una mujer con pasado, pero su pasado no tenía brillo y sí el escarnio del lastre, un pasado que la envolvía y la expulsaba a un presente sin futuro, pero con hijos, nietos, maridos, familiares, Agustina era una sola gran mueca mientras nos conminaba a que le compráramos su fruta y la pelaba con un cuchillo enorme e inmundado, lo enjuagaba en unas aguas sucias y así, mostrándonos sus encías coloradas, sus dientes raídos, su mandíbula a flor de piel, colocaba todo tipo de fruta en unos platitos horrorosos de plástico. Marcia y yo llegamos, después de los primeros días, a esperarla con ansiedad. Agustina Rodríguez Meza se convirtió en nuestra medida del tiempo, pues el día se dividía en antes de su aparición y después de su partida.

De regreso de la playa, con las frutas de Agustina Rodríguez Meza como único alimento en el estómago, nos dirigíamos a la pensión colonial Peter. Allí nos bañábamos, hacíamos la siesta, hacíamos el amor. La brisa de Cartagena no puede ser descrita, pero se

corresponde con el ánimo que tienen algunos de los relatos de Gabriel García Márquez, mi Gabo, el Gabo de Renato Martínez, a quien llegué a recordar cuando Marcia y yo nos fuimos a mero-dear por las afueras de su casa. La casa de García Márquez y el hotel Santa Ana, al lado, el más lujoso de la ciudad, fueron dos de los lugares que quisimos conocer y no lo hicimos. Nunca he tenido la confianza necesaria para ingresar a un hotel caro, saludar al portero como si fuese un millonario excéntrico y dirigirme al bar, orondo, a tomarme un par de vodkas. Eso nos faltó. Tampoco lo hicimos en el Ritz, cuando en 1997, con Marcia, merodeábamos su entrada en la *place Vendôme* recordando que días antes, tan solo, de allí mismo había salido Lady Di, perseguida por un batallón de *paparazzi*, para no regresar nunca más. Sabíamos que García Márquez estaba mal de salud, tratándose en los Estados Unidos, o que se hallaba recluso escribiendo el primer volumen de sus memorias. Pero siempre mirábamos su casa, la señalábamos, lo llamábamos y seguíamos de largo. Nuestra pensión no estaba lejos de su casa.

De noche era muy grato salir a pasear esquivando aquellos carruajes (nunca subimos a ellos, tampoco subimos a las góndolas en Venecia) sin rumbo fijo, aunque ya sentíamos la grata sensación de caminar por calles conocidas. Siempre terminábamos en la plaza Bolívar, un amplio espacio cuadrangular rodeado de árboles frondosos que recibía a los solitarios de la noche. Nos sentábamos en una banca y mirábamos a la gente mientras ella nos escudriñaba a nosotros. El dulce transcurrir del tiempo, los nervios relajados, la espalda tranquila. Una brisa nocturna ingresaba hasta el fondo y nos atravesaba sin hacernos daño. Luego buscábamos un restaurante, los había de todos los gustos y bolsillos, y escogíamos aquellos que tenían sus mesitas en la calle. Nuestro preferido quedaba al frente de la iglesia San Pedro Claver. Nos paseábamos olvidando rencores, pesadillas, inseguridades, porque como dice el mismo Gabo con claridad de viejo saurio, cuando las parejas creen que dia-

logando las cosas se van a arreglar, ellas empeoran; las parejas sólo deben seguir hacia adelante, siempre deben seguir hacia adelante.

Curioseando, como siempre, en uno de nuestros paseos, más hacia el lado de la universidad, Marcia ingresó en una pequeña tienda de artesanías. Trabajó amistad con dos muchachos que no solamente trabajaban allí, sino que uno de ellos era el dueño del negocio. Eran viajados, curiosos, me sonsacaron que yo era poeta y descubrimos, a la pasada, nuestro interés en temas similares. Por esa razón, además de comprarles varios objetos confeccionados por ellos mismos, regresamos con cierta frecuencia a su tienda. En una oportunidad le regalé a Pacho (recuerdo que se llamaba Pacho por Pacho Maturana) uno de mis poemarios. A Marcia le encanta comprar artesanías porque siente que en aquellos objetos todavía quedan los rastros de las manos del orfebre. Está convencida de que son más humanos que los objetos hechos en serie. Con Pacho, definitivamente acertó, pues era él mismo quien los confeccionaba: objetos frágiles, de papel, de cartón, muy vulnerables como imaginativos, tal como era el carácter de nuestro recién descubierto amigo, un idealista, un bohemio, una persona a quien trabajar le resultaba un asunto incómodo y solamente lo hacía picoteando, por aquí o por allá, en el extranjero o en Colombia.

En una de nuestras visitas a la tienda de artesanías, Pacho nos invitó a almorzar a su casa el último domingo de nuestra estancia en Cartagena. Se trataba de un departamento pequeño, pero bastante cómodo para una joven pareja. No recuerdo bien sus nombres, pero sí los aspectos más saltantes de sus vidas. Así como Pacho era un artista, un orfebre y un mal comerciante, ella era una bióloga que trabajaba en la universidad. Había estudiado en los Estados Unidos y trabajado en La Paz, en Baja California, México. Acababan de regresar a Colombia y estaban ubicándose en el difícil mercado laboral. Ella lo hacía muchísimo mejor que Pacho, pues tenía trabajo fijo. Adoraba, sin embargo, el aspecto lúdico, infantil y generoso de la personalidad de su marido.

Aquella invitación nos permitió conocer el lado moderno de la ciudad. A nosotros nos fascinaba el lado antiguo, caminar, por ejemplo, y olvidarnos de los automóviles, pero resultaba ilustrativo dar una vuelta por el rincón de los rascacielos y de los hoteles. Solamente habíamos salido en una mediana embarcación a las islas, unas islas pequeñas que flotaban desprotegidas en aquel mar caliente y acogedor. Con la imaginación, con sólo cerrar los ojos, era capaz de sentir el empuje de las embarcaciones piratas y la resistencia de aquella ciudad amurallada. Veracruz, Cartagena, el Callao, eran los puertos más acosados por los piratas ingleses. Siempre con la imaginación viva, uno podía trasladarse, sin mayor esfuerzo, a la vida primitiva, salvaje o simplemente desnuda y barata de las playas del Caribe. Un rato, al menos.

Pacho y su esposa estuvieron atentos con nosotros y al final brindamos por esa cofradía de seres humanos que existe en todas partes del mundo, que se reconoce al instante, que tiene el mismo trasfondo espiritual y cultural. Nos paseábamos por novelas, por ciudades, por viajes e incluso por amigos que hubieran podido ser los nuestros. En quienes más se detuvo fue en Marcel Duchamp, en Gabriel García Márquez, pero para hablar muy mal de él, y en Milton. Qué curioso, en Milton, un dramaturgo en quien pocas personas se detienen. En Lima vivía uno de sus más queridos amigos, el director de orquesta mexicano Luis García Barrios, un músico bastante alto, delgado y nervioso a quien conocimos, a los meses de haber regresado, en la casa de Chaclacayo de Silvio de Ferrari y a quien le entregamos personalmente un regalo de Pacho: un mapa de la antigua ciudad de Cartagena.

De tarde, antes de que anocheciera, salimos a caminar los cuatro por una Cartagena moderna y silenciosa. Primero lo hicimos por unas playas ya sin bañistas, crepusculares, y después por un malecón en curva que recibía las suaves ondas de un mar detenido. A estas alturas de nuestro viaje, casi a las finales, un día antes de nuestro regreso a Lima, yo ya tenía el brazo izquierdo hincha-

do y muy caliente, calientísimo, peligrosamente caliente, o sea infectado, pues había descuidado mi tratamiento de la gota y estaba, lo sabría en Lima, infectado nada menos que con el estafilococo dorado.

Dos días antes de nuestro viaje, el 17 de febrero, habíamos cenado en casa del notario Jesús Antonio Vega, gran amigo y primo hermano de Marcia. Comí carne roja y bebí vino tinto e inmediatamente se me hinchó el codo. Al día siguiente, en casa del médico Eduardo Acevedo, descubrí que era un ataque fulminante de gota, ese mal de aristócratas que conmigo y con otros amigos se ha democratizado bastante. Me extrajo líquidos diversos, sobre todo pus, y me recomendó que tomara el Colchisol y unos desinflamantes. No seguí al pie de la letra sus indicaciones porque yo iba a Cartagena de Indias en plan de *latin lover* latino con Marcia, iba algo delgado, triste pero optimista, se iniciaba el atroz año 2002 y así debí embarcarme con el codo fregado. Siempre el ataque de gota se ubicaba en el empeine o en las articulaciones de los dedos del pie, pero ahora el ataque era en el codo. ¡Ah!, el codo, cuán importante resultó ser, yo opté por ser un amante antes que tomar las pastillas y evitar así las terribles aftas. Esas pastillas a mí me producen aftas, y con aftas no puedes ser un amante latino, menos un *latin lover* latino, porque ni besar puedes. Con el transcurrir de los días empecé a comportarme como el manco de las Indias, no me apoyaba en ese codo, hacía el amor como un gimnasta y el último día, despidiéndome de la pareja colombiana, mi codo asustaba. Pacho me dijo (tarde, por cierto) que no comiéramos en la playa, que por nada del mundo comiéramos esas frutas inmundas, populares pero inmundas, exóticas pero inmundas, y en el caso de Agustina Rodríguez Meza debo reconocer que era peor aun, pues ni siquiera tenían el cuidado de una presentación turística.

Cuando en Lima fui al consultorio de mi amigo Eduardo Acevedo, me dijo, aterrorizado, que estaba a punto de perder el bra-

zo. Debido a la gota, al líquido caliente instalado en el codo, había ingresado ese nefasto estafilococo dorado, el peor de los microbios. Recordé las encías de Agustina, el cuchillo enorme, el agua negra donde lo remojaba en lugar de afilarlo. Pero sobre todo la recordé cuando me acompañó a la ciudad antigua, porque yo le había ofrecido un dinero al final de nuestro viaje, una especie de generosa propina por haber contribuido a nuestra felicidad y haber creído que éramos dos amantes escapados de la realidad de sus casas, de su ciudad, y que habían anclado en esa playita de Castillo Grande. Justo ese día no tuve sencillo y me era difícil pagarle su propina. Yo pensaba en unos diez o veinte dólares. Pero ella, entonces, nos pagó el taxi con la condición de que fuésemos a nuestra pensión, sacara los dólares, los cambiara y le pagara su propina. Ella no quería los dólares, ella desconfiaba de los dólares, Agustina quería un dinero que conociera, como los pesos, pesos, sí, señor, pesos, eso es lo que quería. Caminar con ella por las calles de la ciudad antigua fue una experiencia que jamás olvidaré: su garbo, sus calancas, su altivez, su bandeja antiturística en la cabeza, su risa, qué va, su carcajada, porque Agustina Rodríguez Meza se reía de la vida y con la vida en plena calle y a encía suelta.

Antes de despedirnos definitivamente de Pacho y de su esposa, yo con mi brazo hirviendo e hinchado, conversamos un rato frente a la puerta de un antiguo hotel. Mantuve una breve correspondencia con ella a través del correo electrónico y guardo, muy gastada por los bordes, una tarjeta que Pacho nos entregó el primer día que lo visitamos en su tienda de artesanías. Es una tarjeta bastante escueta, pues no lleva su nombre, solamente el del negocio, la dirección y el teléfono. Transcribo esa información como testimonio de nuestra amistad, de su generosidad y confianza, pues estoy convencido de que Pacho ha cambiado de negocio o se ha mudado de ciudad. Pacho era inestable, voluble y mal comerciante. Su tienda de artesanías se llamaba *El Paraíso Perdido*. La dirección era calle La Estrella, Cartagena, y el teléfono el

665-2660. He decidido guardar la tarjeta en mi billetera, donde estuvo desde el día que me la entregó, como una cábala, un testimonio, un papel que le haga la pelea al tiempo. Esa materia de la que estamos hechos.

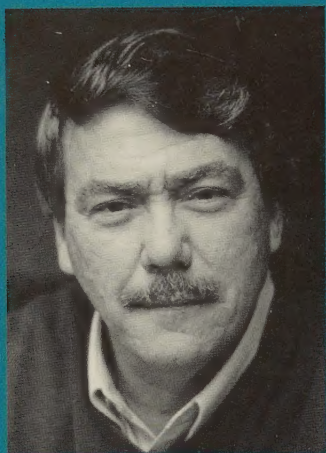
Índice

El corazón de América.	11
Una boda, un amigo, <i>Georgie Girl</i>	23
Más allá del Atacama.	35
París, al principio	47
Jardín de Plantas	57
La torre de Pisa	65
Alfredo y Julio Ramón	69
Dos amigos africanos	73
El <i>pneumatique</i>	81
Mikonos, pasando por Flavigny	89
Rue Copreaux	99
La fiesta que nos sigue.	105
Max Rayne House.	109
Érase una vez en Bruselas	121
Old Eagle	131
Cornell College.	139
Río Mississippi	149
La casaca azul	151
Miami sin <i>Vice</i>	155
Otros desiertos	163
Habana Vieja	167
Recife	179
Dos escritores consagrados	185
Gente de nieve	201
El castillo de la infancia	213
Nanterre	223
<i>La vie, l'amour</i>	231
El paraíso perdido	253

CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS / PEISA

Otras publicaciones de esta serie:

- *Gato encerrado*
Fernando Ampuero
- *El espía imperfecto*
La telaraña siniestra de Vladimiro Montesinos
Sally Bowen / Jane Holligan
- *Asuntos personales*
Jorge Bruce
- *A trancas y barrancas*
- *Crónicas perdidas*
- *Doce cartas a dos amigos*
- *Permiso para vivir*
Alfredo Bryce Echenique
- *Valses, rajes y cortejos*
Alonso Cueto
- *El descuartizador del hotel Comercio*
Luis Jochamowitz
- *Libro de los espejos /*
7 ensayos a filo de catre
Gregorio Martínez
- *Psicoanálisis de la corrupción*
Saúl Peña K.
- *Me he sentado a caminar*
Jimena Pinilla
- *La balada del gol perdido*
Abelardo Sánchez León
- *Desafíos a la libertad*
Mario Vargas Llosa



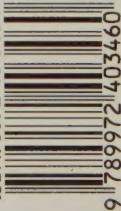
Inspirado en ese símbolo de la fidelidad a los orígenes que es el salmón, Abelardo Sánchez León ha escrito este hermoso libro que remonta el río del recuerdo para revivir los viajes que marcaron su vida. Y lo hace en un doble registro: el que se desplaza por ciudades y paisajes, y aquel otro, más íntimo, en el que desfilan situaciones

y personajes que el autor, nostálgica o descarnadamente, va rescatando del olvido.

Memoria personal que se torna universal por la hondura de su mirada, *El viaje del salmón* fluye a través de una prosa limpia y cálida que transmite de manera intensa la palpitación de lo vivido.

Poeta y novelista notable, Abelardo Sánchez León nos ofrece en *El viaje del salmón* una obra que resulta, como su título, una metáfora de la existencia humana.

ISBN: 9972-40-346-7



9 789972 403460